

[redacted]

MADRID POR DENTRO Y POR FUERA.

Madrid: 1873.—Imp. de Julian Peña, Olivar 22.

MADRID

POR DENTRO Y POR FUERA.

GUIA DE FORASTEROS INCAUTOS.

MISTERIOS DE LA CÓRTE, ENREDOS Y MENTIRAS, VERDADES AMARGAS, FOTOGRAFÍAS SOCIALES. — LA FAMILIA, LA CALLE, EL PASEO. — CUADROS DE COSTUMBRES, MISERIAS MADRILEÑAS, LUJO Y BAMBOLLA. — TIPOS DE MADRID, SEÑORAS Y CABALLEROS, POLÍTICOS Y EMBUSTEROS. LO DE ARRIBA, LO DE ABAJO, LO DE FUERA Y LO DE DENTRO. MADRID TAL CUAL ES, MADRID AL PELO, MADRID EN CAMISA.

DIRIGIDO POR

EUSEBIO BLASCO

Y ESCRITO POR

Frontaura.—Palacio.—Robert.—Rodriguez Correa.—Ruiz Aguilera.—Navarrete.
Perez Escrich.— Bustillo.—Puente y Brañas.— Fernandez Grilo. —Fernandez y Gonzalez.
[illegible].—Inza.—Llustoné.—Mateses.—Montaberry.—Nombela.— Ortega y Frias.— Orti.—Alvarez.
Avilés. —Barrera. —Bedmar.— Paula Entrala. —Martinez de Velasco. —Mebellan.
Moja y Bolivar. — Moreno Godino. — Palacios. — Perez Galdós.
Ramos Carrion.—Saco.— Sanchez Perez.—Ximenez Cruz.

MADRID:

ADMINISTRACION: MAGDALENA, NÚM. 19.

1873

MADRID POR DENTRO Y POR FUERA.

INTRODUCCION.

Valiérame más encargarme de un ministerio en tiempo de elecciones con sufragio universal, que de la tarea que me impongo al hacer el preámbulo de un libro en que ponen la pluma escritores insignes, publicistas distinguidísimos y compañeros mios todos ellos en esta que hemos dado en llamar república de las letras.

Parecerá cosa fácil hinchar un perro, decia el loco. Parecerá cosa fácil hablar de Madrid, y por dentro y por fuera ¡Madrid! ¿Se puede hablar de Madrid á tontas y á locas? ¿Se puede desempeñar con buen resultado la empresa de describir y retratar á la córte de las Españas en pleno mes de Diciembre de 1872?

MADRID POR DENTRO Y POR FUERA se llama este libro, y es guia de forasteros incautos, si es que quedan ya incautos entre los forasteros. Fuerza será, pues, cojer por la mano al forastero, y por cauto que sea guiarle en los atrevidos pasos que ha de dar por esta villa y córte

> que en la córte es menester
> con este cuidado andar,
> que nadie llega á besar
> sin intento de morder.

bien que esto lo dijo el poeta refiriéndose á la córte, en la ver-

dadera acepcion de la palabra. La córte es todo lo que al monarca rodea, y no es del interior de ningun palacio de lo que aquí se trata, sino de la villa del oso y del madroño; de la populosa ciudad, centro y asiento de la Monarquía.

Ven, pues, conmigo, ¡oh forastero en buen hora llegado! y sígueme adonde quiera que yo vaya; que tengo para tí elegidos *ciceroni* acreditadísimos que todo te lo han de enseñar y hacer ver minuciosamente.

¿Vienes del pueblo donde se deslizaron tus primeros años oyendo hablar de Madrid, de sus placeres y de sus peligros? ¿Eres hijo de aquellos padres que vinieron por primera vez á Madrid el año de 37?

Ya te habrán dicho tus papás mil veces, cuando en las noches de invierno te describian á Madrid, al amor de la lumbre, y en la modesta tertulia de la aldea, ya te habrán dicho que vengas con cuidado, que aquí dan muchos petardos; te habrán advertido que no compres ninguna alhaja que te ofrecerá un tuno en la calle, diciéndote que se la ha encontrado, y que la da por una friolera; y luego te resultará falsa de seguro, porque en Madrid todas las alhajas son falsas. Ya te habrán dicho que lleves siempre la mano en el bolsillo, porque aquí roban los pañuelos á cada paso; ya te habrán dicho... ¡qué se yo lo que te habrán dicho! Yo he oido contar en un lugarejo de Aragon á un ricachon que vino á Madrid por San Isidro, que en Madrid atan los perros con longaniza y los sueltan con rabo. ¿Quién no lo ha oido?

No atamos, no, ni los perros, ni los gatos, ni siquiera los ministros de todos los partidos, y nos ha de pesar algun dia, yo te lo aseguro. No vivimos del engaño y de la mentira, como suponen muchas gentes; y si te das por engañado, de seguro eres maestro de escuela, ó cura, ó clase pasiva, ó elector ó contribuyente.

Ven á Madrid sin miedo, que *alegrarte has*, como diria un académico al uso; ven y no temas, que aquí no hay más farsa que la que se vé, ni más mentira que la que se oye; y este es el gran pueblo y el gran estómago de la nacion, y aquí las pagais todas juntas los que en las provincias las pagais separadas: Mitad cosmorama, mitad teatro; medio nacimiento, medio belen; esta máquina de la córte y sus vanidades tiene mucho que ver y que oir y que dar qué pensar á quien bien la estudie y examine: que no en vano acuden á ella de todos los puntos de la Península los que como tú necesitan ancho campo á sus ambiciones.

¿De qué género es la tuya? ¿Eres ambicioso de gloria? Ven, pues, con nosotros, que por dentro y por fuera te vamos á enseñar el Congreso, donde se hace la gloria política en veinticuatro horas, como los equipos de novia que se anuncian en las lencerías; verás el teatro donde se fabrica gloria de carton y reputacion de trapo; ruido y nueces en proporcion desigual; envidia y orgullo, satisfacciones y quebrantos; verás el *foro*, no el del teatro, sino el que sirve de palenque á las luchas del abogado madrileño; verás la oficina, gloria nacional, aspiracion de todos, deseo universal, sueño dorado de los españoles; ¿es otra tu ambicion? ¿No aspiras más que á los placeres? Te llevaré á Fornos, á la Castellana, á los jardines del Retiro; asistirás al gran baile presentado por *Asmodeo*, que es tambien *cicerone* de los que aquí en el libro te esperan; ¿ambicionas poseer conocimientos de nuestras costumbres? ¿Deseas recorrer todos los círculos, desde la plazuela hasta el Casino, desde la Bolsa hasta el Rastro? Pues visitarás la casa de vecindad con Frontaura, el Casino con Guerrero, la Bolsa con Rui Gomez, el saloncillo del Español con Escrich, el exterior del teatro conmigo. Todo lo has de ver, todo lo has de estudiar, todo te lo daremos á conocer en poco tiempo y de buena gana; y yo te aseguro que al volver á

tu país contento y satisfecho, y sabedor de que ninguno de los amigos que en Madrid te festejaron tenia abuela, dirás conmigo que la guia del forastero alegre y divertido, es un libro que entre tú y nosotros hemos escrito, y que debe leer todo el que quiera solazar el espíritu abatido en extremo con las desazones cotidianas á que lo exponen las melancolías del alma, las quiebras de la salud y las escabrosidades de la via férrea de la vida, á que los poetas llaman sendero.

Límpiate el polvo del camino, cambia de traje, ponte el sombrero, apóyate en mi brazo, salgamos á la calle, vamos á la Puerta del Sol y emprendamos la caminata.

Eusebio Blasco.

LA PUERTA DEL SOL.

Hace algunas noches cruzaba yo desde la calle Mayor á la de Alcalá, cuando oí decir á un hombre del pueblo, aragonés al parecer, dirigiéndose á otro:

—Ea, chiquio; parémonos aquí un poco, que estamos en el mejor sitio de España.

¿Tenia razon el aragonés? Lo ignoro; pero ello es que se hallaban en medio de la Puerta del Sol.

En ninguna parte del mundo tiene el sol tantas puertas como en nuestro país. Hay Puerta del Sol en Toledo, en Granada y en muchos pueblos más, señaladamente aquellos donde no se han borrado las huellas de la dominacion árabe, lo cual es acaso una prueba del amor de esta raza al rubicundo Febo, amor que, como una herencia sagrada, se ha trasmitido hasta nosotros.

Pero la verdad es que todas las puertas del Sol se quedan

tamañitas cuando se nombra la Puerta del Sol de Madrid, sólo comparable por su reputacion á la Puerta Otomana, con la cual tiene además otra semejanza, y es que ni una ni otra tienen de puertas más que el nombre.

Así como la historia de Roma está compendiada en el Foro; la de Grecia en el Parthenon; la de Sevilla en las torres, y la de Jerez en las bodegas, la Puerta del Sol pudiera ser el cronicon viviente de las costumbres y los sucesos de nuestro país, si una y otros hubieran dejado en este sitio algo ménos efímero que el recuerdo. Nada ha pasado en Madrid desde su fundacion hasta su ensanche, que no haya tenido por teatro la Puerta del Sol.

En vano la industria privada, ó el ornato público, han modificado el aspecto material del sitio; en vano el aumento de poblacion y las exigencias del buen gusto han convertido en plazuela lo que era ayer encrucijada; la Puerta del Sol es hoy, como siempre, el mentidero de la Villa; el áula de los perezosos, el campo de batalla de los rateros y de los conspiradores. La misma gente que se daba golpes de pecho en el Buen Suceso, va á dárselos en la cabeza al Imperial; los mismos currutacos que desde la Fontana de Oro se pasaban á comer al callejon del Cofre, siguen pasando desde Fornos al Ateneo, y sobre el mismo solar en que habitaron los frailes de San Felipe el Real, es donde han establecido su círculo los moderados; esos frailes de la política, que aun hoy creen tener, como los otros, el monopolio de la inteligencia y de la virtud. Para que nada falte al cuadro, allí están en apiñados grupos los que aclamaban entónces á Fernando el Deseado, y sueñan ahora con la anarquía y el petróleo; los que alumbraban ayer al pecado mortal, y hoy van alumbrados á la capilla protestante;

los intransigentes y fanáticos de todas las épocas, ó como dije en otra ocasion:

> Esos *Fouquier Tinvil* de melodrama
> Que al soñar lo que mienten por el dia,
> Mojan, y no con lágrimas, la cama.

Lo único que ha cambiado, y siempre para mejorar, son las mujeres, principal ornamento de la coronada villa, y de la Puerta del Sol, por consiguiente.

Quien no las ha visto en esos dias de lluvia, oscuros y tristes, ir de una tienda á otra con el vestido recogido en una mano, y en la otra un diminuto paraguas, luciendo las elegantes botas y los pies inverosímiles, que, como los de las golondrinas, apenas se fijan en la tierra; quien no las ha seguido en esas mañanitas de Abril frescas y perfumadas, á la misma hora en que las cucas y los serenos entran á tomar la indispensable tostada en Pombo ó las Columnas, y los aguadores saborean sentados en la cuba el primitivo café gótico, ni puede decir hasta dónde llega la gracia de nuestras paisanas, ni conoce uno de los aspectos más agradables y característicos de la Puerta del Sol.

Llega un dia, sin embargo, en que la decoracion cambia: los cafés y las tiendas, de ordinario tan concurridos y alegres, permanecen cerrados y silenciosos; los escasos transeuntes que atraviesan por aquel sitio, lo hacen con paso rápido, y volviendo la cabeza atrás al menor ruido; la antigua Casa de Correos, monte Aventino de las revoluciones, está por sus cuatro costados rodeada de centinelas; el Gobierno ha hablado ya en la Cámara y en la *Gaceta* de la espada de Damocles, de la cabeza de la hidra y de otras cosas por el estilo; sin duda Madrid se

halla próximo á una catástrofe. Esto no es nuevo; una vez es que acaban de matar á Villamediana á la entrada de la calle Mayor; otra, que han acogotado á un fraile, á quien el pueblo atribuye la invencion del cólera; más tarde, que Canterac ha caido á los golpes de unos soldados sublevados en el Principal; despues, que unos desconocidos han hecho una descarga al pasar el general Fulgosio, á quien han quitado la vida; siempre la misma escena, con diferentes personajes, y desenlaces casi idénticos.

Las busconas y los rufianes de las gradas de San Felipe y las Covachuelas, continúan robando corazones y pañuelos entre la calle de Carretas y la de Espoz y Mina; los fondos y las reputaciones siguen cotizándose al aire libre junto á la fuente, que ya no tiene de la antigua ni siquiera el agua; y si en vez de las celosías de los conventos se ven los papeles de las casas de huéspedes, este cambio, que parece el más brusco, se dulcifica pensando en que allá se van en religion los reverendos y las patronas.

Yo no soy viejo, y me acuerdo todavía de la Puerta del Sol de aquellos tiempos. Aun me parece que veo aquel Buen Suceso, que más parecia granero que iglesia, donde el mundo elegante, como ahora decimos, se daba cita en la misa de dos; aun recuerdo aquel oloroso callejon de la Duda, en el cual satisfacian sus caprichos los niños, y sus necesidades los grandes; aquellas casas que formaban las esquinas de las calles del Cármen y de Preciados, donde el infeliz que tenia allí novia (y creo que tuve hasta esa infelicidad) enfermaba del pecho si subia, y de la espina dorsal si miraba los balcones desde abajo; aquel asfalto primitivo, donde en letras de bronce quiso trasmitir su nombre á la posteridad el corregidor conde de Vista-

hermosa; aquellos cafés tan célebres como hediondos, que á pesar de esto se creian deshonrados oyéndose llamar botillerías; aquellos tabucos con pretensiones de tiendas; todo, en fin, lo que hoy nos parece ridículo, y que á nuestros abuelos pareceria acaso sublime.

Por eso, cuando comparo lo que allí existia y allí existe; cuando me paseo á la caida de la tarde delante de los bazares suntuosos, al pié de los soberbios edificios, y entre la muchedumbre inmensa que llena aquel lugar, predilecto de los madrileños; cuando estudio al paso los mil deliciosos tipos de belleza ó de extravagancia que por allí pululan á todas horas, me olvido de cuanto he visto en otras partes, y acabo por creer que tiene razon el aragonés.

MANUEL DEL PALACIO.

EL SUIZO VIEJO.

¡El Suizo viejo!...

Esto me hace pensar en la época del Suizo único; en aquel tiempo en que el café Suizo y yo éramos jóvenes... ¡Oh qué tiempos aquellos! A pretexto del Suizo de aquella época, me acuerdo de mí, me comparo y...

«nessun maggior dolore...»

¡Cómo me agradó ver el café Suizo, cuyas mesas de mármol negro le comunicaban una distincion extraordinaria, sin ser en nada cursi, lo cual parece imposible tratándose de establecimientos públicos!

Era el café Suizo entonces... era todo Madrid ó poco ménos.

Se iba á ver pasar las máscaras desde el café Suizo.

Se atisbaba á las que iban á visitar monumentos de Viernes Santo desde el café Suizo.

Una hora antes de la corrida no se cabia en el café Suizo, y cinco minutos despues de la corrida, antes que estuvieran reunidos los especialistas del café de la Iberia, ya estaban juzga-

dos el mérito de los diestros y la bravura de las fieras, en el café Suizo y no en ninguna otra parte.

Allí se tenia conocimiento anticipado de las probabilidades de crísis; allí se leian y comentaban las cartas más selectas de las provincias.

Allí se daban las citas dos amigos, para ir al teatro; el protector y el pretendiente, para ir al ministerio; allí, como atraidos por un imán, iban á parar todos los forasteros al dia siguiente de su llegada.

En aquella época el café del Príncipe era todavía llamado el Parnasillo.

Aun acudia á saborear, más bien que el café, las ingeniosas ocurrencias de sus parroquianos, un contemporáneo y amigo de Moratin.

Aun campaba, en aquel reducido espacio, el ancha caja del relój aleman, al pié de cuya esfera daban concierto los consabidos monitos al sonar las horas.

Al rededor de los veladores de madera se reunian los poetas, para entregarse á orgías intelectuales, que por cierto, influian poco ó nada en los groseros intereses pecuniarios del dueño del establecimiento.

Pero poco antes de 1854, los hombres de la literatura, á semejanza de ciertos irracionales muy nerviosos que presienten los cambios atmosféricos y los anuncian con muestras de inquietud y extravagancias, comenzaron sin motivo aparente, á desertar del café del Príncipe, á reunirse en otros centros, á frecuentar más el Casino, y algunos de ellos hicieron estancia

en el Suizo viejo, que comenzó á gozar de las primicias de la crítica literaria.

No porque anteriormente el Suizo viejo careciese de críticos, sino que la crítica del Suizo, habia sido hasta entónces la de los hombres de mundo, la del público de las butacas, con ménos sentido estético, pero tambien con ménos espíritu de rivalidad y de escuela que los escritores.

Entonces se vino á verificar una grata fusion de ideas, entre los que escriben para conmover y los que leen ó asisten á los teatros ávidos de emociones, y no dejaron de ser provechosos aquel contraste contínuo de puntos de vista y aquella constante comunicacion de pensamientos.

El Suizo viejo tuvo su rinconcito de escritores, artistas, y aficionados eminentes, y sigue todavía teniéndolo.

¡Oh tiempos aquellos! No eran en aquella santa édad todas las cosas comunes, antes por lo contrario, en la época á que me refiero, podia un hómbre decir un chiste agudo, sin temor de que al dia siguiente saliera estampado en la gacetilla de un periódico ageno.

Enrique Escrich, en una de sus popularísimas novelas, ha dedicado un capítulo al Suizo viejo y á la gente dada á las artes y las letras que lo frecuentan.

Pero la concurrencia del Suizo viejo, es como indiqué ántes, todo Madrid.

—¿Ve Vd. aquel jóven alto, flaco... aquel de los anteojos: le ve Vd.? Pues aquel es el que se ha gastado alegremente siete millones en cinco años.

—¡Hombre, yo quisiera conocer al autor de *La Capilla de Lanuza*, que me ha entusiasmado!...

—Allí lo tiene Vd. Es aquel jóven del sombrero hongo, que está hablando con Floromorogodo.

—¡Calle, con que el otro es Florencio Moreno Godino!

—Sí señor. Y el que vá á salir ahora, mírele Vd. bien: este es el que ha hecho la gran jugada de Bolsa últimamente.

—¡Dichoso él! Y diga Vd. ¿En dónde podria yo ver hoy mismo al diputado por mi distrito?

—Aquí.

—¿Tambien viene al Suizo?

—Viene todo el mundo. Despues del teatro vendrá sin falta á tomar chocolate.

—Me alegro, me alegro. Como forastero, he de ser un poco pesado; Vd., con su discrecion cortesana, sabrá disculparme. ¿Podrá Vd. decirme dónde se reunen los economistas?

—Aquí.

—¡Tambien aquí!

—En aquella mesa que está junto al mostrador. ¿Ve Vd.? Allí están Bona, Sanromá, Gabriel Rodriguez...

—Ya, todos amigos de Figuerola.

—¿Le conoce Vd.?

—Personalmente no.

—Pues es el único de la mesa que ve Vd. de frente.

—¡Con que es aquel! ¡Hombre!... Cuando uno, así... desde lejos, oye hablar de ministros, se los figura... ¡qué se yo! Se los figura... ¿cómo diré? sobre un pedestal, y luego...

—Y supongo, que no echará Vd. á los ministros la culpa de que no sean tales como cada uno tiene á bien figurárselos.

—No por cierto. ¡Ah... ahora que me acuerdo! ¿Dónde nos

veremos mañana, para que me recomiende Vd. á un buen agente de negocios?

—Aquí.

—¿Tambien en el Suizo? ¿No seria mejor ir á su casa?

—La mejor hora para Vd. y para mí, es precisamente la hora en que él viene á tomar algo; con que...

—Cierto: siendo así... ¡Diantre con el Suizo! Diga Vd. que aquí se encuentra todo.

—¿Creia Vd. que era broma? ¿No le dije á Vd. que aquí venia todo Madrid?

—Ya, ya; ya veo... Y si no tiene Vd. mucho que hacer mañana, ¿será Vd. tan amable que me acompañe á los toros?

—Con mil amores. Yo iba á hacerle á Vd. la proposicion.

—¿Dónde se toman los billetes?

—Aquí.

—¡¡¡Hombre!!!

—Le digo á Vd. que aquí. A primera hora y aun antes, vendrá el Pájaro.

—¿El Pájaro?

—Ya sabrá Vd. lo que es esto.

Y esta conversacion, es en sustancia la conversacion que se repite acaso diariamente entre el forastero primerizo y uno ú otro habitante de Madrid.

Es el Suizo viejo un delicioso lugar maldecido de muchas mujeres, porque le preguntan á *él*:

—¿A dónde vas tan temprano?

—Al Suizo.

—¿De dónde vienes tan tarde?

—¿Yo?... Del Suizo.

—Dichoso el Suizo... ¡malhaya el Suizo!

Ahora las maldiciones las comparte con el Casino; en algun tiempo gozó el Suizo de una poco envidiable exclusiva en esta materia.

Pero ¡qué insensatas son las mujeres! ¿no es verdad?

Porque muchas de las que una y otra vez han maldecido por causa de *él* al Suizo, exclaman al cabo de cierto tiempo con viva pesadumbre:

—¡Dios mio, qué desgraciada soy! Antes á lo ménos sabia que *él* no iba más que de su casa al Suizo, y del Suizo á su casa; pero ahora, ¿dónde se mete ese hombre, Señor, dónde se mete?

Justo castigo de la que arroja maldiciones sobre los sitios de más honesto pasatiempo.

El Suizo viejo, como todos los centros de poderosa atraccion, tiene un gran número de parroquianos gruñones, descontentadizos, insaciables, que de todo murmuran, que prometen cada noche no volver á pisar el café, y á los dos dias le preguntan á uno:

—¿Ha estado Vd. enfermo?

—No: ¿por qué?

—Como ni ayer ni anteayer fué Vd. al Suizo....

Esos gruñones son los parroquianos más asíduos; son los hombres más ciegamente apasionados del Suizo; harto claro lo dice, el que no conciban, que se deje de asistir á su tertulia, sino por causa de enfermedad.

¿Quieren Vds. saber, si no la historia, á lo ménos la leyenda de la mujer á la moda?

Pues al Suizo viejo.

¿Quieren Vds. saber lo mejor y lo peor que se dice de la última comedia aplaudida?

Pues al Suizo viejo.

Y lo mismo digo de la cotizacion del dia, y de quién acaba de ser ascendido y de quién ha quedado cesante.

De vez en cuando asoma por allí el cursi, el verdadero cursi; el que mira si le miran; el que para pagar dos reales saca un puñado de duros... ¡Desgraciado! En ninguna otra parte resalta más su necedad que en aquel sitio. No parece sino que el dueño del establecimiento lo haya llevado á su casa como un atractivo más para sus parroquianos.

El Suizo viejo no tiene para mí más que un defecto, y es el de estar lejos de mi casa.

Esta circunstancia me recuerda á un antiguo conocido mio que vino á Madrid con pretexto de estudiar.

Encontrele un dia al paso, y le pregunté:

—¿Qué tal? ¿Te gusta la nueva Universidad?

—Está lejos del Suizo, me respondió con mal gesto.

¡Oh! le comprendí, le comprendí en el acto.

ROBERTO ROBERT.

EL SALONCILLO DEL TEATRO DEL PRÍNCIPE.

I.

Madrid es el sueño dorado del poeta de provincias. Desde el rincon de su modesto hogar, contempla á través de un prisma fascinador una sociedad y unos hombres que admira sin conocer. El afan de gloria inflama su corazon, y una voz secreta que le grita, *¡adelante!* le impulsa hácia Madrid, hasta que por fin un dia, dando un tierno abrazo á su familia y un apreton de manos á los amigos de la infancia, abandona su pueblo con las lágrimas en los ojos, la esperanza en el alma, algunos reales en el bolsillo del chaleco y un drama en el fondo de la maleta.

II.

Para los poetas noveles que viven lejos de este nuevo bazar de las conciencias, llamado Madrid; de este Leviatan que todo lo traga, lo corrompe y lo devora; de este Océano de las pasiones, donde los hombres corren empujados por las olas sin vo-

luntad propia; los hijos del génio que cruzan la tierra de los hombres con el laurel de Apolo en la frente y la antorcha del saber en la mano, juzgados por sus bellas producciones, admirados desde lejos á través del poético cristal de la gloria, son séres excepcionales; exentos de las miserias y la prosa de la vida, se les envidia, se les admira, se les adora y se les levanta un altar preferente en el fondo del corazon.

Pero llega un dia en que se les conoce, se les trata, y entonces la poesía desaparece, y las ilusiones de color de rosa bajan á sepultarse en el frio sepulcro de los desengaños.

Entonces se comprende que un poeta, por sublime que sea, es un hombre, y como tal se halla sujeto á las necesidades vulgares de la vida. Resuelto el problema, una sonrisa sarcástica asoma á los labios, y la lengua murmura en voz baja estos cuatro versos del príncipe de nuestros poetas cómicos, del célebre Breton de los Herreros:

Reniego de tal belen
Que ni honra dá, ni pesetas.
¡Por Dios! ¡por Dios! los poetas
Somos prójimos tambien.

III.

El entusiasmo del jóven *inédito* se calma, y desde este dia procura soñar ménos y vivir más. Por no contradecir al inmortal Homero, se encoge de hombros y deja que Apolo, sus nueve hermanas y su nodriza Eufeme, vejeten en las pendientes embalsamadas del Parnaso entonando cantos de dolor por la muerte de Aquiles; y comprendiendo los mil obstáculos que se levanten ante su paso impidiendo la realizacion de sus dora-

los sueños, procura revestirse de la paciencia de Job, de la fuerza de voluntad de Cristóbal Colon, de la perseverancia de Franklin y de la sobriedad de un árabe de las orillas del mar Muerto.

La naturaleza, pródiga y previsora, generalmente se proclama amiga de los soñadores: pues así como le concede al Egipto los desbordamientos del Nilo, que fecundizan la tierra, y á América las rociadas que mantienen la frescura de los bosques bajo el sol de los trópicos, le concede al poeta esa bella flor de la juventud, llamada la esperanza.

IV.

Una vez en Madrid el jóven soñador, recuerda aquel refran que dice: «Dios los cria y ellos se juntan;» y fija su pensamiento y su deseo en pasar algunas horas de la noche en el saloncillo del teatro del Príncipe, respirando aquella atmósfera saturada con la verbosidad sublime de los hijos de Apolo, porque él no ignora que el saloncillo ha sido desde tiempo inmemorial el glorioso palenque donde acuden á romper lanzas el talento, la agudeza y la inspiracion; la cátedra de los autores dramáticos, el nido sublime donde los ruiseñores del arte suelen hacer sangre con la palabra, y sabido es que una *gota* sola de esta *sangre* basta para estimular la inteligencia del hombre que la derrama.

El poeta novel que logra ser presentado en el *saloncillo*, si la llama del génio germina en su mente, tiene mucho adelantado para abrirse las puertas de la escena; porque allí se reunen con frecuencia los padres graves de la literatura, y los jóvenes

aventajados que han reñido batallas con el público saliendo vencedores.

Como siempre se pega algo de la atmósfera que se respira, el poeta *inédito* va perdiendo poco á poco los resabios inconvenientes de provincias, llegando con el tiempo á ser el *saloncillo* para él una cátedra que estimula su inspiracion y purifica su palabra.

Sabido es que no ha enseñado á escribir dramas nunca ningun preceptista. El jóven que se aprenda á Hermosilla de memoria, si no tiene el dón de saber *tomar la embocadura* al teatro, como se dice en el lenguaje vulgar de bastidores, corre el peligro cierto de que le silben, ó lo que es más seguro, que no le representen ninguna produccion.

V.

El *saloncillo* ha sido siempre, y debe ser, una escuela para los jóvenes que empiezan la espinosa y pesada carrera del teatro.

El gran actor, el eminente, el inmortal Julian Romea, para quien el teatro era una necesidad de su vida, una segunda naturaleza, porque artista de corazon, con un alma templada por el fuego del génio, era un enamorado sublime del arte, á quien habia dedicado por completo toda su existencia, todo su talento, todo su ser; cuando veia en el *saloncillo* á los poetas noveles tímidamente sentados en los divanes, y escuchando con ansia las grandes frases que allí se pronunciaban, solia decir en voz baja, dirigiéndoles una mirada:

—Esta es su cátedra, su gran libro; el teatro tiene algo de mecanismo que suele aprenderse entre bastidores; para escri-

bir una comedia se necesitan tres cosas: tener génio para trasmitir con claridad las pasiones al público, leer á Calderon y ver muchas comedias. Yo sólo puedo conceder á los principiantes la última de estas tres condiciones, y por eso les abro las puertas del teatro y las del *saloncillo*.

VI.

¡Julian! Tú ya no existes. La muerte nos arrebató prematuramente una gloria nacional, un hombre incomparable; y el inmenso vacío que has dejado en la escena española, tal vez no se vea lleno en la presente generacion.

¡Julian! Los que nos hemos honrado con tu amistad, los que íbamos á oirte en el clásico y glorioso *saloncillo* del teatro Español; ese *saloncillo*, cuya historia es la historia de la literatura nacional; ese *saloncillo*, donde los hombres más notables en todos los ramos del saber humano acudian á olvidar por algunas horas la prosa de la vida hablando del arte, no podemos olvidar nunca aquellas noches, porque el *saloncillo* del teatro Español ha muerto, como tú.

Un hombre soberbio ó mal aconsejado; un empresario, sin respeto á las antiguas y artísticas tradiciones, ha cerrado sus puertas, sin que le asista derecho alguno, arrebatando á los poetas y á los actores ese templo de las musas, resplandeciente cuando tú vivias con la llama del génio; alegre con la sublimidad eléctrica de las grandes frases que allí se pronunciaban, y convertido, por una usurpacion incalificable, en un sepulcro, triste, solitario, sin luz, sin animacion, sin vida.

VII.

Si tus ilustres compañeros, Latorre, Guzman, Lombía, Luna, y el incomparable Fernando Osorio, abandonaran sus tumbas, formariais un tribunal inapelable para castigar al que se ha atrevido á arrebatarle al arte el templo de su gloria.

Desde el príncipe de los representantes, Alonso de Morales, hasta el inspirado José Valero; desde el fecundo Lope de Vega, hasta el creador del teatro moderno en España, García Gutierrez, todos cuantos escribieron y escriben para el teatro; los que representaron y representan comedias; los poetas y los actores que forman el largo y glorioso catálogo de tres siglos, han mirado siempre como propiedad suya el *saloncillo* del teatro del Príncipe; arteria sublime por donde la impaciencia febril de los autores en las noches de estreno se comunica rápidamente con el público y con los actores, con el escenario y con el balconcillo, desde donde con brillante é inquieta mirada estudian la animacion de una escena para corregirla, ó el efecto de una decoracion.

Hoy, el autor que quiera estudiar estos efectos, corre peligro de morir de una pulmonía, porque tiene que salir por la puerta de la calle del Lobo, dar vuelta á la manzana, pedir en la contaduría una entrada de *favor*, y no sé cuántas cosas más, todas ellas humillantes.

¡Entrada de favor á los autores dramáticos!... ¡A los que han representado sus obras en el teatro Español con aplauso del público!... ¿Puede darse el nombre de *limosnero* de favor á lo que es un *derecho* ganado á fuerza de vigilias?... ¿Debe considerarse al que hace que el público acuda á admirar su

talento, al que es causa de que se llene el teatro, al que es allí la primera autoridad, como al cuñado de la prima del hermano del padre de un amigo de la empresa?

¡Billete de favor!... Esta moderna calificacion cae sobre los autores dramáticos como una mancha que quema, pues los eleva á la categoría de *alabarderos*, y les arrebata todas sus prerogativas.

El que escribe estas líneas ha protestado contra ese abuso. Pero ¿qué es la protesta de un autor en Madrid, donde no hay *gremio literario*, donde los escritores se hacen una guerra á muerte con gran regocijo de empresarios, como el del teatro Español?

VIII.

El *saloncillo del Príncipe* sigue cerrado para el arte. El hueco de la puerta que daba paso al público, se ha convertido en un armario para guardar botas viejas y ropa sucia. El autor que quiere entrar á ver una comedia, pasa por las horcas caudinas del billete de favor; y yo, que he puesto en escena en ese teatro veinte obras dramáticas, muy malas, pero aplaudidas por la benevolencia del público, antes de transigir con el abuso que se comete, en mengua de los hijos de la escena, romperé mi pluma y me dedicaré á cazador de oficio, porque es más grato para mí el ruido de las perdices y el silencio religioso de los montes, que el clamoreo de los aduladores que pululan en la antesala de un empresario que se ha atrevido á arrojar de su templo á la literatura dramática.

Manuel Catalina, que rinde culto al arte, y da á los teatros que dirige cierto perfume aristocrático, puso en las paredes

del *saloncillo* los retratos de los grandes actores; abrió de par en par sus puertas á los poetas, mandó colocar un piano y divanes, y algúnas noches perfumaba con gratas esencias el ambiente de aquel local dedicado al génio.

En un país como el nuestro, devorado por una política egoista y mal educada, el alma se refrescaba y el corazon se dilataba dentro de las estrechas cárceles del pecho, viendo en las noches de estreno reunidas en el *saloncillo* del teatro Español, rindiendo tributo al talento, las eminencias que honraban á España.

Al traspasar los dinteles de aquel modesto local, hasta se olvidaban los ódios políticos, porque la autoridad de los ilustres retratos que decoraban las paredes, parecia decirles: «Aquí todos sois hermanos, porque casi todos llegasteis pobres á Madrid, y á la pluma debeis vuestros títulos, vuestra fortuna, vuestras condecoraciones, todo cuanto sois y el elevado sitio que ocupais en la escala social.»

En el año de gracia de 1872, no sucede esto en el clásico y glorioso *saloncillo del Príncipe.*

Ya lo hemos dicho: tiene la soledad de las tumbas, la tristeza de la muerte, la sombría luz de un dia sin sol.

Un empresario ha arrojado de su templo al arte; los autores lo han consentido... ¡Yo protesto de esa vergüenza!

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

LOS TRASNOCHADORES.

I.

Me parece, aunque no estoy seguro de ello, que la definicion del verbo *trasnochar*, en la acepcion genuina de la palabra, deberia ser: *dejar la noche atrás*, esto es, anihilar la noche, como se anihilan las cosas ya pasadas; y siendo así, me parece tambien, aunque tampoco estoy seguro de ello, que deberia llamarse trasnochadores á los que duermen de noche, no á los que durante ella velan y viven en la plenitud de las tres potencias del alma.

Tal vez no sea errónea esta apreciacion mia, porque al fin y al cabo los idiomas no son perfectos, y los académicos de todas las lenguas pueden decir: lo dicho dicho está, entiéndanlo ustedes como está dicho.

Desde la otra noche, que oí un sermon de ánimas, soy muy benévolo con los académicos.

Decia un predicador teólogo: «Las ánimas no pueden por sí mismas hacer nada para salir de entre las llamas del purgato-

rio, ni Dios tampoco, porque seria faltar á su justicia y á sus inescrutables designios.»

Pues si Dios *no puede*, ¿qué han de poder los académicos?

Pero creo que me extralimito.

Al grano.

II.

El grano es la noche, la sombra; lo infinito de lo infinito, la poesía...

He dicho la poesía, y no me retracto.

Y como debo hablar de la causa antes que de los efectos, digo muy alto y sostengo esta verdad inconcusa:

¡El dia es la prosa; la noche es la poesía!

Paréceme oir rumores confusos, como los que producen los comparsas de los teatros cuando *desde dentro* anuncian un motin, asonada ó pronunciamiento; rumores alzados por un sinnúmero de poetas (afortunadamente, ya pasados) que han celebrado en todos los metros conocidos las poéticas excelencias del dia; y hasta surge en mi memoria una estrofa que hice yo cuando tenia ínfulas de poeta, y que al pié de la letra dice así:

¡Cuánto te admiro, oh sol, ora sereno,
Del oloroso Mayo en la alborada,
De resplandores lleno,
Los campos bañes de tu lumbre amada;
Brillas, y en la enramada,
Con alegría suma,
Pulen las aves la caliente pluma,
Revienta el grano en las espigas de oro,
Salta el rio sonoro,

El cáliz, coronado de rocío,
Despierta la flor trémula, germina
La rica piedra en la abrasada mina,
Y por verte en el cielo,
Altiva la condor remonta el vuelo!

El lector me perdonará la contradiccion que existe entre estos versos pasados y mis ideas presentes: cuando los escribí tenia tres años y medio de edad, y entonces la cosa más poética para mí era el sol de la plaza de Oriente.

Desde entonces acá he pensado, sentido y estudiado, comparando á Melendez con Young.

A los bolsistas de las tres de la tarde con los trasnochadores de las tres de la *noche*.

A los cursis que toman el sol á las doce del dia con los que bailan de noche en Capellanes.

A *Las tardes de la Cámara* del *Jaque-Mate* con las sabrosas pláticas con el autor de aquellas en la buñolería de la *Señá Rosa*.

Al sol, al que los tunantes llaman el *olipandó*, y que por una corruptela latina de *oleum* y por una corruptela francesa de *pendu*, quiere decir aceite y séase luz que alumbra al ahorcado; con la luna que protege á los amantes y hermosea la beldad de la mujer.

Y de todas estas comparaciones y de otras que me dejo en el tintero, deduzco que:

¡El dia es la prosa; la noche es la poesía!

La noche es la poesía en el templo: en él el creyente, arrodillado ante el sombrío altar, cree ver á la Vírgen que sonríe, y al Niño Jesús moviendo sus manitas para bendecirle.

La noche es la poesía en el espacio, y con la vista se alza

la mente á la contemplacion imaginativa de ese *millonario de estrellas* á quien han dado en llamar Dios.

La noche es la poesía del pensamiento reconcentrado, que investiga y encuentra las verdades de la ciencia.

La noche es la poesía del amor cuando en el lecho nupcial dos almas se arrullan castamente y se confunden en el éxtasis del placer...

¡Caramba! voy imitando á Arlincourt, y además me olvido de que para los trasnochadores no hay de noche lecho nupcial.

III.

A las tres de la noche se han acabado los espectáculos, se han cerrado todos los cafés, todas las tabernas, todos los establecimientos públicos.

Los faroles lucen opacamente.

Los grandes señores, los grandes políticos, los grandes banqueros (exceptuando algunos á quienes, como al arriero de la venta encantada del *Quijote*, sus malos pensamientos tienen despiertos) duermen el sueño de la prosa y del mezquino positivismo.

Todo yace en silencio profundo, y Madrid se asemeja á una necrópolis por donde, á guisa de espectros, atraviesan sombras desconocidas para los que viven de dia.

Si alguno de estos, si un forastero quizá, pasease á tales horas por la córte de España, creeria que en Madrid hay poco más ó ménos las mismas costumbres que en Cuenca. Si veia pasar uno ó varios transeuntes, supondria que iban á pedir los Santos Sacramentos, á avisar al médico ó á hacerse despachar alguna receta en la botica.

Si oia vagos rumores al pasar junto á una puerta cerrada, ó percibia el resplandor del gas saliendo por las rendijas de un balcon, pensaria en una velada de artesanos atareados, ó en los nocturnos estudios de un sabio encarnizado.

Almas cándidas que creian en la *masonería* cuando ésta se velaba en el misterio, y no conciben la existencia de los trasnochadores voluntarios.

No aludo á nadie: ¡cuidado!

Cuál seria la sorpresa de este transeunte exótico si se le acercase otro transeunte y le dijera:

—Le veo á Vd. como á un palomino atontado. Venga usted conmigo.

—¿A qué?

—A lo que Vd. quiera.

—Soy forastero.

—Mejor, con eso pasará Vd. más agradablemente la noche.

—¿Cómo?

—Comiendo, si Vd. quiere; bebiendo, si es Vd. aficionado; haciendo el amor, si le dá á Vd. por ahí; encerrando vivos, si usted conoce alguno á propósito, ó levantando muertos, si tiene ingénio y agallas.

—Pero...

—Nada, hombre, venga Vd.; me dá lástima.

Y si el trasnochador es un trasnochador de buena ley, cumple lo que ofrece, y *ainda mais*.

Para él no hay puertas cerradas, sitios ocultos ni madrigueras desconocidas.

El es el Colon de esos mares de sombra que tienen por límites el vicio y la miseria.

Como el marino experto conoce los faros, el trasno-



chador conoce todos los cafés, tabernas, buñolerías, partidas de juego y *casas de cucas* nocturnas.

Sabe que en una tienda nocturna de comestibles, llamada del *botijito*, hay un aguardiente superior.

Que en casa de un tabernero conocido con el elegante nombre de *Valentinó* se sirve un sabrosísimo estofado.

¿Quiere comer judías? pues en casa de la *Señá Nastasia*.

¿Prefiere arroz á la valenciana? pues al chiscon del tio Rinconera.

¿Desea comer buñuelos? pues ¿dónde con más limpieza que en casa de la *Señá Rosa*? (ya mencionada).

Sabe dónde el vino tiene ménos agua.

Dónde los combros son más ideales.

Dónde las tortas están hechas con más *esprit*.

Conoce de nombre y de trato á las aguardenteras más notables, desde la Elvira Chaparrones á la Indalecia Rompe-Chanclas.

Sabe quiénes son los serenos que cantan, los serenos que leen y los serenos que roncan.

De noche lo sabe todo, y si no lo sabe lo presiente.

Es el poeta de las tinieblas.

IV.

Los trasnochadores se dividen en familias.

Los hay voluntarios é involuntarios.

A los primeros pertenecen los serenos, poceros, barrenderos, agentes de órden público, inspectores (á ratos), etc., etc.; pero todos estos son el vulgo, la *furriela*, digámoslo así, de la especie.

Estos se hacen trasnochadores por oficio, y casi me arrepiento de haberlos mencionado: son como sucursales de la prosa del dia.

El verdadero trasnochador, como verdadero poeta que es, *nace* trasnochador: lo tiene en la masa de la sangre, y así como Dios no puede sacar del purgatorio á las ánimas, del mismo modo el trasnochador no puede dejar de serlo.

Por eso nunca llega á ser ni siquiera rey constitucional.

Los trasnochadores tienen grados, como las bebidas alcohólicas.

Los hay de primer grado, que son los que de dos á tres de la *noche* se retiran del café de la Iberia, del Imperial, de Pombo ó de la cervecería inglesa.

De segundo, ó séase los sócios del Casino ó del Veloz-Club, que buscan la horizontal algo más tarde.

De tercero, compuesto en su mayor parte de mozos de café, que hacen estaciones prolongadas, ya en una timba, donde van á depositar las propinas de sus parroquianos, ó bien en alguna taberna, en la que comen, beben y juegan al clásico juego de la brisca.

Pero el trasnochador *pur sang* nunca se retira hasta despues de amanecer.

Aun cuando se quede solo (lo cual es casi imposible) y sin dinero (innecesario cuando existe el crédito de que jamás carece el susodicho), el trasnochador busca pretextos para no irse á su casa.

Unas veces se le ha olvidado la llave.

Otras se ha retirado el sereno.

Ha cenado tarde, y necesita dar tiempo á la digestion antes de meterse en la cama.

O tiene que despedir á algun amigo que se vá en los primeros trenes de la mañana.

Sin contar con que no le parece conveniente llamar la atencion de los vecinos de su casa desvelados, que no tienen necesidad de saber á qué horas se retira.

En fin, es su sino.

V.

Los trasnochadores constituyen una especie de *masonería*, con la cual, sin presentaciones, fórmulas ni signos, se conocen entre sí.

Aun cuando pasen distantes unos de otros, y envueltos en las capas y en las sombras de la noche, dicen ó se dicen:

—Ahí vá Fulano, ó Zutano, ó Mengano, y nunca se equivocan.

Porque la verdadera igualdad existe sólo en el trasnocheo, permítaseme la palabra; y aunque los trasnochadores pertenecen á distintas clases sociales, no se ha dado caso (no mediando bebida) de que entre ellos se hagan daño ni se perjudiquen mútuamente, si se exceptúa en los rudos combates del juego.

Por tanto, amado lector, nunca habrás oido decir que un trasnochador haya sido muerto, herido ó robado por otro del gremio.

El trasnochador puede recorrer tranquilamente todos los sitios más retirados y peligrosos de Madrid.

Y en aseveracion de esto, te contaré una anécdota.

Un jóven trasnochador, perteneciente á una de las primeras familias de la Rioja, subia en la alta noche por la calle del Meson de Paredes.

Dos cacos trasnochadores le salen al encuentro, le sorprenden y le dicen amenazándole:

—¡El dinero!

—No llevo.

—¡La capa!

—Ahí vá,—dice el jóven, que no quiso armar camorra por tan poco motivo; pero al desembozarse, los ladrones le reconocen y exclaman:

—¡Calla! ¡pues si es Fulano! Vaya Vd. con Dios, y mucho ojo.

Me parece que esto hace honor á la clase, ¿eh?

No hay un trasnochador que sea enteramente vulgar; y parece que, así como la pupila, la inteligencia se dilata en las tinieblas, y concluye por percibir claridades desconocidas á los séres diurnos.

El pensamiento hace baladas en la sombra, y realiza lo ideal.

La noche crea Apocalipsis extrañas, y los trasnochadores son visionarios como los poetas.

Así como el agua tiene la virtud de coger la luz, no se sabe dónde, en medio de la noche más completa, y convertirla en culebra, del mismo modo la mente del trasnochador tiene la facultad de asir las ideas y trasformarlas en águilas que se remontan á las esferas de la filosofía. Toda esta metafísica quiere decir que los trasnochadores se han creado un mundo aparte, en donde viven más anchos, más felices y más independientes que el resto de los mortales, codeándose, sí, con las miserias humanas, pero embelleciéndolas, como D. Quijote á Maritornes.

Si pudiese sondearse el corazon de cada uno de los trasno-

chadores, se hallaria en él la causa congénita y predisponente de su aficion á la noche: desengaños sufridos, amores malogrados, desdenes de la sociedad inmerecidos, repulsion hácia el vulgo de la humanidad despues de analizada á la luz del sol...

¡Qué sé yo!

Lo cierto es que en la estadística de los suicidios apenas se registran algunos llevados á cabo durante la noche.

Porque la noche es la alegre compañera del dichoso, y la cariñosa protectora del que padece.

Amanece el dia para un desgraciado que durante la noche se há deslizado en la sombra sin que nadie reparase en él. No tiene dónde ocultar la tristeza de su alma, que se revela en los harapos de su ropa; se mira á sí propio, siente pesar sobre él las miradas de los demás, el sol hiere sus débiles pupilas, el pensamiento es para él una inutilidad y una fatiga, puesto que no puede aplicarle á cosa alguna útil; entre tantas personas como pasan cerca de él, él se siente sin personalidad; durante la noche, la tiniebla le ha ocultado la miseria propia; pero la luz del dia le muestra, no sólo ésta, sino las agenas; y disgustándose por completo de la vida, busca el único asilo para huir de la propia consideracion y de la de los demás, y se zambulle en el estanque chinesco del Retiro.

Influencias perniciosas del dia.

VI.

Pero el trasnochador de que acabo de hablar es *sui generis* y de ningun modo comparable con los trasnochadores de afi-



cion. Cuando ésta se tiene ó se adquiere por causas de que no quiero hacer mencion, los gustos del trasnochador son idénticos, y aunque todos los actos voluntarios, los practica como el comun de los hombres, esto ha de ser de noche irremisiblemente.

El trasnochador, aun cuando sea jugador encarnizado, nunca juega sino de noche: el dia le *azara*.

¡Cuántos trasnochadores han ahogado una pasion naciente por no asistir á una cita diurna!

¡Cuántos otros han dejado de batirse por la libertad, por la sencilla razon de que los pronunciamientos no suelen terminarse en una noche!

¡Cuántos y cuántos no sirven á la pátria en un alto ó modesto destino por nó tener que ir á la oficina de dia!

Porque los trasnochadores finos, como si dijéramos, la flor y nata de los trasnochadores, necesitan dormir todo el dia.

Para ellos, el dia se ha hecho para dormir, y la noche para trasnochar.

Al verdadero trasnochador siempre le sorprende el alba fuera de su casa: enamorado de la noche, siente dejarla como un amante á su querida.

Pero la luz comienza á rayar en la zona oriental; se oye un ruido monótono y metálico; unos séres informes se dibujan entre las sombras del crepúsculo:

Son las burras de leche, precedidas de un sér todavía más informe, que de lejos parece un compás muy abierto y de cerca es casi un hombre que, verdadera mueca del arte ecuestre, cabalga en el extremo posterior de una burra.

Despues se oye una voz estertórea que grita:

¡El burrero!



Y á la aparicion de este heraldo del dia, el dia aparece; las calles suenan como tumbas pisoteadas, y surgen un sinnúmero de séres humanos, unidos, como un pólipo inmenso, por la vértebra de la comun desgracia.

Se desvanecen las larvas de la noche, y se presentan las hormigas del dia.

Las patronas de huéspedes, modernas Locustas, se dirigen al mercado á comprar venenos con que matar lentamente á sus pupilos.

Las criadas torean con felpudos desde los balcones.

Los horteras abren las puertas de las tiendas, y se rascan las manos cubiertas de sabañones...

¡Adios, tabernas hospitalarias, buñolerías agradables, cucas atractivas, aguardenteras complacientes!

¡Adios, noche; adios, poesía; ádios, idealidad!

¡Todo acabó!

¿Qué han de hacer los trasnochadores? Irse á su casa (si la tienen), hundirse en el catre, leer *La Correspondencia* con luz artificial y dormir.

VII.

¡Ah! se me olvidaba decir que los trasnochadores, además de poetas, son higiénicos inconscientes: en Madrid ha habido varias epidemias coléricas; pero ni un solo *caso* trasnochador.

Así, pues, carísimo lector, date por avisado; y si quieres vivir hasta que te mueras, trasnocha.

F. Moreno Godino.

LOS VIVIDORES.

Si fuera lícito, y sobre todo prudente, apostar con personas desconocidas, ahora mismo apostaria yo con cualquiera de ustedes, en la seguridad de que no perdia, á que por lo ménos una vez en su vida se han hecho la siguiente pregunta: «¿Pero señor, de qué vive Fulano?» y sin poder hallar respuesta habrán añadido: «no tiene rentas; no trabaja; á todas horas del dia y de la noche zumba á mi alrededor; en ocasiones le veo en carruaje; en otras he visto que llevaba los dedos de los piés al aire libre; cuándo, comiendo en Fornos; cuándo, haciendo el amor platónico á un pájaro frito, frente á la puerta de un figon; ora, ostentando un traje flamante en el Paseo de Recoletos; ora, deslizándose á hurtadillas en el portal de una casa de dormir de la calle de las Velas, vestido de *riguroso* guiñapo. Siempre misterioso, siempre inexplicable; á veces fantástico, á veces épico, á veces sobrenatural. ¿Qué hace ese hombre? ¿Cómo vive? ¿De qué?»

Este hombre, que lo único que puede producir es aquella cu-



riosidad, no es solo en su clase; muchos y variados ejemplares se encuentran: reunidos, constituyen esa numerosa falanje que podremos llamar de *vividores* ó caballeros de *vida fácil*.

No se entienda que calificamos su vida de fácil, porque el sostenerla lo sea; todo lo contrario: el que se procura una vida *fácil* consigue siempre arrastrar una existencia *difícil*.

Examinemos los diversos, casi infinitos, tipos en que abunda esa clase de *vividores*, y tropezaremos con aquella triste verdad, ahorrándonos al propio tiempo, tanto Vds. como nosotros, la consabida pregunta: ¿De qué vive Fulano?

Sin que concedamos patente limpia á ninguna de las capitales de provincia, es lo cierto que en Madrid, en esta inmensa casa de huéspedes, con asistencia ó sin ella, es en donde se desarrolla aquella epidemia. Aquí, en la gran colmena, tienen su puesto natural los zánganos.

Todos los pueblos de la Península é Islas adyacentes, y hasta nuestras provincias de América, contribuyen con su proporcional contingente á formar el enjambre que en Madrid se apiña primero, crece despues y se extiende luego invadiendo respectivamente todas las esferas sociales, segun las naturales disposiciones con que se hallan adornados los indivíduos que le componen.

Es de advertir, porque debe tenerse muy en cuenta, que los vividores, es lo más frecuente, pueden tener talento, imaginacion poderosa, gracejo natural, modales cultos, fisonomía expresiva, figura simpática, y algunos hasta pueden haber recibido buena educacion. Se dan casos.

Parecerá por lo tanto difícil reconocerlos. Nada es más sencillo sin embargo. Tan luego como se presenten donde ustedes estén, algunos de esos séres indefinibles que inducen á



duda por su existencia anónima, no hay mejor medio para adquirir la prueba que se apetece, que lanzarles un dardo que vaya derecho á la vergüenza. Si brota sangre de la herida, si se enrojece el rostro del acometido, el error es manifiesto. Si rebota el dardo, si el rostro permanece blanco, la *habitacion* está vacía, el inquilino ha muerto; la vergüenza no existe.

Aquel es nuestro hombre.

Trazados ya los rasgos generales que distinguen al tipo, aprendamos á apreciarle en sus múltiples variedades, en sus diferentes categorías.

Hay vividores que á primera vista resultan *imposibles*. Viven al dia de lo que en el dia buscan: ignoran al dejar la cama si la dejan para siempre, ó si volverán á ella en la próxima noche ó si no tendrán ya ninguna; no saben dónde comerán ni si comerán tampoco. Alzanse ante ellos, al poner el pié en la calle, veinticuatro horas. Este capital de tiempo es el único de que disponen. Del empleo que dén á este espacio de vida pende su existencia durante el mismo.

Dicho empleo consiste en procurar que una cierta cantidad de dinero pase desde el bolsillo de un amigo, vamos al decir, al suyo. Para conseguirlo, estos vividores, que podremos llamar de *pequeña velocidad*, inventan medios, idean planes, hallan pretextos, buscan situaciones, crean y trazan á veces, fábulas que revelan una fecundidad de ingenio que, bien aprovechada, podria proporcionarles en el mundo un puesto honroso, legítimamente conquistado.

No sienten sin embargo esta necesidad, no comprenden esta aspiracion; y desprovistos en absoluto de ese poderoso motor, que se llama estimacion de sí mismo, acuden diariamente á la misma puerta del mismo café, al mismo banco del mismo bi-



llar de siempre; y una vez allí, meditan el plan de ataque.

El *vividor* á veces concentra sobre un solo punto todas sus fuerzas; pero este sistema, para cuyo empleo se requieren ciertas condiciones superiores, en el que le usa si ha de obtenerse el apetecido éxito, ha llegado al desprestigio, viniéndole á sustituir otro que si bien exige mayor suma de dotes de inventiva en el que lo adopta y practica, es en cambio de más pronto y feliz resultado.

Vais á salir del café, y en tal momento se os acerca el parásito exclamando:

—Adios, señor mio, ¿cómo está Vd.?

Usted, que le ha conocido yá, vá á contestar *¡cojido!* pero se detiene y responde como prescriben Escoiquiz y el Baron de Andilla.

—Me alegro que esté Vd. bueno, replica nuestro hombre; yo, en cambio, aburrido y deseando dejar este infierno de Madrid, donde no tengo hora de salud. En este mismo instante voy á poner un telégrama á mi familia para que dé órden á fin de que me entreguen el dinero necesario para marcharme.

—Feliz viaje, y hasta la vuelta.

—A propósito de vuelta; en la que le han dado á Vd. en el café ¿le han dado alguna peseta *suelta*?

—Si yo la suelto... claro es que lo estará.

—Pues hágame Vd. el favor de dármela, para poner el telégrama que le he dicho. Mañana se la traeré á Vd. aquí mismo, y espero que dispense la libertad....

—Y hasta la tiranía dispensaria yo... pero... de eso á dar una peseta... —dice Vd. para sí, dando, sin embargo, para el otro la *peseta*, que pasa al chaleco del *vividor*, quien se despide de Vd., se separa treinta pasos del sitio de la catástrofe, hace

que se vá, y... vuelve á su puesto, donde se coloca nuevamente en acecho.

Allí persevera en su plan una, dos, tres ó más horas, espetando á todos sus conocidos, que son infinitos, la triste historia del telégrama, que le produce, cuando ménos, cuatro ó cinco pesetas al término del plazo que se ha marcado para conseguir los medios de procurarse la vida material del dia.

Al siguiente inventa nueva traza, tal como la de entrar azorado en el café, y sin darse tiempo ni á saludar se dirige á usted y en voz alta le pide una peseta *suelta* para pagar un coche que allí le ha traido. La verdad del supuesto se ignora, pero lo que sí se sabe es que él desaparece llevándose la peseta.

Otras veces le dice á Vd. que tiene un hijo, cuya vida está en peligro si no suelta Vd. cinco reales para una medicina. Hay que dar gracias porque no le quita de enmedio. En este caso, pedirá treinta reales, para enterrar al inocente.

En ocasiones sorprende á Vd. con la inesperada nueva de que ha de cobrar una letra; pero es para rogarle que le preste el importe del sello que se ha olvidado de poner el girante.

Si habita Vd. en fonda, es seguro que el *vividor* en cuestion visitará á Vd. con frecuencia á la hora de comer. Puede usted ahorrarse el decirle: «llega Vd. á tiempo.» El lo sabe; come, y á los postres se enternece y pide á Vd. medio duro.

Algunos, los ménos relacionados, hacen conocimiento con un mozo de café, al que prometen que han de hacer capataz de presidio el dia en que esto dé una vuelta. Este procedimiento les produce cinco ó seis chocolates con tostada; hasta que el mozo vé la *idem* y sin consultar el gusto del parroquiano, un dia le dá el chocolate con *mojicones*. Esta es una quiebra de las pocas á que está sujeto el oficio.

Por las noches persónase nuestro tipo en una casa de juego y allí se convierte en *jaleador* del que gana, para seguirle en su fuga, y pedirle el importe de su alquilada simpatía.

Con todos estos recursos, y con otros más que seria prolijo detallar, cuenta el vividor de *pequeña velocidad* para salir del dia. Así pasa de uno á otro; de nadie, con mejor razon puede decirse que camina de *sorpresa* en *sorpresa*.

Esto, no obstante, años, lustros y décadas trascurren, y el vividor justifica su nombre.

Grande es la influencia que ejerce la presion de la atmósfera en la configuracion y vida de las plantas. Para nuestro hombre, aquella no existe, y por consiguiente no sufre modificacion jamás.

El vegeta siempre, aunque del modo miserable que vemos. Es en la especie el indivíduo más inofensivo. El alcance de su picada se conoce. Con escasas excepciones jamás acomete sino á las personas que trata, siquiera sea ligeramente. Es la diferencia esencial que le separa y distingue del mendigo.

Cuéntase dentro de la clase, por el contrario, otro tipo que en su afan de procurarse la vida, atenta las más de las veces á la tranquilidad del género humano. Diariamente dá noticia la prensa periódica de la existencia de estos *vividores*, y de los medios á que acuden para explotar en su obsequio la credulidad pública. Hoy es el anuncio de un líquido del cual basta una sola gota aplicada sobre la parte dolorida, para hacer desaparecer instantáneamente los callos. Vd. que posee (á Dios sean dadas), varias escrecencias de aquella especie, compra el líquido. Vierte sobre sus dedos las gotas de ordenanza; y al dia siguiente despues de haber experimentado los más acerbos dolores, se encuentra Vd. que tiene dos arneros en vez de piés.

El líquido ha corroido el callo, el hueso, y *ainda mais* la carne.

Tanto valia que se le hubiera Vd. estirpado con un sacabocados.

Si, por el contrario, el padecimiento de Vd. es de un oido, encuentra Vd. una pomada que es la verdadera maravilla para el caso. En la etiqueta del tatarrete que la contiene, se asegura que con solo friccionar una vez la esquina, puede hacerse desaparecer el rótulo de la *calle del Sordo*. Compra Vd. la pomada, y en efecto, al dia siguiente nota Vd. que el anuncio era exacto. Es tal el alivio, que ya oye Vd. *más que quiere*. El individuo que toma café en la mesa próxima á Vd. está lamentándose á grito herido de los estragos que hace la tal pomadita; pues un cuñado suyo que la ha usado, ha perdido una oreja. En el mismo instante se echa Vd. mano á una de las suyas y no se alcanza á la otra, con lo que cree positivamente que la ha perdido, y sale del café echando bombas.

Estos y otros mil anuncios por el estilo, que revelan la existencia de drogas muy eficaces para todo género de dolencias y hasta de enfermedades crónicas, son producto de esos *vividores*, legos en la ciencia de curar, pero que alcanzan la más regalada vida á expensas del prógimo cándido y sencillo. Estos individuos altamente perjudiciales, no reconocen límites á su accion desoladora: como la muerte, no perdonan ni sexo ni edad, y dado que es muy crédula la humanidad, y sobre todo la humanidad doliente, los efectos de su egoista sistema son de la más terrible trascendencia.

Todavía, sin embargo, puede hallarse contra estos el preservativo, despreciando en absoluto sus pomposas y hasta ridículas promesas, y entonces esta especie de sanguijuela no podria extraernos el jugo de que está sedienta.

Ojalá que asimismo pudiésemos librarnos del maléfico prestigio de otros *vividores*, sin duda los más temibles, porque son los más hipócritas, y porque, siempre prescindiendo de la vergüenza, cuentan con todos los elementos necesarios al logro de su propósito. Esta clase de sanguijuelas se aplican siempre *á domicilio*, en esta forma y en semejante parte.

Un dia se encuentra Vd. en su casa, en el momento en que se dispone á trabajar, ó á comer, ó á salir, ó á hacer lo que mejor le plazca, con que un caballero pregunta por Vd. y desea que le conceda Vd. unos instantes, para hablarle *particularmente* de un asunto de interés. Vd. examina rápidamente á aquel caballero que, aun cuando luego se porte mal, se presenta bien portado y con cierto aire franco y resuelto, que no deja lugar á sospecha, que digamos. El caballero es introducido, pues, al despacho, y allí, despues de arrellanarse en una butaca, comienza á hablar á Vd. del Estado, de la Bolsa, de la guerra extranjera, de la política interior (de esta última en términos generales, para no herir la susceptibilidad de Vd., si es político, como no lo dudo). Vd. que no ve en todo esto el negocio, va á interrumpirle ya, en el momento en que él adivinándolo, echa mano al bolsillo y saca un puñado de papeles, de entre los cuales elige una especie de cuaderno lácio y renegrido, y se le entrega á Vd. diciendo: «sírvase Vd., caballero, pasar la vista por este escrito.»

El tal cuaderno no es otra cosa que una historia lastimosa, de la que se deduce, que aquel caballero es un emigrado extranjero por causas políticas: la historia termina con una lista en la que figuran nombres de personas residentes en varios pueblos de España, que aquel señor se ha dignado visitar, y en los que ha tenido la deferente acogida á que es acreedor por

sus altos merecimientos. Al frente de cada nombre, y hé aquí cómo la lista es más lastimosa que la historia, figura el guarismo de la cantidad con que cada cual se ha suscrito, para que el emigrado torne al país que le vió nacer.

Usted, perplejo, con el cuaderno en la mano, y sin atreverse á levantar de él la vista, se encuentra en situacion harto más difícil que aquel farsante, quien acude en auxilio de usted, diciendo:

—Como habrá Vd. visto, lo más notable de la noble é ilustrada España figura en ese album: no me habria perdonado nunca omitir el nombre de Vd., tanto más cuanto que todos los hombres que algo valen en Madrid me han recomendado no dejase de ver á Vd., cuyo magnánimo corazon está siempre dispuesto á mostrarse en obras dignas de eterna loa.

—Aun siendo todo eso cierto, balbucea Vd.; hay ocasiones en que por más que se quiera...

—Entiendo, sí señor, interrumpe la sanguijuela: bien sé que muchas veces no puede uno ni disponer de quinientos reales. Véame Vd. á mí, que poseo en mi país fincas por valor de un millon, bien más que ménos, á qué situacion he llegado. Esto mismo me hace no ser exigente, y apreciar cinco duros en estos momentos tanto como en otras ocasiones ciento: ¿qué digo ciento? mil, dos mil, ¡qué me sé yo!

—Yo tengo una numerosa familia, y no me es fácil. Dice usted, defendiéndose como gato boca arriba.

—¡Ah, la familia! cuando recuerdo que la mia ha sufrido los rigores de la escasez durante mi terrible ausencia: afortunadamente ahora, á mi regreso, libres ya mis bienes, podrá recobrar su bienestar al mismo tiempo que yo doy rienda suelta á mi gratitud, publicando en todos los periódicos del

mundo esta lista con los nombres de las personas que me han salvado más que la vida.

Llegado á este punto, Vd. comprende que no hay salida, y entre avergonzado y confuso, alarga dos duros á aquel caballero millonario, que los toma, repite las gracias y se despide prometiendo que escribirá en llegando.

Esta escena, reproducida sin cesar y todos los dias, ante diversos personajes, produce lo suficiente á este vividor de vuelo alto para proporcionarse una existencia más cómoda que honrada.

En esta esfera misma se agitan otros vividores análogos al que dejamos apuntado, y que hacen á Vd. suscribirse, por ejemplo, á una obra que constará de cuatro tomos, sin más sino que Vd. diga cuántos desea recibir mensualmente. Vd. escribe su nombre en un album *ad hoc*, expresando ademas que quiere recibir dos en cada reparto. Nuestro hombre saca entonces un recibo, que lleva extendido ya, y en el que pone el nombre de Vd., entregándoselo al propio tiempo que dice que todos los señores de la lista han satisfecho el importe de su abono adelantado, segun puede verse en la misma. Vd. suelta treinta reales, y el vividor se despide para no volver.

De los libros no hay que hablar. No pasan nunca de *conato.*

Todavía podríamos citar aquí uno y otro ejemplo de las infinitas especies en que se divide esta clase de vividores de alto bordo. El que se dedica á colocar acciones de una mina, que usted no ve nunca, pero que él ha encontrado al mismo tiempo que á Vd.: el que funda una Sociedad de crédito y busca el de los demas para adquirirlo él quitándoselo á todos: el que propone á Vd. la ventajosa compra, por la décima parte de su valor, de una finca situada en San Sebastian, y viaja á costa de

usted, que se encuentra al llegar con que la magnífica posesion no se vende, por varias razones (aquí las razones): el que se finje arruinado y compra, por la tercera parte de su valor, los créditos que resultan en su contra, y vive feliz y tranquilo disfrutando como suyas las dos terceras partes de la fortuna ajena; todos estos y algunos más, que seria pesado enumerar, son vividores, que, no por la índole de los negocios en que se ocupan ciertamente, sino por los medios de que se valen para utilizarles en su obsequio y á mansalva, están ausentes del establecimiento penal, que les espera, aunque en vano, años y años con las puertas abiertas. Esto, no obstante, conste, que para quien los conoce, no son otra cosa que *presidiarios externos*.

Ahora bien: despues de todo lo dicho, ¿quién necesita preguntar de qué vive Fulano?

EDUARDO DE INZA.



UN ESTRENO EN LA ZARZUELA.

(*Artículo cogido al vuelo.*)

—

I.

En el café de Levante.

Don Robustiano de Cornalejo con su familia, compuesta de su *cómplice* doña Mónica y sus dos hijas, Pepita y Gertrudis, ocupan una mesa, donde sobre los restos de un café con media tostada de *abajo y sin puntas*, se lee *La Correspondencia*.

De pronto exclama D. Robustiano dirigiéndose á su costilla:

—Oye, Mónica, mañana vamos al teatro; es dia de nómina, y me seduce este párrafo: (leyendo) «Mañana jueves *tendrá lugar* en el coliseo de la calle de Jovellanos el estreno de la zarzuela en tres actos, letra de uno de nuestros más aplaudidos autores, y música de nuestro amigo el maestro *Pepitaña*, titulada: *El robo de las Sabinas*, para cuyo espectáculo no ha perdonado la empresa sacrificio alguno. Se estrenarán veintidos decoraciones, y en los intermedios leerán poesías los eminentes vates señores de Colorin, García y Fernandez. Las noticias que tenemos de la obra hacen esperar de su representacion un verdadero aconte .»



—Robustiano—dice doña Mónica cuando concluye aquel la lectura—¿será conveniente llevar á las niñas?

—¿Por qué no? mujer, una vez al mes...

—Lo digo, porque ya sabes que esos *Bufos* tienen una reputacion de inmoralidad que espanta, y el título de esa obra...

—¡Bah!—responde D. Robustiano—nuestra desgracia consistirá en que no haya quien nos robe, por lo ménos uno de estos dos angelitos...

—Bueno, bueno—añade doña Mónica—tú siempre tan *excéptico*. Y dirigiéndose á sus pimpollos, les dice: Niñas, mañana adelantareis todas las labores de la casa, porque vuestro padre quiere llevaros al teatro.

—¡Ay qué gusto!—exclama Pepita—yo madrugaré para planchar.

—Y yo repasaré á primera hora los calzoncillos de papá, y echaré en remojo el bacalao para pasado mañana—añade Gertrudis.

Y aquí tienen Vds. la primera emocion de un estreno anunciado.

II.

En el café Imperial.

—¡Manolo!

—¡Hola! Pepillo, ¿qué hay?

—Hombre, te buscaba con impaciencia.

—¿Pues qué te ocurre?

—¡Cosas del oficio! mañana, como sabes, se estrena en mi

teatro, EL ROBO DE LAS SABINAS, y... como yo sé que tú tienes un brillante equipaje...

—¿Qué necesitas?

—Hombre, me han dado allí la parte de un vecino de Roma que arenga al pueblo, y me hacen falta *unas botas altas* y *un chambergo*.

—¡En aquel tiempo chambergo y botas!

—Eso me ha dicho el director de escena: yo, con obedecerle cumplo...

—Corriente; manda por ello cuando quieras.

—Pues, chico, gracias, y *mandar*.

—Hasta la vista, Manolo.

—Adios, Pepillo.

III.

En casa del baron de la Ciruela.

—¡Antonio! ¡Antonio!

—Señorito.

—Vaya Vd. á la contaduría del teatro de la Zarzuela, y tome Vd. una butaca de orquesta para la funcion de mañana.

—Está bien.

—A la vuelta lléguese Vd. á casa del *Leonés*, recoja usted unas botitas de raso verde, que le he dejado pagadas, y llévelas á casa de la señorita Eloisa, ya sabe Vd...

—¿La corista?...

—Precisamente.

IV.

En el café Suizo.

(Coro de gacetilleros.)

Uno.—¿Con que mañana tenemos obra nueva?

Otro.—Sí tal, y de esperanzas para la empresa, segun dicen.

Otro.—Allá veremos.

Uno.—¿De quién es?

Otro.—De Pedro Fernandez, con música de Pepitaña.

Uno.—No conozco al músico.

Otro.—Sí, hombre, sí; aquel que va con nosotros al tendido número 5; alto, flaco, de grandes patillas...

Uno.—¿Y vale?

Otro.—Está bastante bien reputado, desde que puso en música *El Pentatéuco*, y aquellas variaciones sobre el *tram-vía*. Tú irás al estreno ¿eh?

—Sí; aun cuando no oiré más que el primer acto, porque á las diez y media estoy citado con el Presidente del Consejo de Ministros para deshacer un error en que de buena ó mala fé ha incurrido un diario de la oposicion.

—Pues allí nos veremos.

—¿Vosotros ireis tambien?

—¡Mira! *(enseñándole algunos silbatos.)*

—¡Oh! la señal es infalible; ¡pobres autores!

V.

En el teatro.

Orquesta.—Coros y partes.—Ensayo general.

El director de orquesta (desde su puesto).—¿Estamos?

El de escena (desde la batería).—Un momento: es necesario esperar... faltan la tiple y el segundo bajo.

El empresario (al autor).—En tanto podíamos ir cortando algunas escenas de las que hemos convenido en que sobraban.

El autor.—Yo quisiera ver antes el efecto general de la obra.

Un traspunte (aparte).—Mañana te lo dirán de misas *los morenos.*

El avisador.—¡Señor director, señor director!

El de escena.—¿Qué ocurre?

El avisador.—La señorita Lopez no puede hacer su papel, porque ha tenido anoche un cólico de *setas*, y está con la *Extrema-uncion.*

El empresario.—Pero señor; ¿y avisa á estas horas?

El autor.—Pues nada, suspender la representacion; ¡qué hemos de hacer!

El empresario.—Eso, nunca. ¡A ver! (llamando.) ¡Señorita Sanchez!

La Señorita.—Mande Vd.

El empresario.—Es indispensable que se encargue Vd. del papel de la *tiple.*

La señorita Sanchez.—¿Pero cómo quiere Vd. que yo.., de repente, estudie veintidos pliegos y diez y siete *romanzas*...

El empresario.—No hay más remedio: suba Vd. con el maes-

tro de coros y empiece Vd. ahora mismo á *pasar* su parte al piano.

La señorita Sanchez.—Pues bien, haga Vd. fijar una nota en el cartel, diciendo que en este compromiso me recomienda á la benevolencia del público.

El empresario.—Se hará; ande Vd., ande Vd. á ensayar.

El director de escena.—¡Avisador!

El avisador.—¡Presente!

El director.—¿Han traido los carteles de la imprenta?

El avisador.—Aquí están; ¿quiere Vd. verlos?

El director.—Venga uno (tomándole y leyendo). Teatro, etc. Funcion para mañana, etc. *Primera* representacion de la extraordinariamente aplaudida zarzuela en tres actos, titulada *El Robo de las Sabinas.*

El autor.—¡Alto, alto! ahí se dice *de la extraordinariamente aplaudida*, y no se ha estrenado aun...

El director.—Perdone Vd.; esta es la costumbre de anunciar, y ningun autor la rechaza...

El autor.—Siendo así, nada digo; pero me parecia...

Los profesores de la orquesta.—¡A ensayar, á ensayar!

El empresario.—Cuando Vds. quieran; yo haré la parte de *tiple...*

El avisador.—Aquí está el Sr. Gutierrez (el segundo bajo).

El director de escena (encarándose con él).—Estamos esperando por Vd.

El segundo bajo.—Esperando por Vds estoy yo la quincena del mes pasado.

El director de escena.—Eso se lo cuenta Vd. al empresario.

El empresario.—Vamos, señores; ¡á empezar, á empezar!

. . . .

Y empieza el ensayo, y aquello es una *Babel,* donde nadie se entiende y todos hablan, y más que todos, y para distraccion de cómicos y danzantes, los que se meten en el escenario, por amistad de este, y de aquel, ó por *trovadores* de esta y de aquella y de todas.

Entre tanto la contaduría expende las mejores localidades á los *revendedores*, y una buena parte del público de *buena fé* traga el anzuelo.

VI.

Despues del ensayo.—En el cuarto de la direccion.

El empresario, el director y el autor conversan con un jóven almibarado, y vestido á la última moda.

De pronto dice el empresario, dirigiéndose al tal:

—¿Supongo que se habrá Vd. fijado bien en casi todos *los momentos de la obra?*

—¡Oh! sí señor—responde el jóven—y Vd. lo verá mañana.

El autor.—Es que conviene mucho á todos que no se comprometa con alguna ligereza el éxito.

El jóven.—Esté Vd. muy tranquilo: he tomado nota, y yo respondo de que no aplaudirán una sola vez, sin arrastrar las galerías y alguna butaca.

El empresario.—Mucho cuidado, sobre todo con mi entrada y mi salida en la escena.

El jóven.—Eso, como siempre: ¡salva general!

El director.—Y las decoraciones que sean recibidas estrepitosamente ¿eh?

El jóven.—Descuiden Vds.; quedarán contentos. ¡Ea! hasta mañana, señores.

(¡Paso al jefe *de los alabarderos*!)

—

El portero (anunciando).—Dos jóvenes desean ver á usted (al empresario).

—Que pasen.

—Servidores de Vd.

—Beso á Vds. la mano.

—Somos hermanos del segundo *apunte*, y veníamos á merecer de Vd. el favor de un palco para la representacion de mañana.

—Señores mios, yo no sé á estas horas cómo andará la venta de localidades, y no puedo comprometer los intereses del señor (*por el autor*) ni los mios.

—Nosotros creíamos, que siendo *de la casa* no habria inconveniente...

—Yo tendria mucho gusto en complacerles... pero...

—En fin (*volviendo la espalda y saliendo*), si no puede ser... ¡paciencia! (*aparte*) ¡qué grosero! ¡qué indecente!

El empresario.—¡Un palco! ¿por qué no lo comprarán? ¡Cuando entre el autor y sus amigos se han llevado el teatro!

El autor (para sí).—¡Dos enemigos más!

VII.

La noche del éstreno.

Primer entreacto.—En los pasillos.

Dos pollos (saludándose).—¿Cómo va esto?

—Como de costumbre: diálogos chocarreros, lenguaje tabernario y música *robada* de todos los maestros.

—¡Pobre literatura! ¡pobre arte!

—

En la galería.

Dos autores (El uno.).—¿Qué te parece?

El otro.—¡Pchs! lo que me figuré, por lo que me dijo el tenor, que, como sabes, cena con nosotros todas las noches.

El uno.—Es una obra *de remedion* para hacer dos entradas.

El otro.—¡Y en tanto, mi zarzuela duerme el sueño del olvido! ¡Una obra puramente clásica. de esas que producen un acontecimiento literario! ¡Qué empresarios, y qué actores, y qué público!

—

En el palco de los señores de M.....

—¿La gusta á Vd. la zarzuela, marquesa?

—Francamente, mi buen amigo; de lo que hasta ahora llevan representado, nada absolutamente.

El marqués.—Imposible es que esto guste. ¡Qué olvido de la historia! ¡qué falta de noticias cronológicas! ¿Cómo es posible

que los *sabinos* no comprendieran que los juegos de Roma tenian por objeto robarles sus mujeres y sus hijas?...

El caballero de la visita.—Y yo no encuentro muy acertado eso de hacer que *Rómulo* cante una *jota aragonesa* para exponer sus planes...

La marquesa.—Eso podria pasar...

—

En la butaca.

Un maestro compositor á otro.—¿Has oido el coro final?

El otro.—¡Ya hace mucho tiempo que le conocia!

El uno.—Ya lo creo, desde que le escribió *Rossini* en *El Barbero.*

El otro (para sí).—¡Y desde que le copiaste tú en tu última obra!

. . . .

Así llegamos al final de la representacion, entre toses, murmullos, y algun que otro silbido, de que se aperciben los autores cuando presentándose en la escena reciben los aplausos de la *claque.*

VIII.

Al dia siguiente.

(*Juicio de la prensa.*)

El Petróleo (órgano de los intransigentes).—«Anoche, con gran éxito, se estrenó la zarzuela en tres actos, letra del señor Fernandez, música de nuestro correligionario Pepitaña, titulada *El robo de las Sabinas.* La hora en que escribimos estas

líneas no nos permite decir á propósito de ella, sino que *el libro* es muy inferior *á la música*.

La ejecucion, deplorable.»

. . . .

El Trabuco Evangélico (diario católico).—«Anoche, como habiamos anunciado, se estrenó la zarzuela titulada *El robo de las Sabinas*. Asunto tan inmoral y repugnante á las buenas costumbres, no podia tener otro éxito del que tuvo. No obstante, el poeta está en esta obra á una altura á que no ha llegado el músico plagiario de cuanto existe.

La ejecucion fué muy esmerada, distinguiéndose la señorita Eloisa, que lucia unas preciosas botitas de raso verde.

La entrada floja.»

. . . .

El Conciliador (periódico independiente).—«La zarzuela estrenada anoche en el coliseo de Jovellanos, pertenece al género trágico (!!!) y abunda en situaciones que honran á su autor, partidario decidido de las buenas tradiciones de Sófocles, Horacio y Hermosilla.

La música tiene buenos trozos, calcados en nuestros aires populares, con toda la energía de *Meyerbeer*.

La obra dará buenas entradas, y ha sido interpretada á la perfeccion.»

. . . .

Et voila tout.

¡Y despues de esto... vivan Vds. de la literatura y de la escena!!

EDUARDO SACO.

GRANDEZAS DE LOS PEQUEÑOS.

PÁGINAS DE UNA SÁTIRA.

Comer, para vivir; este consejo
un filósofo dió del tiempo viejo:
vivir, para comer; dice don Roque,
grandísimo bodoque,
especie de pelota,
á quien la gente llama *cabezota*,
porque, en verdad, la gasta desmedida,
y entre los anchos hombros medio hundida.
Yo aquí su inteligencia no discuto;
mas el que vé su facha y vé su frente,
sin poder contenerse, dice:—¡Bruto,
irremisiblemente!—
Él lleva el alta y baja
de todos los mercados madrileños,
y amenizan sus sueños,
no celestes visiones,
si no otros espectáculos sabrosos;



de Vich los suculentos salchichones,
haciendo mil piruetas
con doradas chuletas;
bailando los Lanceros
faisanes, como finos caballeros,
con tiernos cochinillos;
y piernas de carneros
ó magros solomillos,
representando, al par, escenas bufas
con perdices, atún, jamon y trufas.
Habladle de Beethoven, de Cervantes,
del divino Platon, Lope de Vega,
Fidias, Goya, Murillo... y si no os pega
ú os dirige miradas insultantes
de lástima y desden, remanga el bezo
y responde al sermon con un bostezo,
ó con las yemas de los dedos toca
sin cesar de su estómago la boca,
especie de piano
que entiende este indivíduo chabacano.
Jamás él hizo apuestas
por cosas grandes, útiles, honestas;
mas si se trata de empinar el codo
y de llenar la andorga,
se calla imbécil, y el que calla otorga,
ó alegre se le rie el cuerpo todo;
mas de este ó aquel modo
apostará con otro barbarote
á quién es más gloton, más hotentote.
Por los toros se pirra,

y si olorosa mirra
no quema este cabestro
ante el gran Lagartijo ú otro diestro,
á la arena echará con desparpajo
pañuelos de valor y ricos puros
de la Vuelta de Abajo.
De corrobla en corrobla
vive este hombre feliz; y aunque le acecha
cólico fulminante con su flecha,
él romperse podrá, mas no se dobla.
Como bravo artillero
muere al pié del cañon; hay quien sospecha
que este, hasta cierto punto, caballero,
ha jurado morir muerte gloriosa,
corona de su vida,
celebrando una expléndida comida
que le haga reventar, si no le hiere
antes, por otras ciento, el miserere.

No olvidaré al insigne Cacaseno,
señor de iniciativa nada escasa,
profeta de lo malo y de lo bueno
y testigo y actor de cuanto pasa.
¿Llueve?—Yo lo anuncié,—dice, y respira
dando crédito él mismo á su mentira.
Pues señor, que no llueve á tres tirones...
¡es claro! ¡si no entró en sus previsiones!
—Baja la Bolsa: amigo don Chanchullo,

compre papel y dobla su fortuna,
ocasion no vendrá más oportuna,
la confianza crece, no hay barullo.—.
Compra papel su amigo,
baja y baja la Bolsa, sube el trigo,
y Chanchullo, de quiebra amenazado,
vende el papel, de prisa,
quedando poco ménos que en camisa;
y exclama Cacaseno sorprendido:
—Su desdicha me aflige;
le está bien empleado, ¿quién se embarca
en la revuelta charca
de la Bolsa á pescar?... Ya se lo dije:
«Chanchullo, mire usted que no respondo.
que hay celage siniestro y mar de fondo.»—
¿Escribe para el teatro
y aplauden la obra nueva
en que otro escritor prueba
que dos y dos son cuatro?
Pues le pone, hecho un ascua,
como ropa de pascua;
segun él, le há robado el pensamiento,
el gran descubrimiento
del siglo, que ignoraba
que un dos con otro dos, cuatro sumaba,
hasta que Cacaseno, con buen sino,
á enseñárselo vino.
El jardin que hoy adorna la plazuela,
el edificio improvisado y bello,
el sereno que vela,

y la fuente que surte al vecindario,
mejoras son tambien que algun plagiario,
á quien él en secreto las expuso,
aprovechó con lamentable abuso.
¿Por recios huracanes sacudida
ayer cayó una torre?...
sus ojos presenciaron la caida.
¿En la Puerta del Sol hubo carreras?
por allí cabalmente transitaba
Cacaseno al notarse las primeras;
y así, de grado en grado, va subiendo
al *summum* de la gloria que soñaba,
este sér estupendo.

La ilustre duquesita
de la Montaña de Oro,
supone que padece su decoro
dignándose mirar á la que habita
rústica choza ó mísera garita,
pues no de carne y hueso cree su casta,
sino fino producto de otra pasta;
y aunque de sangre colorada llenas,
afirma que es azul la de sus venas.
Ahondar quiere la línea divisoria
que del comun rebaño la separa,
y en medios no repara.
Su lengua es pepitoria,
caló particular, al que relieve



dan el aire y extrañas contorsiones
de las altas regiones,
donde, como en Tetuan, hay puntos ricos
en monas graciosísimas y micos.
Su mision en la tierra es importante:
poner la cabellera, que enamora
al círculo elegante,
en las manos de experta peinadora;
dar que hacer y rabiar á la modista,
que de su cuerpo la esbeltez exalta
prestándole á la vez lo que la falta,
ó aquello de que está poco provista.
Ayúdale en la obra
el zapatero, que sudando, ajusta
á la estrecha medida un pié que asusta,
quitándole feroz lo que le sobra.
Sus ímpetus soberbios
paciente sufrirá quien no la iguala
en el nivel de la social escala;
pero nadie la toque... ¡gasta nervios!
comodin que le sirve á maravilla
y de que usa y abusa la chiquilla.
Cuando á este sér de dulce *coram vobis*
se le exalta la bílis,
no es poética Filis;
decid «*ora pro novis*»
y que el cielo os ayude,
pues suele ser un ángel que sacude,
chilla, bufa y araña
convertida en frenética alimaña.

Pero vedla en el Prado..., ¡qué sonrisa!
pasad á Recoletos,
y si poetas sois, cosa es precisa
que os inspire, lo ménos, diez sonetos.
Si á los conciertos vais, donde Beethoven,
y Weber, y Mozart, con otros muchos,
encantan á señores ya machuchos,
y á la vieja lo mismo que á la jóven,
de seguro vereisla allí extasiada;
parece que se abisma
en los cielos su angélica mirada...
¡Qué chasco! de sí propia enamorada,
sólo piensa en sí misma
y en el fútil muñeco
que enfrente bulle descarado y seco.
La gloria, el triunfo magno
de esta gentil doncella,
que obedece á su estrella,
consiste en que se digan, no al oido,
los que de ella se ocupan, si no fuerte:
—Entretiene al marido
de Fulano de Tal; dos generales
por ella tienen hoy un duelo á muerte,
y son dos animales,
pues la moza, con ínfulas de reina,
para ninguno de los dos se peina.
Zutana, que colgado del pescuezo
estrenó anteanoche un aderezo
de esmeraldas y perlas,
que daba gusto verlas,

con el cual presumió que iba á dar golpe
y dentera á otras hembras infelices,
se quedó con un palmo de narices.
La preciosa duquesa,
como siempre magnífica y amable,
(que estaba con el suyo incomparable)
la dejó patitiesa.—

Del cuarto estado, que interés me inspira,
recorro los anales,
y debo confesar que no es mentira,
en él encuentro vicios garrafales.
Ejemplo Cármen sea:
la conocí en pañales
diez y seis años há; ni era, ni es fea,
si tampoco un prodigio de hermosura
que con sólo mirar, á un hombre coma;
pero noto que asoma
la vejez en su calva prematura;
que precoz arruguilla
destruye la tersura
de la rosada frente y la megilla,
y que en los huecos de su boca, varios,
hay ya muelas y dientes solitarios
haciendo penitencia
por yo no sé qué casos de conciencia.
¡Desventurada niña,
flor que avaro ya pide el cementerio,

(y aquí me pongo sério)
no esperes que te riña
y mi sátira agote
en tu horrible miseria el duro azote!
Decir tan sólo intento
cuál es el pensamiento
que dormida y despierta
tus pasos todos por el mundo guia,
y tu ambicion febril mantiene alerta.
En el Rastro principia el mundo tuyo
y en Lavapiés acaba,
en tu oficio mostrándote tan brava,
que, en verdad, no te adulas
creyéndote la chula de las chulas.
Este tu sueño fué, tu ideal éste,
desde que cierta bruja Celestina,
que mate mala peste,
abrió, contigo á solas,
con discursos melosos y floridos
horizontes á tí desconocidos.
Desde entonces acá, marchando suelta,
sin lazo alguno que á tu hogar te ligue,
la más cínica moza y desenvuelta
en obras y lenguaje,
te rinde vasallaje.
En figon, en taberna y merendero,
el bebedor primero
antes en sus entrañas que tú siente
el efecto infernal del aguardiente;
y porque no se encalle

su carro, el que recoge la basura,
ébria te levantó ¡débil criatura!
cien veces del arroyo de la calle.
¡Mira tú, qué grandeza
la que en tí, simplecilla mariposa,
que á la pérfida luz volaba ansiosa,
todo lo grande por matar empieza!

Corro al teatro de los Bufos; lleno
está de bote en bote;
Madrid, Madrid entero da su escote,
aunque el cartel no anuncie que hay estreno.
Todo grande es allí; grande la escena,
donde se vé luchar (como en la arena
de Roma un tiempo, el gladiador valiente
y el leon africano) con la musa,
del can-can nauseabundo inspiradora,
el público pudor, que no la acusa,
y el desprecio viril, que aún atesora,
sobre la infame descargar rehusa.
Grande el autor se juzga (y de él me duelo)
que por matar el hambre que le asedia,
en farsa que abortó levanta el velo
con que un arte, más noble y casto un dia,
supo cubrir lo que cubrir debia.
Grande tambien, con superior grandeza,
júzgase la infeliz que se destoca
del manto virginal de su pureza,

y cínica provoca
el popular aplauso y vil deseo
con impúdica danza y contoneo;
mientras en un rincon, apesarado,
hay quien duda (supongo)
si la escena es escena, ó es mercado
de picante mondongo,
donde, prévio el importe de derechos,
se exponen piernas y lascivos pechos;
ó en fin, escuela de virtud (¡quién sabe!)
pues que la niña va y el hombre grave,
y todos salen de ella satisfechos.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LA PORTERA.

Sepa Vd., señor forastero de mi alma, que esto de las porterías y las porteras es cosa generalizada hace tan poco tiempo, que yo, que aun soy jóven (y ¡ojalá lo fuera todo este siglo y el próximo venidero!) recuerdo perfectamente todas las vicisitudes por que han pasado los portales de las casas de Madrid.

Hace algunos años, y no muchos por cierto, los portales, salvo rarísimas excepciones, estaban completamente abandonados. Sucios siempre, nauseabundos de continuo, y oscuros á todas horas, lo mismo servian de estercolero á los transeuntes y de encrucijada á los rateros que de paraíso á los amantes, y podia considerarse afortunado el inquilino que al retirarse á su casa, entrada ya la noche, no tropezara en el portal con algun gallego que dormia, descansando de las fatigas de un viaje al rededor de un jarro, con una amante pareja que habia escogido aquel sitio para templo de sus deleites, ó con algun Caco traidor que navaja en mano exigia el tributo de su reinado.



Pero llegó un dia en que el interés de los vecinos y la complacencia de los caseros (cosa tan rara aquí como en Madagascar) pusieron la primera piedra de la institucion que habia de llegar á ser nada ménos que el motivo del presente artículo.

Permitióse ocupar una parte del zaguan de la casa á un zapatero ó memorialista que, á cambio del usufructo del portal, adquirió el compromiso de limpiar éste con asiduidad y el de dar noticia á los que la pidieren del nombre y habitacion de los inquilinos; obtuvo despues una bohardilla trastera para vivir, y se comprometió á barrer la escalera una vez al mes; vino más tarde el establecimiento del farol de la escalera, cuya luz costeaban los vecinos y cuya limpieza y cuidado fué cargo de aquel, mediante un corto estipendio; y así sucesivamente, de reforma en reforma, de progreso en progreso, de innovacion en innovacion, llegó á nacer, á crecer, á multiplicarse y á aclimatarse, en fin, la institucion de las porterías y el tipo de la portera que tengo el honor de presentar á Vd.

Y llegó á ser tal la importancia que adquirió la portería, que lo primero de que se acordaba el arquitecto que construia una casa nueva era de levantar en el portal un torreon de tablas ó un castillo de bastidor con sus almenas y puente levadizo, dando así al portero el carácter de señor feudal que llegó á tener en algunas épocas.

¡Ay de aquel que llegaba á subir las escaleras sin *hablar con el portero*, sin pedirle su vénia, sin obtener su *permiso!*

Crea Vd., señor forastero, que todas esas cosas que por ahí se dicen en contra de las porteras, no son sino injurias inven-

tadas por murmuradores desocupados ó por vecinos exigentes que no han conseguido doblegar el espíritu recto de las porteras.

Y cuenta que yo no pretendo disculparlas en lo más mínimo de los defectos que puedan tener. «Que hay algunas quizá chismosas:» sí señor, es cierto; «que son un polizonte eterno de las costumbres, carácter y posicion de los inquilinos:» sí señor; «que ante ellas tiene Vd. contínuamente abierto el libro de su vida:» perfectamente; pero en cambio, ¿dónde encontrará Vd. guardian más celoso de sus propiedades? ¿dónde sirviente más afectuoso? ¿dónde gaceta más noticiera, más exacta ni más abundante?

Empiece Vd. por reconocer la autoridad y supremacía de las porteras, cáptese Vd. como debe sus simpatías, que ellas sabrán corresponder á estas deferencias no abusando jamás de su importante posicion. Con ellas no hay término medio posible: ó la reserva mayor, ó la mayor confianza; ó el cariño más afectuoso, ó el ódio más enconado; ó su proteccion, ó su antipatía.

¡Oh! la portera—¡créame Vd.!—no regatea jamás sus servicios: pero ¡mucho cuidado con que Vd. la regatee sus confidencias! ¡Que no sepa ella por ageno conducto que le cayó á usted el premio gordo de Noche-Buena, ó que le dieron un ascenso en la oficina, ó que allende los mares se le murió á usted un tio dejando pingüe herencia! ¡No la prive Vd. de la satisfaccion de poder decir á la criada de Vd.: «¡Si el mismo señorito me lo ha dicho en confianza!»

Si Vd. llegó á captarse su enemistad, ¡infeliz de Vd.! ella le

delatará cuando venga el acreedor implacable, ella dirá con encono y mala intencion cuando baje el sastre murmurando «La criada dice que no está.» —«Pues sí que está, que yo le he visto subir; sino que en esa casa hay más tapujos y más belenes...»

Pero si Vd. la guarda consideracion, si Vd. la mima y regodea con trozos de diálogo, puede Vd. decir que tiene la sarten por el mango, y en la portera el cancerbero más terrible contra todos los ingleses del universo.

Y bien mirado, ¿qué adelantará Vd. con ocultarle lo que ella pretenda saber? Nada; porque Vd. al fin ha de tener criada, la criada novio, y el novio un agente que sirva de conducto para saber cuándo sale Nicolasa y para recibir envueltas en un papel cuatro cocretas que la muchacha no comió la víspera por guardarlas para su fino amante.

Y este agente es la portera, á la cual ¿qué podrá negarle la criada, si á cambio de cortarle á Vd. un vestido (cosa facilísima y corriente entre mujeres) ofrece á sus amores una proteccion omnímoda?

Y por la criada sabe que Vd. es un bribon: que juega cuanto gana; que tiene metida en un puño á su infeliz consorte; que conspira Vd. contra este órden de cosas; que tiene usted una querida en tal parte; que en casa todo anda manga por hombro; que está Vd. á la cuarta pregunta, y eso que el destino es de *manos puercas*, de lo cual la criada puede dar certificacion... y, en fin, otros mil pormenores que la muchacha cuenta y que no son para enumerados aquí.

Y ¡gracias si su esposa de Vd. no tiene primos en cuarto

grado! Porque si los tiene, la venganza de la portera es terrible. Ella le dirá al primo las horas á que Vd. sale y entra; que la señorita llora cuando está sola; que ayer hubo un escándalo por un miserable vestido de seda que Vd. la negó; que anteayer empeñó Vd. el relój para comer, y en fin, que á los ojos del primo la esposa de Vd. es una esclava á la cual es preciso manumitir á todo trance. Entonces el primo le dá una carta para que la haga llegar á manos de la señorita sin que nadie se entere, y dá con la carta medio duro *para hacer memoria*, con lo cual Vd... ¿me explico?

¿Vé Vd. bien los inconvenientes que tiene el enemistarse con la portera? Pues otras tantas son las ventajas que reporta el captarse sus simpatías.

Porque viene Vd. de la calle, y no hay gaceta que relate con más fidelidad y precision lo ocurrido durante su ausencia:

—Tome Vd., señorito, esta carta que ha traido un hombre de estas y estas señas, y que mañaha volverá por la contestacion.=Tome Vd. el periódico que acaba de traer el repartidor.=El señor de... Fernandez creo que ha dicho, que esta noche le espera á Vd. en el café, y que cómo se vende usted tan caro.=De parte de la señorita, que no la espere Vd. á comer, que han venido á buscarla las señoras de García.=¡Ah! se me olvidaba: tome Vd. las llaves, que la muchacha ha ido por el pan, y vuelve pronto...

¡Ah! portera, sublime portera, inconcebible portera, modelo de gratitud y cariño, personificacion de la dulzura y de la modestia, vén acá, preséntate á este cal lero, lector mio, fo-

rastero accidental, que oyó hablar en su pueblo de las porteras que hay en las casas de Madrid, y que hasta ahora te confundia con un guarda rural, siendo tú una parte de la familia de todos tus vecinos.

¡Ahí la tiene Vd., caballero!

¡Caramba! ¡y si Vd. viera qué poco cuesta tener contenta á la portera!

Una propina en Noche-Buena; otra el dia del santo de usted; otra cuando cumple años la señorita; otra en la enhorabuena por el recien nacido; una memoria si se murió la señora mayor, que «¡era tan amable!» y ella «¡la queria tanto!;» unas cuantas torrijas el dia de Jueves Santo para que Tomasa las pruebe; desechos de ropa para que se la arregle al marido (honradísimo albañil que solo se *alegra* los sábados), y en fin, esas otras pequeñeces que la expontaneidad del verdadero afecto indican, y que hacen de la portera una esclava de Vd. que solo piensa en captarse sus simpatías y confianzas.

Y ¿dónde ha visto Vd. mujer más diligente, más trabajadora, más aseada que la portera?

Apenas la luz del alba dibuja los objetos, la portera abre las puertas de la casa, barre y riega el portal y sacude el polvo; si es sábado, barre la escalera; si es domingo, limpia los dorados aldabones; despues hace el almuerzo á su marido; luego charla un poco con la tendera de enfrente, á la que profesa ca-



riño tercianiario, es decir, de Páscuas á Ramos, y luego... ¡á rabiar! sí señor, ¡á rabiar!

Porque sube el carbonero, y no sé cómo se las compone, ¡parece que lo hace de propósito! le llena de cisco la escalera; sube una criada, y derrama el aceite, perjudicando á su amo y á la portera á un tiempo; sube un aguador, no se limpió los zapatos en la estera del portal, y en cada escalon deja impresa su descomunal huella.

———

¿Y para contestar á las mil preguntas que la hacen? ¡Qué paciencia necesita la infeliz!

—¿Ha salido ya D. Luis?—No sé; arriba se lo dirán á usted.

—Diga Vd., portera, ¿vive aquí uno que está empleado en eso de la sal?—Si no dice Vd. su nombre, ¿cómo lo he de saber?—Él es uno bajito, con bigote negro, que habla un poco farfalloso...—No señor; de esas señas no vive aquí ninguno.

—Portera, ¿ha venido el cartero?

—Portera, ¿quiere Vd. dar este libro á D. Enrique cuando baje?

—Portera, dígale Vd. al casero que hay que blanquear la cocina.

—¡Portera!... ¡Portera!...

«Crea Vd., dice ella, que todas las noches me acuesto rendida; ¡no hay quien resista el *trajin* de esta casa!»

———

Opino que la portera ha de ser vieja, ı aı y l ladora. Si la portera no fuera vieja, ¿cóı

niente á pedirle que entregue á la jóven del segundo de la derecha una esquela de amor? ¿Cómo, no siendo vieja, podria ver con calma que un amigo de la recien casada del principal entra en casa precisamente cuando el infeliz marido se halla en su ocupacion cuotidiana? ¿Cómo sufriria ella que la hija del comandante del tercero abra la puerta y salga á la escalera (á escondites de mamá) á comunicar á un jóven poeta el fuego de su pasion, y quizás... quizás... los ardores de sus carmíneos lábios?

Y si la portera no fuera robusta, ¿cómo podria sufrir en aquel desvencijado cuchitril las inclemencias del rudo invierno?

Y si no fuera habladora... ¡vamos! ¡si no fuera habladora, no podria ser portera!

Porque supongamos que vive en el piso segundo un D. Bartolomé que es el tipo de la prudencia y de la reserva, que sube y baja sin detenerse nunca en el portal, sin preguntar jamás á la portera por su salud; un hombre de estos cuya conversacion, segun ella dice, se reduce á «¡Buenos dias!» ó «¡Buenas noches!» ni más, ni ménos.

Esto á ella ni le agrada ni le ofende, pero escita su curiosidad. ¡Estar dos meses en la casa, y no saber aun qué hace, en qué se ocupa, de qué vive D. Bartolomé! ¡Qué sacrilegio!

Pues bien: á la corta ó á la larga, la portera averigua lo necesario, porque viene un cobrador de contribuciones, un mandadero de archicofradía, un... forastero, como Vd., lector mio, y...

—¿Dónde vá Vd.?—Al segundo.—¿Izquierda, ó derecha?—Derecha.—¡Ah, vamos! á casa de D. Bartolomé.—Eso es; ¿está en casa?—No sé de fijo: ¡como él pasa... así, de refilon.—Sentiria subir inútilmente.—Quizá esté todavía, porque él parece que anda malucho. Yo le veo estos dias cabizbajo y digo: Señor, ¿qué tendrá este D. Bartolomé? Porque yo le aprecio, ¡sí señor! él parece buen sugeto; pero es poco... franco, muy poco franco... ¿Sabe Vd. lo que pasó el otro dia?

A los pocos minutos, la portera se ha enterado de todos los pormenores que conciernen al recatado D. Bartolomé. ¡Inútil recato!

En fin, es preciso reconocer que la portera es un agente utilísimo en muchas ocasiones.

¿Se despidió de pronto la criada? Pues llamar á la portera hasta que venga otra. ¿Hay que ir volando á la botica? La portera irá. ¿Hay que avisar al comadron? La portera... ¿Sale usted á baños? ¿No sabe Vd. á quién encargar el cuidado de su casa? ¡A la portera! ¿Necesita Vd. un duro con todo secreto? Pues secretamente, y á la portera. ¿Necesita Vd. escribir un tipo para un libro de costumbres? Pues, hombre de Dios, ¡escriba Vd. La Portera!

Créame Vd., señor forastero; la mayor parte de los caballeros que le hablan á Vd. en este li[illegible] cosas más agra-

dables que yo; pero ninguno quizás le hará la propuesta que yo le hago:

«Vaya Vd. por esas calles, escoja Vd. entre las porteras la que crea mejor, llévesela á su provincia, trasplante Vd. el tipo, estúdiele detenidamente, y si al cabo de algun tiempo no ha reconocido sus ventajas, si no está Vd. satisfecho de ella... ¡vamos! yo pago el viaje de ida y vuelta.»

¿Qué más puedo hacer?

MANUEL MATOSES.

LA REDACCION DEL PERIÓDICO DEMOLEDOR.

—¡*El Rayo!*

—¡*El Rayo!* ¡*El Rayo!*

—El primer número de *El Rayo*, eco de la fraternidad universal.

—¡*El Rayo!* con las sentencias de muerte de Pí, Castelar, Figueras, Orense, etc., etc.

Al oir estos gritos por esas calles del gobierno, cualquier forastero se preguntará: «¿qué es *El Rayo*?»

Pero los que vivimos en esta elegante y distinguida capital de España, enseguida caemos en la cuenta.

El Rayo, nos decimos, es un periódico demagógico, que viene á la prensa con la mision elevada de destruir la sociedad actual, levantando sobre sus ruinas un patíbulo para las sociedades que vengan despues.

Es un gorro frigio sin cabeza.

Y efectivamente, el forastero adquiere por dos cuartos la felicidad de poseer un ejemplar de *El Rayo*, y la bienaventuranza de no poder dormir en toda la noche, si tiene la debilidad de l[illegible], que sí la tiene, siquiera el artículo de fondo.

El lema del diario, es el siguiente:

«Abajo el pasado y el presente, arriba el porvenir.»

Esto és: faldas arriba y calzones abajo, como decía un predicador que floreció ó fructificó en Madrid á principios de este siglo.

A los lados del título del periódico se ven dos rectángulos imitando dos losas funerarias, y dentro de ellos dos máximas humánitarias.

La de la derecha dice: «Pan y guillotina.»

Y la de la izquierda: «Salud y petróleo.»

La cabeza ó epígrafe del artículo de fondo, dice en letras muy gordas:

«Pueblo, hénos aquí dispuestos á asesinar á tus miserables verdugos, á pulverizar á los tiranos que te roban, que te envilecen, sujetando á los frágiles é inocentes entre tus hijos al fallo de un juez asalariado y bandido.»

«Sí, porque el código es la rémora de la libertad de los pueblos, y los presidios el pago que dan los ladrones y los apóstatas á los honrados trabajadores.»

«¡A las armas! ¡A las armas! ¡Estamos envilecidos!

Et sic de ceteris.

El efecto que un periódico semejante produce, es indescriptible. Hay quien se marcha de Madrid y de España á los dos dias de leer algunos de los belicosos artículos de *El Rayo*; hay quien cierra las puertas de su casa y toma el rewólver, de cuyo argumento no vuelve á separarse ni en sueños; hay quien llora, quien limpia el fusil y se coloca la canana como si hubiera llegado el momento de poner en práctica las teorías de *El Rayo*, y hay quien goza con tanto desatino y se rie de los crédulos y de los publicistas de bodegon.



Y seguramente si los timoratos pudieran conocer á algunos de los redactores y aparecerse un dia por la redaccion donde se elabora el fenómeno demoledor, no le tomarian tan en sério ni se preocuparian por la aparicion de *El Rayo*.

Figúrense ustedes, los provincianos, los que, para su honra, no comprenden el puf de la villa coronada y sus detalles, que la redaccion de *El Rayo* está situada en una de las calles más insignificantes de Madrid, y en un piso bajo, porque los redactores creerian que faltaban á sus principios si la redaccion se estableciese en buena calle y en un piso principal.

La habitacion es oscura, húmeda y huele á queso.

Está prohibida la limpieza, como un achaque vanidoso de las clases privilegiadas de la sociedad, porque todos los hombres limpios se consideran como pertenecientes á una de esas clases favorecidas injustamente por los malos gobiernos.

No hay ordenanzas ni criados en la redaccion por evitar igualmente ese estigma social á algun indivíduo y por no aumentar el gasto. El director cierra los paquetes y los lleva al correo, y los redactores alternan semanalmente en la práctica de los asuntos de primera necesidad. Es decir: suben la bebida de la taberna más próxima y echan tinta en los tinteros; ambos líquidos indispensables para el trabajo que voluntariamente se han impuesto unos cuantos hombres desinteresados por prestar un servicio á sus hermanos del pueblo.

El reparto se hace tambien por ellos mismos.

Se reduce el mobiliario de la redaccion á una mesa de pino, pintada por el tiempo, y algunas sillas que fueron de Vitoria y en la actualidad ya han renegado de su origen muchas veces.

Sobre la mesa se ven muchas cuartillas y un par de jarros

manchegos que contienen algunos litros de peleon, dos ó tres tinteros de modesto plomo, rewólvers, navajas, sables de caballería y un trabuco.

El director fraterniza con sus co-redactores, y se comunican unos á otros los planes maquiavélicos de la revolucion que siempre se está acercando y luego se desvanece como una figura de fantasmagoría.

A la hora de redactar el diario demoledor, cualquier hombre cuerdo pasaria allí un buen rato.

El director está pensando el artículo de fondo, los redactores hojean la prensa que les hace el honor de admitir el cambio, y recortan papelitos, soñando recortar cabezas, y arrojando con indignacion los periódicos despues de hacerlos la auptosia.

De cuando en cuando se oyen discusiones como la siguiente:

El director á uno de los redactores.—¡Otra remesa de *bigradieres*! ¡Esto es infame! ¡Las tijeras!

El redactor.—Tómalas, y ya te he dicho que se dice *brigadieles*.

Otro redactor.—¡Ham! *(comiéndose un suelto de El Imparcial.)*

El impresor (entrando con la gorra calada hasta encontrar el obstáculo de las orejas.)—¿Todavía existen los ladrones que nos oprimen? ¡Original!

El director.—Bebe y aguarda, que no soy ningun esclavo.

El impresor bebe en uno de los jarros y se limpia el morro con el dorso de la mano.

Un redactor.—Como en tu casa se ha tirado un periódico conservador, has tomado unas mañas...

El impresor.—Yo soy más libre que tú cien veces.

El redactor.—¿Más? Yo no me he vendido nunca.

El impresor.—Ni yo, que gano mi trabajo con el sudor de mi establecimiento.

El director.—Hay en mi vecindad un empleado que hasta que no le corte el cuello, no estoy contento. ¿Quién ha visto *El Progreso?*

Un redactor.—Y yo á mi casero.

El diario demoledor va saliendo insensiblemente de aquella asamblea, y al siguiente dia es el asombro de las gentes sencillas y el encanto de sus redactores y de una docena de personas de lo más escogido de la *nobleza*, que le oyen deletrear al mozo de cordel ó al zapatero de viejo.

En la redaccion de *El Rayo* se celebran clubs á puerta cerrada y se reunen en familia los hombres más calientes por la bebida que viven en el barrio.

Allí se hace el reparto *in menti* de la casa del vecino y de las mercancías del tendero que vive enfrente. Allí se dictan las primeras disposiciones para el momento de la lucha á mano armada, y se reparten nombramientos imaginarios de magistrados y ministros.

En aquella redaccion todo es imponente. Si tienen ustedes la desgracia de entrar á suscribirse al diario, para ayudar á la digestion, todos los colaboradores echan mano á la navaja ó al espadin ó al trabuco, y les echan á ustedes el quién vive.

Si observan que algun individuo pasea por delante de sus rejas aguardando á la muchacha que vive en el piso segundo, ó haciendo señas á la que vive al lado, se escaman y le consideran como un esbirro del Gobierno, ó un espía puesto por el Gobernador, ó por el Capitan general del distrito, ó por el Vicario eclesiástico.

De seguro en el número correspondiente al dia inmedia-

to, insertarán un suelto en que se diga poco más ó ménos:

«Sabemos que se nos vigila, que se intenta atropellarnos, herirnos á traicion.»

«Pues bien; que vengan, que vengan, que vengan ciento contra uno, mil contra uno, un millon para cada uno...» (Errata de imprenta, cuya realizacion no desesperia á ninguno de los redactores de *El Rayo*.)

«Que vengan y hallarán la muerte.»

«Muerte á los tiranos.»

«Muerte á los bolsistas y monopolizadores.»

«Muerte al clero y á la aristocracia y á la clase media.»

«¡Muerte al capital!»

Despues se leen en voz alta el suelto en cuestion, y todos juran morir en donde puedan, antes que dejarse tiranizar ni venderse.

Y así suele suceder á algunos por no hallar quien los compre.

Algunas veces turba la buena armonía de la redaccion un disgusto pasagero, y aun otras varias el periódico sucumbe por desavenencias entre los redactores.

La cuestion administrativa suele ser la causa de uno y otro.

El diario no se vende, la suscricion no aumenta y se planta en cincuenta ejemplares en toda España, extranjero y Ultramar. Y aunque el pago de la suscricion ha de ser adelantado, muchas veces no lo es, y aun cuando lo sea, con el producto de cincuenta números no puede sostenerse una publicacion tan esmerada como *El Rayo*.

Se empieza por la falta de papel y se concluye por la carencia absoluta. En este caso el periódico muere, pero muere con honra; su artículo de despedida amenaza á la sociedad con el

próximo cataclismo, y la redaccion de *El Rayo* dice que deja la pluma para echarse al campo, lugar donde halla consuelo el afligido y se esparce el ánimo, principalmente si es en primavera.

El director dice por todas partes que su periódico ha muerto á mano armada por los sicarios del gobierno. Los redactores hacen correr la noticia de que se ha vendido el director, lo cual se conoce enseguida que se vé su levita, y se demuestra al contemplar su sombrero.

El puñado de lectores habituales de *El Rayo*, no sabe á qué atenerse, ni aun cómo sostenerse algunas noches, que se embriaga en la taberna adonde concurre con el dulce néctar de la política patibularia.

Durante algunos dias aparecen en diferentes periódicos las oraciones fúnebres compuestas para estos casos.

Unos dicen: «Nuestro colega *El Rayo* ha cesado de publicarse: más vale así.»

Los más enemigos, pero encubiertos, le dedican un piropo y dicen: «*El Rayo*, órgano de los más entusiastas demagogos, ha suspendido su publicacion. Lo sentimos de veras, porque era un periódico muy recomendable por su energía y buenas formas.»

En otros se lee: «Nuestro querido colega y correligionario ha muerto á traicion: no teman sus hombres, que aquí quedamos nosotros. Salud y patíbulo.»

Y, por último, los diametralmente opuestos, le largan el siguiente responso:

«Ha caido *El Rayo*; pero por fin ha caido en despoblado, y ya se encargará de él la guardia civil.»

Suele suceder que alguno de los redact[illegible] periódico de-

moledor, al poco tiempo de dejar de serlo, empieza á vestirse de persona, y á afeitarse y á colocarse en alguna oficina del Estado. Desde aquel momento ya no vuelve á pensar en los cataclismos. Por el contrario, cada vez que oye hablar de crísis se estremece, porque aunque todavía se conserva puro, segun él, comprende que con tantas agitaciones no hay gobierno posible, y que no está el pueblo preparado aún para las grandes reformas sociales, y que veinte ó veinticinco duros de paga segura, le dan bastante á él para comer menos demagógicamente que solia hacerlo.

De prudentes es mudar de opinion, y no habrá quien censure á un pobre hombre que, en lugar de echarse al campo, como él ofrecia en *El Rayo*, se ha echado al presupuesto. O lo que es lo mismo, que en vez de echarse á perder se ha echado á ganar.

Y como tambien es de prudentes no cansar á los lectores con impertinencias como las que dejo apuntadas, me despido de los mios, poniendo aquí punto final.

E. DE LUSTONÓ.



EL TENDIDO DE LOS SASTRES.

Era un-dia de Mayo, uno de esos dias en que la naturaleza parece haberse adornado con todas sus galas. Sol radiante, cielo puro, atmósfera impregnada de perfumes, todo, en fin, lo que constituye un verdadero dia de primavera.

Sonaban las cuatro de la tarde, y yo, acompañando á un extranjero, bajaba por la calle de Alcalá, llena, á la sazon, de una multitud que ocupaba toda la calle, estrecha para contener tanta animacion, tanta alegría.

Iban y venian toda clase de carruajes, desde la modesta berlina de alquiler y el ruidoso y barato ómnibus, hasta la aristocrática carretela ó el ligero tílburi.

—¿Qué es esto? me preguntó asombrado mi amigo el extranjero.

—Deploro, le contesté, no haber sabido hasta este momento que hoy es la primera corrida de toros de la temporada.

—¡Toros! exclamó. Y en la ento[illegible] á [illegible]a pa-

labra conocí todo el interés que inspiraba á mi amigo una funcion para él desconocida.

Decidido á que gozase de este espectáculo, el más nacional, y el que indudablemente retrata mejor el carácter de nuestro pueblo, busqué algun revendedor á quien comprar billetes, pero fué inútil. Los matadores que debian lidiar eran famosos, los toros escogidos y de renombradas ganaderías, la funcion extraordinaria, y en las primeras horas de la mañana se habian despachado los últimos billetes.

Nos quedaba, sin embargo, la esperanza de que algun revendedor estuviera en las cercanías de la plaza, segun costumbre, y subimos á un ómnibus animados de esta última ilusion, desvanecida en cuanto nos apeamos.

Apenas habíamos llegado á la plaza, cuando hirió nuestros oidos el toque que anunciaba la salida del primer toro.

—Casi me alegro, dije á mi amigo, de no encontrar billetes, porque ya ha tenido lugar lo que acaso únicamente hubiera agradado á Vd.

—¿Y qué es ello?

—El despejo, la salida de la cuadrilla, el saludo, y sobre todo el aspecto especial que ofrece la plaza antes de comenzar la corrida. Pero, descuide Vd., que el domingo próximo no faltaremos, y verá Vd. el espectáculo completo.

—¿Lo hay todos los domingos?

—Todos.

—¿Y cuántos toreros mueren en cada corrida?

Me reí de la pregunta de mi amigo; desvanecí en lo posible la preocupacion que los extranjeros abrigan respecto á lo terrible de este nuestro espectáculo nacional, y hablando de ello dimos una vuelta en torno á la plaza.

Pocos de mis lectores serán seguramente los que no hayan asistido á una corrida de toros, por escasa aficion que las tengan; pero de fijo serán aun menos los que habrán visto ese espectáculo en su aspecto más repugnante: el que ofrece visto desde fuera de la plaza en el sitio que no sé por qué razon llaman *el tendido de los sastres.*

Ignoro, como he dicho, por qué lleva tal nombre; y como creo que no interese mucho á mis lectores, me excuso de hacer preguntas sobre el particular á los que pudieran enterarme.

El llamado tendido de los sastres es el arrastradero ó lugar por donde sacan las reses muertas.

Por el mismo entran ya formados en órden los toreros y su acompañamiento, y este es uno de los alicientes que llevan más concurrencia al sitio citado.

Tiene este entre la gente baja aquella denominacion, y como el anfiteatro de la plaza se halla dividido en quince tendidos, suelen llamar por burla al lugar de que nos ocupamos, el tendido número 16.

Así es muy comun el siguiente diálogo entre los granujas madrileños:

—¿Vas á los toros?

—¡Pues nó!...

—¿Y á qué *tendido*?

—¡Al número 16!

Mucha concurrencia habia la tarde á que me refiero en torno á la plaza; naranjeros, aguadores, paseantes, gente tendida disfrutando del sol; una multitud, en fin, que prestaba gran animacion al sitio.

Pero si numerosa era la concurrencia en todo el círculo ex-

terior de la plaza, era mucho mayor en el tendido de los sastres.

Estaba totalmente ocupado por un gran número de extraños tipos, para mí tan desconocidos como para mi extrajero acompañante.

Allí mujeres, viejos, mozos, chiquillos, todos en revuelta confusion parecian esperar algo que les interesara, y entre ellos nos detuvimos, con objeto de saber lo que aguardaban con tanta ansiedad.

Estaba yo mirando con extrañeza á un hombre de unos cincuenta años, seco, mal vestido, con un viejo sombrero de copa, cuando se acercó á él otro hombre de la misma edad próximamente y de muy semejante aspecto.

—¡Hola, amigo! dijo al que ya estaba allí el recien llegado; yo creí que no venia Vd. esta tarde.

—Malucho ando, le contestó; pero ¿qué quiere Vd.? la aficion no le deja á uno parar en casa. Y luego, como me han dicho que se espera tanto de la corrida...

—Eso dicen; allá veremos...

—Siéntese Vd., si puede.

—Sí, aquí hay hueco.

—No *arrempuje* Vd., grita un muchacho á quien el viejo pretendiente quita parte del asiento; ¡el demonio del tio!

El aficionado se hizo el sordo, y logró ocupar un hueco.

—Bien podia Vd. venir antes si queria ver la funcion, añadió el chiquillo.

—O tomar un palco, dijo otro.

—¡Valiente cara de palco tenemos todos! exclama un tercero.

En esto sonó el toque de clarines que anunciaba la suerte

de banderillas. Un momento despues se oyó un aplauso cerrado.

—El *Cuco* ha sido, de seguro, quien ha puesto ese par, exclamó el aficionado. ¡Es mucho *Cuco*!

Una silba prolongada entre un vocerío infernal se dejó oir entonces.

El público del tendido de los sastres, no teniendo otra cosa que hacer hasta que para él comenzase la funcion, silbó lo mismo.

Tocaron luego á matar, y repitiéronse durante *la suerte* las mismas contrarias demostraciones por parte del público.

Por fin los golpes de timbal, el toque de clarines, un aplauso mezclado con agudos silbidos y el comienzo de una jota por la banda que asistia á la funcion, dió á conocer que la lidia del primer toro habia terminado.

—¡Ha matado caballos! exclamó uno de los viejos viendo que entraban en la plaza los dos troncos de *mulillas*.

Al abrirse la puerta del arrastradero y la de la barrera, los concurrentes al tendido número 16 avanzaron la cabeza, y algunos abandonaron su puesto con objeto de ver parte del *redondel*.

El ruido de las primeras mulas que se acercaban, y los gritos de los que las conducian, hicieron replegarse á los curiosos que vieron pasar un pobre caballo arrastrado, lleno de heridas y con las tripas fuera.

Mi amigo cerró los ojos instintivamente.

—¡El toro es *corniveleto*! dijo al otro uno de los viejos. Vea usted las heridas del caballo qué profundas son.

—No lo crea Vd.; es *cornigacho*, y la prueba es que las tiene todas muy bajas.

—Esa no es razon, porque puede que sea *bicho* que *humille* mucho.

—¡Otro! ¡otro! exclama la gente al ver que arrastraban un caballo más.

—Ahí tiene Vd. la prueba de lo que digo, añadió el vejete: ahora me afirmo más; el *bicho* es *corniveleto*. Vienen los *pencos* traspasados.

—Pues verá Vd. como tengo yo razon.

—Poco tardaremos en verlo.

—¡Otro! ¡otro! gritó entusiasmada la concurrencia.

—¡Valiente toro! ¡Tres caballos!

—Bien decian que iba á ser buena la corrida.

—Ahora veremos qué tal muerte han dado al animal.

Esto fué lo que más llamó mi atencion. ¿Cómo iban á juzgar al matador los que no le habian visto? Pues sí, amigo lector, sí, lo juzgaban.

Sacaron, por fin, arrastrando el toro, que era hermoso animal, chorreando sangre, patas arriba y con la lengua fuera. ¡Con qué entusiasmo fué acogida su aparicion!

—¡Hermoso bicho! exclamó el vejete; berrendo en *blanco*, de gran estampa y *corniveleto*. ¿Vd. lo ha visto? preguntaba con aire de triunfo á su compañero.

Y decia que sí lo *habia* visto, porque á la sazon ya ni él ni el otro podian verlo.

Pasaron al animal con tal velocidad, y lo metieron tan pronto en la carnicería, donde habian de descuartizarlo inmediatamente, que no hubo tiempo para que los aficionados hicieran de la res más detenido exámen.

Sin embargo, se entabló entre los dos viejos citados el diálogo siguiente:

—Llevaba varios pinchazos. Lo que es Cayetano no se ha lucido esta tarde. Una de las estocadas me ha parecido verla juntò á la barriga.

—Calle Vd., hombre, replicó el otro picado aun por no resultar el toro *cornigacho*; calle Vd. Si lo que Vd. cree estocada era una *vara corrida*.

—¡Está Vd. enterado de varas! La herida era de estoque.

—Le digo á Vd. que nó.

—Y yo que sí.

—Pues lo que yo aseguro es que el animal no tenia ni un pinchazo en el *morrillo*.

—¡Aviado está Vd.! Ese toro ha sido muerto por todo lo alto.

—¡Qué barbaridad!

—¡La barbaridad es lo que Vd. dice!

—A mí no me llame Vd. bárbaro.

—Usted á mí tampoco.

No sé cómo continuó el diálogo; solo puedo decir que un minuto despues, y cuando en la plaza sonaba un griterío infernal, vinieron á las manos los dos viejos, lo cual produjo no menor algazara entre el público del tendido de los sastres, que la que parecia haber entre el de la plaza.

—¡Que se pegan dos *cabayeros*! gritaba un chulillo.

Y reia la gente con toda su alma, y mi asombrado amigo abria los ojos y se ponia de puntillas para no perder un detalle de la contienda que tenia lugar entre un compacto grupo que se habia formado al rededor de los viejos.

A los pocos momentos salió uno de ellos con el sombrero más apabullado que antes, el poco pelo que le quedaba en desórden, rota una manga de la levita, y con una señal infalible

en el rostro de haber recibido una bofetada por *todo lo alto*, como él aseguraba que habia sido muerto el toro.

—La culpa tengo yo, decia á gritos; la culpa tengo yo de sentarme entre esa canalla.

La canalla, sin incomodarse por tal calificacion, le despidió con una silba general, que hizo al vejete apresurar el paso.

El otro, no en mejor estado que su competidor, se quedó para continuar gozando del espectáculo, recibiendo á sangre fria las cuchufletas de la gente.

En esto aumentó el griterío dentro de la plaza.

—¡Fuera!

—¡Nó!

—¡Sí!

—¡A la cárcel!

—¡No lo entiende ustéé! ¡No lo entiende ustéé!

—¡Que maten al presidenteeeee!

Todos estos gritos, mezclados, confundidos en uno solo, sobre el cual sonaban silbidos agudísimos, llegaban hasta nosotros en confuso vocerío.

Mi amigo no entendia todo lo que gritaban. Yo, más acostumbrado á oirlo, distinguia perfectamente todas las frases citadas y algunas más que no puedo permitirme consignar.

—¿Qué pasará dentro? me preguntó el extranjero algo alarmado.

—Eso es, amigo mio, le dije, que un picador ha hecho mal la suerte que le está encomendada.

—¿Y cómo sabe Vd. que es un picador?

—Porque entre los insultos que he oido gritar ha sonado la palabra *tumbon*, galantería que el público reserva para los picadores.



—¡Allí se pagan! exclamó de pronto mi amigo.

En efecto, á pocos pasos de nosotros un grupo numerosísimo rodeaba á alguien que levantaba un palo y daba fuertes golpes.

Al acercarnos salimos de nuestro error. El apaleado era uno de los caballos que habíamos visto arrastrar, y que con otros desgraciados compañeros iba á ser colocado en un carro para ser conducido Dios sabe á donde.

El que se ocupaba en darle golpes era un jovencillo que parecia gozar grandemente con tal ejercicio, así como los demás, que se entretenian mirándole, y otros que pinchaban con navajas al pobre animal, caliente aun.

Pero este espectáculo perdió todo su atractivo en cuanto otro de interés más palpitante se ofreció á tan humanitario público.

Para honra de nuestra nacion quise evitar que un extranjero lo presenciase, y procuré alejar á mi amigo del famoso *tendido de los sastres*, pero no logré conseguirlo. Todo aquello, tan brutalmente nuevo para él, parecia interesarle sobremanera. Vimos, pues, la nueva diversion de aquella gente.

Por otra puerta cercana al arrastradero, acababan de sacar un caballo, que de milagro se sostenia en pié, y hácia el cual se precipitaba la concurrencia.

Dejó á la ya moribunda víctima el que la conducia, relucieron en el aire algunas navajas de los *aficionados* que encontraban allí su mayor recreo, y lanzándose al animal le hicieron anchas heridas, por las que brotaron caños de sangre. La agonía del pobre caballo fué horrible... no quiero recordarla.

Aquello era como una cátedra donde se aprendia á dar puñaladas, allí se ejercitaban en hu ja por donde no ha-



llase resistencia; buscaban á porfía las navajadas de muerte, y se conceptuaba el más dichoso, quien con la suya conseguia matar al noble bruto. ¡Horrible aprendizaje que acaso dé más tarde sus resultados!

Ignoro si al construir la nueva plaza de toros harán un patio donde sin público que lo presencie, den muerte á los caballos que salgan del redondel heridos. Si no han pensado en ello, tiempo es de hacerlo aun y evitar así el más degradante, el más escandaloso, el más inmundo de los espectáculos.

Acababa de caer muerto el caballo cuando la música que sonaba en la plaza, una salva de aplausos y el movimiento de los espectadores del tendido de los sastres nos hizo comprender que otro toro iba á ser arrastrado.

Se reproduciria con ligeras variantes la escena que habíamos presenciado, y ni mi amigo ni yo estábamos dispuestos á verla de nuevo.

Nos alejamos de allí.

Yo iba como avergonzado; buscaba un medio de disculpar la costumbre bárbara que el extranjero acababa de ver y no conseguia encontrarlo.

—Siento, dije por fin, que haya Vd. visto el espectáculo en su parte más repugnante; pero asistiremos á la próxima corrida, y se reconciliará con él seguramente.

—Creo que no, dijo. Me parece que he de preferir el *box* en materia de luchas. Es mucho más excitante que contemplar un caballo muerto, ver un hombre con las narices aplastadas, un ojo fuera y diez ó doce huesos rotos.

—¡Caracoles! exclamé para mis adentros al oir la serenidad con que el inglés decia aquello; bien asegura nuestro refran: *En todas partes cuecen habas...*

Para terminar, y aun á trueque de que me demanden de injuria y calumnia los choriceros madrileños, daré un consejo á que me obliga el recuerdo de aquellos caballos: amigo lector, no comas salchichas cuando se lidien toros de muerte.

M. RAMOS CARRION.

LA SOIRÉE DE LOS SEÑORES DE MACACO.

I.

Monaguillo en la iglesia de su pueblo hasta los doce años, mozo de tahona hasta los veinte, vendedor ambulante de bisutería despues, y á los treinta dependiente de una tienda de comestibles en la Habana.

Amor sensible á la hija de su principal, dos años durmiendo sobre el mostrador, un casamiento, dos primogénitos, la herencia de la tienda, una contrata de harinas averiadas para el suministro de las tropas, media docena de contrabandos... y ¡cátese usted al ex-monaguillo hecho hombre de pró!

Este es D. Macaco.

De regreso á la Península se propone ser benéfico sin aminorar sus millones, pero aumentando su fama, y toma carácter político.

Al efecto le dice á su mujer, á quien tiene por más sábia que á la Sibi[illegible] Cumes:

—Ruperta, quiero que tengas tratamiento.

—Pero hombre, le contesta ella, si ya el médico me lo dejó por escrito; y á fé que desde que lo uso, voy recobrando la salud.

—No es ese el tratamiento de que yo hablo.

—Pues ¿cuál?

—El de majested ó alteza.

—Macaco, hijo mio, ¡si esos no los tiene más que el rey!

—Y á mí ¿qué me importa? El mismo que se los ha dado, puede dármelos á mí.

—Y ese mismo, ¿quién es?

—El pueblo pagano.

—En Cuba no se conoce más pueblo que el negro, y es católico.

—Bien, es cuestion de colores.

—Pero dí, Macaco, creo haberte oido decir en la Habana que eras republicano.

—Aquellos tiempos eran otros. Tenia la esperanza de que mandasen los mios, y como en mi pueblo habia muchos bienes amortizados, la idea de desamortizarlos en mi provecho me hizo vivir con la esperanza. Pero llegó la *gloriosa* (que santa gloria haya), demolió la monarquía, expulsó á la ominosa raza de...

—¡Calla, por Dios, que aun recuerdo aquellos vivas que le dabas en el paseo de Tacon cuando te concedieron el suministro de harinas para el ejército!

—¿Y qué? ¿no espuse mi capital?

—Nó, Macaco; lo que espusiste fué la salud de los soldados, que á poco revientan con el pan fabricado con tus harinas.

—¡Sí, que les iba á dar candeal! ¿Para qué es uno comerciante?

—Tienes razon; y gentes conozco que han desplumado al lucero del alba, y se pasean en coche, más gordos y rollizos que fraile carmelita, sin que nadie se meta con ellos. Así, pues, házte excelencia, si no puedes otra cosa, y vivamos como Dios manda, codeándonos con duques y marqueses.

Aquí llegan, cuando suena la campanilla.

—¿Quién será? dice D. Macaco.

—Ya entrará el que sea, replica ella.

Y como la casa está montada todavía con arreglo al tratamiento de los dueños, que es el prosáico *usted*, aparece en la sala un mozo entre merced y señoría, quiero decir, entre señor y ciudadano; ni tan dejado de la tijera del sastre que parezca un mendigo, ni tan tomado por cuenta del dinero que parezca un Creso; un hombre como otro cualquiera, aunque peor peinado que cualquiera otro.

—¡Sr. D. Macaco! ¡Señora doña Primitiva!

—¡Hola, Ramoncito! ¿Usted por aquí?

—Sí señor; me dejaron cesante en la Habana á raíz de la revolucion; regresé á Madrid, entré de redactor (de tijera) en un periódico de oposicion; llegó D. Amadeo, me fuí con los suyos, senté plaza en la Tertulia y en la milicia, y hoy vivo de mis rentas y de las de un periódico dinástico de mi propiedad.

—¡Ah, D. Ramon! ¿y es usted ya?...

—He sido diputado.

—¡Sr. D. Ramon!...

—Ahora soy senador.

—¡Oh, mi querido amigo D. Ramon!

—¿Y usted, señor de Macaco?

—¡Pchts! voy á ver si salvo á mi país de un peligro, sacrificando mi fortuna. Sé que el ministro de Hacienda no tiene un real.

—Vea usted, yo venia con encargo de mis amigos los ministros para hablar á usted.

—Por hablado. Que dispongan de mi dinero.

—¿Garantías?

—Pocas, casi ninguna: todo lo que pertenece al Estado.

—¿Y tipo?

—Cuarenta y tres por ciento.

—Convenido. Serán cuarenta... y los tres para mí. Mañana su nombre de usted resonará en toda España. Mi periódico se encarga de ello.

—A propósito. Pienso crear en mi pueblo un hospital con tres camas, y sostener de mi bolsillo los medicamentos que se receten. Es verdad que allí no hay botica; pero...

—Ni una palabra más, Sr. D. Macaco.

II.

El Macarron, periódico independiente:

«La Hacienda se ha salvado. El ministro del ramo ha firmado un empréstito de algunos millones con el afamado capitalista Sr. de Macaco, al ínfimo precio del 8 por 100 y sin garantía alguna. La abnegacion, el patriotismo y el desinterés de este hombre eminente, que arriesga su fortuna y el porvenir de sus hijos por salvar al Tesoro de una bancarrota, es una de las grandes conquistas que ha producido la revolucion.»

En la siguiente plana:

«El eminente banquero Sr. de Macaco ha fundado en el pue-

blo de su naturaleza un magnífico hospital con 300 camas y su correspondiente botica, empleando para ello cuantiosas sumas.»

En la cuarta plana:

«Parece que el célebre y humanitario Sr. de Macaco saldrá electo diputado por unanimidad en el distrito de Miguelturra.»

—Pero Ruperto, ¡si ni sabes dónde está ese pueblo!

—Ahí del mérito.

—¿Y lo del hospital?

—Como no se cita el pueblo, y yo, al salir del mio, me varié el apellido...

Dilin, dilin, dilin.

—Vé á ver quién es.

—Este pliego para tí del ministerio de Estado.

—¡Dios de Israel! En atencion á los eminentes servicios... Gran cruz, libre de gastos. Firmado, Amadeo.—¡Ah! ¡oh! ¡uf!

III.

«Los Excmos. Sres. de Macaco tienen el honor de invitar á su señoría á la *soairé dansant*, musical y estomacal, que se verificará en su casa el jueves próximo á las seis de la tarde. Se suplica la etiqueta, por el buen parecer, y si llueve, los chanclos y el paragua, porque hay alfombra.»

—Ruperta, ¿han traido los comestibles?

—Sí, hijo, de la fonda del Cármen.

—Que estén abundantes, porque nuestras gentes tienen buenas tragaderas. Ya vés, todo lo más notable de la aristocracia *ahitada* vá á venir.

—Será haitiana, como dijo el cardenal Cisneros.

—Sea; lo mismo dá. ¿Y qué tendremos?

—Puré de lentejas, lenguados en ensalada, espárragos, jamon con tomate, perdices en escabeche, y truchas á la marinera.

—¡Magnífico! ¿y de postres?

—Dulces, empanadas, pastelillos... porque como se los han de llevar... ..

—¡Francisco!

—Señor.

—A ver cómo estás con el traje de lacayo.

—Señor, este corbatin blanco parece de pedernal, y me rompe las quijadas.

—Aguanta, hombre, que no es más que por una noche.

—Las medias me aprietan tambien.

—Como que son de la señora. Pero lucen, que es lo que interesa. ¿Y la casaca y el calzon?

—Estos son anchos, porque el lacayo que me los ha prestado es más grande que el estanque del Retiro.

—No importa. Tienen los botones con corona condal, y eso es lo que deslumbra. Conque ya sabes, conforme vayan entrando los convidados, los anuncias en alta voz.

—Está muy bien. Ya sube uno.

—Mira, anuncia á los que vengan, con dos ó tres nombres distintos; pero que suenen bien en la escalera, para que la vecindad sepa la clase de gente que somos.

—Pierda su excelencia el cuidado.

«El Sr. marqués del Caracolillo.

»Su excelencia el arzobispo de la Tramontana.

»El Sr. duque de Cachirulo.

»Los condes de la Pasa.

»Los barones de Móstoles.

»El marqués de A, el de B, el de C, el de H.

»Los marqueses del Abecedario chino.

»El prior y la priora del Priorato.»

—Esto es magnífico, mi señora doña Ruperta.

—Marqués, es una *soairé* de familia.

—Es una fiesta babilónica. Y lo mejor que tiene, que todos son de los nuestros.

—Ruperta, no he visto en la mesa las alcachofas.

—Siete docenas mandé traer. Ya las pondrán.

—Duquesa, he oido que hay alcachofas. ¿Sabes cómo se comen?

—Sí, duque, esposo mio; se les quita la hoja con el tenedor y el cuchillo, y luego se cogen con la cuchara.

—El marqués me ha dicho que con los dedos.

—Eso se haria cuando era conservador. Nosotros hemos venido á resucitar la cortesía y buenas maneras de nuestros antepasados.

—Chis... que freian pescado.

—Pero no lo cogian con los dedos.

—¡Hija mia!

—¿Qué quieres, papa conde?

—Me parece que tus guantes no están muy blancos.

—¡Vaya! como que ayer les dieron la tercera lavada, y por cierto que me costó dos reales y medio.

Un criado en la puerta:

—La mesa está servida con la cena.

—¡A cenar, á cenar!

Sentados ya los concurrentes, se miran unos á otros, para ver cómo se dá principio al *gaudeamus*.

Uno rompe el fuego desdoblando la servilleta, y todos hacen lo mismo, si bien se la atan al pescuezo unos, otros se sepultan la mitad en el bolsillo del chaleco, otros se la amarran al ojal del frac, y alguno se la pone sobre el hombro.

Se sirve el pescado.

—Quiteria, no sé lo que hacer con estas espinas que tengo en la boca y que no me atrevo á tragar.

—Pues no hay otro remedio.

—¿Y si se me atragantan y me ahogo?

—¡Jesús, qué compromiso!

—Ya salí de él.

—¿Las tragaste?

—Cá, las escupí debajo de la silla del vecino.

—Marqués, ¿no toma usted escarola? Es de las huertas de Luchi.

—Señora doña Ruperta, gracias. Esas hortalizas están siempre verdes. Y verdes por verdes, prefiero las campestres, que son más sustanciales y nutritivas.

—Señores, brindo por la dinastía del heredero legítimo de los reyes Católicos, D. Amadeo de España.

Duque, ¿pues no es italiano? ¿Cómo puede descender, pues, de aquellos señores?

—Marqués, ¿no es usted título de Castilla, y sus antecesores eran panaderos? Pues tanto monta.

—Brindo por el Excmo. Sr. de Macaco, presunto marqués de San Macaco.

—Sí, sí, sí.

—¡Las doce!

—Pepe, coge unos pastelillos para los chicos.

—Juana, ahí van estos dulces para tu madre.

—Que te llevas la servilleta.

—Agarra ese cabo de vela para subir la escalera.

—Marquesa, creo que voy á reventar. El último vino que han servido en esos vasos es la causa. Estaba tan caliente...

—Marqués, ¡desdichado! te has bebido el agua de enjuagarse la boca.

Silencio sepulcral en la casa á la media hora.

Los dueños digieren el rancho roncando.

IV.

—Tengo el honor de acompañar á V. E. la real carta de concesion del título de Castilla con la denominacion de marqués de San Macaco, vizconde del Hospital, con que nuestro rey y señor se ha servido agraciarle por sus eminentes actos de caridad y desprendimiento con el Gobierno y los desvalidos.

—Ruperta, ¡ya somos marqueses!

—¿Y el hospital?

—Calla, mujer, que para mí se hizo aquello de:

«El señor don Juan de Robres,
Con caridad sin igual,
Fundó este santo hospital;
Pero antes hizo los pobres.»

S. DE MOBELLAN DE CASAFIEL.

EL PARAISO DEL TEATRO REAL.

—Nada, nada; usted no se va sin verle.

—¡Otra!... Pero santo varon, si á mí no me gusta la música, ni quiero que me convides, ni me da la gana de gastarme un sentido para mantener vagos que berrean.

—No sea usted aragonés, D. Mateo; ¿y qué dirian en Epila si regresara usted de Madrid sin haber visto el primer teatro de España, sin haber escuchado una vez siquiera los acentos de las *divas*?

—Mira, chico, á mí no me vengas con latines.

—Vamos, D. Mateo, no sea usted testarudo; esta noche la dedicamos al Real. ¿Quiere usted que gastemos poco? ¡conformes! nos iremos al *Paraiso*.

—¡Otra!... ¿Y qué es eso?

—El *Paraiso* es... la *cazuela*, el *gallinero*, como usted guste; por fin, un lugar en que por treinta y cuatro cuartos, oye usted treinta y cuatro piezas de buena música, ó poco menos, interpretadas magistralmente por artistas de *primissimo cartello*.

—¿Ya vuelven los latines?

—¡Si es italiano!

—Lo mismo dá.

En este momento doblamos la esquina de la mal llamada calle de Lepanto, y

—Mire usted, ese es el teatro, le dije.

—¡Carape, muchacho, si parece un entierro á oscuras!

—Porque es temprano todavía; luego, cuando volvamos...

—Con que tú, «me riñó mi madre y trompógelas...»

—¡Pero si quiero que usted le vea!

—Nada, hombre, nada, no quiero que digas...; vamos á hacer el encarguito, y luego *mas que reviente* nos iremos al tal infierno, paraiso, ó como tú le llames.

A poco llegamos frente al teatro. Junto á la cerrada puerta se veia un numeroso y apiñado grupo de hombres y mujeres, aquellos arrebujados en capas y gabanes, y estas en mantones, abrigos y nubes multi-colores á la cabeza.

—¡Calle! dijo al apercibirlos mi D. Mateo, esos serán los *comediantes* que vienen á vestirse.

—¡Quiá! no señor, le respondí, esas son gentes que van á nuestro *Paraiso* y madrugan para coger buen sitio.

—¡Otra!.. ¿y solo por eso aguantan este norte á pié parado?

—La mayor parte es femenina; y como sabe usted, á las hembras le sobra el calor natural.

—¡Hombre! Pues si aseguran los sábios que tienen una décima ménos que nosotros.

—Porque no han hecho sus experiencias en Madrid; aquí hay muchas mujeres insensibles á la más baja temperatura, con tal de lucir un buen escote satisfaciendo la vanidad de su hermosura en cosas que debieran estar ocultas.

—¡No tienes mala lengua!

—Un tanto desenfadada y un mucho amiga de la claridad, lo confieso.

Y enderezamos nuestros pasos á casa de Mad. Agustina con objeto de comprar el encarguito, que consistia en dos sombreros para unas señoritas de Epila, capaces de abrirse paso á través de un regimiento prusiano, y sin embargo

¡Tambien pagaban el servil tributo!

D. Mateo eligió, como era lógico, los más vistosos que halló á mano, satisfizo su importe, no quiso dar las señas para que los llevasen á casa, púsose el uno bajo el brazo, me encargó de la otra caja, tuve que apencar con ella, desandamos el camino, pusimos á los prisioneros en cobro, y más que á paso, porque el tiempo corria, nos dirijimos nuevamente al Real.

—¡Ajajá! dijo mi aragonés al ver las luces y los coches; esto ya es otra cosa.

—Vera usted cómo le gusta, le contesté.

En este momento nos echó el ojo una caterva de revendedores, los cuales comenzaron á asediarnos, gritando:

—Señorito: butacas.

—Delanteras de palco; asientos.

—Libretos de la ópera.

—¿Quiere usted *paraisos*?

—¡Vengan! exclamé.

—¡No! interrumpió D. Mateo dirigiéndose á las rejas y pidiendo allí nuestras entradas. Empeñóse en pagar; su edad y su carácter me imponian la obligacion de ceder el paso al natural generoso de los aragoneses, enseñamos el billete en la

puerta, se quedaron con un trozo, y por fin penetramos en el vestíbulo.

—¡Carape! no vuelvas en tu vida, me dijo al emprender la ascension, á tomar nada de semejantes tios. ¿Creerás que la otra noche me llevaron en Eslava el triple de su valor por una *luneta?* Pero hombre, ¿cómo consiente eso el Gobierno?

—Vamos, D. Mateo, no diga usted blasfemias, le respondí. El monopolio es una de las más bellas teorías del libre-cambio...

—¿Sí? pues aliviarse, me contestó cogiendo la escalera entre piés, y subiendo el primer tramo.

—¿Por dónde? me dijo entonces al ver dos escaleras ante sí.

—Por donde usted quiera, le contesté, lo mismo dá.

—¡A tu madre con esa! me dijo enfurruñado, ¿crees que yo me mamo el dedo?

—Pero D. Mateo, ¡no sea usted chiquillo!... súbase usted conmigo por aquí (y nos subimos), ahora bájese usted por esta otra (y nos bajamos); ¿vé usted cómo ha vuelto al mismo sitio?

—¡A ver! ¡á ver! hagámoslo otra vez, porque no me he enterado bien.

Volvimos á subir, tornamos á bajar, y...

—¿Sabes lo que te digo? exclamó al pisar de nuevo el rellano, ¡que me estoy mareando!

—Lo creo, le respondí; pero ¿se convence usted?

—¡Carape! la verdad es que me mareo, y yo quisiera... ¡Ven! me dijo de repente, obligándome á subir por tercera vez el tramo; te vas á estar aquí lo mismo que una estátua, cuidadito con moverte, ¡yo me voy á bajar por esta escalera, luego

subiré por la otra, y si te encuentro!... Pero ¿me prometes estarte quieto?

—Lo mismo que un muerto, le respondí, puede usted hacer la prueba.

El se bajó pasito á paso y volviendo la cabeza, miróme una última vez recelosamente, echó á correr como un gamo, y en cuatro brincos se me plantó de nuevo al lado, exclamando:

—¡Recarape! ¿con que sí que es verdad? Pues mira, chico, que en mi vida he visto otra .. ¡Y me gusta, hombre, me gusta! En Epila no hay ninguna así; voy á hacer otra pruebecita.

Y se bajó de nuevo, mientras yo me apretaba los hijares para contener la risa, y la gente que subia nos echaba el ojo, suponiéndonos locos ó *apuntados*.

Por fin proseguimos la ascension, y cuando ya pasábamos del tercer piso

—Oye, me dijo D. Mateo, ¿no hemos llegado todavía á la region de las nubes?

—Entre ellas debemos andar, le respondí, porque el *Paraiso* está tres varas más arriba.

—¡Otra! ¡Mira que está tan alto como la Torre-Nueva de Zaragoza!

—¡Ea! no refunfuñe usted más, exclamé, héle aquí.

Y agarrándole un brazo, le encaminé hácia una de las entradas. Dí al acomodador (*fac-simile* de San Pedro) los pedazos de papel que á prima noche sirven de pasaporte en aquellas elevadas regiones; éste nos franqueó el paso, y levantando un tanto el pesado *portier*, empujé suavemente á mi aragonés, quien sumerjió la cabeza en aquel ambiente de Senegal y

—¡Uf! ¡Qué calor! gritó dando un salto atrás, que por poco me echa fuera las narices.

—¡Vamos, pase usted! le dije entonces, esa es la primera impresion, pero poco á poco se va acostumbrando el cuerpo y...

—Y cociendo á la par, me interrumpió penetrando con decision en aquella atmósfera.

El local que se denomina *Paraiso*, estaba como vulgarmente se dice, de bote en bote; hasta las estrechas escalerillas que conducen á las últimas gradas rebosaban en gente. Los ojos tan solo distinguian á través de los vapores caliginosos, una abigarrada muchedumbre en que por regla general los colores vivos anunciaban la presencia de una mujer y los apagados la de un hombre. Ante nosotros y de pié se empinaba un grupo varonil, que falto de asiento y ávido de encontrar en la escena delectaciones oculares, habia hecho presa en el terreno que pisaba. Entre el dichoso encarguito y las travesuras del buen señor en la escalera, el tiempo se habia deslizado como siempre impasible, y llegábamos tarde.

Precisamente aquella noche se ponia en escena la más moderna de las óperas que han dado la vuelta al mundo, la partitura que tiene el privilegio de atraer más gentes al *Paraiso del Real*, el *chef-d' œuvre* de Gounod, el inmortal poema de Gœthe... ¡*Fausto*, en una palabra!

A poco de haber entrado el tenor (que era por cierto Tamberlik) comenzó á cantar la frase

¡*Satan á mé*!

Nosotros no distinguíamos la escena, pero de repente se

oyó la esplosion, se notaron los resplandores de la llama, se percibió el olor á azufre, y

—¡Demonio! ¿Qué es lo que se está quemando? dijo á voz en grito mi D. Mateo, mientras Mefistófeles aparecia sobre las tablas exclamando:

¡*Sono qui*!

y las gentes que nos rodeaban comenzaron á chichearnos, digiendo su airada vista hácia el aragonés.

—¡Cállese usted por Dios! le dije, si es que ha salido á la escena ese que usted nombraba.

—¿Quién? ¿El demonio?

—En persona.

—¡Otra! pues entonces este *Paraiso* debe andar cerca del infierno.

—Prudencia, volví á decirle, mientras resonaban los bravos y la palmadas que recogia Selva, por haber modulado claramente una nota tres puntos más baja que los gruñidos de aquel animalito sin desperdicios, compañero de San Anton.

D. Mateo hacia pinitos para vislumbrar la escena, al propio tiempo que sudaba la gota gorda; pero su escasa estatura y la mucha gente que delante habia, no le dejaban conseguir su deseo.

Así estuvo un rato sin rechistar, aunque de vez en cuando me miraba con los ojos del que pregunta: ¿Y aquí qué hacemos?

Por nuestra retaguardia iban colocándose paulatinamente personas que engrosaban el grupo, embanastándonos poquito á poco como sardinas en cubeta. De repente,

—Lo que es yo no aguanto más, me dijo.

—¡Pero D. Mateo!...

—Nada, nada. Sácame pronto al raso, ó te dejo.

Y por seguirle la corriente y por evitar otro pequeño escándalo, comencé á abrir calle de medio lado, hasta que arribamos á puerto de salvacion.

—¡Jesús! exclamaba el aragonés limpiándose el sudor con un pañuelo de yerbas. ¿Y hay quien dé cuatro reales por aguantar este bochorno y estos apretujones?

—¡La aficion á la música!

—¡Otra! tambien me gusta á mí la jota, pero al aire libre.

—Deje usted, que en cuanto acabe el acto, pillaremos asiento y nos acomodaremos á gusto.

—¿En este *Paraiso*?

—¡Sí señor! ¡Si en él hemos de pasar la noche!

—¡Me parece!... ¡Ea! ¡ea! pues cuéntame lo que están haciendo, porque lo que es á mí en no hablándome castellano puro...

—Verá usted, le dije para entretenerle, Fausto es un sábio muy viejo que tiene ganas de volverse jóven...

—En eso le alabo el gusto.

—Quiere divertirse otra vez, y convencido de que en la edad está el secreto, y para lograr lo que desea, se decide á invocar al mismo demonio.

—¡Hombre! eso me parece una barbaridad.

—Al llamamiento acude el tal por escotillon, con cuernos en la cabeza y echando llamas por la boca...

—¡Otra! ¿y cómo no he visto yo nada de eso?

—Porque aún no ha visto usted el escenario.

—¡Ah!

—Cuando Fausto vé á Mefistófeles...

—¿Befis... qué?

—Mefistófeles, que es como se llama el diablo.

—¡Carape! ¡qué nombre más revesado!

—Cuando le vé, repito, le entra miedo de hacer tratos con él.

—Lo mismo me pasaria á mí.

—Entonces para tentarle, hace que se aparezca por detrás de un telon una muchacha blanca, rubia, con escote cuadrado y las trenzas sueltas, la cual se llama Margarita.

—¿Ves? ese nombre sí que me gusta, dijo á esto D. Mateo, que bajo un mechero de gas y fumándose un pitillo, me escuchaba con suma atencion.

—Fausto la vé, se entusiasma y quiere cogerla. El demônio le entrega entonces un vaso, cuyo contenido ha de tragarse, para lograr su deseo, á trueque de entregar luego su alma al propio Mefistófeles, y...

En este momento sonó una salva de aplausos, cayó sin duda el telon, y una avalancha másculina desembocó por junto al *portier*, arrollándonos de grado ó por fuerza.

—¿Y qué más? me preguntaba D. Mateo, á quien sin duda interesaba el relato.

—¡Hombre, haga usted el favor! le dije á un caballero que estaba cargando todo el peso de su rolliza humanidad sobre mí.

—¿No vé usted que me empujan por detrás? respondió él.

—¿Y qué más? seguia repitiendo mi aragonés, á quien la muchedumbre habia separado de mí.

—Nada, le dije cuando pude reunirme con él, que este es el momento oportuno de pillar asiento...

—Pero ¿en qué *para* eso que me contabas?

—En que el viejo se echa el vaso al coleto, y se vuelve

jóven y se marcha con el demonio á buscar á Margarita.

—¿Y qué más? continuaba diciendo D. Mateo mientras yo hacia rumbo al *Paraiso*, evitando los escollos de aquel *maremagnum* de gentes.

—Nada; que han corrido el telon, y cuando le vuelvan á levantar pasarán más cosas y se irá usted enterando.

—¡Ah! entonces, bueno; me respondió.

Por fin pasamos el pórtico, nos adelantamos hácia el comedio del *Paraiso*, y

—Observe usted qué grande es esto, exclamé entonces; repare usted la distancia que hay desde aquí al fondo del *gallinero* y á la pared del escenario; considere usted la muchedumbre que puede apiñarse en este local.

—¡Carapel... ¡Recarapel... repetia el aragonés, haciéndose cargo de aquellas magnitudes.

—Oye, me dijo de repente; todo aquel batiburrillo de mujeres ¿son las once mil vírgenes?

—¡Vaya usted á saber! contesté; lo que sí puedo asegurar á usted es que aquellas son las que esperaban en la puerta.

—¡Otra!... ¿Y cómo las conoces?

—Sencillamente, respondí; porque ese es el mejor sitio del *Paraíso*, y vienen temprano á la puerta, y suben la escalera á brincos por cogerle. Cosa muy natural, añadí, porque en ese lugar de las *laterales* (que así llaman á todas aquellas gradas) se sufre menos el calor, se vé perfectamente la escena y se disfrutan las delicias de un coche parado. De quinientos á mil hombres (por término medio) entran y salen en una noche por allí, y ellas les ven, y ellos las miran, y las sonrien los pretendientes, y las hablan los amigos; y, en fin, que no está pagado el sitio con una peseta.

—Chico, ¿y qué clase de gente es esta?

—D. Mateo, aquí hay *de too*, como dicen los gañanes manchegos respecto á Ciudad-Real; esto es un verdadero mosáico: aquí vienen hijas de magistrado, y hermanas de general, y esposas de hombres públicos, y modistas, y patronas de huéspedes, y viudas de intendente, y militaras, y... en fin, de todo. En cuanto á hombres, dudo que haya uno solo en Madrid, por noble que sea su abolengo, alta su posicion ó crecido su caudal, que no haya pisado ó pise alguna vez el entarimado del *Paraiso*. Sin embargo, la clase que aquí domina son los *dilettanti*...

—Ya te he dicho...

—Quiero decir, los apasionados de la música dramática. ¡Como aquí se oye mejor! Adelantémonos un poquito... y ahora mire usted desde aquí la gente de las butacas.

—¡Hombre! ¿sabes que me mareo otra vez?... ¡Carape! ¡qué pequeñitos parecen todos! Ahora es cuando hallo propio el nombre que á esto le dán, porque desde el *Paraiso* de veras, nos guiparán á los hombres, poco más ó ménos, del tamaño que yo distingo á los que están allá abajo. ¡Vaya, chico, no quiero mirar más, que me dán ganas de tirarme de cabeza!

—Es el efecto de siempre, le respondí, mientras me hacia cargo de la topografía del terreno, buscando algun lugar vacío que nos procurase descanso, ya qué no comodidad.

—Chico, gritó el aragonés de repente; allí hay una rubia que me está haciendo señas.

—¡D. Mateo, exclamé, será usted capaz de tener algun belen por estos barrios!

—Mira, mira... encima de aquellos dos que parecen unos *tórtolos*...

Fijé la vista en el punto que me señalaba, y

—Si es una amiga de *Paraiso*, le respondí avalanzándome á la escalerilla para saludarla, dejándole con un palmo de narices.

—Muy buenas noches, Elvira, dije á la rubia cuando estuve á tiro.

—Buenas noches, me contestó. Aquí le guardo á usted un sitio.

—Necesito dos.

—Pues el otro como no sea en mi falda...

—Ese para mí, la dije galantemente.

—Mamá, á ver si puede usted correrse un poquito.

—¡Jesús, hija! dijo la madre, que parecia un sargento de caballería, empujando al padre, que era un capitan de carabineros.

—¡Ea! prosiguió Elvira; llame usted á su amigo, que ya pueden ustedes pasar.

Hice una seña á D. Mateo, que subió tropezando la escalera, y comenzamos la travesía dando involuntarios pisotones á diestra y siniestra; arribamos por fin; dimos una media vuelta, y haciendo cuña y murmurando «Perdonen ustedes la molestia,» nos acomodamos insensiblemente, entre los vaivenes de las personas próximas y las quejas de las apartadas, sobre quienes refluia el apreton.

—Muchas gracias, Elvira, dije al sentarme; ¿y qué tal lo hacen esta noche?

—Selva y Tamberlick como siempre; ahora veremos la tiple; creo que es muy flojilla.

Contesté con el gesto; y abandonando á mi aragonés á las dulzuras de su nueva situacion, comencé por pasar revista á las personas que me rodeaban.

Junto á mis piés tenia á la feliz pareja que D. Mateo habia calificado oportunamente de *tórtolos*: estaban tan pegaditos, y se hablaban tan al oido, que parecia se iban á comer mútuamente: ella le miraba con unos ojos embriagadores, y el muchacho estaba que ni Fausto en el tercer acto. A su derecha habia otra pareja (matrimonio al parecer) cuya mitad femenina tenia un palmito muy agradable, y cuya otra mitad, hombre de cara fosca, se mostraba inquieto y desasosegado. El otro *ad-látere* de mi compañero era un señor de cierta edad y rostro melífluo; mi izquierda estaba ocupada por la familia de Elvira, y mis espaldas tocaban las rodillas de una muchacha pizpireta y simpática, sobrina (por lo que luego supe) de una tia y un tio que departian ya amigablemente con mi aragonés.

Terminadas apenas estas primeras y rápidas observaciones, la orquesta preludió los primeros compases de la *Kermesse*, los corredores comenzaron á desaguar gentes en el *Paraiso*, subieron el telon, se fueron acomodando todos, los hombres nos descubrimos la cabeza y dió principio el acto segundo.

—¡Qué original es esta música! me dijo entonces Elvira.

—Como todo lo de Gounod, la contesté.

—¿Y qué hacen esos? preguntaba D. Mateo á la vecina de arriba.

—Ahora cantan, y despues bailarán, respondió esta.

—¿Y el demonio?

—Pronto vá á salir.

—¡Ah! bueno, contestó, quedando absorto en la contemplacion de la escena.

Sin duda ya no sentia el calor.

Entonces noté que entre los piés de la señora, cuyo esposo se mostraba intranquilo, estaba agazapado un asíduo concurrente al local, que de vez en cuando volvia la cabeza y clavaba en ella sus negros y brillantes ojos.

—¿Y qué hacen ahora? seguia preguntando el aragonés á la vecina.

—Ahora beben, y luego sale el demonio y les planta á todos cara.

—¿Y qué más?

—Que le asustan con la señal de la cruz.

—¡Otra!... ¿Y le cogen?

—Nó; se les escapa de entre las manos.

—¡Ah! bueno; pero lo siento. Y diga usted, ¿quién es ese que sale ahora?

—Ese es el marido de Margarita.

—¡Tia! exclamó la sobrina que tenia yo á mis espaldas.

—Pues sí que es el marido, bachillera; y si no, di tú quién es.

—¡Toma! ¿quién ha de ser? su hermano.

—¡Su marido! replicó nerviosamente la tia.

—Chico, ¿ese es el marido? me pregunto á mi entonces don Mateo.

—No señor; el padre, le respondí, y continué saboreando las dulzuras de las notas que canta Valentin mientras el melancólico *ad-látere* del aragonés hacia gestos de impaciencia por ver turbado su sibaritismo musical por las inoportunidades del forastero. ¡Era el tipo del verdadero *dilettanti!*

El *Paraiso* presentaba en este momento un golpe de vista encantador: la multitud de abanicos que se agitaban violenta-

mente imitando el oleaje de los mares, lo abigarrado de los colores, lo encendido de los rostros, lo brillante de los ojos, lo espeso de aquella atmósfera saturada con el humo de los cigarros y el ácido carbónico de los espectadores, daba al conjunto una apariencia semi-fantástica é infernal á que coadyuvaban los 120 grados de calor (termómetro Farheneit) que disfrutábamos en aquel momento.

A mi alrededor todo continuaba en el mismo ser y estado: los *tórtolos* más *pichones* que nunca, el marido escamado como antes, la mujer coqueta y recelosa, el *Tenorio* osado é insinuante, el *dilettanti* embriagándose en los éxtasis y arrobamientos de su oido, D. Mateo entretenido en verle hacer diabluras al propio demonio, mi vecinita tan digna como simpática, y Elvira deseando *armar* conversacion para murmurar de la tiple.

¡Ah! se me olvidaba decir á ustedes que esta última habia sido en tiempos alumna del Conservatorio; que tenia bastante voz y más pretensiones; que cantaba á todas horas, y no muy mal; que se despepitaba por su aficion á las tablas, y por fin, que se pasaba la vida disputando con su madre respecto á un próximo viaje que debian hacer á Italia para que la niña recibiese allí los últimos perfiles en la escuela de un gran maestro y *debutase in continenti* en el teatro de la Scala.

Tal es Elvira y tal el orígen de su antipatía hácia todas y cuantas mujeres pisan el escenario del Real. Su crítica es constante para todos; pero si el mérito de una artista, ó el juicio de quien con ella razona, la obligan á ceder el campo en esta ó aquella cualidad de la cantante, no haya miedo que lo abandone por completo sin llevarse entre sus uñas alguna carne de la víctima. Si, [illegible] do, tal ó cual tiple tiene la voz

pastosa, y gusto y sentimiento y escuela, ella le fijará á usted la atencion en su falta de hermosura, ó en su sobra de carnes, ó en la poca elegancia con que se prende, ó en el mucho temor con que trabaja. Y si la artista es una verdadera eminencia y hay que alabarla en todo, ella acabará por asegurar á usted que su conducta es de lo más relajado que se conoce, y le dirá que muda de amantes como de camisa, y que fuma, y que hasta tiene el *vicio del aguardiente*, por cuyo abuso está aproximándose el dia en que la voz se le acatarre y tenga que agarrar una guitarra para pedir limosna de puerta en puerta.

Y ustedes perdonen la digresion.

A poco cantaron el extraño coro en que Valentin y sus compañeros conjúran á Mefistófeles. El barítono *cumplió*, Selva estuvo inimitable al pintar con sus gestos y contorsiones la importancia de su rabia. Butacas y *Paraiso* rivalizaron en bravos y palmadas, el estruendo era imponente, el suelo retemblaba.

—¡¡Otra!! gritaban miles de voces, y D. Mateo que estaba entusiasmado y no le quitaba ojo al demonio, seducido por sus cuernos y su traje encarnado y su rostro, gritaba y pataleaba tambien. El compañero de su derecha tenia los ojos entornados, y en su melífluo semblante llevaba retratada su interior aunque muda satisfaccion. ¡El no aplaudia jamás!

Y no hubo remedio, con beneplácito unánime, tuvieron que repetir el coro.

D. Mateo estaba como si tuviera azogue al ver que el demonio se arrastraba de un lado para otro de la escena, sin que nadie le echase el guante, hasta que al verle una de las veces realmente acorralado, aprovechando un compás de silencio, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Agárrale ahora!

Los que nos rodeaban prorumpieron en estrepitosas carcajadas, el resto de la concurrencia nos chicheó, el *dilettanti* murmuró la palabra «bárbaro,» que afortunadamente no oyó el aragonés, éste se quedó riéndose de la gracia y yo medio corrido y murmurando en el oido de Elvira:

—No lo extrañe usted, porque el pobre es de Epila, y entra aquí por primera vez.

Y volvieron á terminar el coro, y volvieron á aplaudir extremadamente, y comenzó el baile, que gustó mucho á mi hombre, y á poco, precedida de un chicheo general para imponer silencio, se presentó en escena la Margarita, que hacia aquella noche su *debut*.

Fausto la abordó gentilmente ofreciéndola apoyo y compañía, y ella, á quien embargaba sin duda la emocion, rehusó la oferta con voz temblona y apagada, teniendo la desgracia de soltar (aunque imperceptiblemente) una nota en falso al finalizar su frase.

—¡Bravo! ¡bravo! dijeron dando palmadas y con voz de trueno una caterva de individuos diseminados por el *Paraiso*.

—¡Chist! ¡chist! exclamó la inmensa mayoría del teatro.

—¡Otra! ¡otra! vociferaba un tipo de demagogo que cerca de nosotros batia con entusiasmo las palmas de unas manos dignas del Gargantua de Rabelais.

Don Mateo iba ya á aplaudir, pero yo pude sujetarle las manos; su *ad-látere* le miró entonces con una cara de compasion indefinible.

Estos primeros nubarrones, presagio cierto de la tormenta que amenazaba estallar, no traspasaron los límites del *Paraiso*. Butacas y palcos permanecieron indiferentes; la

calma se restableció á poco, y prosiguió la representacion.

—¿Ha oido usted el *gallo*? me preguntó Elvira en seguida.

—Sí, hija mia, la contesté: pero reservo mi juicio sobre la tiple hasta oirla más.

—Pues amigo mio, yo por mi parte le tengo ya formado: esa mujer ni modula, ni frasea, ni vocaliza, ni nada; no tiene ni facultades ni escuela: sube con poca naturalidad; por fin ella podrá ser una *mezzo-soprano*, aunque mala; pero ni es ni puede ser ya mas una *prima-donna*: ¡desengáñese usted!

En cuyo momento tiraron nuevamente el telon.

—¡Me gusta, hombre, me gusta! exclamaba D. Mateo limpiándose las gotas que el sudor destilaba en sus sienes.

—¿Y qué es lo que á usted le gusta? le preguntó socarronamente el de su derecha.

—¡Otra! ¿qué quiere usted que me guste?... ¡Pues, el demonio!

—Me lo figuraba; respondió volviéndo la cabeza el demandante.

—Señora, ¿y cuándo piensan ustedes efectuar aquel viajito? pregunté á la mamá de Elvira.

—Yo no sé; pero lo ménos hasta la primavera...

—¡Justo: en el peor tiempo! interrumpió la *diva* en embrion.

—Pero, hija mia, no conoces que tu padre está delicado, y con los frios que hacen...

—Papá se queda con su asistente, mejor servido que ahora.

—¡En fin, veremos, veremos! dijo, y calló la madre.

—Chico, yo me ahogo; mascullaba en este punto mi aragonés tirándome de la manga.

—Pues D. Mateo, aquí no hay más remedio que aguantar viento y marea, ó quedarse soldado de á pié.

—¿Quiere usted hacerse aire? dijo entonces mi pizpireta y posterior vecina, alargándole su abanico.

—Gracias, respondió él, yo no gasto esas cosas.

—¡Pues yo sí! exclamé agarrándole dulcemente y poniéndole en movimiento.

—¡Jesús qué bochorno, continuaba murmurando D. Mateo; ni el propio mes de Agosto! Pero... mira, me dijo de repente al oido, mira los *tórtolos* y repara cómo se arropa ella con el manton... ¡demonio de muchacha! ¿será capaz de tener frio?

—Puede ser, le contesté; pero de todos modos, no sea usted fisgon, ni se meta en averiguar el por qué de si las chicas se tapan ó no se tapan. Cada cual hace de su capa un sayo, y peor es *meneallo.*

—No te entiendo.

—Ni hace falta; deje usted en paz á la feliz pareja, y mire á aquel que aplaudió tanto á la tiple en el acto segundo.

—¿El de las barbas?

—Sí.

—¿Quién es?

—Un *alabardero.*

—¡Otra!... ¿De los que gastaba doña Isabel?

—No señor, de otros que tiene la empresa.

—¿Y cómo no va de uniforme?

—Porque no le tiene.

—¿Qué es? ¿que viene al teatro todas las noches?

—Todas.

—¡Será rico!

—¡Me parece que nó!

—Pues mira, una peseta diaria, siempre son seis duros al mes.

—Es que ese entra de balde.

—Hombre, ¿y por qué? ¿por bonito?

—Se lo explicaré á usted todo, D. Mateo. Ese y otros muchos, que diseminados andan por estas elevadas regiones, forman una especie de compañía, á que en Francia llaman *claque* y aquí *alabarderos*, los cuales están asalariados por la empresa para que contribuyan con sus voces y palmadas al buen éxito de tal ópera ó cual artista.

—¡Otra!... ¿Y aplauden aunque lo hagan mal?

—Ese es su oficio.

—Pues mira, diles que vengan al teatro de Zaragoza y verán qué pronto los tiran de patas al patio.

—Tambien aquí suelen llevarse algun revés de cuello vuelto; pero...

—Mira, muchacho, yo tengo una sed que rabio. ¿Hay agua ahí fuera?

—¡Sí señor! ¿pero cómo quiere usted?...

—Pues hijo, yo no aguanto más.

No hubo remedio; roguéle á Elvira y al *dilettanti* que se aproximaran en lo posible; mi vecinita de retaguardia se prestó graciosamente á ocupar mi sitio en la ausencia para disminuir el hueco; y ya tranquilo por esta parte emprendí el descenso de la escalerilla. Cuando pisaba el cuarto ó quinto escalon, volví involuntariamente mis ojos hácia el matrimonio mencionado, y me pareció observar que disputaban acaloradamente, aunque en voz baja. El galan atrevido continuaba á los pies de la señora, dispuesto sin duda á proseguir el asedio de la fortaleza, y el marido hablaba fijando en él unos ojos de

basilisco, que no auguraban nada bueno. A mí me entró comezon de acercarme al pirata de *Paraiso* y decirle:—«¡Hombre, no sea usted... Tenorio! y deje en paz á los que en paz deben vivir: póngase en el lugar de ese marido, y comprenda lo impertinente de su proceder.»—Pero como él me hubiera respondido probablemente:—«¿Y á usted quién le dá vela en este entierro?»—me encogí de hombros, callé y proseguí mi camino en busca del aragonés.

El cual, así que salimos al corredor, comenzó por preguntarme si habia *revolica*, al ver que todo el mundo estaba leyendo un papel. Díjele que *La Correspondencia* (gorro de dormir para los cortesanos) tenia privilegio de Dios para introducirse antes y despues de su confeccion hasta en los más escusados lugares, y por ende asaltaba tambien el Paraiso cada y cuando que los chicos que la pregonan arribaban á los umbrales del teatro Real.

Compréla yo tambien, y encaminé á mi forastero hácia el mostrador en que expenden agua, azucarillos y otros ingredientes. Pedimos y trasegamos un púlpito de la del Lozoya con un merengue, y D. Mateo zampó despues la mano en una bandeja, y comenzó á saborear una especie de ciruela confitada.

—Chico, qué malo es esto, me dijo al engullirla; ¿serán mejores los otros dulces?

—No señor; peores, le contesté. Y satisfecho el gasto, nos volvimos pasito á paso á nuestro asiento, desde donde vimos comenzar en breve el acto tercero.

Al principio todo fué de bien en mejor; la encantadora contralto, que hacia el papel de Siebel, recogió buena cosecha de aplausos, no sin que Elvira me dijera:

—¿Ha visto usted qué mal anda con pantalones? á lo cual respondí:

—¡Es natural! mientras á D. Mateo se le iban cerrando paulatinamente los párpados.

La nueva salida de Mefistófeles le despejó el sueño nuevamente, hasta que Tamberlik se quedó solo en la escena cantando la bellísima romanza,

Salve dimora casta é pura,

con un sentimiento, una delicadeza y un arte difíciles de aventajar.

Mi aragonés no tenia ganas ni de preguntar lo que pasaba, y aunque malamente, se iba acomodando en el regazo de Morfeo y empezaba á dar cabezadas. Cuando Margarita penetró á poco en el jardin, dormia ya con el sueño de los justos.

En el puesto en que la tiple se puso á hilar, alguno del *Paraiso* bostezó con el buen objeto sin duda de imponer más silencio; pero el *alabardero* de cara demagógica no debió entenderlo así, y comenzó á aplaudir.

—¡Jesús, qué tio! me dijo entonces Elvira.

—¡Silencio! gritaron muchos, obligando por fin á aquel energúmeno á que cesase en sus ruidosas manifestaciones, mientras Margarita proseguia su cancion.

Verdaderamente la tiple era flojilla; poca extension de voz, ménos escuela, escaso sentimiento y mucho temor, no eran circunstancias idóneas para salir airosa en su *debut*.

Asimismo pasó. A la terminacion de la primera estrofa siguió un silencio sepulcral; y á la de la segunda, una verdadera tempestad de voces y murmullos por parte de los espectadores, y bravos y palmadas por la de los *alabarderos*. El tumulto crecia á intervalos, y á intervalos menguaba; la artista, impresionada, lo hacia cada vez peor, y el tipo de las barbas continuaba metiendo más ruido con sus solas manos, que el célebre batan por cuyos golpes se vió Sancho obligado á desaguar el miedo por la canal ordinaria. De repente,

—¡Fuera alabarderos! gritó una voz estentórea dominando el tumulto y despertando sobresaltadamente á mi aragonés.

—¡Fuera! repitieron muchas.

—¡Bravo! ahulló el de las barbas.

—¡Qué le echen! vociferó casi á su lado el padre de Elvira, apostrofando rudamente al sugeto.

—¡Eso á usted, *so tio*! exclamó entonces el demagogo.

—¡A mí! dijo el capitan de carabineros avalanzándose rápidamente sobre el que pretendia coartar la libre expresion del criterio público, y... ¡zas! dándole una bofetada que le bañó en sangre las muelas.

—¡Papá, por Dios! comenzó á gritar Elvira pálida y de pié.

—¡Fuerte!... ¡duro! exclamaba á voz en cuello D. Mateo.

—¡Vámonos, tia! murmuraba temblando mi vecinita, mientras los golpes y las puñadas menudeaban sobre el infeliz *alabardero*, quien no podia, aunque lo intentaba en vano, sacudirse las moscas. Mas de improviso, y cuando la tempestad parecia haber llegado á su período álgido, oimos á nuestros pies una voz que gritaba:

—¡Miserable! y vimos al celoso marido propinando un revés más que mayúsculo, sobre el atrevido galan de su mujer, quien

le devolvió el regalo, acabando los dos por agarrarse á brazo partido.

El *Paraiso* se convirtió con esto en un verdadero campo de Agramante. Las gargantas no se daban punto de reposo, las señoras se desvanecian, los trancazos redoblaban, los *tórtolos* se apretaban más que nunca, la representacion estaba interrumpida, los espectadores prudentes tomaban la puerta entre manos, los osados de las butacas tenian la espalda vuelta al escenario y los ojos fijos en su [illegible], porque realmente la funcion se daba ahora en el *Paraiso*.

Por fin unos cuantos *amarillos* (vulgo municipales) penetraron en el local, encargándose con la poderosa ayuda del tiempo, de ser los Neptunos de aquellas embravecidas olas. Sacaron fuera al culpable de leso-entusiasmo, marchóse por un lado el matrimonio y por otro el pirata de Paraiso; comenzaron á calmarse los ánimos, y continuó la representacion.

Pero, hombre, me preguntó en seguida el aragonés, ¿qué [illegible] le ha picado al tio de aquí abajo que se ha puesto tan [illegible]?

Puede que la mosca, le respondí, haya picado á su mujer [illegible] del tumulto; pero cuando en cualquier asunto median [illegible] galante, amigo mio, es echarse en brazos de la [illegible]

[illegible] dijo, y se calló.

[illegible] momento, los aplausos á Tamberlik alternaron [illegible] la pobre Margarita, la cual, segun el *caló* [illegible] habia hecho *fiasco en su debut*; la represen- [illegible] y generosa, y muchos espectadores [illegible] el local.

[illegible] desde la hermosa frase

¡Ah! se il ciel, col suo sorriso.

Esperé, pues, á que acabaran el acto, y en cuanto cayó el telon me despedí de Elvira, de los vecinos de atrás y del *dilettanti*, cogí á mi aragonés del brazo, bajamos las escaleras, y enderezamos nuestros pasos hácia su casa-hospedaje.

—¡Vamos! le pregunté cuando la sensacion del frio le hubo despertado; ¿y qué dirá usted del *Paraiso* si le preguntan en Epila?

—¡Otra!... me respondió; diré que son las buhardillas del teatro; un sitio muy grande, á que concurre más gente de la que cabe, y en donde se ponen muy juntos los hombres y las mujeres; un lugar en que hace un calor de mil demonios, y venden unos dulces muy malos; un apartado en donde las muchachas se arropan como si hiciera frio, y los maridos y los carabineros sueltan cada moquete que canta el Credo.

—Pues no será usted justo, le repliqué; esa es la impresion del momento, la impresion de esta noche: pero si usted le conociera á fondo diria, que el *Paraiso del teatro Real* es el verdadero punto de reunion para la aristocracia del oido musical, el juez ilustrado é inapelable de las obras que se ejecutan y de los artistas que las cantan; la sola expansion del alma para muchas niñas honradas, aunque pobres; el único recreo de casi todos los hombres jóvenes que estudian ó trabajan mucho; el *Paraiso*, en fin, para los que tienen tranquilo el corazon y el cielo para los enamorados.

P. Ximenez Crós.

UN GRAN BAILE.

I.

Es la una de la noche, la hora de los espectros y de los crímenes, que acaba de sonar en el soberbio reló de bronce colocado sobre una chimenea de mármol.

Estamos en un gabinete elegante y lujoso: el desórden de las sillas, el fuego que aun arde; una mesa donde se ven los restos del té servido poco há, todo revela que allí acaba de separarse un círculo íntimo, una de las que se llamaban en otros tiempos tertulias de confianza.

Y digo en otros tiempos, porque ahora estas apenas existen: los casinos ó *clubs* las han matado; los teatros, que se han hecho una necesidad imperiosa para la generacion actual, han contribuido tambien mucho á su muerte.

Han quedado solos tres personajes en el *confortable* aposento: una señora de cincuenta años, que nunca habrá sido ni jóven ni hermosa; su marido, el opulento banquero baron de X···, y una preciosa criatura de quince Abriles, hija de entrambos y única heredera de sus fabulosas riquezas.

—¡Buenas noches! dice el baron levantándose y encaminándose hácia la puerta, al mismo tiempo que lanza un sonoro bostezo.

—Papá, exclama la niña corriendo detrás de él, te olvidas de lo que está convenido.

—¿Y qué es lo que está convenido? pregunta el Creso, deteniéndose de mala gana.

—Que esta noche, cuando se marchara la gente, á fin de que nadie nos importunase, haríamos el convite para nuestro gran baile del 8.

—¡Es verdad! murmura el banquero, dejándose caer sobre su silla con más resignacion que placer.

—Aquí está todo preparado, añade la jóven, corriendo á un velador donde se vé una escribanía, algunos pliegos de papel, y un inmenso paquete de tarjetas litografiadas de gran tamaño.

—¿Has traido la lista de visitas? dice la baronesa tomando parte por primera vez en el diálogo.

—Por supuesto, mamá; y podemos dar principio cuando querais á la operacion.

—Lo más sencillo, repone el banquero, sería entregar á mi secretario la lista y las papeletas, y que llenara estas con los nombres contenidos en aquellas.

—¿Estás loco? En mis salones caben escasamente cuatrocientas personas, y son cerca de mil aquellas á las que entonces habria que convidar. Además, tenemos que hacer una clasificacion detenida, un espurgo riguroso. Hay familias á quienes una trata, pero que no debe admitir en su intimidad, ni en sus fiestas. Tú, por tus negocios, te ves obligado á mantener relaciones con gente oscura, con gente *cursi*, que si viniese á

nuestro baile, lo desluciría, atrayéndonos las censuras del gran mundo. No, no; es menester que los periódicos puedan decir con entera exactitud, que la concurrencia era escogida y brillante.

—Pero, mujer—replica el marido con timidez, y como quien está acostumbrado á ceder á una voluntad enérgica—considera los piques que eso nos originará; las malas caras que encontraré en la Bolsa ó en el Banco al dia siguiente; el perjuicio que puede ocasionarme en mis intereses...

—Hay que optar entre dar el baile, ó no darlo: yo, por mi parte, no pongo empeño alguno; pero la niña...

—¡Ay, papá! ¡Sé, por Dios, razonable! Mamá tiene mucha razon. Figúrate tú, si convidáramos á D. Narciso, el ex-tendero de la calle de Espoz y Mina, á su mujer y á sus hijas, tan ordinarias y tan feas, ¿qué papel harian entre los demás?

—Pero Narciso es amigo mio de toda la vida; fué mí compañero en el comercio; lo es hoy en los negocios; le debo favores, atenciones, obsequios: me ha sacado en otros tiempos de mil apuros; me ha ayudado á hacer mi fortuna...

—Hay un medio, interrumpe la baronesa con su tono decisivo; hay un medio de arreglarlo todo: despues del baile voy yo á casa de D. Narciso á saber cómo no han venido á él; nosotros les enviamos las papeletas por el correo interior, y se habrán estraviado. Hemos tenido un verdadero sentimiento en no verlos en nuestra fiesta; y como compensacion les convidamos á comer el domingo inmediato, con otras gentes de su misma estofa. En aquel banquete, á fuerza de trufas, Champagne y vino del Rhin, ahogamos su resentimiento, y quedamos tan amigos como antes.

—¡Perfectamente! exclama el bar cido.

frotándose las manos con satisfaccion.—¡Es mucho talento el de esta mujer!

—¿Empezamos? pregunta la niña abriendo el libro de visitas, donde por órden alfabético se hallan coleccionadas todas las del opulento matrimonio.

—Empecemos, responde la mamá solemne y gravemente. Lo primero el Cuerpo diplomático: yo no entiendo el francés; tú, Pedro, tampoco sabes decir una palabra; pero les hablaremos por señas, como á los mudos. En un baile de la importancia del nuestro es una costumbre y una necesidad invitar á los embajadores de las potencias extranjeras y á los ministros. Coge, pues, la *Guia de Forasteros*, y copia todos los nombres de esos personajes, los de los secretarios y agregados.

Mientras la hija ejecuta con rapidez las instrucciones de su madre, los dos esposos sostienen un breve diálogo *sotto voce*.

—¿No te parece, dice él, que han hecho demasiado grandes los tarjetones?

—No tal, replica ella; es el tamaño de ordenanza cuando se dá cena. Para un simple *té dansant* basta con una tarjeta de visita, en la que se escribe: «Recibe el dia tantos, á las diez de la noche.» Un pequeño sarao reclama ya un tamaño mayor; y en fin, un gran baile exige imperiosamente las colosales dimensiones de estas papeletas.

—¡Ya está! dice la jóven soltando la pluma, que manejaba con rapidez.

—Ahora los nombres ilustres, los duques, los marqueses, los grandes de España. No importa que sean viejos, feos, ridículos, grotescos; lo esencial es que se sepa por los periódicos que hemos tenido en nuestra casa lo más encopetado de la aristocracia española.

—¡Qué lástima que no venga la duquesa de A··· ! Es la que dá el tono en Madrid, y como no la visitamos....

—¡Vendrá! exclama altivamente la Baronesa.

—Pero considera, opone su marido, que no debemos convidarla sin conocerla, exponiéndonos á un desaire.

—¿Crees que yo soy una tonta, y que no sé hacer las cosas en la forma conveniente? Manifestaré á su amiga íntima la condesa de B···, cuánto gusto tendria en que nos favoreciese con su presencia; ella, naturalmente, no será insensible á esta atencion, y prometerá asistir, si la convidamos: entonces iré á dejarle tarjetas y á invitarla, y sin más que esto tendremos en nuestra fiesta á la reina de la sociedad madrileña.

—Mamá, ¿convido á la señora de C···?

—Es muy fea, muy extravagante, muy cursi; pero tiene soberbios brillantes, y se los pondrá todos. Con que la puedes convidar.

—¿Y á la viuda del general D···?

—No: tambien á esa la diremos que se ha extraviado la papeleta.

—Es tu amiga de infancia, observa el banquero; te ha dado infinitas pruebas de cariño; cuando estás enferma viene á cuidarte... te ha asistido en tus partos...

—Sí, sí; todo eso es verdad; pero á ella y á sus hijas parece que las visten sus enemigos, y serian objeto de irrision para todo el mundo. Al dia siguiente, en cuanto me levante, les mandaré un recado preguntando si están enfermas, ó la causa por qué no las hemos visto en casa. Con esto les doy una satisfaccion, y para completarla les envio despues mi palco del teatro Real..

—¡Eres el demonio! prorrumpe el baron asombrado de la

imaginacion fecunda de la baronesa.—Para todo hallas salida.

—Niña, exclama aquella halagada con el elogio, no te se vaya el santo al cielo y dejes de invitar á los periodistas. Es menester que todo el mundo sepa que los barones de X··· han dado un soberbio sarao; que nuestros parientes de Jaen se mueran de envidia al leer los nombres de las notabilidades de la cuna, de la belleza y del talento que hemos tenido en nuestros salones; y en fin, que en Paris y en las demás capitales de Europa nadie ignore que recibimos como es debido á la gente *comm'il faut*.

Son las cuatro de la mañana cuando se termina la larga y prolija operacion: la linda jóven está cansada de escribir aquella larga lista de nombres propios; su padre, convencido de la inutilidad de su resistencia, se ha dormido tranquilamente en un sillon; la única que conserva toda su lucidez y toda su energía, es la baronesa, que despierta á su marido gritando con estentórea voz:

—No hay que olvidar á los hombres políticos, uno de los principales adornos de un baile. Hija mia, no te se quede en el tintero alguno.

II.

Al otro dia, los lacayos, el mozo de comedor, el ayuda de cámara, el cochero y hasta el pinche del baron de X···, se dedican á repartir cuidadosamente las papeletas.

Es menester que no se pierda ni una siquiera de las destinadas á los personajes importantes; es menester que todas lleguen á tiempo á mano de las señoras, para que preparen sus

galas y preseas; es menester que ninguna de las notabilidades cortesanas deje de saber que se desea su asistencia al baile.

Gran movimiento, lo mismo entre los convidados que entre los que no lo son. Las damas corren á encargar sus trajes á casa de la Honorine ó de la Fleury: muchas los piden por telégrafo al sastre Worth y á la célebre modista Mme. Laférriere de Paris; en fin, otras meten prisa al diamantista que les estaba concluyendo un aderezo nuevo, ó montando uno antiguo á la moderna.

Mientras, los pobres excluidos se devanan los sesos tratando de adivinar la causa por qué no llega á su poder el convite: las jóvenes corren á la puerta de la escalera cuantas veces suena la campanilla, esperando la ansiada papeleta: y como no parece, el deseo se convierte en afan; el afan en impaciencia, y la impaciencia en desesperacion.

Los más osados se atreven á ir á hacerse presente á los barones de X··· Mas ¡ay! durante el período que media entre el convite y el sarao, aquellos no reciben absolutamente á nadie. El portero, con una sonrisa burlona, responde á todos que los señores han salido, aunque el coche esté en el zaguan; aunque vuelvan en aquel momento de la calle; aunque sobre la alfombrada escalera se divise la cola del traje de la madre ó de la hija, que suben lenta y pausadamente sus gradas.

Si el banquero y su familia se condenan durante una semana al aislamiento y á la soledad, no pueden evitar, empero, que hasta ellos lleguen recomendaciones, solicitudes y empeños infinitos para nuevos presentados.

Un sarao en el suntoso palacio del rico capitalista, es un verdadero acontecimiento en Madrid: nadie quiere dejar de asistir á él: el, ó la que no es visita de la, pretende serlo; y

llueven las cartas, y los billetes, y las tarjetas pidiendo licencia para presentar á este, á aquel ó al de más allá. Segun es la calidad del candidato, y tambien segun la del padrino, se accede á la pretension, se desaira, ó se aplaza.

Con lo cual logran los que celebran la fiesta aumentar el número de sus amigos, acreciendo en cambio considerablemente el de sus enemigos.

III.

Llega el suspirado dia, y desde muy temprano se advierten los anuncios y preparativos de la funcion. Los peluqueros y peluqueras no tienen manos para servir á los individuos de ambos sexos que necesitan los auxilios *de su arte*.

Dama hay que por no poder venir más tarde el *coiffeur* á la moda—el cual unas veces se llama *Auguste*, otras *Constant*, pero siempre tiene un nombre francés—se halla peinada desde las doce de la mañana para el baile á que ha de ir á las doce de la noche; otra, por el contrario, á esta hora todavía no ha visto aparecer al esperado artista, y entra en la fiesta á las tres de la madrugada: otra y otras aguardan en vano á la modista, y se deciden á ponerse un vestido viejo, ó lo que es igual, un vestido que han usado ya una vez; algunas, más exigentes ó más orgullosas, se meten con desesperacion en la cama, porque á pesar de que Worth ó Mme. Laferriere han comunicado telegráficamente que salió de Paris el traje, este no ha parecido en Madrid.

En el palacio, ú *hotel*, segun se dice ahora, de los barones de X···, todo es movimiento, desórden y agitacion. El Brillat

Savarin, el Careme del banquero trabaja durante una semana en preparar la fastuosa y suculenta cena que vá á tener la honra de ser devorada por la gente más distinguida de la capital; un ejército de pinches y marmitones le escolta y auxilia; una numerosa legion de criados recibe y escucha sus instrucciones con respeto.

No siendo suficientes los del baron, se han llamado á diez, doce ó quince de alquiler, que por la módica cantidad de cuatro duros acuden á todas las fiestas y á todos los banquetes.

Como estamos en invierno, y los jardines madrileños no bastan para las necesidades de la poblacion, se han hecho traer de Valencia, de Alicante y hasta de Andalucía, grandes cantidades de flores, que se ostentarán en vasos y jarrones en todos los salones y aposentos de la lujosa vivienda.

Además el baron posee una quinta cerca de la córte, y de allí se han arrebatado tambien todas las macetas y tiestos, que adornarán el portal, la escalera y el vestíbulo del edificio.

Por último, el fondista Lhardy ha fabricado centenares de *sandvichs* y pastelillos; las confiterías de Blanco y la Mahonesa, arrobas de pastas y de dulces; los dueños del café de la Iberia ó del Suizo, gran número de quesitos helados para saciar el apetito y la sed de los quinientos convidados.

¡Qué bellos están los salones, iluminados *á giorno*, perfumados con los efluvios de las rosas, de los jacintos y de los claveles! ¡Qué atmósfera tan tibia y deliciosa se respira en ellos... cuando la gente no ha empezado á llegar!

La señora de la casa, ataviada con suma sencillez, sin joyas, sin brillantes—así lo prescriben las leyes del buen tono—aguarda en la primera antesala, con la sonrisa en los labios, á sus numerosos amigos—á muchos de los cuales no conoceria

si el portero de estrados no gritara con voz sonora sus nombres.

La niña, modestamente vestida de blanco, con un *carnet* ó libro de memorias en la mano, se apresta á escribir en él los de sus innumerables parejas.

Porque es de rigor que la señorita de la casa sea invitada á bailar por todos los jóvenes, y por muchos de los que no lo son, que asisten á tales fiestas; y ejemplo hay de haber pedido á una misma persona cien walses, cuarenta polkas y otros tantos rigodones en una sola noche.

El baron, con todas sus placas y todas sus bandas, fincha-do, orgulloso y satisfecho, asiste tambien al desfile de la sociedad madrileña, lanzando una mirada de júbilo á su cara mitad cuando vé á uno de esos personajes ilustres ó á una de esas celebridades de la hermosura que dan color y prestan importancia á una reunion.

La orquesta de Gonzalez—de rigor en los bailes *comme il faut*—aumentado el número ordinario de sus individuos hasta el de diez ó doce, se halla en una tribuna revestida de flores, y desde allí hace oir sus armoniosos sonidos.

Toda la música que ejecuta es nueva, toda ha sido buscada expresamente para la funcion entre lo más notable de los compositores franceses ó alemanes.

El baron y la baronesa han querido que su baile deje memoria, y ciertamente que la dejará; nunca se ha visto concurrencia tan aristocrática ni tan escogida; nunca mayor suma de mujeres hermosas; nunca una cantidad más considerable de piedras preciosas y de encajes.

La vanidad y el amor propio de aquellos pueden estar completamente satisfechos, porque no oyen sino estas ó parecidas frases:

—¡Qué fiesta tan magnífica!

—¡Qué sárao tan admirable!

—¡Dignos del delicado gusto de ustedes!

—¡De su acreditada explendidez!

—¡De su proverbial galantería!

—¡De su notoria generosidad!

Lo mismo que repetirán al dia siguiente las gacetillas de los principales periódicos, y algo despues los cronistas en sus revistas.

Esto no impide que de los 500 convidados, 450 por lo ménos, se dediquen á buscar ó inventar defectos; á tachar los emparedados de duros, el jamon *glacé* de salado, de escasa la iluminacion de los pasillos, de mal servido el guardaropa, de frios los salones de descanso.

Si por desgracia se concluye la horchata, ó la voracidad de los comensàles ha dado fin al pavo *truffé*, entonces son de oir las quejas y las murmuraciones de los burlados.

—Para dar un baile así, más valiera no darlo.

—¡Miserias y escaseces en casa de un hombre tan rico!

—¡De este modo se enriquecen, siendo mezquinos y tacaños!

—¡Me voy á cenar al Casino!

—Si estuviera abierto el Suizo, allí me iria á cenar, porque estoy muerto de hambre.

El baron y la baronesa se han tomado toda clase de molestias y fatigas para obsequiar á personas, cuya inmensa mayoría apenas conocen; se han enemistado con unos, se han indispuesto con otros, han gastado dos ó tres mil duros en la fiesta, y nadie les agradece sus cuidados ni sus afanes.

Por delante calorosos plác [illegible] entusiastas elogios, expre-

siones de viva gratitud; por detrás, la envidia y todas las malas pasiones de la humanidad se vengan de no poder hacer lo que han hecho el poderoso banquero y su mujer, con despiadadas burlas, con sátiras crueles, con sangrientos sarcasmos.

ASMODEO.

LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO.

Será tachado de paradógico el siguiente concepto, y acaso es verdadero: el mortal vá á las romerías á perseguir inconscientemente lo infinito.

El mortal está obligado á marchar por el carril de su vida rutinaria, y siempre que descarrila tiende al placer; el placer no es más que una aspiracion fallida á la felicidad, que á su vez no es otra cosa que la revelacion de lo divino por medio de lo humano. ¿A dónde va el hombre cuando se separa de su vida ordinaria para buscar las emociones de lo extraordinario? A donde quiera que lo real ó artificial, lo expontáneo ó lo creado por él, le descubre los misterios del placer.

¿Qué es el placer para el hombre? Antes de realizarlo una aspiracion, despues un desaliento.

Preguntad al alegre romero si se ha divertido, y os contestará afirmativamente, miéntras conserve la impresion de los sentidos; preguntádselo c[illegible]do [illegible] la d[illegible]encia que halla entre la dicha que [illegible] a, y os con-



testará negativamente, si tiene dos elementos importantes, imaginacion y corazon.

La voz general dice que en España no hay dinero; pero las empresas de ferro-carriles se lo creen á medias, y cuando se acerca el dia de San Isidro, consiguen con fabulosas rebajas arrancar á las provincias el escaso numerario que segun fama poseen, para que lo arrojen en Madrid, verdadera fustina en que se funden las monedas de los provincianos.

La capital hace lo posible por atraerse los viajeros en tiempo de romería; abre sus museos, expone sus gracias, arregla sus trajes, y ensaya al espejo la sonrisa más incitante para agradar al forastero; pero siempre cortesana, vende lo que puede, solicita lo que se presenta, teniendo por comisionista de sus tratos al vicio, á la intemperancia, á la novédad, al deseo.

El provinciano recorre las calles de Madrid, comprando en las tiendas, tomando en los cafés, riendo en los teatros, embobándose ante las fruslerías de relumbron, vacilando ante la desembarazada marcha de las pecadoras, con esa expresion de rostro peculiar al que admira sin análisis, de esa manera innata en el que desconoce el terreno que pisa, porque el provinciano nuevo en Madrid, lo mismo que varios tipos políticos y sociales, lo mismo que el sastre, que el jugador, que el progresista, que el retirado y que el histrion, está circundado de un nimbo típico que le distingue de los demás séres, y que es una irradiacion de la naturaleza.

El provinciano, lo mismo que los individuos [illegible] acabo de

enumerar, es uno de esos planetas con atmósfera, conocidos en todos los observatorios.

Obligado á contar lo que, en mi *sentir*, es la romería de San Isidro, paso á cumplirlo, advirtiendo que tengo el firme propósito de no desflorar la cuestion religiosa, encerrada en toda romería, y que he apagado las ascuas del incensario en que los escritores vulgares acostumbramos á quemar la mirra de la adulacion en honor del pueblo madrileño, siempre que no pasan de media docena los navajazos que se propinan durante la temporada de romería.

Para saber lo que es ésta, vén, forastero de mis pecados, vén á la Puerta del Sol, no te pierdas en ese laberinto de carruajes, no te marees con la confusion que las gentes producen, entremos en un ómnibus, mezclémonos con los alegres burgueses, calculemos la morbidez de la romera más próxima y encomendémonos al santo.

—¡A dos reales, caballero! ¡Eh, señora, á dos reales! ¡Al santo! ¡Arriba! ¡iiiiá! ¡iiiiá! Y allá vamos todos aturdidos con el retintin de las campanillas, el trote de las mulas, los chasquidos del látigo, los apóstrofes del postillon, la trepidacion de la caja y el escarabajeo de las piernas, dejando atrás la villa, el puente, los árboles y los romeros pedestres.

—¡Sóooo! grita el mozo, paran las mulas, cesa de rodar la caja, abre un chico la portezuela, bajan los burgueses, pagamos el asiento, y mientras los socarrones averiguan qué clase de ligas se gastan, los enemigos de las peanas parten en derechura á adorar el santo, y el filósofo se entrega á las profun-

das consideraciones que brotan en su cerebro, meditando sobre lo mísera que es la humanidad cuando se dispone á echar una cana al aire.

Notarás que á primera vista todo es antitético en la romería de San Isidro: turbas de mendigos guácharos rodean á los acomodados alegres; al pié de un cerro desolado se extiende una planicie abigarrada y exuberante en detalles; se alza en una capilla la imágen de un sencillo labrador, que mira á sus piés centenares de cortesanos; al rededor de un cementerio se agrupan las gentes para hacer por la vida, profanando la destemplada gritería de los vivos el silencio de los muertos; las señoras son las *personas* que hacen y los caballeros las personas que padecen; se llevan las botas en las manos y los pitos en la cabeza; la funcion es nueva, y el público silba sin cesar, y como de la antítesis nace el arte, me atrevo á calificar la romería como una obra de arte innominado y arlequinesco, que ocupa uno de los camaranchones del palacio de la Estética, tabique por medio del arte tauromaco.

Despues de la primera impresion, te aturdirá un ruido insoportable.

Es difícil resumir en una frase el estruendo de los diferentes gritos que exhala la romería; el vendedor pregona sus mercancías; el ébrio pronuncia discursos ante congresos imaginarios; la mujer abre la válvula de su temperamento sobre-

escitado; la rústica dulzaina y el impertérrito tambor atruenan con sus discordancias; los estridentes violines carraspean aires sin compás; innumerables pitos anuncian la marcha del tren-locura; las campanas de la ermita pretenden dominar el ruido del mundo, como el metal domina á éste; yo creo que desde la region atmosférica á donde llegue tanto clamor condensado en un sonido, se oirá el tono de la vociferacion de una bacante escitada con las contínuas libaciones del rito báquico.

Si quieres diversiones, lánzate, querido forastero, al maremagnum que tienes delante.

El Tio Vivo te proporciona, por una fútesa, viajes al rededor de un mástil, sobre pintarrajeado caballo de madera, ó en incómodo carricoche, sujeto por fuertes barras de hierro; los teatros mecánicos te brindan con las escenas tragi-cómicas de Pepita y Juanito, personajes de palo, que se destrozan y acarician sobre los dedos de un juglar; en circos improvisados, hallarás completa cuadrilla de funámbulos y titiriteros, con la consabida mujer gigante, la curiosa ternera de cinco patas, y la científica loba marina que habla; los panoramas, cosmoramas, neoramas y esteoramas trashumantes, te mostrarán tras de vidrios gruesos las más célebres batallas y las capitales más populosas, enseñándote, para hacer boca, un cartelon informe, en que so pretesto del asesinato de Prim, se fusila al arte con descargas de ocre y almazarron; en ahogados cobertizos de estera, puedes entregarte á los escesos que el baile moderno inventá para encanto de chulos y reconcomio de criadas al nacion á la guerra, á la caza,

ó á las artes liberales ó voluntarias de la libertad, puedes entretenerte en el tiro de pistola y de ballesta, ejercicio de los que más competencia hacen al patriarcal é inocentísimo pasatiempo de la pesca con caña.

Si tripas llevan piés, como tú dices oportunamente, entremos en las fondas campestres á tomar algo para que nos tomen por cándidos; si quieres refrescar, vamos á las botillerías, tabernas y horchaterías improvisadas; si prefieres manjar suculento y servicio aseado, vén y nos agregaremos á una familia de mi confianza.

En el campo todo es lícito (axioma terrible que entraña una inmoralidad escandalosa), yo te presentaré, y lo demás corre de tu cuenta. El papá me adula para poder llamarme yerno mañana ú otro dia, la mamá me califica de picaron, porque la requiebro con premeditacion y alevosía; las tres hijas hacen que se ruborizan cuando las lisonjeo, me miran á hurtadillas, y me enseñan el pié, poniéndome en camino de escursiones figurativas á los Países Bajos; el hermanito me pide charadas, y á un señor solteron, hermano de la mamá, le presto libros que hagan reir, y poesías picarescas; la criada me sirve algunas veces, y el perro me acaricia sin miras interesadas por no parecerse á su amo.

Ellos han arreglado con tres dias de anticipacion el menaje, tren de batir y aparato de la obra, necesarios para gozar de la romería y trasladar el hogar doméstico, sito en la calle de la Ruda, núm. 57, piso cuarto del centro, á la pradera de San Isidro: sobre los trajes de las niñas, el sombrero del papá, la invitacion á algunos amigos, el solomillo en fiambre, la hora de levantarse y el medio de trasporte, ha habido fuertes polémicas, borrascosas sesiones, espeluznantes turnos en pró y en

contra, hasta que por último decidió la autoridad paterna, á la que se sobrepuso la terquedad materna, sobre la que triunfaron los caprichos filiales.

Pecho al vino y comeremos frias tajadas con escitantes condimentos, tendremos asiento incómodo, cucharizaremos y tenedorizaremos los dedos, beberemos por un piton cien veces chupado, aguantaremos los chistes impertinentes de algunos *ingenios de la córte* y luego jugaremos á la gallina ciega, á las cuatro esquinas y á cuantos juegos de villanos nos permita la elasticidad moral del concurso.

Pero veo que tú, como yo, huyes de la sociedad escogida, y buscas el *tipo*; el tipo eterno, pesadilla del que naciendo para más altos fines, abre los ojos en este planeta menguado, y cae en medio de una socidad ridícula y pretenciosa.

Escoge, que hay tela cortada para un rato: ahí tienes al que pensaba divertirse tanto, que quince dias antes de la fiesta tenia fritos á sus compañeros con los proyectos de romería; ahí le tienes bajo el poder de una borrachera lacrimosa que le cogió á las cinco de la mañana en un puesto de aguardiente, que le tendrá acogotado largas horas, sin permitirle un rato de expansion.

Por allá vá la jóven que pasó la noche en vela para engalanarse, pensando dar un golpe de efecto á sus amigas, y lleva el tocado descompuesto, y el traje manchado de vino por la intemperancia de un compañero de fatigas.

Acá tienes las señoritas cursis que temiendo rebajarse hasta el vulgo, andaban con repulgos de empanada para sentarse sobre el santo suelo, y abrir la boca en el espacio inconmensurable, y ahora escandalizan con zambras y chillidos, 1 ...
bota y arremeten con los hombres, haciéndo

Por otro lado verás á un libre pensador de bodegon, que se traga cuartillos de agua del santo, creyendo que su eficacia le borrará la fuerte calentura que el sol y el mosto le han proporcionado.

Acullá distinguirás el calavera embrionario, que, con el sombrero en el colodrillo, el lazo de la corbata en la nuca y el chaqué al hombro, requiebra cuartelescamente á las chicas que le salen al paso.

Pero el mejor, el tipo autonomático, el que dá quince y raya al caballero gordo que baila echando los bofes, al honrado padre de familia que engaña en una peseta al vendedor de cualquier comestible; á la recatada jamona que chilla en el columpio, es el amigo de la casa, alegre, decidor y de buen tono, que por complacer al marido, y á despecho de la señora que odia verle tan prosáico, vuelve al hogar que mancilla, con un botijo de barro en cada mano, un escapulario al cuello y un pito floreado en la boca, siendo la irrision de los transeuntes, objeto de las pullas de los amigos, y gacetilla de las personas formales.

Un dia de bullanga pacífica ó semipacífica de este género, basta para aturdir á cualquiera, y sin embargo, hay romeros que apuran la copa del placer pernoctando en la pradera, con fines más ó ménos criminales, que ya te figurarás.

Volvamos á nuestros lares, con la seguridad de haber encontrado en San Isidro algo que no han podido hallar sin trabajo en las córtes europeas los modernos buscadores de reyes al uso.

Nosotros hemos dado con una dinastía sin mancha, modesta y democrática; la dinastía de la tia Javiera: hemos visto una série de descendientes suyos, dedicados al limpio oficio de la

rosquillería, y como un esfuerzo de patriotismo, como un plano inclinado á la República, proponemos esa dinastía para el trono vacante de cualquier pueblo que se le ponga en las mientes un ensayo de revolucion.

Volver á Madrid desde la romería, como he vuelto, dando cambiazo á mi compañero que trataba de perderse en un grupo de alegres cantadores, es muy poético, tiene un fondo de suave tristeza, como todo lo que es esencialmente artístico.

Eran las diez de la noche; innumerables luces colocadas al azár, permitian ver la oscuridad nocturna; á intervalos venian de la pradera algunos rumores á dar la plácida despedida á una jóven alegre que se colgaba de mi brazo; parejas sin contorno, grupos de forma vaga y fantástica nos precedian y rodeaban, apareciendo y desapareciendo en la oscuridad; se apagaba un cántico lejano, ó brotaba otro próximo; la jóven hablaba mucho y yo callaba bastante.

Seguimos nuestro camino sin ganas de llegar á su término, porque la jóven hablaba ménos á medida que sentia más; la poblacion nos presentaba á lo léjos grandes masas de luz ténue, y se divisaban las moles de los cuarteles y cúpulas; á nuestro alrededor vagaban fosforescencias que eran nuestros deseos y suspiros, tomando forma; la jóven cesó por completo en su charla atolondrada, y con acento suave é indeciso apuntó el relato de dulces recuerdos que la situacion evocaba; yo, movido por idéntico motivo, le hice algunas confianzas, y cuando el amor tejía coronas de flores para nuestras cabezas, que insensiblemente habia juntado, se acercó la villa con su

puente de Segovia; cortó nuestra conversacion, desvaneció con su soplo el magnetismo que nos envolvia, apagó la intensa mirada de nuestros ojos, separó las manos que se oprimian, y llevó á la region de lo pasado unos momentos de delirio misterioso, inspirado por la oscuridad de la noche, por la confianza de la juventud, por los halagos de la fantasía y por los impulsos del corazon.

¡Qué melancólico es el fin de una romería!

FEDERICO MOJA Y BOLIVAR.

EL GUAPO DE OFICIO.

I.

Pues no señor.

¿Sospechó usted que tenia á mi cargo describirle el tipo del *perdonavidas* que, recatado en el embozo, con el sombrero hasta la ceja, una mano en la daga y otra dando al aire los gavilanes del acero toledano, abiertas las piernas á manera de compás viviente, espera á su víctima en la sombra de callejon cerrado?

¿Creyó por un momento que iba á ocuparme de algun individuo de la familia de aquel que en un momento crítico

«Caló el chapeo,
requirió la espada,
miró al soslayo, fuése,
y... no hubo nada?»

Pues tampoco.

¿Qué es eso? ¿Se figura usted que se trata del *guapo* de tiem-

pos más modernos? ¿Del sucesor del *guapo* Francisco Estéban? ¿O es que ha creido usted que voy á tratar de esa degeneracion de aquellos tipos, limitada hoy á las hazañas del *pego* y del *amarre* en algun garito de incáutos, donde se juega poco, se tiembla mucho y se blasfema más?

Pues ménos todavía.

No seré yo quien de hoz y coz entre por el sendero de describir lo tan sabrosamente descrito en crónicas y leyendas, comedias y romances de todos tiempos, ya á propósito del soldado *temeron* que cobra el barato en su tercio á cambio de no pocos rasguños con que de vez en cuando le agujerean el pellejo los de la partida, ya del *busca-ruidos* que de figon en figon y de hostelería en taberna provoca á unos y protege á otros, tirando con desenfado el cubilete de los dados, y cayendo en guardia en el momento que siente acometida la bolsa.

Hombre muy de nuestros tiempos será el que yo describa, con mejor voluntad que acierto seguramente, pero no por esto ménos *real* y *positivo* que aquellos, ya que no tan picaresco ni susceptible de literaria forma.

El *guapo* de que he de ocuparme será aquel que, privilegiado por la naturaleza con las bellezas de la forma externa, en manera superior á las de la generalidad del sexo fuerte, hace de tal condicion el patrimonio de su vida, y solo á él debe la bienandanza en este mundo, donde nunca faltarán mujeres caprichosas y debilidades humanas.

La historia, fuente de toda experiencia y manantial inagotable de ejemplos prácticos, se encargará de decir á ustedes quién es, cómo y por qué existe el *guapo de oficio*, á quien de seguro ustedes conocen ya, si no es que bulle en el círculo de sus amigos y merece sus respetos, en esta deliciosa farsa so-

cial, donde se representa de muchos siglos acá la tragedia burlesca de la vida.

II.

En una capital de provincia murió hace pocos años, y ya en edad provecta, uno de esos hombres nacidos en toda regla para respirar el aire de los salones, disfrutar una renta considerable y llevar bajo de heráldico escudo el apellido de un tituló nobiliario.

Desgracias de familia en parte, de otra el sostenimiento de cuantas ficticias necesidades crea el lujo, y para complemento la pérdida poco ménos que total de su fortuna, comprometida en una jugada de Bolsa, dieron al traste con aquel edificio levantado por la diosa vendada, y obligáronle á retirarse de la córte, para consagrar desde allí su atencion y cuidado á la crianza de un hijo, que por aquel tiempo servia en calidad de aspirante-agregado en el ministerio de Relaciones extranjeras.

Llamábase éste Federico Enrique de ···, y á sorprender la dulce indiferencia en que vivia llegó la noticia del fallecimiento de su padre.

Apenas repuesto del dolor que le causara tan irreparable desgracia, pensó nuestro Enrique en su situacion, con esa frialdad característica de los españoles, siempre oportunos en considerar el mal cuando, si no muy tardío, no tiene remedio.

Como *bienes propios* no contaba sino con su legítima, reducida á una insignificante cantidad, de todo punto insuficiente para permitirle vivir en el círculo á que le habian conducido

las prodigalidades de su padre y los hábitos de una educacion brillante en todas las frivolidades del *gran mundo*, y ni en una sola de las virtudes que engendran el amor al trabajo y la adquisicion de lo necesario para la vida práctica y positiva.

En otro tiempo hubiera nuestro Enrique corrido á salvar su suerte alistándose bajo las banderas de Pizarro ó Cortés, como tantos otros, ilustrando á su vez su apellido con los laureles de la gloria; pero no le brindaba la ocasion por ahora otra suerte que la de confundirse en lucha fratricida con los que buscan una muerte oscura en las asperezas de la *manigua*, batiéndose infamemente contra el pabellon á cuya sombra alcanzaron los destellos del cristianismo y todas las prosperidades de la cultura y de la riqueza.

¿Qué hacer?

Se encontraba arruinado cuando le sonreia la vida; manejaba las armas con orgullo de *Bruttin* y del *Zuavo*; guiaba un *phaethon* como el primer *gentllement* del *Sport*; vestia con admiracion de *Worth* y de *Peckman*, encargados constantes de su trage; pero desconocia en absoluto las lenguas extranjeras, y nunca se sintió con fuerzas bastantes para herir las teclas de un piano, por más que fuese entre los de su estofa el primer *dilettanti* en los *conciertos clásicos*, y el abonado del Real más intransigente con las medianías de *sfogato*.

Pedirle que viviese de su ingenio era imposible: apenas si conocia los rudimentos de la *caligrafía*, y en punto á gramática quedábale mucho que aprender, por más que en cuantos estrenos de obras dramáticas presenciaba, soltase en alta voz los más absurdos juicios y las censuras más ridículas á propósito de los escritores de más probada fama.

Para acabar sus dias con la intervencion de una cápsula de

plomo, ni tenia bastante excepticismo, ni corazon bastante.

Aburrido, desesperado, en esa situacion de amargura á que le conducia su desgracia, paseaba agitadamente por su cuarto, decorado todavía con los restos de la opulencia pasada, cuando por un movimiento natural vino á fijar la vista en el brillante espejo de un armario de vestir, de los que el vulgo ignorante llama de *cuerpo presente*.

Narciso, al sorprender el secreto de su belleza en los cristales de la fuente; Margarita, al contemplar su belleza realzada por el adorno que la arrastraba á su perdicion, fueron indudablemente ménos felices que nuestro Enrique cuando, reparando en el reflejo de su persona, halló en sí mismo la solucion del problema que torturaba su cerebro.

La sonrisa asomó á sus lábios, revelando una satisfaccion que valia tanto como el *¡Eureka!* del filósofo griego.

III.

Pocos dias despues, Enrique empezaba á poner en ejecucion sus planes.

Quedábanle en todo su vigor las relaciones más afectuosas de aquellos altos círculos donde habia pasado los primeros años de su vida: apenas trascurria en la semana una noche sin que una invitacion para comer le llevase al palacio de los marqueses de X, ó le halagase con el concierto de los duques de Z, ó le hiciese primera figura en el *cottillon* de los señores de M.

Para alternar, ó en caso de apuro, quedábale siempre franca

la puerta del palco *de la caza* en el Real, de la *ruleta* en el Casino, ó del *Veloz-Club.*

Lo indispensable era no perder ni por un momento la aureola de aquella posicion dorada.

«Dulce y alegre cuando Dios queria...»

Y á este fin se encaminaron principalmente todos los propósitos de Enrique.

Un sastre es siempre un amigo cuando se paga la cuènta sin vacilaciones y *al portador.*

Enrique habia sido pródigo, y merecia á los suyos una confianza ilimitada: este primer artículo en la vida de un *fashionable* estaba asegurado.

Prats, en su salon de *coiffure*, tendrá siempre á sus órdenes los primores del tocador en *cosméticos* y *brillantinas.*

Alonso y *Lázaro* no le negarian nunca el más elegante de sus *breaks*, ó la más artística de sus *victorias* en un dia de *carreras.*

Ibarra pondria á su disposicion lo más selecto del cultivo de *Parthagás* ó la *Vuelta Abajo*, y menguada seria la hora en que, faltándole *un quinientos,* no se esmeraran con su característica bondad los hermanos *Fornos* en ofrecerle las primicias de su escelentísima cocina y los vinos dè su selecta bodega.

Lo demás lo haria un *pleno*, perseguido sin descanso.

IV.

Así trascurrió un año, año de fortuna, durante el cual en

nada tuvo que resentirse la dignidad personal de nuestro *diplomático en agráz.*

Durante aquel año, y con la vista siempre fija en el logro de sus propósitos, Enrique fué *l'enfant gotté* de lo que ha dado en llamarse *buena sociedad.*

Su discrecion le colocaba siempre á punto de las envidias mujeriles, y su condicion natural de *guapo* despertaba frecuentemente en determinados corazones los apetitos del capricho.

Así vagó, libando de esos cálices siempre abiertos á las emociones del sensualismo, hasta encontrar lo que buscaba.

Y al fin lo encontró.

Una mujer todavía bastante jóven para los placeres de la familia, y rica para ofrecer todas las ventajas de una señalada posicion, le dió su mano, haciéndole con ella poseedor de su fortuna y digno de su nombre.

V.

Jóvenes incáutos, los desheredados de la fortuna y pobres de corazon, si alguna vez, y con la cobardía propia de quien examina sus miserias en aquella exposicion permanente del lujo, veis cruzar por la Castellana un carruaje, donde, con todas las condiciones del *chiq* y del *confort*, luce su arrogante figura un hombre de *treinta y cinco á cuarenta años*, de simpática mirada, altivo y noble porte, llevando á su lado una dama de aristocrática presencia y distinguidísima *toilette*, fijáos bien y conocereis á Enrique, al antiguo *agregado diplomático*, en la cumbre de su explendor.

En él hallareis tal vez el tipo modelo de tantos otros que,

vestidos por la suerte y alimentados por la casualidad ó la impudencia, deben cuanto son, ó llegan á ser, á una carrera desconocida hasta hace poco tiempo, á la del *caballero guapo de oficio*.

EDUARDO SACO.

LA PRIMER CORONA.

¡Qué de corridas, qué de animacion, cuánta gente en casa de doña Antonia Pinto de Cebollino! Cualquiera que no estuviese en autos creeria que se habian pronunciado contra la autoridad del propietario y que una nueva gloriosa en miniatura habia tenido efecto dentro de aquella tranquila mansion.

El Sr. de Cebollino, esclavo y no esposo, siervo y no compañero de doña Antonia, aquel dia hasta se permitia emitir su opinion; grandes cosas debian suceder, y apuesto que mis estimadísimos lectores rabian ya de curiosidad por saber lo que pasa.

No temo ver defraudadas tus esperanzas, querido lector, el caso es grave, muy grave, gravísimo y merece llamar toda tu atencion.

¿Conoceis á Arturito Cebollino de Pinto? ¿No? Pues parece mentira: es un jóven rubio, colorado, simpático hasta cierto punto, y cándido como todos los españoles juntos. Estudió para médico seis meses, tres para veterinario, dos para abo-

gado y cinco dias para ingeniero agrónomo; tuvo la desgracia de no servir para nada de esto y la fortuna de conocerlo pronto. Su mamá, doña Antonia, que, segun dicen, tuvo y tiene muy buenos principios (es de advertir que nunca se han comido en su casa mas que el dia de los santos titulares), decidió, vista la completa inutilidad de su vástago, que se dedicara á escritor y diputado para llegar á ministro, y el dia en que nuestra historia pasa era precisamente el de su *debut* en el teatro.

Con ocho dias de anticipacion, Arturito, á quien habia conocido en una funcion de nacimiento dos años antes, me rogó insertase un suelto en *La Correspondencia*, que él mismo escribió, y que estaba concebido en estos términos, literalmente:

«El jóven y conocido escritor D. Antonio Cebollino de Pinto, ha terminado para el elegante coliseo de la Infantil, una comedia original en un acto y en verso titulada *Tu amor ó el petróleo*, de la que tenemos muy buenas noticias y á la que auguramos el más feliz éxito, dadas las especiales dotes de talento que distinguen al autor. Este, segun nuestras noticias, se propone guardar el más riguroso incógnito.»

—No veo el incógnito, estimado Arturito, le dije despues de leer el suelto.

—Es una pura fórmula, me contestó, que me da más importancia.

Escuso decir que reformé el suelto.

Por fin llegó el anhelado momento, y solo faltaban dos horas para empezar la funcion.

Como digo al principio de estas líneas, la casa de doña Antonia estaba en completo movimiento, y una porcion de parientes y amigos iban sucesivamente llegando.

—Señores, no hay que perder el tiempo, vamos andando, decia el Sr. de Cebollino, limpiándose el sudor.

—No te precipites, replicaba côn sorna un primo de la casa, aún falta cerca de dos horas.

—¡Cebollino! ¡Cebollino! gritaba desde su cuarto doña Antonia, vén, no te detengas.

—¿Qué quieres? dijo acudiendo el aludido.

—¿Has hecho todos los encargos?

—Todos.

—¿Le llevaste el palco á la coronela?

—Lo llevé.

—¿Y las butácas á doña Córdula?

—Tambien.

—¿Y los anfiteatros á la familia del tabernero?

—Ya lo creo, como que eran los que más interesaban.

—Dices bien, son ciento y la madre y han prometido aplaudir todos; dicen que la obra de nuestro Arturito no necesita de alabarderos.

—Ni por pienso, si es una obra maestra.

—Bueno, basta, Cebollino, coje el sombrero y en marcha; yo iré detrás con mi primo. Tú, ya sabes, te colocas en el anfiteatro para dirigir los aplausos.

—Así lo haré.

—Como la obra no guste, te desuello.

Y el pobre Cebollino, seguido de sus amigos y parientes, toma el camino del teatro, dispuesto á romperse las manos para evitar las uñas de su dulce mitad. Una vez llegados á la calle de Carretas y distribuidos convenientemente los billetes, cada cual se apresura á tomar asiento en el teatro, dispuestos á celebrar hasta lo imposible el ii

Doña Antonia llegó por fin, y despues de arreglar su traje y su sonrisa convenientemente, echó una rápida ojeada sobre los espectadores, á ver si faltaba alguno de los convidados.

Nadie habia dejado de acudir: además de los parientes y amigos, á quienes habia acompañado el Sr. de Cebollino, se veia en un palco de enfrente á la ya citada coronela, acompañada de sus cuatro hijas, cuyas caras podian compararse sin ofenderlas á los mascarones que los barcos ostentan en la proa, y que con su sonrisa semi-bufa, parecian estar llamando á gritos un seductor, aun cuando fuese de la peor especie; en la butaca de doña Córdula, acompañada de Joaquinito, su hijo mayor, que empezó á comer á la temprana edad de cuatro meses y que no ha dejado esta inocente ocupacion hasta nuestros dias, y por último, en fila el tabernero, la tabernera y sus siete pimpollos se ensayaban aplaudiendo á coro y suscitaban ya un poco de incomodidad en sus vecinos, que encontraban apasionado aquel entusiasmo prematuro.

Pero nada valia esto en comparacion de lo que adentro sucedia.

Arturito, de un lado á otro sin cesar, dirigia el modo de poner la decoracion, animaba á la dama á que gritara en la escena en que se bebia el petróleo y aconsejaba al actor cómico que le pegase el pistoletazo al barba más cerca y con más propiedad que en los ensayos.

La hora de empezarse habia pasado con mucho, y el público empezaba á dar señales de impaciencia. Arturito clamaba porque empezasen, pero no era posible porque á la dama se la habia olvidado la falda y no podia salir á la escena en enaguas.

Un *guason* del anfiteatro, por vía de gracia, imita al burro,

y el tabernero, que cree ver en ello una alusion á la obra de sus amigos, le pega una bofetada de rechupete, promoviendo el consiguiente escándalo y viéndose obligado á seguir á un individuo de órden público que, sin ninguna clase de miramientos, le sopla en la prevencion, seguido de su familia, que no quiere abandonarle en su desgracia. Doña Antonia, enterada del hecho, y al verse privada de este refuerzo para el éxito, no sabe si desmayarse ó decir á su hijo que retire la obra hasta que soltasen al tabernero.

Suena por fin la campanilla, y se alza el telon.

Voy á contar el argumento de la obra, sin que perdamos por eso de vista á Arturito.

Hé aquí una ligera idea de aquella interesante fábula:

La escena pasaba en Madrid el año de la fecha, y eran los personajes un sereno, su hija, el novio (de la hija, se entiende), dos oficiales generales, dos de infantería y dos de sastre, una pareja de órden público, el verdugo, todo el pueblo de Madrid, que no habla (en escena), y la sombra de los amantes de Teruel, que vén y callan.

La hija del sereno, que se llama Torcuata (el nombre de la novia de Arturito), está afiliada á la «Internacional,» y profesa el principio de que la mujer no debe en ninguna ocasion disimular sus sentimientos, razon por la cual ha hecho una declaracion de amor á Calisto, que la aborrece porque huele á vino (no era extraño, porque lo bebia).

El dia de la accion, Torcuata logra, en un momento de descuido, encerrar en su cuarto á Calisto, y le dice que no ha de salir de allí sino para ir al Registro civil, y Calisto se niega, como es natural, y Torcu[illegible]a, despues de tratar de convencerle con mil dulces [illegible] le insulta.

Recuerdo casualmente los cuatro versos con que empezaba en este último arrebato; son preciosos, y no quiero privarte de que los conozcas, querido lector. Dicen así:

«Infeliz oficial de zapatero,
Que acabas de salir de la basura,
¿No te conmueve mi pasion tan dura?
¿No? Pues ese es un modo de portarse que calificar no quiero.»

Veo llorar á mis lectores; á mí tambien se me saltaron las lágrimas.

Calisto, al oir que acababa de salir de la basura, la llama puerca á Torcuata; ésta, al verse despreciada, se bebe una lata de petróleo, y cae muerta despues de maldecir á Calisto: vá á huir éste, y se encuentra al sereno, que acudia con el chuzo á los gritos de su hija: al verle, cree que le vá á matar, y le pega un pistoletazo en un ojo: al ruido acuden dos generales que, segun el autor, pasaban por allí, y son muertos de dos chuzazos por Calisto: entran los dos oficiales de infantería, y les pasa lo propio, y así sucesivamente mata cuarenta y dos personas, hasta que llegan los de órden público, que le prenden y le entregan al verdugo, que tambien pasaba por allí: en esto el pueblo entra y victorea con entusiasmo, pero sin gritar, al matador, y acaba la obra con una lluvia de fuego, al mismo tiempo que Cupido sale de la lata de petróleo con que se envenena Torcuata.

¿Qué t... a... l... tal? Yo no sé si le gustará al lector; pero á mí me gusta mucho. Volvamos á Arturito.

Desde que la obra habia empezado, un sudor frio le inundaba de piés á cabeza. Inmóvil junto al primer bastidor, esperaba anhelante el primer aplauso, y se ponia maquinalmente los guantes lila para cuando le llamasen á la escena.

El público empezó á oir la pieza en silencio, y hasta el momento en que la dama se bebia el petróleo no dió muestras de impaciencia. Aquel instante fué fatal: gritos, risas, patadas y silbidos hicieron un coro general hasta que cayó el telon.

Doña Antonia amenazaba al público con el puño.

El Sr. de Cebollino lloraba al pensar el arañado porvenir que le esperaba.

Y Arturito... Arturito corria como un loco hácia su casa.

Pronto llegó tambien doña Antonia del brazo de su primo y seguida de su marido.

Renunciamos á describir la escena que en la casa tuvo lugar. Doña Antonia se arrancaba los moños, y llamaba estúpidos y salvajes á los espectadores; su marido la miraba de reojo, como temiendo vérsela venir encima á cumplir su promesa; Arturito tomaba té y decia que hoy no gustan las obras lógicas, y el primo se reia de todos y aconsejaba al novel autor que se dedicase á escribir... á su familia.

A mi pobre amigo solo le consoló una cosa que yo le dije: que se habia equiparado á Cristo, porque su primer corona habia sido, como la de Nuestro Señor, de espinas.

Sepan para su consuelo mis lectores que hoy el mundo ha reconocido su mérito, y que, si bien escribe tan mal como ántes, es miembro del jurado de uno de nuestros teatros dramáticos, académico de la lengua, diputado, periodista, Gran cruz y título de Castilla.

Lo bueno, al fin y al cabo se reconoce; y en España, aunque algunos aseguren que Cervantes se murió de hambre, tarde ó temprano se premia el mérito.

LUIS DE SANTA ANA.

EL USURERO.

(ARTÍCULO MORTIS.)

Supongamos por un momento, prójimo amado, que, nuevo en esta villa y córte, se halla usted en el trance fiero, harto comun por desgracia, bien sea para satisfacer un vano capricho, bien para detener el ímpetu de una pasion desordenada y despótica, ó bien ya para llenar una apremiante y devoradora necesidad, de apelar al fácil y expeditivo recurso de la usura.

Llegado el caso, lo primero que usted se dirá, con aires de satisfecho, acordándose del sitio en que se encuentra, es aquello de: «Afortunadamente no tengo por qué apurarme; en Madrid hay de todo.»

Tiene usted razon: eso es lo cierto, y más especialmente en el asunto á que usted se refiere. En Madrid existen, en efecto, un sinnúmero de gentes, que viven en medio del fausto y del lujo y rodeados de placeres, á expensas de los padecimientos de los demás: impasibles y tenaces confeccionadores de la miseria del prójimo, al cual exprimen hasta hacerle soltar la última gota del sudor de su frente.

Con estos tales es, sin duda, con los que usted se propone entablar conocimiento. ¿No es así?

Permítame usted, pues, que antes que ellos ejerzan sobre usted su irresistible y mortal fascinacion, le guie como por la mano enmedio de ese intrincado laberinto poblado de infinitos y feroces Minotauros.

Si consigo facilitar á usted el hilo de Ariadna, crea usted que tendré en ello una verdadera satisfaccion.

Pero no cortemos el de nuestro relato, y tenga usted la bondad de oir, jóven incauto.

En primer lugar, usted tendrá aprendido que el usurero es un vejete avellanado, de rugoso cútis, mandíbula angulosa, boca desdentada y sumida, ojo verde y redondo, que dispara miradas á traicion, por detrás de unas antiparras de ahumados cristales que cabalgan sobre el vomer de una nariz corva y larga como *cheira* de zapatero remendon: habrá usted oido decir que este individuo cubre su puntiaguda osamenta con un leviton verde aceituna, cuyo cuello de forma de collera sirve de pedestal á un gorro de algodon, que asoma su negro y festoneado borde por debajo del ala carcomida de un sombrero de copa derrengado y mugriento, tan sobrado de goteras como falto de pelo, y con el cual hace algunas veces juegos malabares entre los largos, flacos y huesudos dedos de una mano, mientras que los de la otra se aferran al puño de un baston de caña de Indias, en el que clava las uñas con la insistente fiereza del stornino.

Este, sobre poco más ó ménos, será el usurero de quien usted tiene noticia. Pues está usted en un error, *aunque usted perdone*. Así fué antes: hoy aquel tipo ha desaparecido casi por completo: antes constituia la regla; hoy podemos aceptarle acaso, como excepcion únicamente.

En Madrid, durante el espacio de un siglo, todas las cosas

cambian dos ó tres veces de aspecto. El manolo de antes es hoy el artesano: el que entonces lo era se ha convertido en artista: el tendero en comerciante: la lista de la fonda se llama hoy *carta*: el caldo *consommé*: las distancias que se medían por leguas, hoy se calculan en kilómetros: los comediantes de los antiguos corrales, son ahora actores de nuestros teatros: los boleros se han hecho bailarines; y por fin, los usureros de antaño son conocidos con la denominacion de hombres que hacen negocios.

En honor de la verdad séa dicho, todas estas metamórfosis en nada han afectado la esencia de las cosas: en el fondo de las mismas, ni ahora ni nunca puede existir mudanza: la forma es tan solo la que cambia.

Tengámoslo así presente, y no correremos riesgo de engañarnos con falsas apariencias.

El usurero de hoy, aparte del exterior aspecto, es tan capaz como los que le han precedido en su tarea de exterminio, de despojar al prójimo sin el más mínimo escrúpulo de conciencia.

Para conseguirlo con más sencillez, han allanado el camino.

De aquí el cambio efectuado.

Ya no tiene usted, por regla general, que ir á buscarle al miserable y hediondo tabuco en donde escondia sus hipócritas harapos el usurero de nuestros abuelos.

Ahora, el caballero que usted necesita, está al lado de usted en el café; puede verle sentado á la mesa redonda del hotel de Paris á las siete de la noche: más tarde le encontrará usted en el teatro Real: á la hora de Bolsa no faltará á la plaza de la Leña: en el paseo de la Castellana su carruaje es de los primeros. En todos los sitios, concurre lo que han

dado en llamar la sociedad más distinguida de la corte, allí se hallará nuestro hombre vestido con lujo insolente, aunque sin elegancia: la gruesa cadena de oro de su reloj se ostentará, formando un cuarto de luna, sobre su abdómen que comienza á tomar ya cierta redondez: en la blanca pechera de su camisa centellean dos deslumbradores brillantes; y por último, en el dedo anular de su mano derecha, un magnífico solitario del tamaño de medio garbanzo, pone el sello distintivo al susodicho caballero.

He oido decir, y ahora lo recuerdo, que los cazadores se valen de un espejo para cazar las alondras, fascinadas por el brillo que sobre la superficie del azogado cristal producen los rayos del sol.

Los cambiantes de luz que reflejan los brillantes del hombre de negocios, me parecen á propósito para un fin análogo.

Aconsejo á usted, incauto jóven, que no lo olvide.

Si pertenece usted á una familia de la aristocracia, es hijo único de padres opulentos ó heredero presunto de una tia rica anciana y achacosa, puede usted dirigirse con toda confianza á nuestro hombre de negocios, que redondeará fácilmente los suyos, vendiendo á usted cariñosa proteccion y haciendo repetidos sacrificios en obsequio de usted, á quien envolverá en una inmensa y tupida tela de araña formada con pagarés mancomunados é *in solidum*, endoso de letras, firmas en blanco, escrituras de depósito, cesion de bienes futuros y demás sencillos procedimientos conocidos para realizar una positiva traslacion de dominio, sin registro de hipotecas.

Si dadas las circunstancias indicadas se encuentra usted próximo á contraer uno de esos enlaces ventajosos, especie de mina aurífera de inagotable venero y buen filon, el elegante

usurero facilitará á usted los fondos necesarios para llevar á cabo la hedionda especulacion, siempre que usted suscriba á reintegrar el anticipo, triplicado por lo ménos, en un dia fijo y en el más breve plazo, despues de consumado el matrimonio.

Si usted vuelve en sí y quiere retroceder, está usted perdido: el hombre de negocios, no ya solo cobrará, sino que dando escandalosa publicidad al vergonzoso contrato, turbará la paz doméstica en el hogar de usted, y entregará á la maledicencia voraz del mundo, la honra de usted hecha girones. Tiene usted en este caso, como en los otros, como en todos, que pasar por las horcas caudinas que le han preparado, su intemperante é irreflexiva conducta, en primer término, y la sórdida codicia del usurero despues.

Es éste, á no dudarlo, el más temible de los de su clase, tanto por la educacion que afecta tener, cuanto por la astucia y por el buen golpe de vista que positivamente tiene. En los altos círculos sociales que frecuenta, haciendo constante alarde del más noble desinterés, consigue tender la invisible red en la que han de caer unos tras otros, cuantos le rodean y él ha juzgado como buena presa.

Unas veces, protestando de que solo por hacer á usted un favor se permite entrar en un negocio que le repugna, hace que le firme un pagaré de quinientos duros á tres meses, á cambio de seis mil reales que le entrega, jurando y perjurando que no puede hacerlo *buenamente*, y sí solo por salvar á usted del verdadero apuro en que se halla: otras veces, asegura que él no puede aceptar el negocio que se le propone, porque carece de fondos, pero que *una persona* á quien él ha[illegible]rá, se encargará de ultimarlo. Este sistema es pu

usurero cuando lo exagerado del interés que se propone llevar á usted, es inaudito y hasta inconcebible.

Sin embargo, solo por usted se tomaria la molestia de *andar los pasos* en el asunto.

En estos *pasos*, como en los de Semana Santa, siempre hay un Judas.

Usted le agradece la muestra de simpatía, y como el apuro ahoga, al dia siguiente se persona en casa de aquel caballero que no ha podido ver aun á la *persona*.

Vuelve usted á las cuarenta y ocho horas, y sabe que el tercero en discordia hará el negocio; *pero* que no puede hacerlo en seguida porque tiene que reunir fondos.

Torna usted otra vez y otra y otra y ciento, hasta que trascurridos quince dias mortales llega usted á casa del usurero en una situacion tan extremada, que no vacila en decirle que haga un esfuerzo sobrehumano, porque usted necesita dinero á todo trance, y *cueste lo que cueste*.

Cueste lo que cueste: hé aquí la frase que aguardaba nuestro hombre.

Al dia siguiente le dice á usted que la *persona* dá lo que usted necesita al treinta por ciento mensual.

Usted se indigna y sale desesperado con propósito firme de no sucumbir á aquella tiranía.

En la calle yá, se le representan á usted uno á uno todos sus apuros, más apremiantes aún que antes, en fuerza del tiempo que ha trascurrido desde que contó poder salir de ellos.

A las veinticuatro horas busca usted de nuevo á nuestro hombre para decirle que es corriente lo propuesto. El usurero entonces, con lastimero acento y compungida actitud, le

contesta, sintiéndolo mucho, que en vista de la respuesta de usted la *persona* ha colocado su dinero.

Sin embargo, conoce á otra que lo hará, aunque es algo más tirana.

¡Horror! exclama usted, pero no desiste; y en efecto, al siguiente dia firma usted un pagaré, que se ha de renovar mensualmente, de doscientos duros; recibe ciento treinta, descontado el interés del primer mes, que en cada uno es de treinta y cinco por ciento, ó lo que es igual, de cuatrocientos veinte por ciento, al año.

Ahora bien: supongamos que tiene usted veinte años cuando firmó el pagaré: cuando llegue usted á los veinticinco, sea mayor de edad y arregle este como todos sus demás asuntos, habrá usted satisfecho por intereses de aquellos dos mil seiscientos reales que recibió, ¡cuatro mil doscientos duros! y aun tendrá que pagar el capital para recoger el documento.

Esto, si ha pagado usted religiosamente los intereses. Si no lo ha hecho así y se han acumulado aquellos al capital, devengando, como es tristemente natural, el mismo rédito, entonces para recoger el pagaré, necesita usted cobrar íntegro el premio grande de la lotería de Noche-buena.

Si lo duda usted saque usted la cuenta.

Despues de todo, es fácil que usted asegure que el usurero le hizo un favor prestándole aquella suma.

Es usted muy dueño.

Quizás no necesita usted firmar pagaré alguno, porque el asunto que obliga á usted á entenderse con el hombre de negocios, es simplemente el descuento de una letra de mil pesos que gira usted á la Habana contra una casa de conocida responsabilidad. En este caso el negocio cambia de aspecto. El

usurero afirma que la descontará: pero como no es cosa del momento, porque él no tiene fondos y los ha de buscar, ofrece á usted, por hacerle un señalado obsequio, dos mil reales que le pagará cuando se haga el descuento. Los toma usted, y á los ocho dias vuelve usted á saber el estado del asunto. No ha adelantado un paso, pero el galante hombre de negocios entrega á usted otros dos mil reales. Trascurren quince, veinte dias, un mes, y usted ha ido tomando poco á poco hasta ocho mil reales. Llega el instante deseado, y el usurero dice á usted, que dadas las circunstancias políticas por que atraviesa aquella Antilla, es preciso que él *atraviese* á usted de parte á parte, como lo hace, proponiendo que le descontará la letra con un veinte por ciento de rebaja, y poniendo *solo* de rédito á los ocho mil reales percibidos por usted anticipados, otro tanto. Como usted no puede reintegrar la suma recibida, claro es que no puede recoger la letra, y entra usted por aquel aro de fuego del mismo modo que pasaria por debajo de un arco triunfal: pone el recibí en aquel documento que representa veinte mil reales, y se embolsa usted catorce mil cuatrocientos.

Le han echado á usted el guante á cinco mil seiscientos reales, pero ha sido *guante blanco*.

Algo es algo y la verdad en su punto.

Casos de esta especie, en número infinito, podríamos citar; pero con lo dicho basta para que conozca usted el hombre de negocios, que es más temible que el usurero de antaño, porque no se distingue, como este se distinguia, entre mil hombres honrados; lo es tambien por el refinamiento de su astuta hipocresía, que le sirve para ocupar en la sociedad un puesto que, como todo lo que tiene, es usurpado.

Podrá ser tambien que el apuro en que usted se halle no le obligue á recurrir al usurero citado ni á otros de grado menor en la misma escala. Bastaria á usted quizás reducir á dinero el reloj, los botones de brillantes, la cadena, la sortija, ¿no es así? Entonces no tiene usted más que acudir á una de las infinitas casas, antes de empeños, hoy de préstamos, y allí logrará usted lo que desea, y dejando en rehenes la prenda, cuyo cautiverio haya decretado, la cual será tasada por la tercera parte de su valor, se proporcionará usted en metálico una cantidad equivalente á la tercera parte de aquella tercera parte.

A los seis meses, si ha de recobrar su alhaja, volverá usted á aquel antro, y dando la suma que percibió, más el treinta por ciento de interés, obtendrá usted la susodicha prenda que el prestamista sacará de entre el abigarrado cúmulo de diversos objetos, que amontonados yacen en aquellas aterradoras casas, frios, tristes, mudos, solos y melancólicos, revistiendo en conjunto el mismo aspecto funerario que tienen los destrozados restos que las olas arrojan á la playa despues de un naufragio.

La usura en estos establecimientos, sin dejar de ser repugnante, no tiene sin embargo el alcance terrible á que puede llegar la empleada por el hombre de negocios. Un sesenta por ciento al año, de seguro cobro, pues la prenda ó alhaja sobre que se anticipa, una vez en venta, si su dueño la abandona, basta y sobra á cubrir el préstamo, es el límite de este negocio, tanto más ventajoso para el que le ejerce, cuanto mayores sean la infelicidad y la miseria, ó el ocio y los vicios de nuestros semejantes.

El prestamista sobre alhajas, vive sin embargo tranquilo, y respira feliz como en un oasis, en medio de aquel espantoso

pandemonium de la flaqueza humana. Todos se casan, y algunos son hasta padres de familia.

Hay tambien *usureros de pobres* que especulan exclusivamente con aquellos que viven al dia. de su trabajo diario. Estos son los que prestan dinero al jornalero proletario á *peseta* por duro al mes, y á las verduleras de los mercados á *real* por duro diariamente. De esta clase hemos conocido un caballero que con cincuenta napoleones de capital *lograba* cincuenta reales diarios de renta, anticipando á los vendedores al pormenor del mercado de la Boquería (Barcelona), tres, cuatro, cinco ó diez napoleones al amanecer, y aquellos le devolvian á las doce en punto del mismo dia, tres, cuatro ó diez duros respectivamente.

A esta clase de usura se dedican, sin embargo, con especialidad ciertas arpías de América, que al pronto parecen mujeres, las cuales clavan su garra tambien en esas infelices que alquilan por horas su trasnochada hermosura, y á las que facilitan los medios de envolver en raso su averiada mercancía.

Tambien, si usted los necesita, hay usureros de clases determinadas. Los tiene usted de empleados del Gobierno, que prestan cuando menos al sesenta por ciento anual, prévio un juicio de conciliacion, en que declara usted deber á aquel buen sugeto la suma que él hace con la cantidad y con los réditos, y que dá por resultado el embargo judicial de la tercera parte del sueldo de usted, que pasa á manos del usurero. Hay tambien usureros de empleados facultativos, que no pueden sufrir la contingencia de una cesantía. Esto, no obstante, el rédito se conserva á la misma altura. Los oficiales del ejército tienen tambien sus usureros especiales. Los jugadores de ofi-

cio, tambien cuentan con algunos. Estos, aunque muchas veces tarde, cobran mejor que los que anticipan sobre sueldos. Generalmente lo cobran todo de una vez, y como siempre aprovechan la ocasion de que el deudor esté en fondos, y estos en el jugador, cuando ejerce su profesion, están á la vista, y el usurero la tiene de águila; de aquí que este cobre bien, sobre todo si, además de lo dicho, se tiene en cuenta que el jugador, cuanto más multiplica, más se olvida de la suma y de la resta.

Todos estos usureros de clases determinadas, son fiel trasunto del antiguo usurero, y todos sus negocios se reducen á los consabidos préstamos sobre sueldos con los mismos trámites y la misma tercera parte.

El usurero del jugador á veces cambia algo, y se convierte en usurero de guante blanco ú hombre de negocios, si la calidad del cliente lo requiere.

Algunas otras clases pudiera citar á usted, pero juzgo que con lo dicho se habrá usted puesto al corriente respecto al particular, y que sabrá á qué atenerse, si por acaso, es cierto lo que en un principio supuse.

Partiendo siempre del supuesto, terminaré aconsejándole á usted que resista con todas sus fuerzas la tentacion, y la rechace de sí con enérgica resolucion. Echarse en brazos de la usura, amigo mio, es poner un pie en el cieno. Primero se mancha usted el pie; luego se hunde usted hasta la rodilla; despues hasta la cintura; más tarde hasta el cuello, y por fin termina usted su vida, ahogado en fango.

No lo dude usted: créame bajo mi palabra, y no haga la prueba, ni ahora ni nunca.

EDUARDO DE INZA.

LA BOLSA.

Supongo, lector queridísimo, incauto forastero, á quien dedico estas mal perjeñadas líneas, que no eres hombre de negocios.

Supongo más : llegas por vez primera á la córte, abandonando el lugar donde naciste, y donde todo, casas, árboles, paseos, hasta la derruida ermita que, siendo español, habrá necesariamente en tu pueblo, tienen para tí el encanto y la poesía indestructibles del santo amor maternal por un lado, y el santo amor de los recuerdos por otro, y perdido en esta Babilonia de Madrid, anhelante por conocer todo lo grande y todo lo chico, todo lo hermoso y todo lo repugnante que encierra, te parece haber oido hablar alguna vez de la Bolsa y de que *sube* y de que *baja*, y lleno de curiosidad pides se te dirija hácia ella.

Aquí me tienes entonces, deseando demostrarte que no es palabra vana la proverbial [illegible] ería madrileña; yo, que sin ser bolsista ni hombre d [illegible] o á tí á la más

leve indicacion de ese deseo, y me descubro, te hago una reverencia, estrecho tu mano con todos los grados de presion indicados en los últimos reglamentos de la moda, diciéndote con afable tono y placentero semblante:

—¿Con que usted, lector de mi ánima, se obstina en ver la Bolsa? ¡Ay, amigo mio, en la Bolsa sucede lo que con los escamoteos y juegos de manos, «el que más mira menos vé!»

Basta, sin embargo, señor mio, que el editor me haya manifestado este deseo, apelando á mi cualidad de escritor y á mi condicion de madrileño, para que, ¡oro molido que fuera! yo no tenga otros deseos que los de usted.

Y comenzando desde ahora mi papel de *cicerone*, sigamos, si usted gusta, por aquí; esta es la calle que tiene el bellísimo nombre de *calle de Carretas*. . . . .

. . . .

Muchas gracias; no, no fumo del estanco; odio esa *muerte civil* de tres cuartos que propina el gobierno.

Se admira usted, ¿verdad? Es raro ciertamente que siendo escritor solo fume habano; eso quiere decir que no fumaré mucho, desde luego, pero prefiero esto al tabaco del estanco, crímen económico-político del que no quiero hacerme cómplice.

¿Sabe usted cómo llamo yo á las cajetillas de siete cuartos? Pues bien, las he calificado como la *tinta simpática* del veneno; sus estragos no se conocen al pronto, pero más tarde...

Ya estamos en la calle de Atocha; nos faltan dos pasos.

Tuerza usted á la derecha...

Aquello es la Bolsa.

¡Qué edificio tan ruin! ¡Parece mentira cómo en una casa tan chica puede caber una embrolla tan grande! . . .

A la verdad que nadie diria que fuera eso la Bolsa, á no ser por la denuncia de una lápida que para ser mortuoria tiene el tamaño usual, el color negro y las letras doradas.

Pero tratamos ahora de hacer otra mejor. El Colegio de agentes de Bolsa encargó á un amigo mio el estudio del proyecto, y mi amigo, que es un muchacho trabajador é inteligente, lleno de amor al arte y de entusiasmo por su profesion de arquitecto, presentó hace algunos meses un trabajo notabilísimo. Por desgracia, lo que sucede, el proyecto reposa desde entonces en las oficinas del Ministerio de Fomento, junto á un San Francisco picado de viruelas por la edad, y por el horror que le causa estar condenado en toda una vida de lona y almazarron, á soportar las discusiones políticas con que se entretienen los empleados de su departamento.

Escucha otro detalle que revela la prudencia ministerial.

El colegio de agentes de Bolsa se compromete, si no estoy trascordado, á levantar con fondos de su peculio el nuevo mercado que ha de sustituir á este viejo edificio, mediante la condicion de que se le permita imponer un tanto módico de entrada durante cierto tiempo con el objeto de reintegrarse.

Me parece que esto lo encontrarás muy natural; sin embargo, tal vez el ministro haya temido que esta corta contribucion imposibilite á muchos de los millonarios que se reunen ahí, para citarse entonces en la Bolsa á fin de verificar sus transacciones.

Habrás notado que al lado de la puerta de la Bolsa, en el mismo edificio, y rompiendo la *armonía* del conjunto, se halla la de un juzgado de primera instancia. ¡Oh provisor destino! Pues no creas que está hecho á propósito, es que han caido así las pe [illegible] ista y severa matrona cuyos

pudorosos oidos deben estár velados á todo ruido profano, escucha constantemente esas bacanales del *tres por ciento*, que agitan y conmueven el mundo bursátil.

Ahí dentro lo que menos se hacen son negocios; ahí se juega, se juega más en grande, con más exposicion y de peor manera que en cualquiera otra parte.

Y en ese juego se experimentan todos los goces y las angustias de la más desenfrenada pasion, tanto más profunda, cuanto más concentrada es, y sus efectos más lentos que en otros juegos.

Si al pasar por la calle del Príncipe ó por la de Alcalá, oyes el ruido de las monedas chocando sobre el avaro tapete verde, ó si no lo oyes (podrias ser muy sordo), el áspid del vicio te hiere el corazon, y experimentando el deseo de jugar preguntas á cualquier agente de la autoridad en dónde se halla la ruleta, sabes, si llevas mil reales en el bolsillo, por ejemplo, que te expones á quedar sin un cuarto.

Pues en la Bolsa no. No sabes tampoco lo que puedes ganar, es cierto, pero posible es que no lo llegues á averiguar nunca.

Cuando estás arruinado te queda el recurso de *casarte*. ¡*Casarte*!... Imagina ahora todos los peligros que se pueden correr en la Bolsa.

Casarse: tanto quiere decir en el pintoresco lenguaje de los bolsistas, como parar ó cortar una jugada cuando una *baja* repentina ó una *alza* inconcebible, amenazan bajarte al Pardo ó subirte á San Bernardino.

Pierdes ya uno, dos, tres mil duros, etc. (detrás de este etcétera coloca la miseria para la vejez y la ruina de tu familia), conoces que de seguir así no solo perderás cuanto [illegible],

sino que no podrás pagar á tus acreedores, y aterrorizado ante la idea del deshonor, te acercas al que contigo hizo la operacion, que por lo dolorosa podria ser del *trépano*, aunque por su índole se asimila á la estirpacion de un *cálculo*, y le dices:

—Amigo, pierdo tanto; soy un hombre honrado, y si perdiera más no podria pagar á usted; ¿quiere usted aliviarme de estos miles de duros que me lleva ganados?

—Bueno, contestará regularmente el otro, nos *casaremos*.

Con lo que tú te quedas convencido de que el *casarse* es una calamidad dentro y fuera de la Bolsa, al decir de algunos individuos del gremio.

Mas hora es ya que entremos en la Bolsa. Fíjate antes, por última vez, en su posicion: algo que bien podria ser pudor, bien hipocresía social, la han arrojado entre dos rincones, lo bastante ocultos para que el mundo pueda hacer como si no viera lo que aquí pasa, y lo bastante céntricos para que no se fatiguen los bolsistas, cuya comodidad tanto nos interesa.

La entrada está á la *altura* del edificio.

El portal de la casa de juego de... y de la ruleta del... tienen mejor aspecto, pero no debemos desconfiar tan pronto, sobre todo cuando el espectáculo es de balde. De balde... hasta cierto punto: aquí podria decirse aquello del titiritero al invitar desde la puerta de su barraca á los transeuntes, ofreciéndoles los maravillosos ejercicios de su compañía nómada:

—«Entrad, entrad, señoras y caballeros; la entrada nada cuesta, pero á la salida... *nous parlerons*.

Con esto indico el lugar de la accion: Campos-Elíseos de París.

Deja, pues, el baston á ese portero, metido por sus pecados y los de los bolsistas en un armario, examina esa jaula de pollos llamada tablon de anuncios, y protestando de que no eres mujer, porque la hermosura está proscrita de la Bolsa, de que no eres cura, porque los bolsistas no la tienen, ni comerciante quebrado, porque aquí, en todo caso, solo deberán entrar los que estén próximos á la quiebra; echa mano al bolsillo, ensúciate los zapatos en el barro del portal, y entra.

¡Qué ruido! ¡Qué confusion! ¡Qué infierno!

Se necesitaria un Dante para describirle, por más que fuera mucho un Perico el ciego para contarle.

Este primer recinto pertenece á los cobradores, honradísimos asturianos ó gallegos con excepciones raras.

En esas cuatro ó cinco mesas, dignas de la más humilde escuela de pueblo, se cruzan los millones; y hombres que viven con un jornal modesto, llevan á veces en su cartera cantidades que harian la fortuna de muchas familias, sin exigirles fianza ni hipoteca alguna, y sin que jamás falte un ochavo.

Oyese á lo mejor á dos individuos de chaqueton y hongo, cobradores de alguna importante casa, diálogos por el estilo:

—Oye, Toribio, préstame cinco mil duros hasta luego.

—¿Quieres más?

O bien:

—¿Vas al Banco?

—Sí.

—Pues llévame esos cuatrocientos mil reales, y que me los pongan en cuenta corriente.

Dicho todo con una naturalidad admirable, y cambiando y manejando cantidades crecidas, como si todos los billetes de Banco fueran falsos y todas las monedas de cinco duros catalanas.

Bien es verdad, que solo los cobradores consideran al dinero como lo que es, la mercancía universal: los demás nos empeñamos en darle el valor de nuestras necesidades ó de nuestros apetitos.

La etiqueta de la Bolsa prohibe á los cobradores pasar de este primer recinto, y eso que en ella se borran las diferencias sociales fundidas en una pasion superior, la avaricia.

Y ya que estàmos aquí, procura antes de internarnos en ese már de cabezas que llena la húmeda sala, ó en los oscuros sombríos senos de la galería que la rodea, acostumbrar tus oidos á este murmullo consonante de *ones* ó de *nones*; aquí solo se habla por millones.

El reló de comedor destinado á dar la medida del tiempo á los *bolsistas*, marca las dos y tres cuartos. La Bolsa está en ebullicion.

Esos hombres que se agitan, que van de aquí para allí, que se paran de repente, parece que van á darse un abrazo y deslizan á los oidos de un compañero una frase misteriosa, que mueven los brazos como locos y se dan la mano, que rien unos mientras otros permanecen mustios, que meditan ó chillan desaforadamente, que dan v[illegible] y revueltas como fiera enjaulada en [illegible]lo, que se codean y

se pisan, y se estrujan, y sudan, y enronquecen, y vuelven á agitarse; esos hombres desgraciados, son los más felices del mundo (¡!) para el honrado albañil que gana dos pesetas y come con su mujer de doce á una junto á la valla de la obra donde trabaja, á la faz del cielo que bendice su honrado sustento, el sabroso puchero sazonado con el dorado azafran que escita la alegría y el apetito del trabajador. Cuando, rendido, llega ya de noche á su casa, encuentra para descansar no mullidos colchones de pluma y ricas colgaduras que le aprisionen en un sudario de seda, sino un lecho humilde, preparado con el más hermoso mullido que se puede inventar: los brazos cariñosos de una esposa amante. Duerme sin ser molestado por alzas ni bajas, sin pesadillas que le aterren, y se despierta con el primer rayo de luz arrojado para llenar de vida su bohardilla, y de paz y de alegría su alma. Se levanta, y depositando un beso en los labios entreabiertos y sonrientes de sus hijos, toma su pobre almuerzo, preparado de antemano, y procurando no despertar á su esposa, cuya tranquila respiracion parece despedirle, marcha al trabajo sin que la idea del suicidio pueda presentarse jamás á su memoria unida con la idea de la deshonra. ¡Quién hay feliz en este mundo!

. . . .

Los bolsistas pasan la vida con una preocupacion constante: hacer que el dinero depositado en el bolsillo del prójimo, ingrese en el suyo contra la voluntad de su dueño. Esto no tiene vuelta de hoja, como vulgarmente se dice. . . .

Durante esas horas de ardiente calentura, en que se despliegan todas las tácticas y todos los ardides, no se realiza ningun trabajo material, no se ejerce ninguna industria, no se cultiva ningun arte, no se estudia ninguna ciencia, no se crea

utilidad alguna, ninguna riqueza, no se produce, en fin, nada bueno, ¡se juega!

Y no solamente sucede esto, sino que todos pretenden jugar con cartas vistas; moralidad del juego.

El que vende se le figura que ha de *bajar*, y procura que otro le compre para ganarle el dinero; el que compra ha oido que el ministro presentará tales ó cuales proyectos, y suponiendo que el vendedor lo ignora ó está equivocado, compra para dejarle sin camisa.

Pero ¡qué más, señor! Ni el que *vende*, vende; ni el que *compra*, compra; no es semejante su intencion, apuestan, y engañan al mundo diciendo que compran y venden.

En cuanto al número de jugadas que pueden hacerse, su número es indefinido, tanto, cuanto son innumerables las combinaciones que pueden hacerse con las jugadas principales.

Creerás, incauto forastero, despues de lo que llevo dicho, sobre todo si has leido alguna novela de autor romántico, que en la Bolsa todo es prosáico y vulgar, dejando de existir la fantasía en aquellos cerebros escitados por una fija y única idea: ganar dinero.

¡Qué error! No: en esas jugadas y en esas combinaciones, hay el ingenio y la fantasía de la pasion más ardiente y concentrada; esas cabezas son soñadoras; el ruido del oro al chocar en las mesas de los cobradores, produce mil vibraciones armoniosísimas que trasmite el impalpable éter en halagadoras ondulaciones, adormeciendo como el ópio destructor á los chinos, á todos los que experimentan ese amor inmenso, satánico, que se llama amor del oro.

¡Ah! ¡Quién pudiera describir los sueños que inspirará á todos esos hombres el amor del oro!

leve indicacion de ese deseo, y me descubro, te hago una reverencia, estrecho tu mano con todos los grados de presion indicados en los últimos reglamentos de la moda, diciéndote con afable tono y placentero semblante:

—¿Con que usted, lector de mi ánima, se obstina en ver la Bolsa? ¡Ay, amigo mio, en la Bolsa sucede lo que con los escamoteos y juegos de manos, «el que más mira menos vé!»

Basta, sin embargo, señor mio, que el editor me haya manifestado este deseo, apelando á mi cualidad de escritor y á mi condicion de madrileño, para que, ¡oro molido que fuera! yo no tenga otros deseos que los de usted.

Y comenzando desde ahora mi papel de *cicerone*, sigamos, si usted gusta, por aquí; esta es la calle que tiene el bellísimo nombre de *calle de Carretas*. . . . .

. . . .

Muchas gracias; no, no fumo del estanco; odio esa *muerte civil* de tres cuartos que propina el gobierno.

Se admira usted, ¿verdad? Es raro ciertamente que siendo escritor solo fume habano; eso quiere decir que no fumaré mucho, desde luego, pero prefiero esto al tabaco del estanco, crímen económico-político del que no quiero hacerme cómplice.

¿Sabe usted cómo llamo yo á las cajetillas de siete cuartos? Pues bien, las he calificado como la *tinta simpática* del veneno; sus estragos no se conocen al pronto, pero más tarde...

Ya estamos en la calle de Atocha; nos faltan dos pasos.

Tuerza usted á la derecha...

Aquello es la Bolsa.

¡Qué edificio tan ruin! ¡Parece mentira cómo en una casa tan chica puede caber una embrolla tan grande!

A la verdad que nadie diria que fuera eso la Bolsa, á no ser por la denuncia de una lápida que para ser mortuoria tiene el tamaño usual, el color negro y las letras doradas.

Pero tratamos ahora de hacer otra mejor. El Colegio de agentes de Bolsa encargó á un amigo mio el estudio del proyecto, y mi amigo, que es un muchacho trabajador é inteligente, lleno de amor al arte y de entusiasmo por su profesion de arquitecto, presentó hace algunos meses un trabajo notabilísimo. Por desgracia, lo que sucede, el proyecto reposa desde entonces en las oficinas del Ministerio de Fomento, junto á un San Francisco picado de viruelas por la edad, y por el horror que le causa estar condenado en toda una vida de lona y almazarron, á soportar las discusiones políticas con que se entretienen los empleados de su departamento.

Escucha otro detalle que revela la prudencia ministerial.

El colegio de agentes de Bolsa se compromete, si no estoy trascordado, á levantar con fondos de su peculio el nuevo mercado que ha de sustituir á este viejo edificio, mediante la condicion de que se le permita imponer un tanto módico de entrada durante cierto tiempo con el objeto de reintegrarse.

Me parece que esto lo encontrarás muy natural; sin embargo, tal vez el ministro haya temido que esta corta contribucion imposibilite á muchos de los millonarios que se reunen ahí, para citarse entonces en la Bolsa á fin de verificar sus transacciones.

Habrás notado que al lado de la puerta de la Bolsa, en el mismo edificio, y rompiendo la *armonía* del conjunto, se halla la de un juzgado de primera instancia. ¡Oh provisor destino! Pues no creas que está hecho á propósito, es que han caido así las pesas. La Justicia, augusta y severa matrona cuyos

pudorosos oidos deben estár velados á todo ruido profano, escucha constantemente esas bacanales del *tres por ciento*, que agitan y conmueven el mundo bursátil.

Ahí dentro lo que menos se hacen son negocios; ahí se juega, se juega más en grande, con más exposicion y de peor manera que en cualquiera otra parte.

Y en ese juego se experimentan todos los goces y las angustias de la más desenfrenada pasion, tanto más profunda, cuanto más concentrada es, y sus efectos más lentos que en otros juegos.

Si al pasar por la calle del Príncipe ó por la de Alcalá, oyes el ruido de las monedas chocando sobre el avaro tapete verde, ó si no lo oyes (podrias ser muy sordo), el áspid del vicio te hiere el corazon, y experimentando el deseo de jugar preguntas á cualquier agente de la autoridad en dónde se halla la ruleta, sabes, si llevas mil reales en el bolsillo, por ejemplo, que te expones á quedar sin un cuarto.

Pues en la Bolsa no. No sabes tampoco lo que puedes ganar, es cierto, pero posible es que no lo llegues á averiguar nunca.

Cuando estás arruinado te queda el recurso de *casarte*. ¡*Casarte*!... Imagina ahora todos los peligros que se pueden correr en la Bolsa.

Casarse: tanto quiere decir en el pintoresco lenguaje de los bolsistas, como parar ó cortar una jugada cuando una *baja* repentina ó una *alza* inconcebible, amenazan bajarte al Pardo ó subirte á San Bernardino.

Pierdes ya uno, dos, tres mil duros, etc. (detrás de este etcétera coloca la miseria para la vejez y la ruina de tu familia), conoces que de seguir así no solo perderás cuanto tienes,

sino que no podrás pagar á tus acreedores, y aterrorizado ante la idea del deshonor, te acercas al que contigo hizo la operacion, que por lo dolorosa podria ser del *trépano*, aunque por su índole se asimila á la estirpacion de un *cálculo*, y le dices:

—Amigo, pierdo tanto; soy un hombre honrado, y si perdiera más no podria pagar á usted; ¿quiere usted aliviarme de estos miles de duros que me lleva ganados?

—Bueno, contestará regularmente el otro, nos *casaremos*.

Con lo que tú te quedas convencido de que el *casarse* es una calamidad dentro y fuera de la Bolsa, al decir de algunos individuos del gremio.

Mas hora es ya que entremos en la Bolsa. Fíjate antes, por última vez, en su posicion: algo que bien podria ser pudor, bien hipocresía social, la han arrojado entre dos rincones, lo bastante ocultos para que el mundo pueda hacer como si no viera lo que aquí pasa, y lo bastante céntricos para que no se fatiguen los bolsistas, cuya comodidad tanto nos interesa.

La entrada está á la *altura* del edificio.

El portal de la casa de juego de... y de la ruleta del... tienen mejor aspecto, pero no debemos desconfiar tan pronto, sobre todo cuando el espectáculo es de balde. De balde... hasta cierto punto: aquí podria decirse aquello del titiritero al invitar desde la puerta de su barraca á los transeuntes, ofreciéndoles los maravillosos ejercicios de su compañía nómada:

—«Entrad, entrad, señoras y caballeros; la entrada nada cuesta, pero á la salida... *nous parlerons*.

EL TRAMVÍA.

PASEO PSICO-FISIO-FILO-JOCO-SERIO Y PINTORESCO POR LO PRINCIPALITO DE MADRID.

I.

Puesto que los viajes enseñan, viajemos, lector.

El trayecto es corto: desde la Puerta del Sol al barrio de Salamanca.

El vehículo cómodo, elegante.

El precio del pasaje, un real de vellon.

Por treinta y cuatro modestos maravedíses, podemos cruzar lo principal de la poblacion en vía férrea, sentarnos en muelles almohadones ó sobre fresca rejilla, saborear las delicias de la democracia, llevando á la derecha una aristocrática dama, y á la izquierda una atildada fregatriz, estudiar las costumbres contemporáneas en los jardines de Recoletos, y por último, conocer muy á fondo el corazon humano al llegar al final, es decir, á las tapias del antiguo jardin de Pajarito.

Animo..... el Tramvía llega.

—¿Hay asiento?

—Dos quedan.

—Pues arriba.

—¿A dónde ván ustedes?

—¿Es necesario declarar el propósito...?

—Si ustedes tienen la bondad, resultará en su beneficio, porque desde la Puerta del Sol al Ministerio de la Guerra, es medio real; otro medio desde allí hasta la esquina de la Casa de la Moneda, y otro medio hasta el final del barrio.

—Mil gracias por esas instrucciones.

—En cambio, todo el trayecto es un real. Conque ustedes dirán.....

—En primer lugar, decimos que es usted muy amable.

—Es favor.....

—Y su amabilidad nos causa tanta más sorpresa, cuanto que hemos oido quejarse á todo el mundo de la viveza de genio de los cobradores. Además, los periódicos han referido varias riñas y hasta escenas sangrientas.

—Eso pasó al principio; pero ahora, ya lo ve usted; siendo el Tramvía un elemento de civilizacion, tenia por fuerza que civilizarnos.

—Estos ingleses son el mismísimo demonio: convertir á mayorales y zagales, de aquellos cuyo lenguaje pintoresco jamás pudo pasar las aduanas de la Academia, en amables y pulcros servidores del público..... le digo á usted que los ingleses.....

—No me hable usted de ellos..... los odio á muerte, dice un caballero muy elegante.

—Calle, ¿usted por aquí, Sr. de Lopez?

—Oh! amigo mio.

—¿Vá usted al barrio?

—Vivo en él. Y usted?

—Yo viajo con este amigo..... vamos á ver ese espacioso y saludable barrio.

—Les gustará á ustedes mucho.

—Así lo espero.

—Cobrador, tenga usted el importe de los asientos de estos caballeros.

—No permito.....

—Ustedes son forasteros.

—Sin embargo.....

—Bien, pues sea á la inglesa.

—En el Tramvía, nada más natural que pagar de ese modo.

—Son preciosos estos coches, ¿no es verdad?

—Demasiado alegres para haber sido concebidos y ejecutados en la nebulosa Albion.

—Como eran para España.....

—Hay anchura, y comodidad, y decencia.....

—La empresa se está poniendo las botas.

—Gana, eh?

—Un dineral..... más que en ninguna parte; porque han de saber ustedes, que la empresa del Tramvía tiene un capital de muchos millones empleado en casi todas las principales ciudades de Europa y América.

—¡Qué me cuenta usted!

—Hasta ministros son accionistas.....

—¿Luego los ministros son tambien ricos en Inglaterra?

—En todas partes..... son lo mismo.

—Pero aquí no se meten en empresas.

—M[illegible] Fornos qué bonito es.

—«La calle de Peligros, la de Sevilla, el Suizo,» dice el amable conductor á unos cuantos viajeros que por lo visto vienen de la Plaza de Oriente.

El coche se desocupa, suena el timbre, da media vuelta el conductor al freno, y prosiguen las ruedas deslizándose por los rails.

De cuando en cuando se oye el ruido de un petardo.

Los pícaros muchachos los arrojan para que las ruedas los chafen, y su alegría es inmensa cuando el ruido parece un fuego graneado en miniatura.

Una diversion más.

Adelante... las Calatravas y en lo que fué convento un edificio en construccion... más allá, á la derecha, la Presidencia del Consejo de Ministros, el nuevo teatro, el ministerio de la Guerra.

—Puesto que el viaje puede hacerse en tres veces, pare usted, pare usted.

—Han pagado ustedes un real.

—Bien vale el medio que perdemos el espectáculo que vá á ofrecernos el Ministerio de lo Guerra mientras llega otro cocoche... Adios, Sr. de Lopez.

—Adios, amigo mio.

El Conductor.—Beso á ustedes las manos, caballeros.

II.

Los lectores deben saber que la Revolucion me ha hecho reaccionario, pero muy reaccionario.

Lo digo esto, para que me lean con cierta prevencion.

El Tramvía, no hay duda, y ahora hablo con formalidad, es un progreso de los que á mí me gustan mucho.

No hay más que compararle con los ómnibus más elegantes.

En ellos nos tasaban el espacio, era una verdadera lotería; hacer á gusto el viaje ó desesperarse, segun la compañía que le tocaba á uno, había emociones de distintas clases y todas peligrosas.

El Tramvía es un progreso que no parece español, puesto que anda por lo mejor de Madrid.

Conste que admiro el Tramvía, y que, como el turgente señor Olózaga, le consideraría femenino si fuera necesario hacer este sacrificio para consolarle.

Pero le admiro y le estimo mucho más, porque sin que él lo sepa, puede enseñar al mísero mortal en el espacio de una hora un curso entero de filosofía revolucionaria.

Y si no, veamos.

Desde la Puerta del Sol, teatro que la ira popular escoge siempre para dar el grito, le lleva á uno por el ministerio de Hacienda á Fornos.

Este primer paso vale más, mucho más que todas las posiciones de los hombres políticos.

Un salto, y desde Fornos llega el viajero á la Presidencia del Consejo de Ministros, dejando las mutiladas Calatravas á un lado.

Y cosa más extraña aún: al lado de la Presidencia está la calle del Turco y detrás la de la Greda.

Un paso más, y despues de observar el contraste que forman una iglesia y un teatro vueltos de espaldas, se acerca uno al palacio de Buenavista.

Hé ahí lo que se llama un palacio de historia.

Un rey y una reina, amables los dos hasta la debilidad, lo regalaron á Godoy, su favorito.

Por él han pasado todas las espadas de España en el presente siglo, y la Revolucion triunfante hospedó en sus suntuosos salones al jefe de ella, que, en la embriaguez del triunfo, soñó esos pabellones, esa verja, esas calles, esos jardines que hacen desear un cambio en el letrero de la casa: en vez de *Ministerio de la Guerra*, *Ministerio de la Paz*.

Pero esta idea es demasiado cándida.

La guerra hay que rodearla de bellezas, sobre todo desde que Napoleon dijo: «la guerra es la paz.»

¡Pobre Francia!

Ya lo ven ustedes, el Tramvía nos hace tambien pensar, en Francia, que segura de ir á Berlin á bailar el can-can, se encontró con que Prusia bailó sobre París el zapateado.

Pero volvamos al ministerio de la Guerra.

No es posible pasar por delante de sus babilónicos jardines sin pensar en Prim.

No se puede negar que ha sido la cabeza de la Revolucion. Su ambicion gigantesca y los medios desplegados por su talento natural y su perseverancia artificial, le han elevado á la categoría de los grandes hombres.

A un tiempo soñaba en dar una idea de su grandeza con el aspecto de su palacio y en hacer de su voluntad la voluntad de España.

Una tarde desafió desde la Cámara á todas las pasiones políticas.

Abandonó el Congreso, y en todas las esquinas del trayecto que recorria su carruaje se encendian fósforos, luminarias anticipadas que marcaban el camino de su fin.

La nieve era el blanco sudario.

Las pasiones dispararon sus trabucos y el que debia ser templo inmortal de la gloria de un hombre, se convirtió en sepulcro.

La blanca almohada que habia sentido el contacto de la calenturienta frente del soñador, recogió la fria cabeza del muerto.

Y la Revolucion quedó sin cabeza.

Y se escribieron millares de millares de pliegos de papel sellado.

Y fueron reducidos á prision muchos ciudadanos.

Y el culpable no pareció, porque la justicia no puede penetrar en las conciencias, y en la conciencia es donde se guarece ese reo que nadie encuentra.

¿A quién hospedará despues de la borrasca el palacio soñado por el gran Revolucionario?

Pero el Tramvía llega.

—Pare usted, cobrador, pare usted.

—Ya paro... vaya una prisa y unos humos que tiene el caballero.

—Creo que usted está en ese puesto para servir al público.

—Estoy para lo que á usted no se le importa... ¿lo oye usted? Y aunque me vea usted aquí, soy tan honrao como el que más, y por las buenas sirvo de rodillas á todo el mundo, pero por malas le doy una guantá al lucero del alba. Vaya con los señoritos, se creen que ahora semos como antes... pues bonito genio tiene el hijo de mi ma

Dejémosle refunfuñar, y que nuestro viaje termine en la

Se conoce que es nuevo en el oficio, pero el Tramvía le civilizará.

III.

Son las cuatro... el paseo de Recoletos rebosa de paseantes á pié, á caballó, en landó...

—¡Es magnífico este espectáculo!

—Cualquiera diria que vivíamos en el país más rico y más feliz de la tierra, dice uno de nuestros compañeros de coche.

—Ahora, se ven más carruajes y más lujo que antes de la Revolucion.

—Eso consiste en la libertad.

—Yá ló creo.

—Como en las capitales de provincia y en los pueblos no se puede vivir, los que pueden se vienen á la córte.

—Así es que estamos en plena apoplegía.

—Luego, hay mucho movimiento, y cuando el dinero se mueve...

—Pues, pasa de mano en mano.

—Así es que los que se han enriquecido, unidos á los que ya lo estaban antes, duplican los carruajes...

—Hay mucha gente rica ahora.

—¡Oh! mucha; puede decirse que apenas caben en Madrid.

—Por eso, sin duda, se han derribado tapias y edificios.

—¡Qué gran país es España!

—Libre, feliz, independiente...

—¡Oh! eso sí, sobre todo lo último.

—Por allí vá el Rey.

—¿Cuál?

—Don Amadeo.

—Decididamente somos poderosos, venturosos, hermosos, y... ¿qué edificio es aquel que sobresale á la izquierda?

—Las antiguas Salesas, convertidas hoy en Palacio de Justicia.

—Cuando quieran ustedes conocer á fondo los misterios del lujo y la opulencia que acaban ustedes de ponderar, nos dice un caballero chiquitin, regordito y con gafas que está á nuestro lado, vayan ustedes á las Salesas. Allí se halla el reverso de la medalla. Una gran parte de las damas y caballeros que van en esos coches, tienen delante el espectro de un escribano y entre los pliegues de la conciencia un gusanillo que se llama *deuda*.

En esto cruzó rápidamente el coche, dejando á un lado y otro los palacios de Salamanca y Rivas, de Ardanáz y Campo y los dos circos, el de los equilibrios y el de los gorgoritos, subió la empinada calle de Villanueva y descubrimos el lindo panorama de los hoteles.

El de un ilustre general delante, detrás el de un hábil emprendedor y opulento banquero.

El valor y el talento.

La espada y la bolsa.

Ea, ya estamos en el barrio.

—Aunque el medio billete nos dá derecho hasta la esquina de la casa de la Moneda, parémonos aquí. Así como así se baja gente... Diablo, vuelve á andar el coche... ¡Cobrador, tiene usted la bondad!

—Haberlo dicho antes, ya no se para el coche.

—Es que...

—Digo que no se para hasta la boca-calle; así está prevenido por la empresa.

—Nos bajaremos sin que pare, tranquilícese usted.

—Me alegraré de que se rompan ustedes el alma.

—Es usted muy amable.

—Soy lo que me dá la gana, ¿lo oye usted?

—Perfectamente, pero permita usted que le advierta que ha equivocado usted el puesto: en vez de ir detrás debía usted ir delante tirando del coche.

No quiero repetir las palabras que al alejarse el coche profiere el cobrador.

¡Si siquiera las hubiera pronunciado en inglés!

IV.

—¿Qué edificio es aquel?

—La casa de la Moneda.

—¡Qué colorada está!

—Fueron muy precavidos los que mandaron pintarla de ese modo.

—¡Y qué humo exhala!

—¡Humo! La imágen de la hacienda española.

Desorientados en el barrio, lo natural es buscar un *cicerone*.

Despues de emplear un rato en estériles investigaciones, pasa un Tramvía.

El cobrador parece de los amables.

El coche vá vacío.

Arriba y preguntemos al cobrador.

La suerte nos favorece, pertenece al número de los civilizados; y charla por los codos.

—Diga usted, ¿estas casas son las de Salamanca?

—No señor, todas estas manzanas las adquirió la compañía del Crédito Comercial, prestando un gran servicio á D. José... Le llamo así, porque yo le conozco desde hace muchos años y le debo muchos favores.

—¿Y son grandes las habitaciones?

—¡Oh! son magníficas, y luego el barrio es muy saludable... Así es que se ha venido á vivir lo mejor de Madrid. Al principio solo estuvo habitado por moderados... Gente que habia sido rica, y que al triunfar la revolucion quedó de reemplazo. Despues se han venido los revolucionarios. Ya vé usted, viven Serrano, Topete, Moret, Martos, Castelar, Rios Rosas, Rojo Arias, y otros muchos de segundo, tercero y cuarto órden. A lo mejor se juntan en el coche toda casta de pájaros, y yo al principio tenia miedo. «Adios, decia, republicanos y monárquicos, alfonsinos y amadeistas, van á andar á trastazos;» pero nada, tan finos, tan amables, todos queriéndose convidar unos á otros y bromeando. Es buena gente, créalo usted. El mundo se ha hecho para ellos. Luego, tenemos la Guardia civil y la Escuela de Estado Mayor, y la Estadística, y hasta los carabineros. El barrio fué una gran idea; pero está demostrado que los que tienen ideas, aunque sean banqueros, no hacen fortuna. Sin el Crédito Comercial esto seria un monton de ruinas. Pero amigo, el Crédito ha sabido traerse lo mejorcito de Madrid, y ha conseguido aquí alumbrado, aceras, puso ómnibus, y luego... Así es que no hay un cuarto desalquilado y se quitan las casas de las manos. Por supuesto, que los que las compran son gente á la moderna, gente que sabe apreciar bien

este progreso, banqueros, ex-ministros, ex-directores, ex-funcionarios. ¡Y hay cosas tan estrañas! Así, por ejemplo, hay moderados inquilinos de radicales... ¡Lo que va de ayer á hoy! ¡Oh! pero de todos modos, el barrio es un gran barrio. Y vean ustedes lo que son las cosas: el que ménos se aprovecha de él es D. José.

V.

No seguiré al *ciceronne*; porque muy pronto pienso dedicar nada ménos que un libro á este barrio, que es, por decirlo así, la síntesis de la España contemporánea.

Por otra parte, hemos llegado á las cocheras y ha terminado nuestro viaje.

A un lado tenemos cinco hoteles, al otro la estacion del Tramvía, enfrente una tapia.

El barrio no tiene salida: es como la situacion de España.

¡Una reflexion más que nos sugiere el Tramvía!

Ya vén mis lectores como ese coche tan majo, cómodo y elegante, sirve para algo más que para acercar el barrio de Salamanca á la Puerta del Sol.

—Pero ¿qué es eso?... ¿Se entristecen ustedes? Mal hecho; ánimo; en el otro estremo del barrio, está la solucion del problema.

—¿Ven ustedes aquel edificio circular? Es la plaza de Toros, la felicidad de España.

La última reflexion de nuestro viaje debe consolarnos: aun queda la España de Pan y Toros, y esa España nos dió un Bailen y un Dos de Mayo.

JULIO NOMBELA.



EL LIPENDI.

Á LA MEMORIA DEL MALOGRADO POETA G. A. B.

Probablemente muchos entre mis lectores no habrán oido siquiera esta palabra, y ménos conocerán, por consiguiente, la acepcion de ella, y quiénes son los infelices mortales que se designan con el nombre de *lipendis*.

Voy á ver si puedo atreverme á dar una explicacion á los que ignoren quién es el *lipendi*, y á bosquejarle, porque no me atrevo á otra cosa, con la mayor verdad posible.

El *lipendi*, segun Henri Murger, es el individuo que, impulsado por una vocacion obstinada al arte en cualquiera de sus manifestaciones, le abraza sin contar con más medios de subsistencia que el arte mismo: el génio desvelado por una ambicion que no se satisface nunca, y que le obliga á vivir en un contínuo asalto de un mañana, que no llega jamás. La existencia del *lipendi* es diariamente una obra de génio, un problema cuotidiano, de difícil resolucion para otro cualquier individuo, y no muy difícil para él algunas veces.

Pero que llegue el *lipendi* á ver en sus manos una fortuna, y le verán ustedes entregarse á la realizacion de n rui-

nosas fantasías; al amor sin límites de las mujeres más hermosas y más espirituales; á la deliciosa embriaguez que producen los vinos más rancios y mejores, y, en una palabra, no hallando nunca bastantes ventanas por donde tirar el dinero.

Cuando ha gastado la última peseta, el *lipendi* vuelve á buscar su sitio en la mesa redonda de la aventura, donde únicamente tiene siempre un cubierto reservado. Al entierro del último céntimo sucede de nuevo esa vida horrible consagrada diariamente desde la mañana á la noche á la caza del *mónstruo feroz* que llaman duro.

Hasta aquí la definicion, que si no es lacónica, es tan exacta como hecha por uno del gremio, y no de los de segunda fila ciertamente. Pregunten ustedes á cualquiera que conozca la historia de Murger, si ustedes no la saben de memoria, y verán que el testigo que busco para mis apreciaciones murió de puro *lipendi* en Francia, centro de la órden y academia del gremio en los tiempos modernos.

El *lipendi* tiene siempre una mision que cumplir en la tierra; mision importante y civilizadora que le cuesta muchos disgustos, y que no siempre cumple, dicho sea en honor de la clase.

Las condiciones de su nacimiento, las circunstancias que concurren en sus primeros años para engendrar y desarrollar en él esa inclinacion, son desconocidas para el mismo *lipendi*. Lo mismo nace en la opulencia, que procede de la humilde familia de la aldea. De donde viene es lo de ménos; pero infaliblemente ha de venir á Madrid; adonde vá, ni él mismo lo sabe; pero no ignora que dando vuelta á la tierra se encuentra constantemente un horizonte más allá, y á ese horizonte se dirige.

Cuando la fortuna de su familia le permite viajar, no queda capital en Europa que no recorra. Su vida durante la peregrinacion es más ostentosa que la de un príncipe ruso, y sabido es que estos señores gastan un capital solamente para renovar sus pieles.

Los estatutos para ingresar en el gremio no indican cuál ha de ser la posicion social del neófito; porque dadas las naturales condiciones de él, se comprende que no ha de tardar muchos meses en consumir una fortuna, si la posee; y entonces ingresa en la regla general.

Un *lipendi* estudia generalmente en los primeros años de su vida, para no molestarse en estudiar despues; y lo que es más notable todavía para los profanos, estudia casi siempre todo aquello que ménos le importa.

Comparte las vigilias del estudio con las vigilias del sentimiento: ó más claro; estudia y ama: esto lo hace tambien indudablemente en sus primeros años, para evitarse despues las molestias del amor.

Cuando los hombres que se visten de limpio en los dias festivos, que pagan á su casero, ó á su patrona, el dia mismo en que deben hacerlo; que no conocen lo que son ambiciones; que gozan con tomar el sol, y con tomar un vaso de leche helada con barquillos, ó echando una cana al aire en la fonda de la Europa, ó en la de la Perla, segun sus instintos; cuando toda esa gente, repito, oye hablar del *lipendi* ó le encuentra en la calle, ó tiene ocasion de saludarle, se asombra de cuanto vé en él y de lo que oye de sus lábios, ni más ni ménos que si viera ú oyera á un habitante de la luna.

Las calificaciones de perdido, de vago, son las inmediatas: el hombrecito de bien—y Dios nos libre de esta raza—se se-

para del *lipendi* como de un apestado, y si el genio de este llega á hacerse comprensible del que le escucha, más sube de punto la indignacion y más ofensivas acusaciones dirige el cándido al *lipendi*.

Un hombre que se aparta de la sociedad porque esta no le atropelle, es un desgraciado, segun la opinion vulgar, que no tiene amor al trabajo.

Y la verdad es, señores y señoras, que, segun me ha referido á mí uno del gremio, y he tenido ocasion de observar en otros, el *lipendi* trabaja mucho más, con no trabajar, que los hombres que pasan por más laboriosos y activos.

La vida íntima del *lipendi* es un drama y una comedia; tiene su parte triste y su parte jocosa; pero esta parte suele ser la menos importante para él y la más celebrada por la gente extraña.

Yo no he podido comprender todavía que haga reir á un hombre el ver á otro con la camisa sucia ó con las botas acuchilladas, y confieso que en más de cuatro ocasiones he soltado el trapo en viendo los encerados bigotes de un elegante, el pantalon de un *dandy* ó los guantes encarnados de un *cursi*.

Esto vá en temperamentos, y yo aseguro á ustedes que, sin pertenecer al honroso gremio de *lipendis*, los miro con cierto cariño y veneracion.

El *lipendi*, cuando empieza su carrera artística, suele ser el consultor de todos los poetas tontos, y perdóneseme la antítesis, ó de cuantos pintamonas embadurnan lienzo, ó de los músicos que, en su afan de componer serian capaces de instrumentar la Constitucion, ó de los escultores, que por modelar un caballo engendran una ballena; segun la aficion del *lipendi*

y sus disposiciones reconocidas para una ú otra manifestacion del arte.

El *lipendi* suele contestar á lo que le preguntan con la amabilidad que le permite su estado de fondos. Si está en alza, se estiende en consideraciones que convencerian al que le oye si este pudiera comprenderle. Si, por el contrario, aguarda todavía al perro que ha de traerle el mónstruo feróz que llaman duro, el *lipendi* contesta con una evasiva y se aparta del impertinente, para continuar su camino, en busca del cubierto de diez reales, el café y los cigarros.

En religion es católico, racionalista ó ateo, segun la impresion del momento y la gana que tiene de discutir.

En política es enciclopédico: unas veces figura en la redaccion de un diario absolutista y otras escribe proclamas revolucionarias, tan pronto defiende á un ministerio, como le declara la guerra.

En amor es veleidoso como la imaginacion: posee un esceso de sentimiento que le lleva á poetizar á una esfinge lo mismo que á rendir adoracion á una Vénus.

En el arte, ama lo desconocido y aborrece la rutina, contemplando sin emulacion la injusticia de la sociedad y soñando siempre con una regeneracion artística, á que ordinariamente no contribuye.

Pero no es culpa suya si deja de hacerlo. La prudencia aconseja que se piense en el hoy antes de preocuparse por el mañana, y como esta es la historia de todos los dias para el *lipendi*, no es posible que se consagre á nada sério.

Cuando llega una de esas ráfagas bonancibles, en que por medio de un trabajo ó por la buena fortuna en el juego, se encuentra el *lipendi* en disposicion de vivir, las privaciones pa-

sadas escitan más su apetito presente, y se dedica á gastar su dinero en union del primer prójimo que se presenta.

Cumplida su penosa mision, la de gastar su dinero, el *lipendi* se dedica á descansar y á procurarse los medios de repetir la operacion terminada.

No hay fonda, casa de comidas, café ni *timba*, que no haya visitado; en cambio no hay sastre en Madrid que le conozca, si se exceptúa algun maestro de portal muy práctico en eso de volver levitas y gabanes. Es un secreto de sastrería que solo poseen algunos artífices.

Sin embargo, el *lipendi* suele vestirse de limpio cuando por su situacion se vé obligado á asistir á ciertas reuniones, ó cuando figura en política, pero siempre se conoce la cepa de donde procede. Es refractario al ornato exterior como entusiasta del lujo interno. Esto es: entre un sombrero y una botella de *Chateau Lafitte*, escoge lo último por más higiénico.

En el gremio no se conocen las categorías; un *lipendi* del Casino fraterniza con otro de la Cervecería ó del Suizo, ó mejor dicho, el *lipendi* que vá al casino continúa asistiendo de cuando en cuando, por lo menos, á los sitios en donde puede hallar á sus compañeros de menor *posicion oficial*, pero de pura raza *lipendi*.

Cuando éste es casado, cuando tiene en derredor de sí una familia, sin más recursos para sostenerla que su genio, entonces la situacion es infinitamente más difícil, é insostenible para cualquier otro indivíduo no *lipendi*.

Proyectos de color de rosa, sueños encantadores para el mañana, siempre para el mañana, horas de amargura, momentos de entusiasmo que las suceden, lágrimas y carcajadas, privacion y prodigalidad, fastidio y amor, de todo hace partícipe el

lipendi á su familia y principalmente á su mujer, que si no tiene bastante discrecion para estimar las contradictorias noticias, las incompatibles ideas que á cada momento formula su marido, no tarda en concluir con él de una manera demasiado pública.

Cuando la mujer sabe sentir, cuando por su clara imaginacion se identifica con el *lipendi*, la vida matrimonial es para ellos sucesivamente un paraíso y un purgatorio; luz y sombra, calor y hielo; pero en medio de las amarguras de la vida, el *lipendi* encuentra una mirada cariñosa que atenúa hasta cierto punto la influencia de su fastidio, y una voz que le recuerda los momentos de felicidad, haciéndole presentir otros nuevos, y despertando en su alma la esperanza.

En la vida íntima, ¡qué detalles tan curiosos ofrece el *lipendi*, unido á una mujer, y tal vez padre de algunos infortunados séres! ¡Inocentes! Aguardan con impaciencia su salida, porque vá á buscar dinero para que la pobre madre salga á comprar, y no dulces ni juguetes, sí el pan con que alimentarse. Aguardan con impaciencia la vuelta de su padre, y su padre tal vez no ha podido dar con el mónstruo feróz, aunque ha recorrido várias casas de editores, por ejemplo, que todos son de la misma especie.

Y si, debida á las privaciones y sufrimientos contínuos, la muerte llega á robar al *lipendi* uno de sus hijos, no temais que le falte aliento para conducirle él mismo á la última cuna, que lo es tambien de las flores de la primavera. Pero si fuera posible leer en su alma, si la sociedad pudiera sentir alguna vez, derramaria lágrimas de vergüenza al contemplar la virtud, la abnegacion, los dolorosos s timientos que ahoga en su corazon el *lipendi*, el *bo* *dido*.

Mezclad estos detalles con los más cómicos de su vida: miradle, cuando á falta de otro abrigo interior ha ceñido á su cuerpo el de un vestido de su mujer, ó de su amiga; cuando pinta las calvas de un gaban ó de una levita, para ennegrecer su corteza como su corazon, ó cuando aparece vestido de riguroso Julio en el mes de Diciembre.

Mezclad unos datos con otros, examinad el conjunto, y decidme si en la vida del *lipendi* hay chistes que celebrar ó dolores que compadecer.

Su muerte suele ser tan extraña como su vida á los ojos de la multitud. Ha vivido soñando con proyectos de gloria, que no ha realizado nunca por falta de condiciones materiales para ello. La muerte fué siempre otro de sus sueños; pero sueño que se realiza inevitablemente.

El *lipendi* muere, sin que la noticia de su muerte llegue á afectar á nadie; sólamente un número escaso de compañeros, de consócios, por decirlo así, le consagra algunos pensamientos impregnados de dolor y de dulzura: cada uno en su martirologio artístico aguarda la misma suerte.

Despues, cuando la sociedad admira las obras del infortunado, cuando sale á la superficie la luz de su genio, le celebra con elogios y le compadece, pero no cuida de socorrer á la familia del difunto, que seria cuanto pudiera hacer, porque para recompensar el génio, ya es tarde.

Para una cosa es siempre tarde en el mundo: para la justicia.

En cambio, á pesar de haber trascurrido diez y nueve siglos, es demasiado pronto para exigir á la humanidad inteligencia y corazon.

E. DE LUSTONÓ.

UNA SESION DEL CONGRESO.

I.

Porque en diciendo «del Congreso,» ya se entiende que se habla del de los diputados: que esta antonomasia revela por sí sola lo impregnada de parlamentarismo que está nuestra pátria.

Hay hombres y (por inverosímil que parezca) hay tambien mujeres capaces de permanecer toda una tarde en las tribunas de la Cámara en dias de eleccion de la mesa.

No ven más que meter y sacar papeletas de la urna, ni oyen más que repetir al secretario:

Rios Rosas.

Figueras.

Rivero.

Rios Rosas.

Rivero.

Rivero.

Figueras.

Rios Rosas.

Rivero.

Y sin embargo, ellos y ellas permanecen allí inmóv

tranquilos... es decir, tranquilos en la apariencia; porque todos aquellos corazones palpitan impacientes, y en su interior se dicen: puede ser que todavía suceda algo.

Hay español que viene á Madrid desde ciento y más leguas de distancia, y apénas formado el proyecto del viaje, piensa en el gusto de asistir á una sesion del Congreso.

Llega á Madrid, y mientras procura despachar sus negocios, oye decir todos los dias que la sesion ha sido interesante. El deseo de ser espectador de un belen parlamentario se aviva más y más en su pecho, no sólo porque presiente lo grato que ha de serle satisfacer su curiosidad, sino porque el vanidosillo tambien suele pensar en el tono que se dará con los amigachos de su pueblo natal, cuando pueda decir que tal ó cual asunto de interés se discutió en su presencia; que el ministro puso cara de rabia cuando desde la oposicion le dijeron ciertas expresiones; que él notó una circunstancia que para todos los demás espectadores no fué notada... Porque, créanlo ustedes, hay un sin número de hombres de bien, persuadidos de que con asistir una tarde al Congreso, se harian cargo de todo lo que es estado político.

Si á uno de esos curiosos le coge una sesion exclusivamente dedicada, por ejemplo, á un sorteo de secciones, cuyo interés se cifra en oir pronunciar uno tras otro los nombres de los diputados, le entra un mal humor de todos los diablos, y sólo porque no se ha divertido, vá diciendo que en Madrid todo es una farsa.

(Aquí conviene otro porque, y voy á ponērlo.)

Porque todos esos záfios que en las provincias españolas estafan al Estado, ocultando su riqueza para pagar menos contribucion, ó se dedican al contrabando, ó se hacen nombrar

regidores para hacer chanchullos, ó venden su influencia á todos los gobiernos en todas las elecciones, ó se han enriquecido con los bienes de propios, etc., etc.; todos estos, y otros semejantes, repiten de contínuo que en Madrid todo es una farsa.

II.

En los dias en que se habla de probabilidades de crísis grave, ó de próxima discusion borrascosa, no sólo se llenan las tribunas todas desde hora muy temprana, sino que los alrededores del palacio del Congreso se pueblan de aquellos séres especiales, que cada dia se figuran que es el más á propósito para hacer la revolucion, y se creen llamados á desempeñar en ella uno de los papeles más importantes.

Estos detienen á todos sus conocidos que entran ó salen, les llaman aparte, les hablan con misterio, dándoles cuenta de los *elementos* que tienen á su disposicion, y ponderándoles el inminente peligro que corre la pátria, si no se adopta su plan, y no se dá el grito aquella misma tarde.

Mientras esto sucede fuera, y la gente que á sí misma se llama *de accion* procura entusiasmarse, por lo general se calman dentro los ánimos, se desvanecen temores ministeriales y esperanzas de las oposiciones; los hábiles dan un giro al negocio; la presidencia aleja de las discusiones apasionadas los proyectos ó dictámenes peligrosos, y al bañarse en los más bellos celajes el horizonte, cuando cae la tarde serena y apacible y los ánimos se han calmado, se van retirando de la Carrera de San Jerónimo los ardientes, para desahogar su mal hu-

mor en sus habituales puntos de conspiracion á voces, diciendo que los jefes del partido son unos pícaros, que están vendidos, y que si fueran como debian ser, ya á aquellas horas estaria ardiendo Madrid, Cataluña y Andalucía.

III.

Pero no siempre salen burladas las esperanzas de los curiosos; que tambien para ellos hay una Providencia.

Cuando la sesion entra en calor, y en efecto se increpa al gobierno duramente...

(¡Cómo les gusta á los españoles que nunca tenga razon el gobierno!)

Cuando se suceden de una y otra parte las réplicas contundentes, y las oposiciones más extremas dirigen de concierto sus tiros al banco azul, y se sueltan ataques atrevidos y peligrosos, entonces goza el público de las tribunas, entonces cree que no pierde el tiempo. La tribuna pública llega á rebosar; todos los asistentes están inclinados hácia adelante, los pescuezos se alargan cuanto es posible; de cuando en cuando un entusiasta se pone de pié...

El gozo es completo en aquellas sesiones en que, llegado el momento crítico, se oye de tres ó cuatro lados de la Cámara:

—¡Pido la palabra!

—¡Pido la palabra!

—¡Pido la palabra!

Despues una frase violenta levanta murmullos generales y provoca una interrupcion que dá lugar á un campanillazo del presidente.

Todos los espectadores se ponen de pié, deseando ver al valiente que ha interrumpido.

A sus palabras sucede del lado opuesto otra interrupcion no menos dura.

El presidente dá un repique.

El orador procura irritar los ánimos de sus adversarios y encamina su discurso de manera, que no ya uno, sino muchos le vuelven á interrumpir.

Tercer campanillazo del presidente.

Aquí ya el espectador más descontentadizo se frota las manos de gusto, presintiendo la atencion con que van á ser oidas sus palabras, cuando él refiera lo ocurrido aquella tarde.

A todo esto un diputado pide que se lea un artículo del reglamento.

Se lee y se disputa sobre su verdadera interpretacion.

Si es el gobierno el que está comprometido, sus amigos presentan una proposicion incidental, á fin de apartar la polémica del asunto peligroso. Si el caso es más grave y apretado, salen muchos diputados de la derecha para reunirse en un rincon del salon de conferencias ó en uno de los gabinetes destinados á las secciones, y redactan una proposicion de voto de confianza, con tal delicadeza y afiligranamiento extendida, que pueda ser votada por todos los ministeriales y las fracciones más afines. La defensa de la proposicion corre á cargo de uno de aquellos diputados, en potencia propincua de ser ministros: uno de aquellos que han de pasar al banco azul á la primera modificacion ministerial que ocurra.

Mientras él habla, los suyos cuentan los votos con que pueden contar, segun el número de diputados presentes. Si parecen pocos, se hace llegar á manos del orador un papelito en

que se le encarga que se extienda todo lo posible, para ganar tiempo.

Entretanto se envia recado á todos los diputados empleados para que inmediatamente acudan al Congreso, se busca á los amigos, se ruega á algunos disidentes que se abstengan de votar y... ya está formada la opinion pública.

Ocasiones hay en que el defensor de la proposicion se ha visto obligado á ser en extremo difuso; ya no tiene argumentos ni pretextos de que echar mano, y dice en voz baja á los que le rodean:

—Ya no puedo más.

—Pues es necesario ganar tiempo, le contestan en voz baja tambien. Alúdame usted á mí; yo hablaré buen rato y le daré ocasion para una réplica.

En efecto, el defensor de la proposicion pronuncia un nombre propio, y acto contínuo se oye una voz que dice:

—Pido la palabra para una alusion personal.

Al poco rato calla el orador y habla el aludido.

Si todavia es insuficiente el número de los que han de votar con el gobierno, el aludido esmalta su discurso de paréntesis y de incidentes interminables, y si esto no le basta para estirar bastante la tela, alude á otro, que á su vez hace como él.

A cada nueva amenaza de discurso, las oposiciones, que conocen el juego, gritan:

—¡A votar! ¡A votar!

Y á ese grito acompaña una oleada de cabezas de las tribunas, que desean no tanto oir lo que allí se habla, como ver los gestos, la figura, la estatura, el pelaje de cada uno de los que toman parte en la contienda.

Semejante sesion pueda acabar con la derrota del gobierno ó con un chasco para las oposiciones; pero sea cuál fuere su resultado, es una sesion, que despues de pensarlo maduramente, califica de buena el aficionado á sesiones.

Antes de pasar á otro punto, dejemos sentadas en breves términos las afirmaciones siguientes:

1.ª Casi todos los españoles se quejan hipócritamente de los escándalos parlamentarios. Casi todo español tiene por mejor la sesion que le parece más escandalosa.

2.ª Todo español se lamenta de que los diputados no den importancia á las discusiones de presupuestos. No hay sesiones que ménos esciten el interés de esos que se lamentan, que aquellas en que de presupuestos se trata.

3.ª Son muchos los asistentes al Congreso, que se jactan de que ellos habrian contestado mejor que lo hizo el ministro ó el diputado. Estos mismos suelen acudir á un memorialista para contestar las cartas que reciben.

4.ª Todos los españoles se quejan de que en los Parlamentos no se hace más que perder el tiémpo hablando; como si las leyes pudieran hacerse á porrazos silenciosos. Todo español se queja del diputado por su distrito, porque habla poco en la Cámara.

Ahora, á otra cosa.

IV.

Pero la sesion magna, la sesion concurrida, la sesion por excelencia, es aquella en que habla Emilio Castelar.

Aquella es la sesion en que rebosan las tribunas, en que acuden al Congreso gran número de diplomáticos, muchas señoras y forasteros que iban á partir de Madrid, y han suspendido su viaje; porque les ha sido posible alcanzar un billete de tribuna de órden.

A más de la gente que cabe en sitios desde donde puede oirse al orador, acude mucha que, colocada en última fila, sólo percibe los efectos del discurso en los generales murmullos de aprobacion, en las unánimes exclamaciones y en los aplausos, y no se dan por descontentos.

Junto á las mamparas de las dos puertas laterales del salon de sesiones, se agrupan tambien oyentes en gran número, que se apiñan cerrando el paso y se extienden hasta la mitad del pasillo, desde donde tampoco oyen el discurso, i á cada movimiento de sensacion en la Cámara, los últimos preguntan ansiosos á los que tienen delante y estos á su vez á los de la fila anterior á la suya:

—¿Qué ha dicho?

—¿Qué ha dicho?

—¿Qué ha dicho?

Y llegada la pregunta á los más próximos al salon, repiten estos el concepto feliz ó la frase conmovedora del orador, que de fila en fila va pasando hasta los últimos.

Ocasiones hay, y muchas, en que á las primeras horas de la

madrugada ya se agrupa el gentío á las puertas de la tribuna pública, á fin de asegurarse el asiento para la sesion que ha empezarse á las dos de la tarde.

Pero esto sólo sucede cuando se presume que aquel dia hablará Emilio Castelar.

Y en esas sesiones siempre hay algo muy notable: ó un hombre barbado que llora á pesar suyo, ó un negrero que siente por primera vez fermentar en su corazon la levadura humana, ó un envidioso que se rinde á la incontrastable superioridad de aquella palabra creadora como el verbo: salen exclamaciones expontáneas, ya de un rincon, ya de otro, y tan pronto se hace un silencio profundo y se suspende todo movimiento en los circunstantes, como se agitan de improviso cuerpos y cabezas y se prorumpe en generales aplausos.

En la reciente sesion sobre las reformas de Puerto-Rico, las palabras del orador arrancaron aplausos de la mesa presidencial y del banco de los ministros.

Cuando la famosa réplica al discurso del canónigo Manterola, los ministros dejaron el banco azul y corrieron á estrechar en sus brazos al orador republicano.

Y cada vez que la palabra maravillosa de ese hombre resuena en el Congreso, salen los oyentes diciendo:

—¡No hay duda; ese es el mejor discurso que ha pronunciado en su vida!

Y si vuelve á hablar al dia siguiente, dicen todos:

—Esto es casi increible: el discurso de hoy vale más que el de ayer.

Lo cual no obsta para que los periódicos cuyas ideas haya combatido el orador, empiecen diciendo en su revista parlamentaria:

«El señor Castelar (cuyo talento reconocemos) pero á quien nunca habíamos visto tan inferior á sí mismo...»

Despues de una sesion en que Castelar haya hablado, es ingrato tomar la palabra en el Congreso.

La gente anda distraida: la mitad, cuando menos, de los escaños, están desocupados; en la tribuna se bosteza, la atmósfera parece fria y además pesada.

Excelente ocasion para ofrecer billetes al forastero; pero el forastero, encogiéndose de hombros, dice ó piensa:

—Si hubiera sido ayer... Pero hoy creo que no habla Castelar.

ROBERTO ROBERT.



CARETAS NUEVAS.

Los provincianos, en su mayor parte, no conocerán la *última* novedad en este ramo de las caretas.

Hace ya tiempo que están en uso, pero aun no se hallan expuestas en los escaparates.

Para el comun de las gentes las hay en casa de Scrop con cabeza de perro, de burro, etc.; mas para los escogidos de la edad nueva, las hay en los bazares intelectuales, abiertos recientemente, de otro género más subido y ménos grosero, como pueden ustedes ver, por lo que voy á tener el honor de referirles.

—

Yo no conocia á Perezagua, pero estaba cansado de oir hablar de él, como sucederá á ustedes respecto de otros personajes de los flamantes.

Un conocido de café—del Suizo por más señas—me habia dicho lo ménos veinte veces:

—¡Ah! ¡qué hombre es ese Perezagua!

—¿De veras?

—¡Un ejemplar, un héroe de Plutárco!

—¿Hasta ese punto?

—Si usted lo tratara...

—Me complaceria en extremo. Son tan raros en nuestra época esos caractéres.

—¡Oh! el suyo es admirable, inflexible. Por nada ni por nadie se desvía de sus principios.

—¿Cómo me arreglaria para entrar en relaciones con él? exclamé, ya resuelto á conocer el prodigio.

—Yo le proporcionaré á usted su conocimiento, y ya verá usted si vale, ya verá usted.

—

Dicho y hecho.

Un dia—dia deseado—el fervoroso compadre me presentó amigablemente al héroe.

En honor de la verdad sea dicho, ya á primera vista, por su traje, se podia distinguir entre cien mil.

Tan visible y vistoso era.

Mas poco dispuesto yo á dejarme seducir por las apariencias, me propuse conocer lo que habia por dentro de aquellas prendas.

Amable y complaciente Perezagua, comenzó á hacernos una exposicion de doctrinas.

Por de contado, su punto de partida era esta inmortal enseña:

—*Libertad, legalidad, fraternidad.*

Luego fué más allá, y sondeando las necesarias reformas sociales, me decia:

—La familia, una simple costumbre, una preocupacion. La

verdadera familia es la humanidad; la *otra* no es más que un egoismo disfrazado, una patarata. La humanidad y el derecho... todo entero. Esa desviacion que hacen los más, no debe consentirse, nada de circunscribirse. Todos para todos.

—Sin embargo...

—Nada de sin embargos, nada de sofismas. La familia ha concluido; un nuevo mundo se entrevée... *Sæculorum nascitur ordo...*

—

Mas tropezamos otra vez, y la conversacion giró sobre la propiedad.

—Amigo mio, decia Perezagua, la propiedad, como la familia, es una pobre preocupacion. Yo no suprimo ni mermo su producto, sino que lo generalizo; ¿usted me comprende?

—No del todo.

—Pues es bien sencillo, siguiendo el órden lógico de mis ideas. Todos para todos, es—como le tengo dicho—una fórmula para la familia. *Todo para todos*; ahí tiene usted la verdadera propiedad, sobre la que se asientan los cimientos del porvenir. Podrá haber algunas dificultades de detalle, mas...

—

Tenia ya conocido á fondo á mi hombre.

El sugeto que me habia proporcionado su conocimiento, seguia mostrando en *crescendo* su entusiasmo.

—¡Eh! me repetia cuando nos dejaba el otro. ¡Vaya un hombre! No le decia...

Yo callaba, esperando la prueba de la operacion, como se dice en aritmética.

Una mañana me encuentro en la calle al puritano.

—Ola, mi amigo.

—¿Dónde bueno?

—Voy á almozar, suba usted conmigo—estábamos á la puerta de mi casa—acompáñeme usted.

—¡Oh! gracias, gracias.

—Sin cumplimiento.

—Otra vez será.

—¿Se lo impide algun negocio?

—No; pero mi mujer me espera, y... *diantre*, añadió mirando su relój, las once y cinco... llegaré á casa con diez minutos de retraso... y á Lola que no le gusta esperar... Dispénseme usted que le deje; ¿qué va á decir aquella? ¿Cómo haré para retrasarme así? Adios, no puedo detenerme.

Y partió como un cohete.

Decididamente—dije, viendo como se alejaba—tiene buenos talones el feroz emancipador.

Aquella noche, en el café, recordándole la aventura, me confesó disculpándose, que á su mujer le afectaba el estar esperándole, y que se le desárreglaran sus horas.

—Vea usted, le dije, cómo para los hombres, cómo para los pueblos, es un sueño pensar que es posible en la vida, la *libertad absoluta*.

—

Una mañana habia dado yo un paseo por las afueras.

A mi regreso, entré en una *casa de vacas* del barrio de Pozas.

La casualidad hizo que encontrara allí á mi hombre.

Perezagua se hallaba acompañado de su irritable é impaciente señora.

Yo observé que me saludaba como contrariado.

Luego que salieron, la dueña del establecimiento me dijo—sin duda por eso de decir algo.—

—¡Ola! ¡tambien usted conoce al Sr. de Perezagua!

—Un poco...

—¡Oh! es mucho señor... tan llano, á pesar de ser título.

—¿Título él?

—Vaya, *Baron*: sí señor, me consta.

Miré á aquella mujer fijamente; mas pareciéndome su cara inaccesible al *calembourg*, me dije, acabando de entenderlo:

—Vamos, el Sr. Perezagua se finge título *extramuros*... indudablemente, por dar gusto á su señora.

Y sonreí, recordando sus teorías acerca de la legalidad.

—

El buen Dios hacia rodar las cosas á pedir de boca, sin duda para mi edificacion.

Un negocio me obligó á entrar en uno de los juzgados de la Audiencia.

Me ví precisado á esperar; y sin quererlo, dirigí la mirada á unos legajos de papeles que habia sobre una de las mesas.

En uno de ellos leí sobre la cubierta:

Demandas del Sr. Perezagua.

—¿Qué Perezagua es este? pr nté al alguacil.

—El de la calle tal, número ıt

Justamente donde vivia nu

—¿Y le demandan, eh?

—Al contrario.

—¿Cómo?...

—Pues está claro, él es quien demanda á sus inquilinos. Todos los trimestres, ya se sabe. No les dá un dia de tregua. ¡Oh! y la pobre á quien tiene citada hoy, es bien digna de lástima. Una pobre viuda con cinco hijos. Pero sí, váyale usted con esas. Es inflexible...

Yo me acordé entonces de sus discursos de la propiedad reformada con el *todo* para todos.

—

En fin, dias despues encuentro al reformador de pega corriendo por la calle como un loco.

—¡Eh, amigo! ¿qué es eso?

—Si usted supiera...

—¿Qué?...

—Voy en busca del médico. Mi pequeño... ya sabe usted... Manolito...

—¿Está enfermo?

—No, precisamente. Está fuerte como yo; pero no come hace dos dias, y me tiene inquieto. Es cosa que en viendo sufrir á mis hijos, no sosiego. Voy, voy á ver si encuentro al médico en su casa.

Y se alejó, sin dejarme recordarle sus consideraciones sobre la abolicion de la familia.

—

La prueba era suficiente.

Entonces me dije, lo que mis lectores se habrán ya dicho:

Que es preciso ponernos en guardia, los que amamos el verdadero progreso, con estos Perezaguas que nos van rodeando, vestidos con careta nueva.

A. P. Rioja.

LA MISA DE UNA.

«¡Misa de una! ¡Qué fervor!—exclamará entusiasmado el forastero, y sobre todo el forastero católico, apostólico y romano.—¿Con que misa de una? ¿Con que en Madrid oye la gente misa desde que Dios amanece hasta la una de la tarde?»

No, forastero amigo, no; en este como en otros asuntos madrileños, andas equivocado de medio á medio, y esto justifica el propósito del editor de este libro al tomarte de la mano y conducirte por calles y plazas, explicándote todo aquello de que tú no tienes conocimiento exacto.

En Madrid, pues, se dicen misas desde que Dios amanece, hasta la una, y si me apuras hasta las dos de la tarde, pero no creas que todo esto es fervor religioso, como tampoco es oro todo lo que reluce.

Las misas del amanecer se dicen para las devotas aseadas que no quieren que la religion sea parte para desatender los quehaceres domésticos; para los jornaleros y jornaleras que toman en ayunas ese alimento espiritual; para el viejo militar retirado que conserva del cuartel la costumbre de levan-

tarse al toque de diana, y que no teniendo otras ocupaciones, se vá al amanecer á la iglesia á echarse al cuerpo tres ó cuatro misas antes de almorzar, y en fin, para tantos otros madrugadores pertinaces ó católicos fervientes que abandonan las dulzuras materiales del lecho por la espiritual satisfaccion del alma.

Vienen despues las misas que sirven de pasto á criadas de servir, porteros de casas grandes y bodas de poco pelo.

Salen más tarde las misas de colegiales, doncellas de labor, viudas recientes y jubilados añejos.

Se dicen despues las misas de las señoras graves y las de los empleados que van á tranquilizar su conciencia y á dejarla en estado de recibir nuevas cargas.

A eso de las diez se celebran las misas llamadas de tropa, en las que hasta hace poco entraba el ejército con sus fusiles; es decir, prevenidos por si á algun santo se le ocurria lanzar en medio del general recogimiento algun grito subversivo contra el órden de cosas.

Y por último, de diez á una se celebran las misas de los devotos descarriados, de los católicos dormilones, ó de aquellos que antes de ir á misa han tenido necesidad de hacer algun negocio, que lo mismo puede haber sido el de asistir á una cita amoroso-adulterina, como el de ir á prestar dinero á un hermano en Cristo, exigiéndole el prudente interés de ciento setenta por ciento.

Y hétenos de patitas en la misa de una, misa aristocrática y elegante, misa de comodidad y de buen gusto, misa de buen tono, misa de la gente *com 'il faut*, misa, en fin, de explendor y boato, de grandeza y distincion.

La verdad es que si la religion fuera para las gentes una pesada carga, no habia de ser tan numeroso el rebaño de Cristo, y hay muchos, muchísimos cristianos que si se les impusiera la penitencia de asistir á misa matinal, renunciarian generosa y anticipadamente las dulzuras del paraiso, prefiriendo las glorias del abrigado lecho.

Por eso asiste tanto devoto á la misa de una, porque es una misa cómoda, de *comfort* (aunque esté mal aplicada la palabra.)

A la misa de una asiste la dama que se acostó al amanecer, despues de haber zangoloteado el cuerpo la víspera en un *the dansant;* el pollo aristocrático que á las cinco de la madrugada perdia sus últimos cinco duros contra un caballo de copas; el viejo verde que pasó la noche en brazos de cierta diosa de la mitología, representada en la tierra por una sacerdotisa con nombramiento; el calavera inocente que anduvo de comilona ó indigestion; el Tenorio que estuvo rondando hasta el amanecer á la esposa de un cónsul alejado por los intereses de la patria, el...

¡Oh misa de una! ¡Oh comodidad!

Porque has de considerar, forastero incáuto, que á la una del dia cualquier persona ha cuidado ya de las necesidades del cuerpo, y puede desahogada y tranquilamente satisfacer el apetito del alma.

A la una ya se ha almorzado con toda comodidad, ya ha venido el peluquero á rizar las guedejas y á empastar el bigote, ya ha traido el sastre el último pantalon ajustado al último figurin, ya se ha pasado un hombre dos horas ante el tocador, cambiando cuellos de camisa hasta encontrar el perfecto, mudando lazos de corbata hasta dar con el más capricho-

so... ¡Y qué ha de hacer un hombre que á la una del dia se encuentra ya emperifollado y satisfecho! ¿Qué ha de hacer? Encender una breva y... marcharse á misa de una.

. . . .

Allí encontrará él á la bellísima señorita X··· que ha estado una hora pateando y rabiando porque la florista tardaba en traer la camelia encargada con anticipacion; allí encontrará á la gallarda y esbelta Z···, émula de la Beatriz de Dante, con sus ojos lánguidos y arrebatadores, ojos que hace pocos momentos lanzaban centellas y rayos, porque su pícaro corpiño hacia una arruga en el punto menos conveniente; allí encontrará á la aristocrática señorita H···, de alabastrino rostro, de brillante y sedoso cabello, de fresca y sonrosada boca, boca que aún no hace media hora dejaba escapar un turbion de anatemas contra la infeliz doncella de tocador que atortolada y medrosa no encontraba el medio de colocar convenientemente el lazo de *glacé*; allí encontrará el elegante jóven... allí lo encontrará todo, el raso y el terciopelo con profusion, la pedrería y los perfumes en abundancia, los rosarios de nacar engarzados en oro, los *Padre-nuestros* y *Ave-marías* encuadernados en piel de Rusia, los guantes aromatizados que han de humedecerse en el agua bendita y han de indicar en la frente el signo del madero aquel donde hace mil ochocientos y pico de años moria pobre, despreciado por la aristocracia, y perseguido por el egoismo, el sublime plebeyo á quien en la misa de una se elevan preces y plegarias sin cuento...

———

Nó... nó... nó... me extravío.

¿Elevar preces en la misa de una? ¿Rezar plegarias?

Yo protesto contra todo ribete de heretismo que pueda asomar en estas líneas, pero creo que en la misa de una ni preces ni plegarias recoge la Divinidad.

¿Y cómo, vamos á ver, cómo ha de rezar devotamente, ni siquiera sin devocion, la jóven aquella que ha distinguido ya cerca de sí al mismo petimetre de los domingos anteriores, que más osado hoy que ayer, la enseña una carta, diciéndola por señas que vá dirigida á ella? ¿Cómo ha de silabear el Padre-nuestro la que acaba de recoger en su oido la frase: «¡ingrata! ¡falsa! ¿No decias que estabas enferma? ¿Cómo es que has venido á misa?»

¿Y ha de rezar la que mantiene telégrafos visuales, cargados de electricidad, con un pollo que la asedia hasta en el templo? ¿Ha de elevar preces la que siente que el corazon se le sube á la garganta y que se le quiere escapar al ver cerca de sí, codeándose con ella al hombre que adora entrañablemente, y al que solo puede mirar desde el balcon de un segundo piso?

Y pasando á otro *órden de cosas*, ¿ha de rezar la mujer cuya curiosidad, cuyo espíritu epigramático, cuyo afán de censura, llama su atencion y atrae su mirada hácia el lazo de Fulana, hácia el mal corte del gaban de Menganita, hácia el color *pasado* ó *cursi* del vestido de Zutanita, hácia los trapicheos de ésta con aquél ó hácia los desdenes de aquella con éste?

Y respecto de los hombres, ¿rezan por casualidad aquellos que... ¡vaya! ¡vaya! no malgastemos el tiempo: los hombres que van á misa de una *no rezan.*

Pero aun suponiendo (y advierte, forastero incauto, que no todos se detienen en la suposicion), aun suponiendo, digo, que todos estuvieran animados del más ferviente deseo, ¿crees tú que podrian oir misa con aquel recogimiento que prescriben los rituales? Pues tampoco, porque lo más que podrian hacer es creer que la oyen.

Porque supone que las naves del templo se inundan de católicos del medio dia, que la gente está allí apiñada, que llegan los oyentes hasta la calle, y que ni las palabras del clérigo, ni la campanilla del monago alcanzan hasta los oidos de todos los religiosos.

Además de esto, supone que ocurre á veces que en medio de la misa llega un jóven retrasado que á codazos y empellones se abre paso para llegar al primer confesonario de la derecha, donde *ella*, en perfumado billete, le dió cita; supone que un ratero busca en ageno bolsillo el dinero que apetece, y que es descubierto y abofeteado, produciendo el consiguiente escándalo; supone que un Don Juan atrevido busca con mano audaz los contornos de un cuerpo gracioso, cuya dueña se asusta y grita unas veces, ó reprende otras la insolencia con un bofeton; supon todo eso, y dime si es posible oir misa en la *misa de una*.

Nó; allí todo es convencional. Como se santigua el primero, la persignacion vá sucediéndose hácia atrás; como se arrodilla el que está inmediato al altar, se arrodillan tambien sucesivamente los que van viendo la accion, y como el que está cerca del cura, oyó perfectamente el *Ite misa est*, todos se convencen de que han oido misa de una, y empiezan á salir del templo y á descender...

Otro punto grave de la misa de una, amigo forastero.

Cuando la misa acaba, ya hay formadas á la puerta del templo dos hileras de pollos nécios, ó de gallos estúpidos, por entre las cuales van pasando los católicos y católicas, siendo cada cual objeto de una observacion distinta.—«Allí viene Fulana. ¡Qué hermosa está hoy!—Hombre, ¡la generala! ¡cómo envejece!—¡Qué mal gusto tiene esa para el vestido!—¡Esa es la querida de X···! ¡Valiente moza!—¡Qué desmejorada se ha quedado la condesita!—¡Ay, qué piernas! ¡mira, chico, qué piernas!...»

Y allí, á la puerta del templo, encontrarás y distinguirás, á pesar de tu provinciana rudeza, á ese jóven holgazan é ignorante que en Madrid se llama pollo, á ese tipo fastidioso y ridículo que aquí se vé en todas partes, es decir, en todas partes donde no se hace nada útil, y que vá tambien á misa de una á lucir sus corbatas pentacrostizadas, ó sus estrambóticos cuellos, «á buscar una mujer para llenar el vacío de su corazon» segun él dice, y en realidad á buscar una sonrisa de desprecio ó una mirada de compasion, con que dar despues á su lengua motivo para pregonar vanaglorias de la ilusion ó triunfos del deseo.

¡Ah misa de una! ¡misa de una!

Como las gentes han dado en decir por ahí que la mayoría de los españoles son católicos, yo te considero tambien á tí, lector y forastero amigo, católico hasta las cachas y amante del buen nombre y prestigio de la religion que profesas.

Por eso precisamente me atrevo á darte este consejo:

Si quisieres conservar esa fé desinteresada y vehemente, ese fervor religioso que te induce á colocar sin duda alguna los misterios divinos, sobre todo lo material y humano, sobre todo lo terrenal y maleable; si quieres, en fin, continuar creyendo que el santo sacrificio de la misa no puede ser manchado por impurezas ni escarnecido con escándalos, no asistas nunca á misa de una en Madrid.

Vete tempranito á cumplir con ese precepto de la religion, y acerca de la misa de una, conténtate con los pálidos bosquejos que acabo de hacerte. ¡Pálidos! ¿entiendes?

Y no te digo más.

ANDRÉS CORZUELO.

LOS JARDINES DEL RETIRO.

No voy á describir la magnificencia del Buen Retiro, ese eden creado por el génio de nuestros antiguos monarcas, que hizo brotar flores perfumadas y árboles frondosos en la tierra cálida y estéril de esa meseta arenosa sobre la cual se asienta la Villa de Madrid; no voy á pedir al erudito Mesonero Romanos las noticias relativas á la época de la fundacion de ese Real Sitio, tan célebre en los tiempos del literaro y galante Felipe IV; ni tampoco á la historia fechas y sucesos que le han hecho famoso en ambos mundos; ni siquiera á la tradicion leyendas como las en que el númen popular hace figurar al gran Quevedo, al galante Villamediana, á la bella Isabel de Valois, al ambicioso D. Rodrigo Calderon ó á los intrigantes duque de Lerma y conde-duque de Olivares, con toda aquella brillante pléyade de cortesanos y poetas que ilustraron las postrimerías del poderío español, y los últimos destellos de nuestra gloria militar, como cantan los cisnes su próximo fin, inspirados por una intuicion suprema que les mueve á confiar á la eterna corriente de los vientos las vibraciones de su dolien-

te voz que ya se extingue, para que ellos cuenten á otras generaciones la epopeya de su vida, y la elegía de su muerte. Cual si esas aves fueran imágen fiel del hombre que siempre invoca, para consolarse de su última tristeza, la memoria de sus primeras alegrías y la esperanza de otras que le aguardan en un mundo mejor.

Mas todo lo legendario, todo lo caballeresco, todo lo romántico pasó ya, y esas figuras gallardas é imponentes que cree uno ver deslizarse con magestuosa lentitud entre los árboles, cuando, cansado de las fatigas de la vida, recorre con tardo melancólico paso las alamedas del Retiro, buscando en sus umbrías un poco de silencio y de calma, no harian bien en la prosáica decoracion del mundo moderno. Dejémoslas, pues, reposar en paz en el seno de la eternidad de su fama, y que las evoque sólamente la imaginacion de los artistas y poetas, esas almas en pena que vagan por el globo terrestre sintiendo las angustias de todo lo creado y todas las armonías del universo, en medio de esas gentes insustanciales y dichosas que siguen su camino mundo adelante, sonriendo, sin preocuparse nada de los arcanos que nos legó el pasado, ni de los misterios que encierra el porvenir, sin que su mente cristalize jamás los pensamientos, ó si esto les sucede por rara casualidad alguna vez, sean capaces de descifrar el geroglífico que forman las estalactitas de ideas al parecer inconexas, fantasías que el buen sentido de las personas vulgares califica *ex-cátedra* de locas, aunque se agrupen sinbólicamente en las paredes de su cerebro.

Vivir al dia, á la hora, al minuto y al instante, parece ser la consigna de la generacion contemporánea. Imitémosla, pues, toda vez que para ella escribimos; y, puesto que el histórico

Retiro ha sufrido ya los estragos de la segur revolucionaria que corta sus árboles seculares, tan impiamente como su piqueta derriba la antígua muralla que le ceñia, para entregarle á las devastaciones del cuarto estado, no nos ocupemos ya de un lugar profanado, donde solo pasean nodrizas y niñeras, muchachos traviesos que serán un dia ardientes republicanos ó absolutistas furibundos, cuando más algun filósofo misántropo, aburrido de todo cuanto en el mundo pasa, que se refugia allí para perder de vista, momentáneamente siquiera, á sus conciudadanos; gritemos con todo el coro, que nos importa tan poco lo que fué en el pasado, como lo que pueda llegar á ser en el porvenir, desde el momento que no es el *Real Sitio del Buen Retiro*, sino que democráticamente se llama *Parque de Madrid* y no está ya de moda.

Lo que esta prescribe en la actualidad es que el todo Madrid elegante se traslade ahora, quiero decir, ahora precisamente no, durante el estío, á otro jardin inmediato, situado entre la calle del Prado donde está el monumento del Dos de Mayo y el antiguo Retiro, con entrada por la calle de Alcalá, frente al paseo de Recoletos, que antes dependia del palacio de San Juan y hoy es propiedad de la nacion que lo destina, por el momento, á sitio de público recreo, con el afan legítimo de sacar de su finca algun provecho.

Mas el hombre propone y Dios dispone. El contratista que tomó estos jardines en arriendo, ha dado en no pagar un céntimo á la Hacienda, contando con la liberal tolerancia que en estos tiempos suelen tener los agentes del fisco con las personas que saben hacerse dignas de ella; de modo que él hace un negocio loco, pero el Tesoro no gana nada. Como siempre.

Sea como quiera, que esto es un incidente en nuestra Espa-

ña, aunque en otro cualquier pais seria asunto muy grave, lo cierto es que ya por cuenta de ese Fénix de los arrendatarios, ó ya por otras empresas subarrendadoras tienen lugar allí hace cuatro años, durante el verano, espectáculos líricos, dramáticos, bufos y otros no expresados en el programa, pero nocturnos todos, que atraen una concurrencia numerosa y selecta en general.

Ningun mortal que despues de las ocho de la noche descienda por la calle de Alcalá, ó se pasee en el Prado, puede dejar de ver á gran distancia la elegante portada de la verja que cierra los jardines, iluminada con luces de gas, con un espléndido letrero y una estrella no ménos rutilante. Es el faro que guia á la gente *fashionable*, el astro que indica á los magos de la côrte la mansion del Dios de los placeres, la señal de mil citas amorosas y la clave de otros mil misterios. Pero no anticipemos los sucesos.

Figúrate, lector, que es miércoles, porque de esta manera tenemos más probabilidades de vivir media semana entera, ó bien sábado que es ménos halagüeño; pero en ambos dias tienen lugar los conciertos de Arban, de Botessini, de Barbieri ó Dalmau; la entrada cuesta dos pesetas, es la iluminacion doble que en los demás dias, y la concurrencia es de lo más principal. No hay que vacilar, entremos.

La pequeña rampa enarenada que sirve de átrio, está inundada de luces que brillan destacándose sobre un espeso fondo de verdura. Aquí, en primer término están los receptores de billetes; algunas aguadoras que pregonan sus azucarillos y merengues con desgarrada voz; guardias amarillos, muchachos vendedores de *La Correspondencia*, un tropel de lacayos, ociosos y demás gente ordinaria. En la penumbrá, tal cual

pollo sietemesino ó amante celoso, ansiosos de ver antes que nadie á sus rivales ó á sus Dulcineas, y esperando los unos con semblante anheloso, los otros con faz sombría.

La oscuridad que reina en las dos calles que conducen á la esplanada circular donde se levanta el kiosko de la orquesta, contrasta con los torrentes de luz en medio de los cuales se dá el concierto. Gigantes candelabros con múltiples brazos y mecheros de gas, colocados de trecho en trecho al rededor, esparcen una claridad ménos viva que la del dia, pero tan diáfana y serena como la de las noches tropicales, cuando la luna, colgada en el espacio azul, se mira en el espejo del Bósforo, ese lago profundo y tranquilo que al separar la Europa del Asia, semeja más que una barrera divisoria, un anillo de záfiros brillantes que consagra la union de dos continentes, tan próximos que la voz alzada en una se oye en la otra orilla.

Allí en noches tan breves cual lo son siempre las horas felices de nuestra existencia, yo he visto á la melancólica Diana esparcir su argentada cabellera y disipar las sombras, dando trasparencia á las aguas y reflejos expléndidos á las blancas fachadas de los palacios bizantinos, y forma seductora á la silueta que se dibuja tras la celosía de un agimez, cuando se asoma la turca desvelada que contemplando aquel sublime cuadro sueña, Dios sabe cuántas maravillas de amor y de voluptuosidad.

Mas no nos remontemos, que ninguna necesidad hay de ir tan léjos para admirar prodigios de arte y de hermosura, toda vez que en los Jardines del Retiro la fantasía y la naturaleza rivalizan tambien por cautivar el alma de los concurrentes, deleitando á unos con melodías dulcísimas y sentimentales de Hayden ó de Bellini, de Thomas ó de Gounod, cuyas notas

despues de estremecer el corazon del auditorio, van á perderse gimiendo entre las ramas de la umbrosa floresta, que tiemblan y se agitan á su vibracion, cual si tambien los árboles tuvieran un espíritu sensible; y encantando á otros con la atraccion mágica de los hechizos que lucen mil lindas mujeres ricamente prendidas, con trajes vaporosos, lazos flotantes y flores en el pelo, recostadas con perezosa coquetería en los bancos y sillas que ocupan toda la extension del circuito.

Por el un lado, bajo los candelabros rutilantes destácanse por grupos estas hermosuras sobre un espeso fondo de verdura, que borda la dorada arena del paseo. Es el sitio más visible y el que eligen, por consiguiente, con preferencia las bellezas y las elegancias más en boga, á quienes rodea y ensalza córte numerosa de galanes más ó ménos apuestos. Noches ha habido en que pasé revista á la nobleza femenil de Madrid, pues toda la que no habia emigrado estaba en ese luminoso círculo.

Enfrente la concurrencia es brillante tambien; aunque algo tímida y modesta, con ménos afan de lucir sus encantos y galas, ó más deseo de que el mundo no vea al novio sentado junto á la niña ó al *otro* cerca de la esposa del *uno*, si bien por regla general las parejas amorosas suelen sentar sus reales detras de esta línea, en el espacio que media entre esa doble ó triple fila de sillas y el kiosko filarmónico, confundiéndose bajo un bosque de árboles enanos sin follaje, por bien de la moral, con los aficionados de buena fé, esa raza de artistas no comprendidos é ignorados, que no vá al Retiro para hacer el amor ó á tomar el fresco, á ver ni á que la vean, sino sinceramente á oir el concierto, á no respirar, ni pestañear siquiera mientras la orquesta toca el *Ave María* de Gounod, por ejemplo.

Lo que estas buenas gentes sufren con el sempiterno cuchicheo de los enamorados que tienen cerca, y hablan, hablan incesantemente, sin pensar en más arte que en el que escribió Ovidio, es indecible. Los pobres sufren mientras tienen paciencia; mas cuando un apóstrofe enérgico de celos, ó un vehemente juramento de fidelidad, de esos que el aire se ha llevado tantos, se exhala inoportunamente, rompe el silencio augusto y les hace perder la nota más culminante acaso de alguna sublime melodía, entonces el sufrimiento de los filarmónicos se agota, álzanse indignados y, silla en mano, huyen de aquel sitio profanado, y van á colocarse al pié del kiosko mismo, en una estrecha calle concéntrica de la otra, donde quizás el bombo y los platillos los aturden y ensordecen; pero al menos tienen la seguridad de estar solos allí, entre artistas, sin perder un detalle siquiera, ni aun de la estructura de los instrumentos. ¡Dicha suprema!

Esta parte del público, esclavo del arte, no pasea más que durante los intermedios, que son dos; y entonces sí es cosa de emigrar al café, posesionarse de una mesa y tomar un sorbete, bajo un plátano frondoso, contemplando en la hondonada aquel hormiguero de gentes que se mueven entre nubes de polvo, si es que uno no tiene á quien decirle en medio de la confusion una palabra cabalística al oido, en cuyo caso se arrostra todo.

Dicen las malas lenguas que á veces hay naturalezas misántropas y tímidas al mismo tiempo, que aman la oscuridad, y no atreviéndose á sumirse en sus tinieblas aisladamente, se van dos á dos por las remotas solitarias calles de árboles, que no turban jamás los ecos del concierto, y allí se divierten excéntricamente, á su modo. Mas de esto yo nunca he visto nada,

y no puedo, bien se comprende, referir el menor episodio. Respetemos profundamente los misterios del sueño de las sombras.

Cuando á las once y media el maestro director de la orquesta dá con su imponente magestad su último golpe de batuta, suena más estrepitosa y prolongada que ninguna la postrera salva de aplausos; apáganse como por un resorte las luces del kiosko, dispérsanse los músicos cada cual con su instrumento enfundado bajo el brazo, y todo el público se pone de pié, pugnando por salir todos al mismo tiempo.

Los ménos impacientes, sobre todo los padres y maridos cautos que no quieren con su precipitacion hacerse cómplices de un cambio de billetes perfumados, ó de una dulce presion de manos, dan todavía una vuelta ó dos por el círculo de los candelabros; pero las luces de estos se van apagando con rapidez tal, que muy pronto se hallan á oscuras, y la decoracion cambia con gran placer de las almas sensibles y románticas, que gozan viendo como los astros, antes ofuscados por el ficticio resplandor del gas, recobran su posicion social brillando de nuevo en la celeste bóveda centelleantes y puros en torno de la luna, lámpara gigantesca colgada de los cielos para disipar las tinieblas del mundo.

Otras, jóvenes en su mayor parte y calaveras, suelen en esos momentos artificialmente crepusculares, digámoslo así, cenar con prosáico apetito en la fonda que al aire libre hay allí tambien, la cual por cierto tiene un servicio ménos que mediano desde que Fornos la abandonó, y se oyen en esta última hora cantos báquicos, estrépito de copas y botellas, ruidosas carcajadas que tal vez arranca la narracion mordaz de aventuras galantes.

Júzguese, pues, de las encontradas tentaciones, de la lucha de opuestos afectos que de este modo sufren las almas cándidas, mucho más si son hembras, porque, en fin, es muy grato envolverse en el manto de la noche y contemplar el firmamento tachonado, dejarse acariciar por la brisa, se entiende, gozar del fresco ambiente despues de un dia abrasado. Mas tambien exponerse á que los guardas y porteros se marchen, dejándole á uno allí pasar la noche, no sé á qué luna, como sucedió una vez á dos muy bellas y nobles damas que, gracias á la misericordia divina, al ménos tuvieron la compañía de dos jóvenes adictos y respetuosos. ¡Ah! es cosa fuerte.

Tal es, segun dije al principio, el cróquis de una noche de concierto. Para las ordinarias, ó sean las de á peseta, hay en otra esplanada como un millar de sillas formadas en batalla delante de una casita rústica, hecha de madera, que sirve de escenario á este teatro al aire libre; donde se cantan zarzuelas bufas, se representan revistas de actualidad, y se baila el *can-can* alternando con el fandango, el bolero y otras danzas nacionales.

Rara vez se vé aquí una obra que pueda llamarse literaria: bromas picantes, chistes de brocha gorda y canciones de subido color, forman el repertorio habitual; mas el público aplaude con las manos, sin perjuicio de encontrarlo muy mal y criticarlo en voz baja, á reserva de volver sin falta al dia siguiente, del mismo modo que muchas pudibundas señoras se levantan airadas y dignas apenas la orquesta empieza á tocar los primeros compases de un *can-can*, y se retiran mereciendo la consideracion y el aplauso de todos los espectadores imbuidos en las máximas de la santa moral.

Yo, que tampoco tengo mucha aficion á ese baile desgreñado, imité una noche la conducta de un grupo de señoras, junto al cual estaba, y siguiendo su virtuoso movimiento, me levanté tambien. Anduve maquinalmente trás ellas, sin saber donde iba, hasta que se pararon.

Entonces, lector, figúrate mi asombro: me hallé en lo alto de una eminencia pequeña, cubierta de árboles, desde la cual se dominaba perfectamente el teatro, no perdiéndose un detalle, ni una pierna del *can-can*. Este espectáculo me conmovió.

ADOLFO MENTABERRY.

EL CUARTO DEL PRIMER ACTOR.

Tengo yo la sospecha de que se abusa tanto del lenguaje llamando *actor* al prójimo que se encarga de interpretar en la escena tal ó cual papel, de tal ó cual poema dramático, como cuando se dice *el cuarto del primer actor*, al hablar de la especie de guarda-ropa en que se muda de trajes el jefe de una compañía de comediantes.

En mi opinion es grilla lo de *actor* y exagerada hipérbole lo de *cuarto*: ambos vocablos tienen un significado que dista del que en el teatro se les dá, un poco ménos que Estrada de Cervantes, y un poco más que Sancho Panza de D. Quijote.

Acaso consista en que mi entendimiento es chato y mi instruccion manca; pero, así y todo, si *actor* implica *accion*, preciso es convenir en que los que se ganan honradamente su vida representando las producciones de los hijos de Talía, cometen una sinécdoque de tomo y lomo, llamándose pomposamente actores, con igual lógica que la que usaria el que dijese que cabo furriel es sinónimo de ejército europeo.

ña, aunque en otro cualquier pais seria asunto muy grave, lo cierto es que ya por cuenta de ese Fénix de los arrendatarios, ó ya por otras empresas subarrendadoras tienen lugar allí hace cuatro años, durante el verano, espectáculos líricos, dramáticos, bufos y otros no expresados en el programa, pero nocturnos todos, que atraen una concurrencia numerosa y selecta en general.

Ningun mortal que despues de las ocho de la noche descienda por la calle de Alcalá, ó se pasee en el Prado, puede dejar de ver á gran distancia la elegante portada de la verja que cierra los jardines, iluminada con luces de gas, con un espléndido letrero y una estrella no ménos rutilante. Es el faro que guia á la gente *fashionable*, el astro que indica á los magos de la córte la mansion del Dios de los placeres, la señal de mil citas amorosas y la clave de otros mil misterios. Pero no anticipemos los sucesos.

Figúrate, lector, que es miércoles, porque de esta manera tenemos más probabilidades de vivir media semana entera, ó bien sábado que es ménos halagüeño; pero en ambos dias tienen lugar los conciertos de Arban, de Botessini, de Barbieri ó Dalmau; la entrada cuesta dos pesetas, es la iluminacion doble que en los demás dias, y la concurrencia es de lo más principal. No hay que vacilar, entremos.

La pequeña rampa enarenada que sirve de átrio, está inundada de luces que brillan destacándose sobre un espeso fondo de verdura. Aquí, en primer término están los receptores de billetes; algunas aguadoras que pregonan sus azucarillos y merengues con desgarrada voz; guardias amarillos, muchachos vendedores de *La Correspondencia*, un tropel de lacayos, ociosos y demás gente ordinaria. En la penumbrá, tal cual

pollo sietemesino ó amante celoso, ansiosos de ver antes que nadie á sus rivales ó á sus Dulcineas, y esperando los unos con semblante anheloso, los otros con faz sombría.

La oscuridad que reina en las dos calles que conducen á la esplanada circular donde se levanta el kiosko de la orquesta, contrasta con los torrentes de luz en medio de los cuales se dá el concierto. Gigantes candelabros con múltiples brazos y mecheros de gas, colocados de trecho en trecho al rededor, esparcen una claridad ménos viva que la del dia, pero tan diáfana y serena como la de las noches tropicales, cuando la luna, colgada en el espacio azul, se mira en el espejo del Bósforo, ese lago profundo y tranquilo que al separar la Europa del Asia, semeja más que una barrera divisoria, un anillo de záfiros brillantes que consagra la union de dos continentes, tan próximos que la voz alzada en una se oye en la otra orilla.

Allí en noches tan breves cual lo son siempre las horas felices de nuestra existencia, yo he visto á la melancólica Diana esparcir su argentada cabellera y disipar las sombras, dando trasparencia á las aguas y reflejos expléndidos á las blancas fachadas de los palacios bizantinos, y forma seductora á la silueta que se dibuja tras la celosía de un agimez, cuando se asoma la turca desvelada que contemplando aquel sublime cuadro sueña, Dios sabe cuántas maravillas de amor y de voluptuosidad.

Mas no nos remontemos, que ninguna necesidad hay de ir tan léjos para admirar prodigios de arte y de hermosura, toda vez que en los Jardines del Retiro la fantasía y la naturaleza rivalizan tambien por cautivar el alma de los concurrentes, deleitando á unos con melodías dulcísimas y sentimentales de Hayden ó de Bellini, de Thomas ó de Gounod, cuyas notas

despues de estremecer el corazon del auditorio, van á perderse gimiendo entre las ramas de la umbrosa floresta, que tiemblan y se agitan á su vibracion, cual si tambien los árboles tuvieran un espíritu sensible; y encantando á otros con la atraccion mágica de los hechizos que lucen mil lindas mujeres ricamente prendidas, con trajes vaporosos, lazos flotantes y flores en el pelo, recostadas con perezosa coquetería en los bancos y sillas que ocupan toda la extension del circuito.

Por el un lado, bajo los candelabros rutilantes destácanse por grupos estas hermosuras sobre un espeso fondo de verdura, que borda la dorada arena del paseo. Es el sitio más visible y el que eligen, por consiguiente, con preferencia las bellezas y las elegancias más en boga, á quienes rodea y ensalza córte numerosa de galanes más ó ménos apuestos. Noches ha habido en que pasé revista á la nobleza femenil de Madrid, pues toda la que no habia emigrado estaba en ese luminoso círculo.

Enfrente la concurrencia es brillante tambien ; aunque algo tímida y modesta, con ménos afan de lucir sus encantos y galas, ó más deseo de que el mundo no vea al novio sentado junto á la niña ó al *otro* cerca de la esposa del *uno*, si bien por regla general las parejas amorosas suelen sentar sus reales detras de esta línea, en el espacio que media entre esa doble ó triple fila de sillas y el kiosko filarmónico, confundiéndose bajo un bosque de árboles enanos sin follaje, por bien de la moral, con los aficionados de buena fé, esa raza de artistas no comprendidos é ignorados, que no vá al Retiro para hacer el amor ó á tomar el fresco, á ver ni á que la vean, sino sinceramente á oir el concierto, á no respirar, ni pestañear siquiera mientras la orquesta toca el *Ave María* de Gounod, por ejemplo.

Lo que estas buenas gentes sufren con el sempiterno cuchicheo de los enamorados que tienen cerca, y hablan, hablan incesantemente, sin pensar en más arte que en el que escribió Ovidio, es indecible. Los pobres sufren mientras tienen paciencia; mas cuando un apóstrofe enérgico de celos, ó un vehemente juramento de fidelidad, de esos que el aire se ha llevado tantos, se exhala inoportunamente, rompe el silencio augusto y les hace perder la nota más culminante acaso de alguna sublime melodía, entonces el sufrimiento de los filarmónicos se agota, álzanse indignados y, silla en mano, huyen de aquel sitio profanado, y van á colocarse al pié del kiosko mismo, en una estrecha calle concéntrica de la otra, donde quizás el bombo y los platillos los aturden y ensordecen; pero al menos tienen la seguridad de estar solos allí, entre artistas, sin perder un detalle siquiera, ni aun de la estructura de los instrumentos. ¡Dicha suprema!

Esta parte del público, esclavo del arte, no pasea más que durante los intermedios, que son dos; y entonces sí es cosa de emigrar al café, posesionarse de una mesa y tomar un sorbete, bajo un plátano frondoso, contemplando en la hondonada aquel hormiguero de gentes que se mueven entre nubes de polvo, si es que uno no tiene á quien decirle en medio de la confusion una palabra cabalística al oido, en cuyo caso se arrostra todo.

Dicen las malas lenguas que á veces hay naturalezas misántropas y tímidas al mismo tiempo, que aman la oscuridad, y no atreviéndose á sumirse en sus tinieblas aisladamente, se van dos á dos por las remotas solitarias calles de árboles, que no turban jamás los ecos del concierto, y allí se divierten excéntricamente, á su modo. Mas de esto yo nunca he visto nada,

so... ¡Y qué ha de hacer un hombre que á la una del dia se encuentra ya emperifollado y satisfecho! ¿Qué ha de hacer? Encender una breva y... marcharse á misa de una.

Allí encontrará él á la bellísima señorita X··· que ha estado una hora pateando y rabiando porque la florista tardaba en traer la camelia encargada con anticipacion; allí encontrará á la gallarda y esbelta Z···, émula de la Beatriz de Dante, con sus ojos lánguidos y arrebatadores, ojos que hace pocos momentos lanzaban centellas y rayos, porque su pícaro corpiño hacia una arruga en el punto menos conveniente; allí encontrará á la aristocrática señorita H···, de alabastrino rostro, de brillante y sedoso cabello, de fresca y sonrosada boca, boca que aún no hace media hora dejaba escapar un turbion de anatemas contra la infeliz doncella de tocador que atortolada y medrosa no encontraba el medio de colocar convenientemente el lazo de *glacé*; allí encontrará el elegante jóven... allí lo encontrará todo, el raso y el terciopelo con profusion, la pedrería y los perfumes en abundancia, los rosarios de nacar engarzados en oro, los *Padre-nuestros* y *Ave-marías* encuadernados en piel de Rusia, los guantes aromatizados que han de humedecerse en el agua bendita y han de indicar en la frente el signo del madero aquel donde hace mil ochocientos y pico de años moria pobre, despreciado por la aristocracia, y perseguido por el egoismo, el sublime plebeyo á quien en la misa de una se elevan preces y plegarias sin cuento...

[redacted]

Nó... nó... nó... me extraño.

¿Elevar preces en la misa de una? ¿Rezar plegarias?

Yo protesto contra todo ribete de heretismo que pueda asomar en estas líneas, pero creo que en la misa de una ni preces ni plegarias recoge la Divinidad.

¿Y cómo, vamos á ver, cómo ha de rezar devotamente, ni siquiera sin devocion, la jóven aquella que ha distinguido ya cerca de sí al mismo petimetre de los domingos anteriores, que más osado hoy que ayer, la enseña una carta, diciéndola por señas que vá dirigida á ella? ¿Cómo ha de silabear el Padre-nuestro la que acaba de recoger en su oido la frase: «¡ingrata! ¡falsa! ¿No decias que estabas enferma? ¿Cómo es que has venido á misa?»

¿Y ha de rezar la que mantiene telégrafos visuales, cargados de electricidad, con un pollo que la asedia hasta en el templo? ¿Ha de elevar preces la que siente que el corazon se le sube á la garganta y que se le quiere escapar al ver cerca de sí, codeándose con ella al hombre que adora entrañablemente, y al que solo puede mirar desde el balcon de un segundo piso?

Y pasando á otro *órden de cosas*, ¿ha de rezar la mujer cuya curiosidad, cuyo espíritu epigramático, cuyo afán de censura, llama su atencion y atrae su mirada hácia el lazo de Fulana, hácia el mal corte del gaban de Menganita, hácia el color *pasado* ó *cursi* del vestido de Zutanita, hácia los trapicheos de ésta con aquél ó hácia los desdenes de aquella con éste?

Y respecto de los hombres, ¿rezan por casualidad aquellos que... ¡vaya! ¡vaya! no malgastemos el tiempo: los hombres que van á misa de una *no rezan*.

---

y no puedo, bien se comprende, referir el menor episodio. Respetemos profundamente los misterios del sueño de las sombras.

Cuando á las once y media el maestro director de la orquesta dá con su imponente magestad su último golpe de batuta, suena más estrepitosa y prolongada que ninguna la postrera salva de aplausos; apáganse como por un resorte las luces del kiosko, dispérsanse los músicos cada cual con su instrumento enfundado bajo el brazo, y todo el público se pone de pié, pugnando por salir todos al mismo tiempo.

Los ménos impacientes, sobre todo los padres y maridos cautos que no quieren con su precipitacion hacerse cómplices de un cambio de billetes perfumados, ó de una dulce presion de manos, dan todavía una vuelta ó dos por el círculo de los candelabros; pero las luces de estos se van apagando con rapidez tal, que muy pronto se hallan á oscuras, y la decoracion cambia con gran placer de las almas sensibles y románticas, que gozan viendo como los astros, antes ofuscados por el ficticio resplandor del gas, recobran su posicion social brillando de nuevo en la celeste bóveda centelleantes y puros en torno de la luna, lámpara gigantesca colgada de los cielos para disipar las tinieblas del mundo.

Otras, jóvenes en su mayor parte y calaveras, suelen en esos momentos artificialmente crepusculares, digámoslo así, cénar con prosáico apetito en la fonda que al aire libre hay allí tambien, la cual por cierto tiene un servicio ménos que mediano desde que Fornos la abandonó, y se oyen en esta última hora cantos báquicos, estrépito de copas y botellas, ruidosas carcajadas que tal vez arranca la narracion mordaz de aventuras galantes.

[redacted]

Júzguese, pues, de las encontradas tentaciones, de la lucha de opuestos afectos que de este modo sufren las almas cándidas, mucho más si son hembras, porque, en fin, es muy grato envolverse en el manto de la noche y contemplar el firmamento tachonado, dejarse acariciar por la brisa, se entiende, gozar del fresco ambiente despues de un dia abrasado. Mas tambien exponerse á que los guardas y porteros se marchen, dejándole á uno allí pasar la noche, no sé á qué luna, como sucedió una vez á dos muy bellas y nobles damas que, gracias á la misericordia divina, al ménos tuvieron la compañía de dos jóvenes adictos y respetuosos. ¡Ah! es cosa fuerte.

Tal es, segun dije al principio, el cróquis de una noche de concierto. Para las ordinarias, ó sean las de á peseta, hay en otra esplanada como un millar de sillas formadas en batalla delante de una casita rústica, hecha de madera, que sirve de escenario á este teatro al aire libre; donde se cantan zarzuelas bufas, se representan revistas de actualidad, y se baila el *can-can* alternando con el fandango, el bolero y otras danzas nacionales.

Rara vez se vé aquí una obra que pueda llamarse literaria: bromas picantes, chistes de brocha gorda y canciones de subido color, forman el repertorio habitual; mas el público aplaude con las manos, sin perjuicio de encontrarlo muy mal y criticarlo en voz baja, á reserva de volver sin falta al dia siguiente, del mismo modo que muchas pudibundas señoras se levantan airadas y dignas apenas la orquesta empieza á tocar los primeros compases de un *can-can*, y se retiran mereciendo la consideracion y el aplauso de todos los espectadores imbuidos en las máximas de la santa moral.

Yo, que tampoco tengo mucha aficion á ese baile desgreñado, imité una noche la conducta de un grupo de señoras, junto al cual estaba, y siguiendo su virtuoso movimiento, me levanté tambien. Anduve maquinalmente trás ellas, sin saber donde iba, hasta que se pararon.

Entonces, lector, figúrate mi asombro: me hallé en lo alto de una eminencia pequeña, cubierta de árboles, desde la cual se dominaba perfectamente el teatro, no perdiéndose un detalle, ni una pierna del *can-can*. Este espectáculo me conmovió.

ADOLFO MENTABERRY.

[redacted]

EL CUARTO DEL PRIMER ACTOR.

Tengo yo la sospecha de que se abusa tanto del lenguaje llamando *actor* al prójimo que se encarga de interpretar en la escena tal ó cual papel, de tal ó cual poema dramático, como cuando se dice *el cuarto del primer actor*, al hablar de la especie de guarda-ropa en que se muda de trajes el jefe de una compañía de comediantes.

En mi opinion es grilla lo de *actor* y exagerada hipérbole lo de *cuarto*: ambos vocablos tienen un significado que dista del que en el teatro se les dá, un poco ménos que Estrada de Cervantes, y un poco más que Sancho Panza de D. Quijote.

Acaso consista en que mi entendimiento es chato y mi instruccion manca; pero, así y todo, si *actor* implica *accion*, preciso es convenir en que los que se ganan honradamente su vida representando las producciones de los hijos de Talía, cometen una sinécdoque de tomo y lomo, llamándose pomposamente actores, con igual lógica que la que usaria el que dijese que cabo furriel es sinónimo de ejército europeo.

Hay denominaciones esencialmente genéricas, que nunca pueden ser peculiares de ninguna clase ni de condicion determinada. Tan actor es el que ejecuta comedias, como el militar, el abogado, el médico, el sacerdote, el pintor, el comerciante, el carpintero, el mozo de cuerda, el mendigo y el verdugo. Todos actúan en algo, todos son actores.

Cualquier clase social que se arrogue el privilegio de usar el calificativo en cuestion, comete el mismo delito que se imputaria al individuo que tuviera la humorada de declararse único dueño del patrimonio de toda su familia. Esto no tiene vuelta de hoja. Además, el que ejerce la medicina ¿no se llama médico? El que se dedica á la pintura ¿no se llama pintor? El que vive del comercio ¿no es comerciante? ¿Pues por qué razon el que viva representando comedias no se ha de llamar, como otras veces, comediante ó cómico? Si esto no es tan claro como el evangelio, que venga Dios y lo vea.

Y ¿dónde me dejan ustedes lo de *el cuarto del primer actor*?

—¿Por qué se llama esto cuarto? preguntaba yo una noche á un amigo mio, que ha sabido escribir una porcion de preciosas comedias, pero que nunca sabrá lo que es tener mil duros en una gabeta, si no varía de profesion y corta sus relaciones con las musas.

Mi amigo me contestó con estas preguntas:—¿Por qué se llama rabon al perro que le cortan el rabo? ¿Por qué se dice que es pelona la mujer que no tiene pelo?

Supongo que, sin necesidad de meternos en mayores honduras, estarán ya convencidos mis lectores, si antes no lo es-

[redacted]

taban, de la gran verdad que encierra el adagio que dice: «*No es oro todo lo que reluce.*»

¿Quieren más pruebas? Allá van:

No hay teatro en que de telon afuera deje de verse el deseo de atraer á los *paganos*. Butacas de terciopelo, palcos de relucientes antepechos y con fondo oscuro para que resalten más los trajes de las bellas, techos decorados por los mejores pintores escenógrafos, luces de gas, artísticos marcos en la embocadura del escenario: ¿qué sé yo? Allí se encuentra todo lo que han podido dar de sí el ingenio y el dinero del empresario ó el propietario. De telon adentro, ya es otra cosa. Escaleras súcias y viejas, techos bajos, pasillos estrechos, con más vueltas y revueltas que una poblacion morisca, y llenos de portezuelas, por las que se penetra en los llamados cuartos de los actores, y en las que por lo regular se encuentran unos letreros, no siempre escritos como exige la gramática, que suelen decir: Número tantos, cuarto del señor Fulano ó de los señores Menganos.

Y vean ustedes cómo por todas partes se vá á Roma. Parecia que nos alejábamos de nuestro asunto, por seguir un adagio, y hemos venido á encontrarnos enfrente de la puerta del cuarto del primer actor. Entremos sin cumplidos y averigüemos lo que podamos.

Echen ustedes una rápida ojeada por la casi habitacion en que acabamos de penetrar, y se convencerán de que todo el mobiliario se reduce á una mesita con un espejo, tambien casi diminutivo, unos cuantos botes y cajas que contienen agua

ña, aunque en otro cualquier pais seria asunto muy grave, lo cierto es que ya por cuenta de ese Fénix de los arrendatarios, ó ya por otras empresas subarrendadoras tienen lugar allí hace cuatro años, durante el verano, espectáculos líricos, dramáticos, bufos y otros no expresados en el programa, pero nocturnos todos, que atraen una concurrencia numerosa y selecta en general.

Ningun mortal que despues de las ocho de la noche descienda por la calle de Alcalá, ó se pasee en el Prado, puede dejar de ver á gran distancia la elegante portada de la verja que cierra los jardines, iluminada con luces de gas, con un expléndido letrero y una estrella no ménos rutilante. Es el faro que guia á la gente *fashionable*, el astro que indica á los magos de la córte la mansion del Dios de los placeres, la señal de mil citas amorosas y la clave de otros mil misterios. Pero no anticipemos los sucesos.

Figúrate, lector, que es miércoles, porque de esta manera tenemos más probabilidades de vivir media semana entera, ó bien sábado que es ménos halagüeño; pero en ambos dias tienen lugar los conciertos de Arban, de Botessini, de Barbieri ó Dalmau; la entrada cuesta dos pesetas, es la iluminacion doble que en los demás dias, y la concurrencia es de lo más principal. No hay que vacilar, entremos.

La pequeña rampa enarenada que sirve de átrio, está inundada de luces que brillan destacándose sobre un espeso fondo de verdura. Aquí, en primer término están los receptores de billetes; algunas aguadoras que pregonan sus azucarillos y merengues con desgarrada voz; guardias amarillos, muchachos vendedores de *La Correspondencia*, un tropel de lacayos, ociosos y demás gente ordinaria. En la penumbrá, tal cual

[redacted]

pollo sietemesino ó amante celoso, ansiosos de ver antes que nadie á sus rivales ó á sus Dulcineas, y esperando los unos con semblante anheloso, los otros con faz sombría.

La oscuridad que reina en las dos calles que conducen á la esplanada circular donde se levanta el kiosko de la orquesta, contrasta con los torrentes de luz en medio de los cuales se dá el concierto. Gigantes candelabros con múltiples brazos y mecheros de gas, colocados de trecho en trecho al rededor, esparcen una claridad ménos viva que la del dia, pero tan diáfana y serena como la de las noches tropicales, cuando la luna, colgada en el espacio azul, se mira en el espejo del Bósforo, ese lago profundo y tranquilo que al separar la Europa del Asia, semeja más que una barrera divisoria, un anillo de záfiros brillantes que consagra la union de dos continentes, tan próximos que la voz alzada en una se oye en la otra orilla.

Allí en noches tan breves cual lo son siempre las horas felices de nuestra existencia, yo he visto á la melancólica Diana esparcir su argentada cabellera y disipar las sombras, dando trasparencia á las aguas y reflejos expléndidos á las blancas fachadas de los palacios bizantinos, y forma seductora á la silueta que se dibuja tras la celosía de un agimez, cuando se asoma la turca desvelada que contemplando aquel sublime cuadro sueña, Dios sabe cuántas maravillas de amor y de voluptuosidad.

Mas no nos remontemos, que ninguna necesidad hay de ir tan léjos para admirar prodigios de arte y de hermosura, toda vez que en los Jardines del Retiro la fantasía y la naturaleza rivalizan tambien por cautivar el alma de los concurrentes, deleitando á unos con melodías dulcísimas y sentimentales de Hayden ó de Bellini, de Thomas ó de Gounod, cuyas notas

despues de estremecer el corazon del auditorio, van á perderse gimiendo entre las ramas de la umbrosa floresta, que tiemblan y se agitan á su vibracion, cual si tambien los árboles tuvieran un espíritu sensible; y encantando á otros con la atraccion mágica de los hechizos que lucen mil lindas mujeres ricamente prendidas, con trajes vaporosos, lazos flotantes y flores en el pelo, recostadas con perezosa coquetería en los bancos y sillas que ocupan toda la extension del circuito.

Por el un lado, bajo los candelabros rutilantes destácanse por grupos estas hermosuras sobre un espeso fondo de verdura, que borda la dorada arena del paseo. Es el sitio más visible y el que eligen, por consiguiente, con preferencia las bellezas y las elegancias más en boga, á quienes rodea y ensalza córte numerosa de galanes más ó ménos apuestos. Noches ha habido en que pasé revista á la nobleza femenil de Madrid, pues toda la que no habia emigrado estaba en ese luminoso círculo.

Enfrente la concurrencia es brillante tambien; aunque algo tímida y modesta, con ménos afan de lucir sus encantos y galas, ó más deseo de que el mundo no vea al novio sentado junto á la niña ó al *otro* cerca de la esposa del *uno*, si bien por regla general las parejas amorosas suelen sentar sus reales detras de esta línea, en el espacio que media entre esa doble ó triple fila de sillas y el kiosko filarmónico, confundiéndose bajo un bosque de árboles enanos sin follaje, por bien de la moral, con los aficionados de buena fé, esa raza de artistas no comprendidos é ignorados, que no vá al Retiro para hacer el amor ó á tomar el fresco, á ver ni á que la vean, sino sinceramente á oir el concierto, á no respirar, ni pestañear siquiera mientras la orquesta toca el *Ave María* de Gounod, por ejemplo.

[redacted]

Lo que estas buenas gentes sufren con el sempiterno cuchicheo de los enamorados que tienen cerca, y hablan, hablan incesantemente, sin pensar en más arte que en el que escribió Ovidio, es indecible. Los pobres sufren mientras tienen paciencia; mas cuando un apóstrofe enérgico de celos, ó un vehemente juramento de fidelidad, de esos que el aire se ha llevado tantos, se exhala inoportunamente, rompe el silencio augusto y les hace perder la nota más culminante acaso de alguna sublime melodía, entonces el sufrimiento de los filarmónicos se agota, álzanse indignados y, silla en mano, huyen de aquel sitio profanado, y van á colocarse al pié del kiosko mismo, en una estrecha calle concéntrica de la otra, donde quizás el bombo y los platillos los aturden y ensordecen; pero al menos tienen la seguridad de estar solos allí, entre artistas, sin perder un detalle siquiera, ni aun de la estructura de los instrumentos. ¡Dicha suprema!

Esta parte del público, esclavo del arte, no pasea más que durante los intermedios, que son dos; y entonces sí es cosa de emigrar al café, posesionarse de una mesa y tomar un sorbete, bajo un plátano frondoso, contemplando en la hondonada aquel hormiguero de gentes que se mueven entre nubes de polvo, si es que uno no tiene á quien decirle en medio de la confusion una palabra cabalística al oido, en cuyo caso se arrostra todo.

Dicen las malas lenguas que á veces hay naturalezas misántropas y tímidas al mismo tiempo, que aman la oscuridad, y no atreviéndose á sumirse en sus tinieblas aisladamente, se van dos á dos por las remotas solitarias calles de árboles, que no turban jamás los ecos del concierto, y allí se divierten excéntricamente, á su modo. Mas de esto yo nunca he visto nada,

[redacted]

y no puedo, bien se comprende, referir el menor episodio. Respetemos profundamente los misterios del sueño de las sombras.

Cuando á las once y media el maestro director de la orquesta dá con su imponente magestad su último golpe de batuta, suena más estrepitosa y prolongada que ninguna la postrera salva de aplausos; apáganse como por un resorte las luces del kiosko, dispérsanse los músicos cada cual con su instrumento enfundado bajo el brazo, y todo el público se pone de pié, pugnando por salir todos al mismo tiempo.

Los ménos impacientes, sobre todo los padres y maridos cautos que no quieren con su precipitacion hacerse cómplices de un cambio de billetes perfumados, ó de una dulce presion de manos, dan todavía una vuelta ó dos por el círculo de los candelabros; pero las luces de estos se van apagando con rapidez tal, que muy pronto se hallan á oscuras, y la decoracion cambia con gran placer de las almas sensibles y románticas, que gozan viendo como los astros, antes ofuscados por el ficticio resplandor del gas, recobran su posicion social brillando de nuevo en la celeste bóveda centelleantes y puros en torno de la luna, lámpara gigantesca colgada de los cielos para disipar las tinieblas del mundo.

Otras, jóvenes en su mayor parte y calaveras, suelen en esos momentos artificialmente crepusculares, digámoslo así, cenar con prosáico apetito en la fonda que al aire libre hay allí tambien, la cual por cierto tiene un servicio ménos que mediano desde que Fornos la abandonó, y se oyen en esta última hora cantos báquicos, estrépito de copas y botellas, ruidosas carcajadas que tal vez arranca la narracion mordaz de aventuras galantes.

[redacted]

Júzguese, pues, de las encontradas tentaciones, de la lucha de opuestos afectos que de este modo sufren las almas cándidas, mucho más si son hembras, porque, en fin, es muy grato envolverse en el manto de la noche y contemplar el firmamento tachonado, dejarse acariciar por la brisa, se entiende, gozar del fresco ambiente despues de un dia abrasado. Mas tambien exponerse á que los guardas y porteros se marchen, dejándole á uno allí pasar la noche, no sé á qué luna, como sucedió una vez á dos muy bellas y nobles damas que, gracias á la misericordia divina, al ménos tuvieron la compañía de dos jóvenes adictos y respetuosos. ¡Ah! es cosa fuerte.

Tal es, segun dije al principio, el cróquis de una noche de concierto. Para las ordinarias, ó sean las de á peseta, hay en otra esplanada como un millar de sillas formadas en batalla delante de una casita rústica, hecha de madera, que sirve de escenario á este teatro al aire libre; donde se cantan zarzuelas bufas, se representan revistas de actualidad, y se baila el *can-can* alternando con el fandango, el bolero y otras danzas nacionales.

Rara vez se vé aquí una obra que pueda llamarse literaria: bromas picantes, chistes de brocha gorda y canciones de subido color, forman el repertorio habitual; mas el público aplaude con las manos, sin perjuicio de encontrarlo muy mal y criticarlo en voz baja, á reserva de volver sin falta al dia siguiente, del mismo modo que muchas pudibundas señoras se levantan airadas y dignas apenas la orquesta empieza á tocar los primeros compases de un *can-can*, y se retiran mereciendo la consideracion y el aplauso de todos los espectadores imbuidos en las máximas de la santa moral.

Yo, que tampoco tengo mucha aficion á ese baile desgreñado, imité una noche la conducta de un grupo de señoras, junto al cual estaba, y siguiendo su virtuoso movimiento, me levanté tambien. Anduve maquinalmente trás ellas, sin saber donde iba, hasta que se pararon.

Entonces, lector, figúrate mi asombro: me hallé en lo alto de una eminencia pequeña, cubierta de árboles, desde la cual se dominaba perfectamente el teatro, no perdiéndose un detalle, ni una pierna del *can-can*. Este espectáculo me conmovió.

ADOLFO MENTABERRY.

EL CUARTO DEL PRIMER ACTOR.

Tengo yo la sospecha de que se abusa tanto del lenguaje llamando *actor* al prójimo que se encarga de interpretar en la escena tal ó cual papel, de tal ó cual poema dramático, como cuando se dice *el cuarto del primer actor*, al hablar de la especie de guarda-ropa en que se muda de trajes el jefe de una compañía de comediantes.

En mi opinion es grilla lo de *actor* y exagerada hipérbole lo de *cuarto*: ambos vocablos tienen un significado que dista del que en el teatro se les dá, un poco ménos que Estrada de Cervantes, y un poco más que Sancho Panza de D. Quijote.

Acaso consista en que mi entendimiento es chato y mi instruccion manca; pero, así y todo, si *actor* implica *accion*, preciso es convenir en que los que se ganan honradamente su vida representando las producciones de los hijos de Talía, cometen una sinécdoque de tomo y lomo, llamándose pomposamente actores, con igual lógica que la que usaria el que dijese que cabo furriel es sinónimo de ejército europeo.

Hay denominaciones esencialmente genéricas, que nunca pueden ser peculiares de ninguna clase ni de condicion determinada. Tan actor es el que ejecuta comedias, como el militar, el abogado, el médico, el sacerdote, el pintor, el comerciante, el carpintero, el mozo de cuerda, el mendigo y el verdugo. Todos actúan en algo, todos son actores.

Cualquier clase social que se arrogue el privilegio de usar el calificativo en cuestion, comete el mismo delito que se imputaria al indivíduo que tuviera la humorada de declararse único dueño del patrimonio de toda su familia. Esto no tiene vuelta de hoja. Además, el que ejerce la medicina ¿no se llama médico? El que se dedica á la pintura ¿no se llama pintor? El que vive del comercio ¿no es comerciante? ¿Pues por qué razon el que viva representando comedias no se ha de llamar, como otras veces, comediante ó cómico? Si esto no es tan claro como el evangelio, que venga Dios y lo vea.

Y ¿dónde me dejan ustedes lo de *el cuarto del primer actor*?

—¿Por qué se llama esto cuarto? preguntaba yo una noche á un amigo mio, que ha sabido escribir una porcion de preciosas comedias, pero que nunca sabrá lo que es tener mil duros en una gabeta, si no varía de profesion y corta sus relaciones con las musas.

Mi amigo me contestó con estas preguntas:—¿Por qué se llama rabon al perro que le cortan el rabo? ¿Por qué se dice que es pelona la mujer que no tiene pelo?

Supongo que, sin necesidad de meternos en mayores honduras, estarán ya convencidos mis lectores, si antes no lo es-

taban, de la gran verdad que encierra el adagio que dice: «*No es oro todo lo que reluce.*»

¿Quieren más pruebas? Allá van:

No hay teatro en que de telon afuera deje de verse el deseo de atraer á los *paganos*. Butacas de terciopelo, palcos de relucientes antepechos y con fondo oscuro para que resalten más los trajes de las bellas, techos decorados por los mejores pintores escenógrafos, luces de gas, artísticos marcos en la embocadura del escenario: ¿qué sé yo? Allí se encuentra todo lo que han podido dar de sí el ingenio y el dinero del empresario ó el propietario. De telon adentro, ya es otra cosa. Escaleras súcias y viejas, techos bajos, pasillos estrechos, con más vueltas y revueltas que una poblacion morisca, y llenos de portezuelas, por las que se penetra en los llamados cuartos de los actores, y en las que por lo regular se encuentran unos letreros, no siempre escritos como exige la gramática, que suelen decir: Número tantos, cuarto del señor Fulano ó de los señores Menganos.

Y vean ustedes cómo por todas partes se vá á Roma. Parecia que nos alejábamos de nuestro asunto, por seguir un adagio, y hemos venido á encontrarnos enfrente de la puerta del cuarto del primer actor. Entremos sin cumplidos y averigüemos lo que podamos.

Echen ustedes una rápida ojeada por la casi habitacion en que acabamos de penetrar, y se convencerán de que todo el mobiliario se reduce á una mesita con un espejo, tambien casi diminutivo, unos cuantos botes y cajas que contienen agua

de cera, polvos de arroz, colorete, humo de pez, *coldcream*, *mastice*, ó goma líquida, un estuche de tocador, un palanganero provisto de aljofaina y tohalla, alguna banasta, donde están revueltas prendas de vestir de varias épocas conocidas y algunas por conocer, una percha que sirve de sucursal á la banasta, un par de sillas, una otomana, y alguna rinconera, con legajos manuscritos, que no son otra cosa que dramas y comedias, llevadas allí por sus autores, para que se cubran de polvo y acaso para que sufran un extravío, contra el cual no hay *Diario de Avisos* que valga, ni seccion de anuncios que dé resultado, aunque se ofrezca una buena gratificacion por el hallazgo, como hacen algunas señoras al anunciar en *La Correspondencia* la pérdida de un perro de lanas pitarroso y súcio (Dios sabe por qué) ó la de un canario que dá el *dó de pecho* con más limpieza que Tamberlick y Stagno.

Ese indivíduo que se ocupa en ponerse colorete en las megillas, mientras el peluquero va tapándole con mechones de *crepé* los claros que encuentra en la cabeza, para disimular las injurias hechas por el tiempo á la que fué cabellera, y en tanto que un criado le calza unos zapatos que recuerdan la época de Felipe IV, y que por cierto forman un maridaje endemoniado con el espadin que lleva al cinto nuestro hombre, espadin que á su vez pugna por salir de la vaina, avergonzado de hallarse unido á un coleto que vino al mundo doscientos años antes que él; ese indivíduo, decimos, es el centro de un sistema planetario, é imprime movimiento á todos esos astros menores que ven ustedes á su alrededor, y á otra porcion que en este momento no están al alcance de nuestra vista. Oigamos lo que el Talma (rebajado por supuesto, como algunos aguardientes) dice á esos tres personajes que, embozados has-

ta la nariz y con el sombrero calado hasta los ojos, están á modo de sardinas en barril, agrupados en el pequeño espacio que dejan libre en el cuarto el actor, el peluquero del actor y el criado del actor.

—Ahí ha estado *ese*, quejándose de que ha dicho un periódico que la accion del drama pasa en el siglo diez y seis, que las decoraciones recuerdan la arquitectura árabe del siglo catorce y que el mueblaje es del último tercio del diez y siete. Me he visto negro para desimpresionarle: no queria convencerse de que todo se reduce á que he retirado la butaca á ese periódico, porque en una de las últimas revistas tuvo la desvergüenza de decir que yo seria un buen actor si poseyera el secreto de convertir en talento la vanidad que me desvanece.

—Tienes razon, chico, despecho y envidia; estos son los móviles que han impulsado á ese revistero, que probablemente andará comiéndose los codos de hambre. Ya sabemos todos lo que se ha llevado en cada época; pero ¿qué le importa al público que se salte por encima de ciertas cosas, cuando le ponen ante los ojos un cuadro agradable? La cuestion es que le entretengan, que sin cuidado le tienen á él todos los anacronismos del mundo, con tal de pasar un buen rato.

—Eso es lo que yo digo; ¿te parece á tí que no saldria ahora hecho un mamarracho, si en lugar de combinar este traje de capricho, me hubiera puesto el que debia, que es tan desairado y tan feo?

—¡Valiente figura hubieras hecho! Y, hablando de otra cocosa, ¿qué hay de esa comedia que envió Adelardo Ayala la otra noche?

—Ahí encima está. En confianza os diré que es detestable.

—¡Hombre! ¿lo dices de veras? Si parece increible.

—Pues, nada, os digo que es un delirio. Figuraos que la primera dama no tiene papel, que el mio es un *embolado* y que casi toda la obra se la hablan entre la dama jóven y el gracioso.

—¡Ay¡ ¡ay! ¡ay! ¡adios mi dinero! ¡El gracioso, que no sabe más que hacer payasadas!

—Pues ¿y la dama jóven? Todos los papeles los corta por el mismo patron; ¡la pobre chica es tan *cursi*!

—Mira, no seas tonto; que le devuelvan la comedia. Si él se llama Adelardo Ayala, tú te llamas Fulano de Tal; si él es un Calderon, tú eres un Garrick ó un Romea. ¡Pues bueno fuera que tomasen una obra en que no hicieras tú el papel principal y más florido!

—¡Ah! no, si no pienso hacerla. Echaré el muerto á la empresa, que dirá que no le conviene á sus intereses...

—Eso; que escriban obras para que te luzcas tú; para eso eres el primer actor.

—Y el mejor actor.

—Y el *non plus* de los actores.

—Ya están concluyendo la sinfonía, dice á esta sazon, asomando la cabeza, el primer traspunte, que desaparece enseguida sin esperar respuesta

Garrick, digo, no, Fulano de Tal, sale con direccion al escenario, seguido de su criado; uno de los tres embozados se marcha á las butacas á aplaudir oportunamente á su amigo el primer actor, á ver la concurrencia y, si aún le queda tiempo, á enterarse de la funcion; el peluquero ha tomado el tole momentos antes, y los otros dos embozados, apenas se quedan solos, entablan el siguiente diálogo:

—¿Cuándo vá tu obra?

—No lo sé; hoy me ha escrito este mozo, diciéndome que habia suspendido los ensayos, y que era urgente tuviésemos una entrevista. Ahora en el entreacto pienso preguntarle, y sabremos qué tripa se le ha roto.

—¡Malo! ¡malo! ¡malo! Tú comedia no se pone en escena.

—¡Hombre! si lleva ya cinco ensayos.

—Aunque lleve cincuenta. No se pone.

—¡Bah! no seas agorero.

—¿Qué agorero, ni qué ocho cuartos? ¿Has olvidado ya lo que le ocurrió la última temporada á H··· con *Las Adúlteras*? ¿No recuerdas lo que cuenta E··· de su drama *Los grandes farsantes*? ¿Ignoras que X··· ha llevado ante los tribunales á la empresa, porque despues de sacar los papeles de *Los Aduladores*, le han devuelto la obra, diciéndole que sí, que no, que ya, y que patatin patatán? Parece que estás en Bábia.

—Puede que tengas razon: allá veremos.

—Y tanta como tengo. En cambio puedo asegurarte que la pieza que estoy concluyendo, se estrenará pocos dias despues de que la traiga.

—¿Cuál? ¿Aquella quisi-cosa disparatada de que me hablaste en el café la otra noche?

—La misma: aquel ciempiés semi-bufo, semi-tonto, semi-bailable y semi-fusilable.

—Vaya, vaya, chico; tú has perdido el juicio.

—¿Con que sí, eh? Con que he perdido el juicio, eh?... Escucha: en primer lugar, la pieza no tiene sentido comun, esto ya es una condicion para que le guste á esta gente. En segundo lugar, hoy ha publicado mi periódico estos rengloncitos

que no tienen malicia:—«Sigue dando grandes entradas al teatro de...

—¡Mentira!

—»Todos convienen en que don Fulano de Tal, joya de la escena española...

—¡Mentira!

—»Condecorado por nuestro gobierno, que sabe premiar los talentos y el eminente mérito...

—¡Mentira!

—»Escediéndose á sí mismo, y rayando ya en lo imposible la perfeccion con que desempeña...

—Pero, por Dios, ¡si este drama lo haria mejor un cómico de la legua! ¡Basta! ¡basta!... eso dá asco.

—Así me han dicho todos en la redaccion y así pienso yo mismo; pero ¡qué demonio! me he convencido de que el incienso es muy del agrado de los que valen poco, y como real y efectivamente esto no se dirige al que inventó la pólvora, ni mucho ménos, tú verás que mientras tu comedia, que es bellísima, permanece desconocida, como tantas y tantas, mi pieza se pondrá en escena...

—Y se silbará.

—Y se aplaudirá.

—No, se silbará.

—No, se aplaudirá. Para eso tiene brios y entrada *gratis* el numeroso cuerpo de *alabarderos*, y entre unos y otros harán que yo gane algunos puñados de Amadeos, que es lo que me propongo y lo que me conviene, y el que venga atrás que arree.

Ha [illegible] ve á [illegible] poetas [illegible] si lo hay.

Y [illegible] mos lo [illegible] tro [illegible].

—¡[illegible]

—¡[illegible]

—Gracias, señores.

—¡Ah! [illegible]

—Yo [illegible] son?... [illegible]

[illegible]

[illegible]

compr[illegible]

—Pues [illegible]

—Pues ¿y [illegible] una avispa?

—¡Sublime... ¡sublime!

—¡Piramidal!

—¡Fenomenal!

—Gracias, señores, gracias. [illegible] ustedes no me escribieran obras en que [illegible] tra ya todo hecho. Mis triunfos son de ustedes más que [illegible].

Así se expresan las bocas: en las intenciones se encontrará lo siguiente:

Uno.—¡Imbéciles! ¿qué sería de ellos y de sus desdichados engendros, si yo, que sin vanidad puedo creer que hago comedias mejor que nadie, no les diera mi poderoso apoyo?

Otros.—¡Mentecato!... Si *La vida es sueño* la hubiera estrenado él, de seguro se oyen los silbidos en Torrelodones.

Entretanto, el embozado autor de la obra retirada de la tablilla al quinto ensayo, se acerca al prohombre y hablan en voz baja cinco minutos. Concluye la conversacion, el actor coge de la rinconera un rollo de papeles, el autor lo toma de manos de aquel, y pasado un momento tienen lugar estos dos *apartes*.

El embozado de la pieza semi-fusilable.—¿Qué hay?

El embozado del rollo.—Que ese hombre es un animal, que quiere que mate la obra añadiendo algunos parlamentos á su papel y mil sandeces al de la dama, dejando en esqueleto los de los demás. Yo, por toda contestacion le he pedido mi comedia.

El embozado que salió á aplaudir, á curiosear y á no enterarse de nada.—¿Qué te ha dicho ese?

El primer actor.—Es un nécio vanidoso que no quiere dejarse guiar y que nunca hará nada de provecho. Ha recogido el ejemplar y me alegro; porque la comedia no me gusta, y si la ponia era por compromiso.

Se presentan dos nuevos personajes. Uno de ellos grita:
—¡Atencion! noticias frescas.

Silencio sepulcral: el de las noticias continúa.

—Vengo del otro teatro; he visto el acto primero de la obra que estrenan.

—¿Y qué? ¿y qué? ¿y qué? preguntan los demás á coro.

—Nada, señores, nada. Que el autor es un zoquete, y los actores otros zoquetes, y el empresario más zoquete que todos juntos. Aquello va á concluir como el rosario de la Aurora. ¡Qué comedia! ¡Y qué ejecucion! ¡Y qué *mise en scène*! ...

Aquí hay comentarios y vaticinios ruidosos; el primer actor se relame de gusto y mira á los que le rodean con un aire de proteccion y superioridad que crece por momentos; se arma un guirigay de todos los demonios, y la reunion se deshace como por ensalmo, porque vá á comenzar el acto segundo.

El noticiero de tempestades y su acompañante bajan á las butacas juntos, y, aprovechando un momento oportuno, el segundo dice al primero:

—¿Por qué has mentido de una manera tan descarada? Aquella comedia está gustando y la ejecucion era inmejorable.

—Cállate, bobo. Para estar bien con estos, es preciso poner á los otros á los piés de los caballos.

—Pero eso no tiene nombre.

—Esto es conocer el mundo y sembrar para mañana.

En los demás entreactos sucede algo parecido. Aplausos y adulaciones inexplicables, censuras y varapalos injustos forman el fondo de todas estas conversaciones generales y parciales, que más que discusion razonada de hombres sérios y de ingenio, parecen murmuraciones de un corrillo de comadres.

—¿Es posible que suceda todo esto en el cuarto del primer actor? se preguntará á sí mismo el lector no iniciado en los misterios de bastidores, que generalmente mira con envidia al que escribe comedias y al que se [illegible] las.

Y yo contesto á ese mortal feliz, á [illegible]

fruta del árbol del paraíso, porque no tiene ni remota idea de las indigestiones que produce.

—Todo eso, amigo mio, todo y mucho más que todo eso. En el cuarto del primer actor es donde el jóven que lleno de talento se presenta con los primeros frutos de su ingenio, comienza á perder sus ilusiones y á recoger desengaños inmerecidos; en el cuarto del primer actor es donde ayer se dijo que A··· rivaliza con Lope y Calderon, hoy se dice que puede figurar entre las medianías más sobresalientes y mañana se sostendrá que es un imbécil endiosado; en el cuarto del primer actor es donde se ensalza ó se deprime á cualquier actriz, segun que está ó no está en gran predicamento con la empresa, y segun que figura ó no figura en la lista de la compañía; en el cuarto del primer actor es donde más de cuatro veces nacen las inspiraciones de más de cuatro sueltos laudatorios, que de otro modo jamás aparecerian en los periódicos; y por último, en el cuarto del primer actor, sin bastidores, sin telones, sin bambalinas ni disfraces, es donde se representan mejores comedias y donde puede estudiarse con ménos trabajo y más seguro éxito, ese revuelto y complicado laberinto de venas, que van á parar á esa gran arteria, que se llama teatro.

El cuarto del primer actor es un espejo que copia á maravilla la sociedad en que vivimos: allí la farsa llevada hasta lo infinito, allí la perpétua idolatría del *yo*, allí el desprecio constante para los demás.

PEDRO MARÍA BARRERA.

UN DIA DE GRAN PARADA.

Dios hizo al hombre de la nada, y los hombres formaron de sus semejantes á los voluntarios de la libertad.

De modo, que el voluntario es la más perfecta de todas las criaturas machos, «ó si se quiere» el bello ideal de la parte de humanidad progresista.

Sentados estos precedentes, señor forastero, porque bueno es que usted esté en autos, no tengo ningun inconveniente en acompañarle por Madrid en un dia de revista ó gran parada.

Yo sé que para un forastero hay en la corte de España tres espectáculos predilectos: una gran parada, una corrida de toros ó de novillos meritorios, y una visita á la casa de fieras.

Pero sobre todos, el primero. Un dia de revista es una de esas solemnidades que cautivan el [illegible] mo [illegible] er hombre sencillo que vive ignorado; y [illegible] de las

bellezas que encierra Madrid, y de las ventajas que ofrece á su vecindario sobre todas las capitales y ciudades de la península por mal nombre.

En una gran parada es donde el humilde provinciano comprende toda su pequeñez é insignificancia, al contemplar cuántos generales, cuántos brigadieres, cuántos soldados le defienden su integridad y la de su parienta é hijos adyacentes.

El oro, la plata, los colores del iris repartidos en todas direcciones sobre casacas y levitas.

¡Qué multitud de fuerzas! ¡Qué armonía! ¡Qué grandeza!

Y si esto sucede en todos tiempos, si esto se observaba hace cinco años lo mismo que hace diez, calcule usted, pobre forastero, qué espectáculo ofrecerá una gran parada en tiempos radicales, cuando al ejército permanente se agregan unos dos millones, lo ménos, de voluntarios, de honrados vecinos que toman por obligacion, y hasta por recreo, el rudo servicio de Marte.

Conque, vamos á divertirnos, ó á divertir á usted, que para mí que llevo tantos años en Madrid disfrutando de sus encantos, ya no los tiene.

Coloquémonos en situacion, echándonos á la calle.

La revista no empezará hasta las dos de la tarde, y el ministro de la Guerra ha escogido esta hora porque, como estamos en el mes de Julio, es la más cómoda para todo el mundo.

Por supuesto es dia festivo; ya lo habrá usted conocido en que no se cierran los establecimientos, ni se cerrarán hasta la hora de la revista por lo ménos.

Como en actos oficiales toda prevision parece poca, el mi-

nistro ha dispuesto que las tropas formen á las diez de la mañana, y el alcalde primero ha comunicado una órden idéntica á los comandantes de los batallones de voluntarios.

Pero los jefes de cuerpo y los comandantes de batallon, para que los indivíduos no se descuiden, ordenan á los capitanes que la gente esté dispuesta á las ocho; y éstos, á la vez, trasmiten la órden á los indivíduos para que acudan á sus respectivos puntos á la siete de la mañana, ó estén ya de *punta* en el cuartel.

Por estas razones, aunque nosotros salgamos á las seis no nos desesperaremos; porque antes de cinco minutos ya oirá usted las trompetas, parodiando á la del juicio, y las charangas, y verá usted pasar voluntarios desperdigados por las calles.

De la tropa nada tengo que decirle, sino que los cabos y sargentos hacen levantar de sus mullidos lechos á los números; símbolos de la personalidad del soldado, y limpiarse y pulimentarse para la celebridad que se prepara.

Su Magestad ha dispuesto que tomen un tabardillo, y quien manda manda.

Los jefes y oficiales se visten de mala gana generalmente, porque ya conocen la historia de las grandes paradas, y se van al cuartel como si se fueran al infierno.

Exceptúanse de esta regla los alférezes y tenientes nuevecitos, que no llevan tan á mal la exhibicion que se dispone.

Los asistentes se pelean con su sombra, y se les hace aquel dia, por extraordinario, cargar con el chopo y vestir el uniforme de un sustituto; algunos piensan en el suicidio.

La levita les oprime; pero como la ordenanza es la levita

más estrecha que se pueda poner un hombre, se resignan y acuden al acto.

Con respecto á los voluntarios, la historia de una revista tiene más salero.

Si usted quiere, puedo llevarle á la casa de mi zapatero, que es furriel de la libertad; precisamente he de recoger unas botas que debe de tenerme concluidas, y que no las recogeré porque no las tendrá, y verá usted qué cuadro de famila.

Visto uno, puede usted contar que los ha visto todos, porque en todas las casas de voluntarios se representan iguales ó muy parecidas escenas.

El dia de revista es dia grande. Al amanecer, ya está toda la familia en pié cantando el himno de Riego ú otro himno propio de la estacion; ménos la mujer, porque mi zapatero tiene mujer y seis chicos como seis soles, ó como seis voluntarios.

El jefe de la familia empieza á hacer sus preparativos, sin cuidarse de no molestar á los vecinos con el ruido ¡nada de eso!

Abre todos los baules donde tiene alguna prenda necesaria, y hasta los que contienen la ropa de su esposa ó de los chiquillos; cómoda, armarios, todo se franquea.

Los muchachos le siguen en paños menores: uno coje la bayoneta, otro se pone la leopoldina ó el chacó, y el más atrevido se cuelga la cartuchera ó se emboza en la levita.

El maestro voluntario se pone camisa limpia, calzoncillos limpios, calcetines limpios y cara limpia, merced á una mano de estropajo que sacaria los colores á una estátua de las que hay en la plaza de Oriente. De las manos no se cuida tanto, porque ¡cómo han de ir dentro de los guantes de algodon....!

Cuanto más adelanta en su *toilette*, mas se regocija.

A la maestra se la llevan los mismos demonios en forma de voluntarios. Riñe á los chicos, sacude á alguno tal cual pescozon, maldice las revistas y pide para sí, mejor dicho, para su marido, que venga pronto el epílogo del desarme.

Él la obliga á que le cepille la levita, á que le cosa un boton, y le coloque artísticamente la cartuchera, hablando entre tanto del capitan y del comandante, y de la guardia última en que estuvo, y de todo, de todo, ménos de los parroquianos y de la zapatería.

Y cuando la pobre zapatera le recuerda algun encargo y le habla del oficio, contesta con arrogancia:

—Nada, nada, el que necesite botas, que venga mañana ó que no vuelva más.

Disfrazado ya completamente, se planta la leopoldina, coje el fusil y le limpia con la colcha de la cama ó con un vestido de su mujer, ó con lo primero que encuentra á mano. Encarga á la maestra que no deje de ir á ver la revista, y «que busque el batallon,» y que se lleve hácia allá algun comestible, y sale echando chispas, saludando á todos los vecinos que se asoman á verle y á reirse de él.

Los chiquillos le siguen hasta la puerta de la calle, y alguno hasta la primera esquina; la mujer se queda murmurando; la habitacion convertida en un campo de Agramante, y los parroquianos sin servir por aquel dia.

Pero lo más importante para un buen patriota es la pátria, y la pátria le exige que vaya á pasar «la flor de su vida y sin poderlo ganar,» como dicen algunos mendigos de pega, en una gran parada vestido de gala con aleluya.

Este caso no es particular, apreciable forastero, y ya le he

dicho á usted que si recorriéramos todas las casas de voluntarios, presenciaríamos semejantes escenas.

¿Lo está usted viendo? Ya empieza la animacion; ya suenan tambores y trompetas que anuncian la acompasada marcha de algun regimiento.

La clase de paisano empieza á verse representada en las calles y balcones. Muchachas elegantes y pollas cursis; hombres notables y caballeros particulares; nodrizas, estudiantes, señoras de aficion y señoras de carrera; algun oficial del ejército sin cuerpo conocido, y millares de chiquillos pertenecientes á todas y cada una de las clases de la sociedad.

Si lleva usted algunos cuartos procure no despedirse de ellos, porque en Madrid hay siempre manos ocultas que hacen mil brujerías con los bolsillos de los forasteros.

Si gasta usted reloj, tenga usted cuidado de que las manos ocultas no le den cuerda.

Las manos ocultas asesinan algunas veces, sin que nadie pueda evitarlo, y sin que puedan conocerse en ellas las manchas de sangre.

Las manos ocultas sacan los fondos de algunas tesorerías, y falsifican libros y billetes de Banco, y monedas de cien reales y ochavos morunos.

Las manos ocultas aplauden las iluminaciones del petróleo, y le prenden tambien.

Las manos ocultas pellizcan á los reyes y los ponen de mal humor y los hacen enfermar y los llevan á malas partes.

Las manos ocultas hacen cosquillas á las suegras para que no puedan vivir tranquilas ni dejar vivir á nadie de su familia.

Las manos ocultas suelen disparar petardos en las formaciones y hacen correr á los voluntarios.

Le digo á usted que no hay gobierno ni tranquilidad, ni revistas, ni publicaciones, ni éxitos escénicos, ni voluntarios posibles, mientras ejercen influencia las manos ocultas.

Pero vamos á la gran parada, y dejémonos de digresiones tristes, que hoy es un dia alegre y todo el mundo piensa en lo que no le importa, que es en la revista.

Ya están tendidos la tropa y los voluntarios por la carrera, como dice la gente; los oficiales de Estado Mayor hacen galopar sin necesidad á sus caballos, y merced á las buenas disposiciones, cada hombre de armas ocupa su puesto.

El órden ya se sabe: al sol el ejército y los voluntarios á la sombra.

¡Qué contentos están todos!

Los soldados miran á los voluntarios, y se dicen unos á otros: «Los ciudadanos han tomado las armas para sostener las quintas y para dar la guardia en el Banco hipotecario.»

Otros ménos filósofos y más díscolos piensan que con uno de los gastadores de la escuadra de su regimiento, tendrian bastante para *gastar* una compañia de voluntarios.

«Si no nos dieran más trabajo á los del sol, dicen, que comernos á los que están á la sombra!...»

¡Cómo se aprecian entre sí las diferentes clases del pueblo!

¡Música! ¡música! Como decia el maestro de escuela cada vez que alguno de sus discípulos contestaba una barbaridad en el exámen.

Mire usted, señor forastero, ya está ahí formado el batallon de mi zapatero, y ahí está hablando con su esposa, que le ha traido un poco de escabeche y unas mantecadas, á pesar de su horror á las formaciones y al uniforme de voluntario.

El furriel comparte el almuerzo con dos indivíduos y el

sargento primero pone el vino y los cigarros. El alferez no come ni bebe por no quitarse los guantes.

Llega el momento solemne; pasa una cabalgata compuesta del Capitan general y algunos ayudantes y ordenanzas.

Las músicas atruenan los oidos; la muchedumbre se apiña y se asfixia; el sol parece que se divierte con la revista. ¡Cómo aprieta!

Se oye la marcha real y pasos de caballo.

¡Cielos! ahí viene el monarca.

Las trompetas hacen la señal de atencion, y la susodicha marcha real se trasmite de regimiento á regimiento y de batallon á batallon, como una voz de un ugier que grita: «Ahí vá el rey de los españoles: ¡boca abajo todo el mundo!»

La gran parada está reducida á un paseo al trote largo que da el jefe del Estado seguido del ministro de la guerra, de los directores de las armas, gobernador militar, y demás acompañamiento que el asunto requiere.

La comitiva parte del regio alcázar y recorre las calles Mayor, Puerta del Sol, calle de Alcalá y salon del Prado hasta el paseo de Atocha.

Todo es música, á escepcion del: «presenten.... ¡¡ar!!» especie de ladrido ó voz de mando, que dan los jefes y oficiales á sus indivíduos para que tomen el fusil y le coloquen delante del cuerpo á manera de cirio con que ofrecen alumbrar á los que pasan.

Terminado el paseo, S. M. se coloca en cualquiera parte, pero siempre á la sombra, y empieza el desfile; operacion reducida á marcharse cada mochuelo á su olivo, por regimientos y batallones, al compás de las músicas.

Resúmen: apretones, puntapiés, carreras, mucho relumbron,

mucho ruido, mucho calor; algunos soldados de caballería que se revientan cayendo de sus cabalgaduras, alguno que otro robo, varias carreras, unos cuantos bofetones á algun amante demasiado vehemente.

En cambio se ven mujeres bonitas, caricaturas de dia de fiesta, voluntarios, la augusta figura de S. M. y una porcion de justificaciones vivas del presupuesto de gastos.

Con que me parece, apreciable forastero, que nos hemos divertido ya bastante y que podemos retirarnos.

¡Eh! apártese usted, que viene ahí un batallon de voluntarios, y si le pilla á usted la charanga....

¡Eh! caramba, tenga usted cuidado, que por poco le pisa á usted el cabo de trompetas de la artillería montada.

¡Eh! hombre parece usted un chiquillo. ¿No ha oido usted el ruido de ese coche?

Vaya, ya estamos en salvo.

Ahora, si á usted le parece, nos iremos á comer ó á comernos. Estos espectáculos abren el apetito y la sed, y escitan la hilaridad.

Si quiere usted que saludemos á mi zapatero, vámonos á casa de Botin: allí estará toda la compañía, sin bandera y sin charanga.

Venga usted, venga y verá qué bien guisan á *la voluntaria*: el guiso natural, la primitiva cocina.

Es el digno fin que podemos alcanzar despues de un dia de gran parada.

EDUARDO DE PALACIO.

LAS FIERAS DEL RETIRO.

¡El Retiro! Este es el punto escogido por todos los que al abandonar por un instante el bullicio de la Corte, desean entregarse á la meditacion ó al amor.

Madrid es el ruido y el desórden; el Retiro es la tranquilidad y el sosiego.

El aire que se respira en las calles sofoca y asfixia; el aire que aspiramos en el Retiro es el aire libre y puro de las montañas, es el aire *vital* (y conste, por lo tanto, que yo tengo buen aire).

El Retiro para los madrileños es una necesidad; para los provincianos y extranjeros una belleza más en esta populosa Babel.

El Retiro es el campo, es la vegetacion, es la naturaleza con todas sus galas y con todos sus encantos.

¿Quién en una deliciosa mañana de primavera, ó en una de esas apacibles tardes de invierno no abandona por un momen-

to sus ocupaciones—aunque en Madrid las ocupaciones están cesantes para muchas personas—y vá á buscar entre las frondosas alamedas del Retiro, ó en su poético parterre, la necesaria tranquilidad para el espíritu? ¿Y quién, estando en este punto, no vá á hacer la visita de reglamento á las consabidas fieras?

Cierto es que para ver *fieras* en Madrid no necesitamos ir al Retiro; pero no importa.

El Patio grande del Parque zoológico, es el centro de reunion de todo lo más *escogido* de la sociedad; la estacion de término en el viaje de circunvalacion por el Retiro, y un espectáculo barato y permanente.

¡El Patio grande! De cuántas citas y de cuántos amores es él el único editor responsable. Allí recibe á hurtadillas la cándida pollita una perfumada epístola que su novio la entrega, mientras la paciente mamá se extasía contemplando la melena del leon ó la trompa del elefante.

¡Cuánta animacion! ¡Cuánta algazara! ¡Qué agradable aspecto ofrece todas las tardes este dichoso Patio grande!

La verja de hierro, que á una respetable distancia separa al público de... los actores, se vé siempre ocupada por una apiñada multitud.

Allí están reunidos y compactos, como las mayorías en los parlamentos, el matrimonio modelo y el famélico cesante, la robusta nodriza y el chistoso soldado, los juguetones chiquillos y el alegre estudiante, el encopetado personaje y la graciosa modistilla.

Todos acuden presurosos, aunque con bien distintos objetos, á contemplar muchas veces por centésima vez las tan ponderadas *fieras del Retiro*.

El otro dia vino á visitarme un amigo y paisano que acababa de llegar á esta Corte con objeto de comprar las galas para su novia, porque sabido está que casarse hoy dia y no tomar los regalos en Madrid, es de mal tono y no admitido entre la escogida sociedad de provincias. ¡Es siempre tan bueno todo lo que se compra en Madrid... aunque en realidad sea malo!

Pero no divaguemos.

Antonio, que así se llamaba el recien venido, visitaba la Corte por primera vez, y como era natural deseaba ver todo lo mucho que de notable encierra.

—Me servirás de *ciceronne*, me dijo.

—Con mucho gusto, le contesté; yo haré que en los pocos dias que piensas permanecer en ésta, visites y conozcas todo cuanto puede llamar la atencion del curioso viajero.

—Pues vámonos á la calle y comienza tu deber de *ciceronne*, practicando la obra de misericordia de enseñar al que no sabe.

—Corriente; pues en marcha. ¿A dónde quieres que vayamos primero? ¿A la Puerta del Sol? ¿A la Castellana?

—Como gustes; pero mejor íbamos al Retiro. Tengo muchos deseos de verlo; ¡me lo han ponderado tanto!

—Pues vámonos al Retiro.

A los pocos momentos llegábamos á este punto y entrábamos por la llamada *calle de las estátuas*.

No dejó de sorprender á mi amigo el caprichoso y extraño desórden que se nota en la colocacion de las estátuas de los reyes.

—¡Vaya un pisto de monarquías! exclamó. Carlos II al lado de D. Chintila; Gundemaro te á IV; Carlos I *vis á vis* de Alarico, y Felipe III de los

Fruelas. ¡Aquí está el verdadero desórden de los reyes! replicó.

Seguimos nuestro paseo internándonos más y más en el Retiro. Una numerosa y abigarrada concurrencia *discurria* alegremente por tan ameno sitio; aunque bien seguro estoy de que muchos de los que allí se encontraban eran incapaces de dircurrir nada.

Llegamos, pues, junto al estanque grande, y estábamos admirando la agilidad de pocos velocipedistas y la pereza de muchos remeros, cuando un sordo y extraño sonido llamó la atencion de Antonio.

—¿Qué ha sido eso? me preguntó.

—Un rugido del leon.

—Pues dejemos el estanque y llévame á ver las fieras.

Cumplí los deseos de mi amigo y nos encaminamos hácia el punto indicado.

—Aquí tienes la casa de fieras, aunque pocas son las que en ella se encuentran. Ya estamos en la puerta del Patio grande. Entremos.

—Espérate y déjame leer esto. «De órden superior se prohibe la entrada en la casa de fieras con perros, á no ser conducidos por sus dueños, y sujetos por medio de cordon ó cadena.» Me parece demasiada exigencia, exclamó Antonio.

—No tal, le repliqué. Comprendes que si dejaran entrar libremente á los perros....

—No es eso á lo que yo me refiero, sino que creo que bien pudiera conducirlos un criado, atados aunque fuera con una faja, sin exigir que sea precisamente el dueño quien deba llevarlos sujetos con *cordon ó cadena.*

—Déjate de pequeñeces y entremos á ver los animales enjaulados.

—Empezaremos la visita por la izquierda.

—Como gustes. ¡Anda! ¡anda! y cuánta gente está viendo las fieras. Se conoce que el asunto lo merece.

—Y que la entrada es gratis.

—*Monge de los Alpes*; *Aguila*; *Grulla real*.

—Adelante.

—Aquí tienes la *zorra de Rio-Janeiro*.

—¡Bonita zorra! exclamó Antonio.

—¡Miste que tio! ¿Pos qué se habrá figurao el muy silbante? replicó una descarada chula, poniéndose en jarras, y dirigiéndonos una mirada de desprecio.

—¿Qué dice ésta chica? preguntó mi compañero.

—Que te calles y que sigas, le contesté.

—Hombre, una *mona*. ¡Y que es muy buena! ¡Ya habrá costado!

—¡Quiá! ¡no lo crea usté! dijo con aguardentosa voz, un individuo que estaba detrás de nosotros. ¡Pues si hoy las *monas* se cogen muy baratas! ¡Miusté la que yo llevo, que es mu buena, solo me ha costao cuatro riales! En esto dió un traspiés, y á poco se rompe las narices contra una de las rejas. Todos los presentes se mofaron del pobre borracho, y esto me

hizo comprender que el hombre que lleva una *mona*, es el animal que más se parece al mono.

—Aquí tienes un *oso*.

—¡Soberbio animal! dijo Antonio. ¡Y con qué apetito parece que devora ese pedazo de carne!

—Pues ahora te hago una observacion que se me ocurre. Figúrate que ese trozo de carne es el presupuesto, y comprenderás que hay en España muchos políticos que *hacen el oso* á la perfeccion.

—La *hiena*.

—¡Qué animal tan repugnante! ¡Qué aspecto tan innoble! Se comprende su aficion á desenterrar cadáveres.

—Pues no es tan fiera como tú te la figuras.

—¿Que no? dijo Antonio, extrañando mis palabras.

—No, señor, le repliqué. Y una prueba de ello, es que en algunos puntos del Africa domestican las hienas con facilidad, y las emplean en la caza con preferencia á los perros.

—Será lo que tú dices, no lo dudo; pero yo te aseguro que ese animal me repugna y me dá miedo.

—Permítame usted, dijo terciando en la conversacion un jóven de patillas rubias que estaba á nuestro lado, más miedo le daria á usted otra que yo conozco.

—¿Mejor que esta?

—¡Ya lo creo!

—¿Quizá la que traia Bernabó?

—No señor, la tengo en mi casa.

—¡Zambomba! ¿En su casa?

—Sí señor, no lo extrañe usted. ¡¡Es mi suegra!!

Una estrepitosa carcajada fué nuestra respuesta, y una sonrisa de desesperacion asomó á los labios del jóven de las patillas.

—Aquí está, querido Antonio, el majestuoso *leon*, el animal de noble aspecto y de mirada altiva, de poblada melena y de afilados colmillos, el llamado con razon rey de los animales. ¿Qué te parece?

—Que está *su magestad* un tanto.....

—Flaco, ¿verdad? Pues no será por lo poco que cuesta el mantenerlo, como juzgarás de esos enormes trozos de carne que tiene á sus piés. Pero el pobrecito á pesar de eso, se desmejora de dia en dia.

—¿Padecerá nostalgia?

—Precisamente. Ya ves, se encuentra en tierra extraña, lejos de su país natal, y encerrado.....

—Mira, mira, dijo Antonio interrumpiéndome.

—¿Qué es?

—Que todavía le traen más carne.

—Si te digo que debe costar un dineral el m

LAS FIERAS DEL RETIRO.

¡El Retiro! Este es el punto escogido por todos los que al abandonar por un instante el bullicio de la Corte, desean entregarse á la meditacion ó al amor.

Madrid es el ruido y el desórden; el Retiro es la tranquilidad y el sosiego.

El aire que se respira en las calles sofoca y asfixia; el aire que aspiramos en el Retiro es el aire libre y puro de las montañas, es el aire *vital* (y conste, por lo tanto, que yo tengo buen aire).

El Retiro para los madrileños es una necesidad; para los provincianos y extranjeros una belleza más en esta populosa Babel.

El Retiro es el campo, es la vegetacion, es la naturaleza con todas sus galas y con todos sus encantos.

¿Quién en una deliciosa mañana de primavera, ó en una de esas apacibles tardes de invierno no abandona por un momen-

—¡Camará, qué narices! ¡Vaya una trompa! dice un alegre estudiante, al mismo tiempo que dirige una mirada maliciosa á un narigudo caballero que está á su lado.

—¡Vaya una pieza! exclama un cazador.

—¡Ezto no ez ná! dice un andaluz fanfarron, he vizto yo un elefante en Zeviya, que era una montaña andando. Tenia una trompa, que de un trompazo podia echá á tierra la Girarda, y unoz cormiyos ¡vaya unoz cormiyos! tenian una legua de andaúra.

—Y diga usted, replica el estudiante, ¿el elefante que usted dice, era andaluz?

—No zeñó, ¿por qué lo pregunta ozté?

—Porque si lo fuese, y como es natural, escupiera por el colmillo, menudo salivazo que echaria, ¡casi un diluvio!

Estas y otras ocurrencias por el estilo se oyen siempre frente al impasible *Pizarro*.

—¿Qué te parece de esta mole? pregunté á Antonio.

—Que comprendo aquello de

Tres cosas en el mundo
causan mi espante:
trimultos, tirrimotos
y el elifante.

—Pues dejemos á los *toros cebús* y á los *guanacos*, y vamos ahora junto á la jaula de los monos. Este es el punto más favorecido por la concurrencia. ¡Cuánta gente! ¡Qué bullicio!

[redacted]

Mira, mira, qué juguetones están hoy los monos, y qué monerías hacen. ¡Cómo trepan ligeros por la alambrera! Mira qué satisfecho aquel mono desenvuelve el cartuchito de almendras que le arrojó un muchacho. ¡Qué contento está y cómo las saborea! Pero, calle, fíjate en aquel otro que hace contorsiones y muecas al sentir en su boca el efecto del ácibar con que un chiquillo mal intencionado le cubrió la apetitosa avellana. ¡Qué agilidad tienen en sus movimientos! Todos corren y saltan desde el trapecio á las anillas y desde éstas al punto más elevado de la jaula. ¡Cómo se persiguen en contínuo movimiento! Observa ahora aquel mono que se dirige á la campana.

—¡Hombre, qué gracioso! dijo Antonio, al ver que el animalito en cuestion, despues de hacer sonar la campanilla, daba saltos de júbilo por haber conseguido lo que sus perseguidores pretendian.

En esto una estrepitosa y general carcajada llamó la atencion de mi compañero.

—¿Qué ha sido eso? me preguntó.

—Fíjate, le respondí, en los encendidos rostros de las muchachas y comprenderás lo que ha sido; que aquel alegre mono se permitió una monada de mal género.

La algazara crecia y la concurrencia aumentaba.

—Pero hombre, dijo Antonio, ¿todos los dias hay tanta gente al rededor de esta jaula?

—Sí, chico, todos los dias sucede lo mismo. Aquí la manía de ver los monos, constituye una verdadera mono-manía. No incurramos nosotros en igual defecto, y pues ya los hemos visto lo bastante, emprendamos la retirada.

—Estoy conforme, vámonos á casa.

—¿Qué ha sido lo que más te ha gustado? le pregunté al abandonar el Patio grande.

—Indudablemente los monos, me contestó. Tienen mucha gracia; hay en sus actos cierta semejanza con los del hombre....

—¡Y tanta! amigo Antonio. Lo mismo que sucede en la jaula de los monos, ocurre en la política de nuestro país. Todos corren, se arañán y se persiguen por llegar á conseguir sus deseos. Con la facilidad que uno de aquellos monos saltaba desde el suelo al trapecio y desde éste al punto más elevado posible, con la misma facilidad, digo, salta un político en España desde periodista á gobernador, y de gobernador á ministro. Lo mismo trepan esos hombres por las gradas del presupuesto, que los monos por la alambrera de su jaula. El alegre *tití* que satisfecho desenvuelve el cartuchito de almendras que una mano caritativa le arroja, representa al que lanzado en el palenque político se encuentra de pronto con una credencial de cuarenta mil reales de sueldo; así como el infeliz cuadrumano que al creer saborear una esquisita avellana, se encuentra chasqueado por el detestable acíbar, es el exacto retrato del que, aguardando con ansia un ascenso, se desespera al recibir una horrible é inesperada cesantía. Las mismas luchas que en el interior de aquella jaula observabas, por ver cuál de ellos, burlando á sus perseguidores, llegaba con más habilidad ó más destreza á un punto muy elevado, veráslas igualmente en la política de España, y el partido que orgulloso un dia llega, por cualquier circunstancia, á encumbrarse en el poder, se halla perfectamente representado por aquel mono que en el punto más alto de la jaula saltaba de júbilo al ver satisfecho su deseo de hacer sonar la vibradora campanilla.

[redacted]

—Todo eso estará muy bien, dijo mi compañero, pero hay la notable diferencia de que los monos están enjaulados, y los políticos nó.

—Tienes mucha razon, y sensible es que no se cumpla tambien esa semejanza; aunque entonces mejor que una jaula de monos sería una verdadera jaula de locos.

—Antes que se me olvide, dijo Antonio al aproximarnos á la fonda en que se hallaba hospedado, ¿por cuenta de quién corre el sostenimiento de la coleccion de fieras?

—Ya comprenderás, le contesté, que estando esos animales en el *Retiro*, deben figurar como clases pasivas.

—Pues mal deben pasarlo en estos tiempos, exclamó sonriéndose.

—No lo creas: eso sucederia si estuviesen en provincias; pero como viven en la Córte, cobran con puntualidad y sin retraso alguno.

En esto habíamos llegado á la fonda, y al querer mi amigo regalarme un magnífico cigarro, echó de ménos su petaca.

—Dála por perdida, y dá gracias si sólo ha sido eso, le dije.

—¡Diablo! tambien me falta el pañuelo bordado por mi novia; ¡me lo han *limpiado*!

—Pues consuélate con que no te lo devolverán ni limpio ni sucio.

En realidad, yo tengo la culpa por no haberte advertido más precaucion; pero en adelante ten entendido que los espec-

táculos en Madrid tienen dos humanitarios objetos: proporcionar distracciones al público y sustracciones á los rateros.

—¡Pues ha sido un bromazo!

—Nó: ha sido un robo; pero para otra vez ya lo sabes. Y para que conozcas lo que es la Córte, suscríbete al libro: «*Madrid por dentro y por fuera*», que es una obra que sólo tiene por fin el servir de *guia á los forasteros incautos*.

Con esto me despedí de mi compañero, y ahora me corresponde hacerlo de ustedes, queridos lectores, y sentiré que así como mi amigo en nuestro paseo por el Retiro perdió la cartera y el pañuelo, ustedes, por mi causa, hayan perdido la.... paciencia.

VITAL AZA.

[redacted]

LA TERTULIA DE CONFIANZA.

I.

Don Pantaleon de la Sierpe y Castañeda, es un señor de sesenta y pico de años, esposo de doña Segismunda Viniegra de Campillo, mujer poco más ó menos de la misma edad.

Tan dichosos fueron en su matrimonio, que jamás medió entre ambos *un sí ni un nó*.

Doña Segismunda es gruesa, hasta rayar en la obesidad.

Don Pantaleon, por más que goce de muy buena salud, está tan falto de carnes, que un zapatero de viejo maldiciente y gruñon que *martillea* y *echa* medias suelas y tacones en el portal de la misma casa, suele llamarle *el embalsamado*.

A pesar de esta notable diferencia de *figuras*, doña Segismunda y D. Pantaleon tienen una igualdad de carácter bastante notable.

Hemos oido asegurar muchas veces que dos fuerzas iguales se repelen.

Dicen tambien las personas de gran experiencia que un hombre y una mujer que tengan un mismo modo de pensar, que sean de genios iguales, no se pueden sufrir el uno al otro y que concluyen por arañarse.

Bien puede ser esto tan verdad como el Evangelio, pero tambien lo es que D. Pantaleon y doña Segismunda siempre han vivido como dos ángeles, por más que Dios los haya hecho muy parecidos el uno al otro en la parte moral.

De este feliz matrimonio han resultado dos vástagos, ó mejor dicho, dos *vástagas*, porque son hembras.

La una se llama Rosa. Es la mayor, y tiene treinta y un años.

La otra lleva el nombre de Efigenia, y ha cumplido ya veintiocho primaveras.

Rosa es morena.

Sus ojos, negros como la reina de las tintas, despiden chispas.

Calza, segun su zapatero, dos puntos más que su hermana.

Esto no quiere decir que tenga un pié grande; todo lo contrario.

El pié de Rosa, es uno de esos piés que *dan el ópio*, como dice cierta linda morena, ribeteadora de la tienda del benemérito Reinaldo.

Rosa es muy vehemente en sus pasiones, y dos veces estuvo enamorada.

El primer amor se lo inspiró un teniente de húsares que se llamaba Gutierrez de Quiñones, y el segundo un empleado del ramo de Hacienda, que firmaba la nómina con el nombre de Serafin de Hortaliza.

Ambos la abandonaron cuando eran más queridos.

¡Ingratos!

Rosa lloró mucho por Gutierrez durante tres meses, pero no quiso dar su brazo á torcer enviándole cartas, ni frecuentando el café de San Sebastian, en el cual, acompañada de sus padres, le habia conocido. Todo lo contrario: dejó de ir á aquel café.

Cerrada apenas la herida amorosa abierta en su corazon por el pérfido teniente, se enamoró de Serafin Hortaliza.

Este, á pesar de sus tímidas apariencias, era mucho más audaz que Gutierrez, y un dia se atrevió á tomar uno de los piés de Rosa, sin que esta *le diera pié* para ello.

La jóven se indignó, y despues de aplicarle un terrible bofeton que le hizo arrojar mucha sangre por las narices, le puso de patitas en la calle.

Hortaliza, sin tener en cuenta que manos blancas no ofenden, aun cuando pueden lastimar tanto ó más que las negras, no dió paso alguno á fin de reanudar las relaciones con la pobre Rosa, y se fué para no volver jamás á aquella casa, en donde era tan tiernamente querido..

Hortaliza fué más llorado aún que Gutierrez.

La volcánica imaginacion de Rosa estaba tan preocupada con su imágen, que al ver que ya para siempre lo habia perdido, ni de dia ni de noche tenia un sólo momento de sosiego.

Tanto llegó á pensar en aquel amor sin ventura, que quiso suicidarse; sí, amigos lectores: ¡suicidarse con fósforos!

Sólo un verdadero milagro de Dios, pudo evitar que cometiera semejante desatino.

Poco á poco se fué consolando, y como el tiempo cura eficazmente todos los males del alma, tambien curó el suyo de un modo radical.

—¡Ay, quién fuera leon! exclamó con doliente voz un indivíduo de miserable aspecto que estaba detras de nosotros.

—¡Vaya un capricho! le contesté.

—Pues no es capricho, señor mio, porque de ese modo tendria que comer, y no viviria en ayuno perpétuo como ahora me sucede.

—¿Es usted cesante, por casualidad?

—No señor, algo peor que eso. ¡Soy maestro de escuela!

—Pues mejor que desear la suerte del leon, le repliqué, debiera usted ambicionar la del camaleon; no porque este animalito cambie de color á cada paso, sino porque se alimenta poco ménos que del aire.

—Tiene usted mucha razon, amigo mio, dijo el esqueleto ambulante; pero si yo no soy camaleon, poco me falta. Mi único alimento se reduce á beber... los vientos, y á tomar... el fresco.

—¡Pues ya está usted fresco! Le compadezco á usted y le deseo mejor suerte, le contesté, dirigiéndole una mirada compasiva y haciendo con mi amigo Antonio las reflexiones naturales á un asunto de tal naturaleza, como era natural.

—Aquí tienes tres dromedarios.

—Querrás decir tres camellos.

—No señor, dromedarios y muy dromedarios.

—Observa que sólo tienen una joroba.

—Pues precisamente por eso. Los que tienen dos jibas son camellos.

—Chico, chico, callate, me dijo Antonio haciéndome observar que un caballero, jorobado por partida doble, me miraba con mal ojo, como creyendo mis palabras alusivas á sus prominencias.

—Pues sigamos, le contesté, no sea que ese camello con chistera se dé por ofendido, y tengamos aquí una cuestion. Son mala gente los jorobados.

—Hombre, bonito animal. ¿Cómo se llama?

—Llama.

—¿A quién?

—A nadie. Quiero decirte que ese animal es una *llama*.

—Pues huyamos de la quema.

—¡Ajajá! Ya estás viendo el famoso elefante de las luchas y combates, al célebre y sufrido *Pizarro*. Escucha á esta gente y verás qué ocurrencias.

—¿Papá, dice un niño, los elefantes madrugarán mucho, verdad?

—¿Por qué, hijo mio?

—¡Porque como dices tú que nunca se acuestan!...

—¡Jesús! ¿Qué animal!

—Dispense usted señora.

—No hombre, si lo digo por el elefante..

—¡Camará, qué narices! ¡Vaya una trompa! dice un alegre estudiante, al mismo tiempo que dirige una mirada maliciosa á un narigudo caballero que está á su lado.

—¡Vaya una pieza! exclama un cazador.

—¡Ezto no ez ná! dice un andaluz fanfarron, he vizto yo un elefante en Zeviya, que era una montaña andando. Tenia una trompa, que de un trompazo podia echá á tierra la Girarda, y unoz cormiyos ¡vaya unoz cormiyos! tenian una legua de andaúra.

—Y diga usted, replica el estudiante, ¿el elefante que usted dice, era andaluz?

—No zeñó, ¿por qué lo pregunta ozté?

—Porque si lo fuese, y como es natural, escupiera por el colmillo, menudo salivazo que echaria, ¡casi un diluvio!

Estas y otras ocurrencias por el estilo se oyen siempre frente al impasible *Pizarro*.

—¿Qué te parece de esta mole? pregunté á Antonio.

—Que comprendo aquello de

Tres cosas en el mundo
causan mi espante:
trimultos, tirrimotos
y el elifante.

—Pues dejemos á los *toros cebús* y á los *guanacos*, y vamos ahora junto á la jaula de los monos. Este es el punto más favorecido por la concurrencia. ¡Cuánta gente! ¡Qué bullicio!

Mira, mira, qué juguetones están hoy los monos, y qué monerías hacen. ¡Cómo trepan ligeros por la alambrera! Mira qué satisfecho aquel mono desenvuelve el cartuchito de almendras que le arrojó un muchacho. ¡Qué contento está y cómo las saborea! Pero, calle, fíjate en aquel otro que hace contorsiones y muecas al sentir en su boca el efecto del ácibar con que un chiquillo mal intencionado le cubrió la apetitosa avellana. ¡Qué agilidad tienen en sus movimientos! Todos corren y saltan desde el trapecio á las anillas y desde éstas al punto más elevado de la jaula. ¡Cómo se persiguen en contínuo movimiento! Observa ahora aquel mono que se dirige á la campana.

—¡Hombre, qué gracioso! dijo Antonio, al ver que el animalito en cuestion, despues de hacer sonar la campanilla, daba saltos de júbilo por haber conseguido lo que sus perseguidores pretendian.

En esto una estrepitosa y general carcajada llamó la atencion de mi compañero.

—¿Qué ha sido eso? me preguntó.

—Fíjate, le respondí, en los encendidos rostros de las muchachas y comprenderás lo que ha sido; que aquel alegre mono se permitió una monada de mal género.

La algazara crecia y la concurrencia aumentaba.

—Pero hombre, dijo Antonio, ¿todos los dias hay tanta gente al rededor de esta jaula?

—Sí, chico, todos los dias sucede lo mismo. Aquí la manía de ver los monos, constituye una verdadera mono-manía. No incurramos nosotros en igual defecto, y pues ya los hemos visto lo bastante, emprendamos la retirada.

—Estoy conforme, vámonos á casa.

—¿Qué ha sido lo que más te ha gustado? le pregunté al abandonar el Patio grande.

—Indudablemente los monos, me contestó. Tienen mucha gracia; hay en sus actos cierta semejanza con los del hombre....

—¡Y tanta! amigo Antonio. Lo mismo que sucede en la jaula de los monos, ocurre en la política de nuestro pais. Todos corren, se arañan y se persiguen por llegar á conseguir sus deseos. Con la facilidad que uno de aquellos monos saltaba desde el suelo al trapecio y desde éste al punto más elevado posible, con la misma facilidad, digo, salta un político en España desde periodista á gobernador, y de gobernador á ministro. Lo mismo trepan esos hombres por las gradas del presupuesto, que los monos por la alambrera de su jaula. El alegre *tití* que satisfecho desenvuelve el cartuchito de almendras que una mano caritativa le arroja, representa al que lanzado en el palenque político se encuentra de pronto con una credencial de cuarenta mil reales de sueldo; así como el infeliz cuadrumano que al creer saborear una esquisita avellana, se encuentra chasqueado por el detestable acíbar, es el exacto retrato del que, aguardando con ansia un ascenso, se desespera al recibir una horrible é inesperada cesantía. Las mismas luchas que en el interior de aquella jaula observabas, por ver cuál de ellos, burlando á sus perseguidores, llegaba con más habilidad ó más destreza á un punto muy elevado, veráslas igualmente en la política de España, y el partido que orgulloso un dia llega, por cualquier circunstancia, á encumbrarse en el poder, se halla perfectamente representado por aquel mono que en el punto más alto de la jaula saltaba de júbilo al ver satisfecho su deseo de hacer sonar la vibradora campanilla.

—Todo eso estará muy bien, dijo mi compañero, pero hay la notable diferencia de que los monos están enjaulados, y los políticos nó.

—Tienes mucha razon, y sensible es que no se cumpla tambien esa semejanza; aunque entonces mejor que una jaula de monos sería una verdadera jaula de locos.

—Antes que se me olvide, dijo Antonio al aproximarnos á la fonda en que se hallaba hospedado, ¿por cuenta de quién corre el sostenimiento de la coleccion de fieras?

—Ya comprenderás, le contesté, que estando esos animales en el *Retiro*, deben figurar como clases pasivas.

—Pues mal deben pasarlo en estos tiempos, exclamó sonriéndose.

—No lo creas: eso sucederia si estuviesen en provincias; pero como viven en la Córte, cobran con puntualidad y sin retraso alguno.

En esto habíamos llegado á la fonda, y al querer mi amigo regalarme un magnífico cigarro, echó de ménos su petaca.

—Dála por perdida, y dá gracias si sólo ha sido eso, le dije.

—¡Diablo! tambien me falta el pañuelo bordado por mi novia; ¡me lo han *limpiado*!

—Pues consuélate con que no te lo devolverán ni limpio ni sucio.

En realidad, yo tengo la culpa por no haberte advertido más precaucion; pero en adelante ten entendido que los espec-

táculos en Madrid tienen dos humanitarios objetos: proporcionar distracciones al público y sustracciones á los rateros.

—¡Pues ha sido un bromazo!

—Nó: ha sido un robo; pero para otra vez ya lo sabes. Y para que conozcas lo que es la Córte, suscríbete al libro: «*Madrid por dentro y por fuera*», que es una obra que sólo tiene por fin el servir de *guia á los forasteros incautos*.

Con esto me despedí de mi compañero, y ahora me corresponde hacerlo de ustedes, queridos lectores, y sentiré que así como mi amigo en nuestro paseo por el Retiro perdió la cartera y el pañuelo, ustedes, por mi causa, hayan perdido la.... paciencia.

VITAL AZA.

LA TERTULIA DE CONFIANZA.

I.

Don Pantaleon de la Sierpe y Castañeda, es un señor de sesenta y pico de años, esposo de doña Segismunda Viniegra de Campillo, mujer poco más ó menos de la misma edad.

Tan dichosos fueron en su matrimonio, que jamás medió entre ambos *un sí ni un nó*.

Doña Segismunda es gruesa, hasta rayar en la obesidad.

Don Pantaleon, por más que goce de muy buena salud, está tan falto de carnes, que un zapatero de viejo maldiciente y gruñon que *martillea* y *echa* medias suelas y tacones en el portal de la misma casa, suele llamarle *el embalsamado*.

A pesar de esta notable diferencia de *figuras*, doña Segismunda y D. Pantaleon tienen una igualdad de carácter bastante notable.

Hemos oido asegurar muchas veces que dos fuerzas iguales se repelen.

En esto suena un terrible campanillazo, que domina á aquel estruendo, y un momento despues entra la criada y habla al oido á doña Segismunda.

—¡Señores, dice esta, han venido á quejarse los del segundo, diciendo que hacemos mucho ruido. Añaden que hay un enfermo de gravedad.

—¡Que le den la uncion! exclama uno.

—¡Que lo entierren! grita otro.

—Nó, nó, replica doña Segismunda. Hay que ser humanos. Por hoy basta de baile.

—Máxime, añade D. Pantaleon, agitando un número de *La Correspondencia de España*, cuando tengo que dar á ustedes una agradable noticia.

—¡Venga, venga, venga la noticia! gritan todos.

—Ustedes recordarán que teníamos un pequeño fondo de la lotería, unos veinticuatro reales...

—Sí, sí, adelante.

—Pues los he jugado á la lotería del gobierno, y nos han *caido* veinticinco duros.

Al saber tan agradable nueva, estalla una gritería infernal.

Unos desean que se haga el reparto enseguida.

Otros piden que se juegue todo el dinero á la lotería, con la esperanza de pescar un premio más gordo.

Los más expléndidos son de opinion que aquel dinero se invierta alegremente en una comida de campo.

Esta opinion prevalece sobre todas las demás, y ya empiezan á redactar el programa de la fiesta, cuando entra D. Telesforo Gonzalez.

Este señor es un hombre entrado en años, alto, sério, cargado de bílis, y suscritor tambien á *La Esperanza*.

Don Telesforo no ha querido casarse, porque, como él ha dicho siempre, no hay mujer en el mundo que se lo merezca.

Entra gravemente, saludando con aire de proteccion á derecha é izquierda.

Todos guardan un completo silencio; tal es el respeto que inspira.

—¡Desgraciados! exclama, ¡vuestra alegría es intempestiva! ¡Estábais bailando sobre un volcan!

—¿Qué pasa?

—¿Qué sucede?

—¿Qué ocurre?

Preguntan muchas voces á la vez.

—¡Ocurre, contesta D. Telesforo con voz lúgubre, que esta noche se lanzan á la calle los *panteistas*!

—¡Dios mio!

—Dígame usted, pregunta la anciana á quien acaban de pisar, ¿qué quiere decir *panteistas*?

—Gentes que toman pan con té, afirma el Sr. Gonzalez. ¡Hoy arde Madrid!

Las tropas están ya sobre las armas, hay *carreras*, en la Puerta del Sol se ven grupos sospechosos y los teatros han quedado completamente desiertos.

Por eso decia ayer noche: hagan ustedes provision de patatas y garbanzos, y mañana por la noche quietecito todo el mundo en su casa. ¡Nadie quiso creerme, y hé aquí el resultado!

—¡Oh! ¡cielos! exclama Teclita; ¡yo, que vivo tan léjos, estoy expuesta á verme atropellada por esos hombres!

Y la jóven larguirucha, despues de dar algunos saltos nerviosos, cae desmayada en los brazos de Isidorito.

Este pretende hacerla volver en sí, y le hace aire con uno de sus largos tirabuzones, el cual no tarda en desprenderse del artístico peinado que adorna aquella cabeza.

En aquel momento suena la campana de una iglesia.

—¡Fuego! exclaman todos.

Cuentan las campanadas, y el fuego resulta ser en la parroquia de San Sebastian.

—¡Sin duda han pegado fuego á la iglesia! grita D. Telesforo. ¡Oh! ¡los malvados!

Las señoras acuden atropelladamente en busca de sus abrigos.

El caballero que es fuerte en juegos de prendas, huye como alma que lleva el diablo, llevándose de paso el sombrero que Isidorito ha comprado aquel mismo dia, y dejando en cambio el suyo que ya tiene una respetable ancianidad.

De este modo termina aquella noche la *tertulia de confianza* de D. Pantaleon de la Sierpe.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

EL SALON DE CONFERENCIAS.

¿No sabes, lector amigo, lo qué es el Salon de Conferencias? Pues voy á decírtelo en breves palabras, no sólo porque fué siempre una obra de misericordia enseñar al que no sabe, sino porque á ello tienes un indisputable derecho toda vez que empleas tus ocios y tu dinero en leer y comprar este libro, que aparte de lo que de mi pobre ingenio tiene, es el más famoso de cuantos conocieron las generaciones pasadas, conocen las presentes y esperan conocer las venideras; ¿te parece exagerado este elogio? perdona, pues, y pasemos adelante que por esto no hemos de reñir. El Salon de Conferencias es para la mayoría de los españoles, singularmente para aquellos que viven fuera de la Córte, la antesala del Tabernáculo, el vestíbulo del santuario, el sitio, en fin, donde se reunen y conciertan, dejando su pasion y sus rencores los ciudadanos revestidos de la más alta investidura, de la investidura de legislado-

res; esto es el Salon de Conferencias para los incautos, para los que miran las cosas desde lejos, para los que no están iniciados en los secretos del sistema que admiran y respetan porque desconocen. Para los que, por desgracia, están en los misterios del parlamentarismo no es el Salon de Conferencias, sitio tan respetable, sino por el contrario, Bolsa política donde todo se compra y se vende, mercado abierto á toda clase de especulacion que tenga por objeto vender una conciencia para satisfacer una ambicion ó comprar una honra para cumplir un deseo; no creas, quien esto leyeres, que exagero al hablarte así, acreditan mi opinion graves y sesudos personajes, que á semejanza de aquel pobre diablo que harto de carne se metió á ermitaño, claman contra lo que en el Salon de Conferencias sucede, despues de haber sacado de él títulos, honores, posicion y algo más que no es del caso decir.

Pero sin necesidad de acudir á estas autoridades, que podrias muy bien recusar recordándome aquello de que, no hay peor cuña que la de la misma madera, voy á que te convenzas con tus propios ojos viniendo conmigo al lugar en cuestion, para que por tí mismo juzgues si están recargados los colores del cuadro que á grandes rasgos te he trazado, y para que me impongas penitencia si en algo te he mentido.

Marchemos, pues; cójete á mi, y sin hacer caso del portero, que duda si abrirte ó no la lujosa mampara, penetra conmigo en ese reducido espacio oscuro como la boca del infierno, que dá paso á un cuartito largo y ancho, no muy alumbrado, y de donde sale una algarabía infernal, semejante á la que se produce en las casas de vecindad en dia de tremolina; hazte todo ojos y oidos, escucha y mira, y despues me comunicarás tus impresiones.

II.

Estamos en un extenso salon; cuatro chimeneas de mármol repletas de leña, mantienen una agradable temperatura; adornan el techo pinturas simbólicas representando las provincias y los rios de España; en las paredes se ven retratos de hombres ilustres en los fastos parlamentarios; cuatro bustos colosales de mármol blanco están en los ángulos, y completan la decoracion, una magnífica alfombra, un velador redondo de piedra y madera con incrustaciones, y un cómodo divan rojo que rodea toda la sala.

Parece ésta en el momento en que en ella penetramos, una colmena en actividad, de los trescientos ó cuatrocientos diputados, caballeros á juzgar por su traje, que allí se encuentran; ninguno está parado, unos gritan y gesticulan en mitad de un corrillo formado á su alrededor, otros hablan al oido de dos ó tres amigos dirigiendo miradas sigilosas á todas partes; en un rincon de la sala rodean otros á uno que parece persona principal, á juzgar por la gravedad con que habla, y por la atencion con que le escuchan, y en otro de los extremos se pasea sólo algun misántropo ó algun novicio que por vez primera penetra en aquel lugar; por una y otra parte vénse tambien gentes que corren, que van y vienen dando más vueltas que una devanadera; que se paran para prodigar una sonrisa ó para recogerla; cruzando en todas direcciones porteros de galoneados uniformes, atestados de cartas y notas que van entregando; cartas y notas que se leen rápidamente, y van

despues de hechas pedazos á quemarse en las chimeneas ó á sembrar el pavimento.

Acerquémonos á un lado y escuchemos algunas de las conversaciones, que de ello sacaremos provechosa enseñanza.

Uno de los que hablan, es un diputado de la mayoría, hombre rico, cacique de su pueblo, donde fué herrero hasta que se enriqueció comprando bienes nacionales, despues de haber sido alcalde cuatro años; hombre de gran influencia, no sólo en su distrito, sino en toda la provincia; el otro un ministro; tiene la palabra el primero.

—Le digo á usted, señor ministro, que allí no se puede vivir; todos los dias estoy recibiendo quejas; es necesario que, saltando por todo, me quite usted de allí á ese juez.

—Pero si me es imposible, si es un hombre recto que lleva más de treinta años en la carrera judicial, sin que nunca haya cometido una falta, teniendo su expediente completamente limpio, y habiéndole dado ese puesto como justo ascenso á una vida llena de sacrificios.

—Mire usted, yo no tengo nada que ver con todo eso; lo que sé es que me estorba, se ha empeñado en meterse en lo que no le importa, y en averiguar cosas viejas y poner en claro ciertas cuentas, sobre las cuales hacian la vista gorda los demás jueces, porque sabian lo liberal que yo soy, y los servicios que he prestado á la Revolucion.

—¿Pero tiene usted contra él alguna queja concreta para ver si por ese lado podemos....?

—Sí señor, hace algunos dias le escribí para que pusiese en libertad á un sobrino mio y á algunos compañeros, presos por haber tomado parte en una disputa en la que resultaron un muerto y tres heridos, y me ha contestado que no sólo no los

pone en libertad, sino que irán probablemente á presidio, porque resultan contra ellos cargos graves; ya vé usted, á presidio mi sobrino y los hijos de tres electores de los más influyentes; ¿no es verdad que este es un escándalo y que tengo razon para quejarme?

—Pero ya vé usted, resultando cargos graves contra ellos, el juez no podrá......

—Mire usted, el juez puede todo lo que quiere, lo mismo que usted, que ya sé yo que las leyes y los reglamentos son pretextos para cuando no se quiere servir á alguno, pero es preciso que nos ayudemos los unos á los otros, y si ahora no nos presta este favor, no podré yo cuando vengan las elecciones apoyarles, ni mis convecinos tampoco, que se irán todos en masa á votar al candidato contrario.

—Hombre, eso es sério; en fin, dentro de algunos dias le daré la contestacion; veré si puedo trasladar ese juez á otra parte.

—Pues no lo descuide usted.

Uno y otro interlocutor se separan despues de este edificante diálogo.

III.

Vamos á otro sitio, y escuchemos; hablan muy alto, así es que, sin pecar de imprudentes, podemos oir todo lo que dicen cuatro ó cinco personas que alrededor del velador del centro se encuentran.

—¿Pero, es cierto? dice uno. Tened cuidado, porque corren muchas filfas.

—No, contesta otro de los del corro; es tan positivo, como que está ya firmado, y mañana aparecerá el decreto en la *Gaceta;* vá de embajador al Japon.

—Pero señor, si ese puesto me lo habia ofrecido á mí el ministro, en pago de mi constante apoyo al gobierno.

—¡Y á mí!—¡Y á mí! exclaman tambien los otros cuatro.

—Señores, dice uno, esto es una traicion; esto es burlarse de los diputados más sumisos que ha tenido el gobierno; desde hoy me declaro en disidencia, y me voy á la oposicion; así como así, me han dicho esta mañana que estamos avocados á una crísis.

—¿Es cierto? Pues yo tambien me voy.

—¡Y yo!—¡Y yo! dicen los demás, y el corro se disuelve marchando cada cual por su lado.

IV.

Retirémonos, lector amigo (que en esta peregrinacion me acompañas), á este pasillo, y sentémonos en este divan á descansar un poco de tanto ruido y confusion que aturde y fatiga.

Aplica el oido á lo que dicen esos dos personajes que en el otro extremo están, que algo grave ha de ser, cuando á sitio tan retirado vienen; escuchemos:

—¿Conque desempeñó usted mi comision?

—Sí, señor, y todo ha salido á pedir de boca.

—¿Conque ese hombre?...

—Está dispuesto á pasarse á ustedes con armas y bagajes; pero las condiciones son un poco duras.

—Veamos.

—Dice, que cejará en su opinion, que entregará las cartas, y que matará el periódico; pero, pide para esto un alto destino en Cuba, veinte mil duros por los gastos que ha tenido con su diario, y algunas credenciales de menor importancia para los demás redactores.

—Covenidos. Sólo el dinero será difícil, porque casi hemos agotado el fondo de gastos secretos con los negocios que usted sabe; pero, en fin, ya lo sacaremos de otro lado.

—Pues entónces, negocio concluido.

V.

Acerquémonos ahora hácia el sitio donde se oyen esas voces, que algo sério debe ocurrir cuando con tono tan destemplado hablan.

—Le digo á usted que eso es una canallada, y que esa sociedad es una sociedad de farsantes; que no hay tales máquinas, ni tales terrenos, ni tal canal, y, en fin, que todo es una pura embrolla.

—Le digo á usted que no; es una sociedad sólidamente establecida, y con gran crédito; y gobiernos como el presente, deben proteger esta empresa como todas las que tiendan á fomentar la riqueza nacional. Además, ¿qué son para el país diez millones de reales, que es lo único que se pide como subvencion? eso no es nada; ¡parece como que lo ha de pagar usted de su bolsillo!

—En el estado en que el Tesoro se enci [illegible] están desatendidas tantas obligaciones, eso es un [illegible]

—Nada, tranquilícese usted. Ya verá lo equivocado de su uicio, cuando, por obligacion, tenga que intervenir en esa sociedad como individuo del Consejo de Administracion.

—¡Cómo! ¿Se han acordado ustedes de mí?

—Sí, señor, usted es uno de sus miembros.

—Hombre, pues voy á votar la subvencion, sólamente para ver si es usted ó soy yo el que se equivoca.

En esto, un portero cruza el salon, agitando una campanilla que produce un ruido infernal, y que hace que los diputados se precipiten al inmediato salon de sesiones, donde empieza á votarse nominalmente la subvencion de que trataban.

VI.

Demos punto aquí, lector amigo, á estas conversaciones tomadas á vuela pluma; muchas páginas podian escribirse del Salon de Conferencias, que tiene más puntos de vista y más incidentes que los que de una manera rápida he descrito; allí está el orígen de muchos males de España, en términos que, si todos sus habitantes pudiesen acudir á él, seguros estamos que habian de curarse de muchas aficiones que hoy tienen; allí verian cómo se dan la mano de amigo los que momentos ántes estaban insultándose en público; allí verian cómo se conciertan y reparten los papeles de una comedia que se representa en otra parte, y cómo se juega con la fortuna y con la felicidad de millones de hombres, que fian en ellos su porvenir; allí verian sólo, ó casi sólo, al ministro omnipotente que poco ántes se presentaba rodeado de una córte de aduladores, que han ido á ejercer su oficio cerca de su adversario, á quien

ántes ofendieron é insultaron; y, por último, apreciarian la influencia que el poder ejerce en los órganos de ciertos hombres políticos, que todo lo ven de color de rosa desde la poltrona ministerial, y negro, muy negro, desde la oposicion; en fin, verian tantas cosas, que seria cuento de nunca acabar el referírselas, y como yo no quiero que suceda lo mismo con mi artículo, le doy punto, prometiéndote no olvidar, lector amigo, el buen rato que juntos hemos pasado.

VICENTE ORTI.

LA CASA DE PRÉSTAMOS.

Apreciabilísimo forastero:

En medio de tu camino á través de Madrid, trasnochando con Floromorogodo, visitando el teatro de Escrich y Blasco, tomando café en el *Suizo viejo* con Roberto Robert, te encuentro sólo, pensativo y triste.

Ya sé lo que puede ser. Sales de la Bolsa; has asistido á una sesion del Congreso.

Pero ¿qué te pasa? ¡Levantas la vista al cielo! ¿Temes que llueva?

¡Ah! comprendo tu tristeza. Me señalas aquella muestra sujeta á los hierros del balcon de un piso segundo, sobre cuyo fondo negro se destacan estas palabras, formadas por letras blancas:

CASA DE PRÉSTAMOS.

Se dá dinero sobre alhajas y ropas en buen uso.

Pues te aseguro que, á pocos dias que lleves en [illegible]drid, has de familiarizarte con ella [illegible] verás más

abajo, formada por letras rojas sobre un fondo de racimos de uvas y hojas de parra, son inevitables en Madrid.

Fíjate en la última, dondo solo dice:

VINOS.

y compárala con la otra. ¡Qué distintas son!

En la primera, todo es sobriedad, lobreguez; en la segunda, todo alegría y colores. Basta verlas, para comprender que allí se dá dinero y aquí se recibe.

Porque no hay nada más triste que dar dinero, ni nada más satisfactorio que recibirlo.

En esto, el dinero y los trancazos son diametralmente opuestos.

Pero dejemos estas consideraciones; yo formo parte de la compañía de *ciceronni* que te ha prometido enseñarte MADRID POR DENTRO Y POR FUERA. Ven conmigo, que aunque este rincon que me ha tocado en suerte describirte es oscuro y triste, no han de faltarnos ocasiones de reir.

Echa mano á la barandilla no tropieces, que los escalones están algo gastados y la escalera es oscura.

Hemos llegado. Mira ese cartel colocado en la puerta:

PRÉSTAMOS.

Horas de despacho: de 9 de la mañana á 9 de la noche.

¿No sientes dentro de tí una voz extraña que te dice:

Lasciate ogni speranza voi ch'entrate.

¿No? ¡Cómo se conoce que no vives en Madrid, que no has

tenido nunca que pagar sin tener dinero, que ignoras las consecuencias de un baile de máscaras, ó de una cita amorosa!

Al llegar aquí, yo noto que mi relój acelera su movimiento, está intranquilo... fenómeno es este que yo no te debo explicar.

Entremos, pues una ligera mampara es lo que nos lo impide. Al fin del pasillo se vé luz, aquel es el despacho.

No hagas caso de ese hombre viejo, forrado en un chaqueton mugriento, que adorna su cabeza con un gorro de terciopelo indefinible, y sus ojos con unas gafas de armadura de plata y cristales súcios y rayados. Es el encargado de la casa, pero por ahora nada tenemos que ver con él.

Tiende la vista al rededor. Aquí, colgados en la pared, se ven algunos cuadros de autor, colocados al lado de un espejo; más allá, una escopeta *Lafaucheux* pende de un clavo, cubriendo con el extremo del cañon la nariz de un San Juan Bautista, copia de Murillo: dos relojes de pared, clavados uno enfrente de otro, parecen hacerse burla, el uno señala la una menos cuarto y el otro las ocho y media.

Deja á un lado ese escaparate en forma de pupitre, cuya tapa es un cristal, á través del que se ven diez ó doce relojes, sortijas, cadenas y alfileres de pecho. ¡Sabe Dios el tiempo que llevan ahí, y cuándo saldran! Esas alhajas son otras tantas desilusiones para el dueño de la casa, que las pone á la venta porque los corredores de oro y piedras preciosas no las quieren; representan las quiebras del oficio.

No te conduelas por el industrial y si quieres ver las ganancias, aprovecha este momento en que el hombre viejo de que antes te hablé, abre la puertecilla de aquella caja de hierro.

Mira ese magnífico reloj *remontoir*, casi oculto por las ca-

abajo, formada por letras rojas sobre un fondo de racimos de uvas y hojas de parra, son inevitables en Madrid.

Fíjate en la última, dondo solo dice:

VINOS.

y compárala con la otra. ¡Qué distintas son!

En la primera, todo es sobriedad, lobreguez; en la segunda, todo alegría y colores. Basta verlas, para comprender que allí se dá dinero y aquí se recibe.

Porque no hay nada más triste que dar dinero, ni nada más satisfactorio que recibirlo.

En esto, el dinero y los trancazos son diametralmente opuestos.

Pero dejemos estas consideraciones; yo formo parte de la compañía de *ciceronni* que te ha prometido enseñarte MADRID POR DENTRO Y POR FUERA. Ven conmigo, que aunque este rincon que me ha tocado en suerte describirte es oscuro y triste, no han de faltarnos ocasiones de reir.

Echa mano á la barandilla no tropieces, que los escalones están algo gastados y la escalera es oscura.

Hemos llegado. Mira ese cartel colocado en la puerta:

PRÉSTAMOS.

Horas de despacho: de 9 de la mañana á 9 de la noche.

¿No sientes dentro de tí una voz extraña que te dice:

Lasciate ogni speranza voi ch'entrate.

¿No? ¡Cómo se conoce que no vives en Madrid, que no has-

tenido nunca que pagar sin tener dinero, que ignoras las consecuencias de un baile de máscaras, ó de una cita amorosa!

Al llegar aquí, yo noto que mi relój acelera su movimiento, está intranquilo... fenómeno es este que yo no te debo explicar.

Entremos, pues una ligera mampara es lo que nos lo impide. Al fin del pasillo se vé luz, aquel es el despacho.

No hagas caso de ese hombre viejo, forrado en un chaqueton mugriento, que adorna su cabeza con un gorro de terciopelo indefinible, y sus ojos con unas gafas de armadura de plata y cristales súcios y rayados. Es el encargado de la casa, pero por ahora nada tenemos que ver con él.

Tiende la vista al rededor. Aquí, colgados en la pared, se ven algunos cuadros de autor, colocados al lado de un espejo; más allá, una escopeta *Lafaucheux* pende de un clavo, cubriendo con el extremo del cañon la nariz de un San Juan Bautista, copia de Murillo: dos relojes de pared, clavados uno enfrente de otro, parecen hacerse burla, el uno señala la una menos cuarto y el otro las ocho y media.

Deja á un lado ese escaparate en forma de pupitre, cuya tapa es un cristal, á través del que se ven diez ó doce relojes, sortijas, cadenas y alfileres de pecho. ¡Sabe Dios el tiempo que llevan ahí, y cuándo saldran! Esas alhajas son otras tantas desilusiones para el dueño de la casa, que las pone á la venta porque los corredores de oro y piedras preciosas no las quieren; representan las quiebras del oficio.

No te conduelas por el industrial y si quieres ver las ganancias, aprovecha este momento en que el hombre viejo de que antes te hablé, abre la puertecilla de aquella caja de hierro.

Mira ese magnífico reloj *remontoir*, casi oculto por las ca-

prichosas ondas de una cadena sembrada de brillantes; tal vez es el capricho de un jugador, satisfecho en un dia *de buenas* y perdido apénas alcanzado. Las luces que despiden las piedras, parecen miradas de ira que lanzan al sentir la proximidad de aquel sencillo reloj de marco de plata y tapas de cristal, abandonado allí por algun modesto hijo de familia, que le sacrificó al deseo de conocer las emociones de una noche en Capellanes y que hoy purga su delito viéndose condenado á *cadena perpétua*, para ocultar la falta del reloj, é inventando cien tretas, preocupado siempre con esta pregunta: ¿qué hora es?

Contempla entre ese monton de riquezas aquella crucecita de diamantes de forma antigua, pero de hermosas piedras; en alguno de sus cambiantes de luz, me parece ver brillar una lágrima vertida por la pobre viuda, sobre cuyo pecho tembló al sentir el primer beso de aquel cuya compañera fué, en el dia sacrosanto de su union.

Fíjate en aquella sortija de oro ancho y macizo que sostiene un floron de magníficos brillantes engarzados en plata. ¿No es cierto que inspira respeto? Su forma, el tallado de las piedras, los rasgos que el buril socavó en el oro, gastados y apénas visibles, todo indica que es una prenda de familia, trasmitida por herencia, durante algunas generaciones; prenda santificada más de una vez con el frio contacto de la mano de un cadáver, más de una vez separada de un dedo rígido y amarillo, entre amargos sollozos y respetuoso temor.

¿Quién la ha traido aquí? La miseria ó el vicio.

¿Te gusta esa pulsera? ¡Quién sabe si es el precio de alguna rizada moña de tirabuzones que admiraste ayer en la Castellana sobre la cabeza de alguna mujer!

¿Ves esa fosforera de plata? Pues acaso vino aquí para proporcionar á su dueñó un par de guantes y un cigarro de tres cuartos, para lucirlos el domingo á la puerta de San Luis á la salida de *misa de doce.*

Aquel guardapelo que tiene esmaltado un pensamiento, es un regalo de mujer, convertido en moneda para cenar una noche en *Fornos* ó asistir á una corrida de toros. Prenda de amor empeñada en cuarenta reales.

Ese:.. El hombre ha cerrado la caja, y nos priva la vista de su tesoro; no vaya á ocurrírsete pedirle que vuelva á abrir, y ni aún digas que te has entretenido mirándolo; sería capaz de pedirte el tanto por ciento, ó por lo menos, la comision.

Pero no creas que hemos perdido nada. Lo que voy á enseñarte es más curioso, y no podrá ocultarlo á nuestros ojos. Hemos visto la parte brillante de la miseria, sígueme y verás lo contrario.

¿No te ha llamado la atencion la extraña tapicería que cubre las paredes?

¡Qué diversidad de colores! ¡Qué confusion de dibujos!

Entre las flores abigarradas de un pañuelo de yerbas y el alegre dibujo de un percal francés, asoman los cuadros azules de un colchon ó la amarilla superficie de un lienzo.

Todas esas telas encierran algo, todos esos bultos están señalados con un número.

Ordenadamente colocados en anaqueles de madera, esperan la hora fatal que ha de sacarles de su reposó, señalando el reinado de un nuevo dueño.

Acaso te admirarias, y aun tal vez llegáras á suponer caridad en el corazon de un prestamista, si yo pudiera desenvolver ante tus ojos todos esos líos; no sería de seguro viendo

aquel juego de sábanas de riquísima holanda guarnecida de encajes, ni aquella mantelería adamascada que aún conserva el olor y el tinte oscuro de la fábrica; pero ante una camisa de mujer de áspero lienzo, cien veces lavada ya; ante un vestido de percal ya sin brillo; ante unos calzoncillos de algodon, usados, de seguro me preguntarias:

—¿Y esto? ¿Qué se puede ganar con semejante mercancía?

¡Ah, incauto forastero! ¿Ves ese inmenso monton de andrajos? Pues eso produce más que los brillantes relojes de oro y las deslumbradoras piedras que antes viste. Aquellas, representan la tiranía del orgullo; estos, la necesidad del estómago.

Un hombre puede privarse de jugar, de llevar guantes ó de ir á un baile de máscaras; una mujer puede vivir, aunque con trabajo, sin una moña de tirabuzones; el uno y el otro, necesitan indispensablemente comer. Y el ángel guardador de este cielo, el San Pedro de este paraíso, que sabe pesar el oro y el hambre, medir el lienzo y la miseria, dá por las alhajas la tercera parte de su valor y la décima por las ropas.

Así como hay en Madrid quien para lograr una peseta para comer, empeña sus únicos calzoncillos, hay otro que necesita comprarlos; no tiene veinte reales, que es lo que cuestan en la tienda, viene aquí y los encuentra por ocho.

Vuelve, pues, su honra al encargado de la casa, que suponerle caridad seria una injuria, y abandonemos la ropa blanca, pensando en que mañana registrarán muchos de esos bultos las manos de alguna prometida esposa, que no ha podido encargar en el *Siglo XIX* su equipo nupcial, y vendrá aquí á buscarlo con esa cara picaresca y esa alegría contagiosa de la mujer que vé próximo el dia de su boda.

. . . .

Gabanes de cien formas y de cien colores, pantalones de todas clases, chalecos hasta inverosímiles y, sobre todo, capas.

Hénos en el punto intermedio entre el arca de hierro y los anaqueles.

Inmenso depósito de ropas hechas, comparable solo con los almacenes de *El Aguila.*

¡Qué extraño contraste harian aquí reunidos los propietarios de todas esas prendas!

El de esa azul, ribeteada por un ancho dibujo de trencilla negra, con embozos de seda y broches de plata, miraria sonriendo al del gaban que está al lado, zanquilargo elegante, que de seguro salió de aquí á cuerpo repitiendo á todo el que encontraba por la calle:

—¡Pero hombre! ¿ha visto usted qué noche tan hermosa? ¡Hace un tiempo primaveral!

En tanto que la naturaleza, siempre epigramática, condensaba su aliento en redondas gotas sobre las cerdas de su bigote.

¿Te choca no ver ningun frac? Pues eso y la especie de popularidad que esa distinguida prenda ha llegado á alcanzar en algun tiempo, está explicado con decirte que los fracs no se empeñan.

Comprenden los prestamistas que el que se hace un frac, es porque tiene dinero de sobra y, por consecuencia, no ha de venir aquí á buscarlo.

Para un caso de apuro en que un individuo necesita asistir á un acto oficial ó á una *soirée* de etiqueta, hay sastres caritativos que, como el dueño de una elegante sastrería de la Puerta del Sol, poseen un frac de historia.

El que te digo, ha estado en el patíbulo sobre las espaldas

de un escribano; en palacio, sobre las de un empleado de Ultramar; en el teatro Real, sobre las de un teniente de cazadores; y en casa de una conocida condesa, sobre las de un *sietemesino*.

Ya hemos visto el género. ¿Quieres que veamos ahora los comerciantes?

¡Cuánto siento que no se le ocurriera á Roberto Robert, cuando tomabas café con él en el *Suizo viejo*, hacerte dar una vuelta por el billar!

Acaso alli hubieras visto un señor bajito, delgado, ya de alguna edad, decentemente vestido, al que los mozos conocen bajo el nombre de Don.... Hombre metódico que entra en el café á las siete y media de la noche, se sienta próximamente en la misma mesa siempre, esperando que le sirvan el café, que no necesita pedir, porque en cuanto el mozo le vé entrar se lo sirve, item mas unas gotas de rom en la taza y un poco de leche en el vaso del agua, que paga siempre (!) y siempre dá cuatro cuartos de propina, escepto la Noche-buena que dá dos pesetas ó medio duro por el jarro de leche de almendras que el mozo le ha llevado para la colacion, y algun domingo que suele ir acompañado de su esposa, en cuyo caso dá seis cuartos de propina guardándose dos para una caja de fósforos.

Este caballero que no tiene ocupacion ni pleitos, que no escribe ni hace negocios, que no vá á la Bolsa ni á los ministerios, es el verdadero dueño de la casa de préstamos.

Seguro en la ciega confianza que le inspira su representante, no entra en ella sino muy de tarde en tarde para ver los

libros de entrada, salida y venta; y dando hoy seis ú ocho mil reales que á fin de mes subirán á nueve ó doce mil, vive tranquilo, sin temor de que le roben, sin que las revoluciones le conmuevan ni los cataclismos le asusten.

Es todo un hombre feliz. Chupa la sangre de la humanidad por los labios de su representante, en los que quedan el sabor acre y la amarga impresion, á él llega ya convertida en las dulcísimas vibraciones de los centines de oro, ó en los alegres matices de los billetes del Banco de España.

Pero no creas que es un desalmado, nada de eso. Oye misa entera los domingos y fiestas de guardar, y al salir suele dar dos cuartos al ciego que pide limosna á la puerta de la Iglesia.

Este es el principal. El dependiente ya le ves. Es un hombre rudo que, sin embargo, á fuerza de costumbre, sabe descubrir en el semblante y en las palabras del que á él llega, el grado de necesidad que hasta allí le ha conducido, y recuerda y confirma, aquello de

En las manos del pobre
el oro se vuelve cobre.

Él ocupa aquel puesto para tasar la miseria, esa es su verdadera mercancía, el objeto de su especulacion. Tiene el corazon embotado, y un momento de compasion sería para él un remordimiento eterno.

No me preguntes nada de su vida anterior. ¿Qué ha sido? No lo sé, ni te importa; más de un carretero llegó á príncipe; más de un príncipe ha ocupado el biombo de un memorialista. El hombre es hijo de sus obras.

Examinémosle al presente, pues la fortuna nos le presenta así.

Como todos los que hacen del dinero la única ambicion de su vida, ese hombre es un esclavo de su ambicion; pasa el dia y parte de la noche en esta estraña habitacion, mezcla de almacen y prendería, rodeado de trapos y diamantes, respirando la atmósfera de la miseria y del vicio, súcias las manos por el contínuo contacto del dinero, triste sin pensar en nada, lúgubre sin tener nada que llorar. Todos esos dramas que pasan ante sus ojos sintetizados en un cubierto de plata ó en un manton de capucha, no pudiendo penetrar en su imaginacion, crean en torno suyo una atmósfera de tristeza que le envuelve en su niebla sombría.

No necesita la piedra de toque para conocer el oro ni para apreciar su ley; la epidermis de sus dedos, callosa y súcia, tiene, sin embargo, una exquisita sensibilidad, desarrollada con el contacto del dorado metal.

Para que todo en él tenga un carácter extraño, luce, entre las solapas del mugriento chaqueton, que antes te hice notar, sobre la pechera arrugada y amarilla de su camisa, dos magníficos botones de pecho, y sobre el fondo oscuro de su chaleco de terciopelo una pesada cadena de oro que termina en el bolsillo izquierdo, aprisionando un reloj inglés digno de un príncipe. Él tambien paga su deuda á la vanidad.

No te diré que le gusta ocuparse de política, porque ya debes haber conocido que sí viéndole deletrear con trabajo, á través de los nublados cristales de sus gafas, un número de *El Imparcial*.

———

No te impacientes aunque pase la hora de comer, que no ayunarás estando conmigo. Yo te prometo en cambio de tu atencion un cubierto de veinte reales en LOS DOS CISNES. Te advierto que estos cubiertos no se empeñan.

Quiero que veas ahora algunos parroquianos. No tendremos que esperar mucho.

El timbre de la entrada ha sonado; hé aquí uno.

Es un niño. Debajo del brazo, y cubierto por un abrigo de forma y color indefinible, trae un bulto.

Mírale á la cara; no creas que vas á ver nada horrible. En ella, á pesar de la demacracion y la palidez del hambre, á pesar de esa expresion de cansancio que imprime la miseria en todos los semblantes, brilla la confiada alegría de la infancia. El suyo no denota tristeza ni desesperacion; viene sonriendo, sin preocuparse por el paso vacilante que le obligan á dar los tacones ladeados de unas botas sin forma, que dejan adivinar que en un tiempo fueron negras, á través del rojizo polvo de ladrillo que las cubre y que ha alcanzado á manchar hasta las medias, que se descubren entre las botas y el pantalon. Este apenas le cubre las pantorrillas; calcula el tiempo que hará que le lleva cuando tanto ha crecido.

Pero ni esto, ni la caprichosa forma de su sombrero de fieltro, mugriento y abollado le importan nada.

Viene á buscar el pan de mañana para la familia. El encargado de la casa le conoce ya; hace largo tiempo que es parroquiano. Primero traia á empeñar alhajas, luego ropas buenas, luego sábanas y camisas.... ¿Qué trae hoy? Míralo: una manta.

¡Una manta, y estamos en Enero! ¿Qué individuo de la familia tendrá frio esta noche?

El encargado examina la prenda y pregunta al muchacho.

—¿Cuánto?

—Dos duros, responde él.

—Treinta reales.

—Bueno, replica el muchacho haciendo un gesto de conformidad.

El prestamista llena los huecos de una papeleta impresa, abre el cajon y le dá veintiocho reales y medio. El niño coge las dos cosas, dá las buenas tardes y sale á paso ligero.

No te alteres, no le ha engañado; es que cobra por adelantado los intereses del primer año. Un real y medio, el cinco por ciento mensual, ó lo que es lo mismo, el setenta por ciento al año. No dirás que el interés no es módico.

El timbre suena otra vez. Ahora es un hombre; pero este no viene á empeñar nada; basta ver su porte y sus maneras para comprender que no lleva el bolsillo vacío. Se acerca á hablar al encargado; escuchemos:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes. ¿Qué se le ofrece á usted?

—¿Tiene usted á la venta algun reloj de bolsillo?

—Sí señor, vea usted.

El Prestamista abre el cristal del escaparate.

—Que sea cosa buena.

—Este; una áncora compensada....

—¿Y el precio?

—Cuarenta duros.

—Es bonito.

—Ya lo creo.

—Dígame usted, ese....

—Tambien es bueno, muy seguro.

—¿Y este de plata?

—Doscientos reales.

—No, el primero, el primero. ¿En cuanto me lo deja usted?

—Lo último, setecientos cuarenta. ¡Vea usted qué máquina!

—¿De qué es el guarda-polvo?

—De oro tambien.

—Permítame usted.... ¡Ay! no, no; tiene el clavillo del asa de acero.

—Pero eso no importa.

El caballero echa mano al bolsillo y saca un reloj.

—Yo queria una cosa así.

—Pues no tengo.

—¿Cuánto daría usted de empeño por él?

El prestamista examina el reloj con atencion.

—Diez y ocho duros.

—Bueno.... pues.... démelos usted.

. . . .

Aun no ha concluido el encargado de la casa de llenar la papeleta, cuando el timbre anuncia una nueva visita. Las pisadas que se oyen en el pasillo me indican que el nuevo parroquiano es un viejo....

Me he equivocado es una vieja.

Una vieja que, enjugándose los ojos con las puntas del pañuelo de la cabeza, y con voz entrecortada por los sollozos, presenta al prestamista un bulto que deposita con cariñoso cuidado sobre el mostrador.

¿Qué será?

¡Cosa rara! Un San Antonio de talla, que indudablemente debe tener mérito cuando el hombre de las gafas dá por él cuatro pesetas.

¡Contempla, amigo mio, á cuánto llega la tiranía del estómago!

Esa imágen es para la pobre mujer el mayor de los tesoros, la alhaja de la familia, el ángel protector de su casa. Cuando reza, no reza á Dios sino á su San Antonio. Es la materializacion de su fé, porque para ella no hay nadie que mejor cure las enfermedades y haga encontrar las cosas perdidas como su San Antonio.

Sin embargo, ¡tiene hambre! Y llora, pero le empeña.

Vámonos ya, porque por mucho que permaneciéramos aquí, no acabaríamos de conocer todas las clases de parroquianos; son infinitos.

Desde el pollo que por primera vez trae un reloj á *peñaranda*, hasta el asíduo visitador que un dia y otro viene aquí á empeñar ya lo suyo, ya lo ageno, librando así de la vergüenza á su amigo X ó Z, que aun desconoce la escalera de una casa de préstamos, hay todo un mundo de tipos y caracteres que no acertaria á describirte.

Vamos, pues, á comer á Los dos cisnes como te prometí, y por el camino me dirás qué te ha parecido la *casa de préstamos* y si estás satisfecho del *ciceronne*.

CAMPO-ARANA.

LA HORA DE LAS MODISTAS.

¿Has comido ya, forastero incauto? ¿Has reposado ya la comida, y has echado de sobremesa tu cuarto á espadas, charlando un rato acerca de la cosa pública, con tus compañeros de hospedaje? ¿Has saboreado ya el esquisito moka, colado por tu patrona con una servilleta, que más parece que te ha dado á beber cocimiento de trapo que infusion de café? ¿Has apurado ya hasta las heces (suple colilla) el magnífico cigarro que, con fé de bautismo americana, compraste en una tabaquería gallega?...

Pues... ¡ea! cálate ese inverosimil chapeo que denuncia tu provinciano orígen, enróscate en el cuello ese pañolon de lana que, con honores de bufanda, te agarrota el pescuezo y sirve de estímulo á las pulmonías, échate sobre los hombros la brillante capa de embozos churriguerescos que á tu llegada compraste (¡fué tu primer cuidado!) en el *Bazar de ropas hechas*, y... ¡vámonos á la calle! ¡sígueme!

¿Que á dónde vamos?. No tengas cuidado; no te llevaré á aquel infernal teatro de *á real la pieza*, donde anoche, al salir te hurtaron el cebollino de plata en que tú tenias puestos los

ojos, ni más ni ménos que si fuera un reloj de verdad; tampoco te llevaré al teatro de primer órden, donde anoche sufrió tu honestidad el tormento de las descotadas coristas; ménos te conduciré al otro teatro, donde te recitarian comedias en verso que, aunque el público hace como que las entiende, es lo cierto que ni el que las hace, ni el que las dice, ni el que las oye, entiende de ellas una palabra...

No, amigo mio, no: son las ocho, están al caer, como se dice vulgarmente; es la hora de las modistas, y quiero llevarte á la Puerta del Sol, á que presencies un espectáculo tan barato como animado y curioso.

«¡La hora de las modistas! dirás tú; pues qué, ¿en Madrid no se vé á las modistas si no á una sóla hora?» Sí, te contestaré, se las puede ver á otras horas; pero la hora clásica para verlas, para enamorarlas, para conocerlas, para admirarlas (si tú eres, como yo, de los que admiran á las modistas) es la hora de las ocho de la noche.

Cierto que podrias verlas por la mañana, cuando van al obrador; pero á esta hora acuden al trabajo descarriadas, y van de prisa y corriendo, para no llegar tarde. Esta se entretuvo demasiadoante el espejo, porque el bucle ó el tupé se rebelaron contrala autoridad del peine; aquella se retrasó dando cuatro puntos á su único vestido; á la otra, se le pegaron las sábanas por haber trasnochado la víspera más de lo necesario; otra... En fin, que á esta hora no se las vé juntas, formando grupos, en comunidad.

Tampoco es cosa de verlas á la una de la tarde, en que salen casi disparadas hácia su casa, donde el plato de garbanzos las atrae con fuerza irresistible; ni á las dos, en que vuelven precipitadamente á reanudar la interrumpida tarea.

No; la hora de verlas, es la hora en que estamos; el sitio preferible es tambien este; ten, pues, un poco de paciencia.

¿Quieres que, para hacer tiempo, nos demos una vueltecita por uno de sus talleres?

Allí veremos, rondando ya el encantado castillo que encierra estas huríes populares, al estudiante de medicina, que busca en el género modistil la distraccion que exige el continuado estudio; allí encontraremos al futuro Licurgo, que estudia primer año de leyes y segundo de modista, con notable aprovechamiento en esta última asignatura; no faltará allí tampoco el cadete que ha perdido ya todos los semestres que permite perder el reglamento y que ha ganado á estas fechas más corazones de modistas y más partidas de carambolas que dias tiene un año; por allí andará tambien un tipo poco frecuente, aunque muy curioso, el del empleado de 5,000 reales, que á pesar de sus cuarenta años de edad, no tiene más política que la del amor, ni más gobierno que el de su peluca....

¿No te lo dije? Allí los tienes paseando arriba y abajo, echando miradas cada vez que pasan por la puerta de la tienda de modas, atisbando por las rendijas del escaparate para ver si distinguen un solo rizo de su amada.

A veces se paran en la esquina, y miran en el reloj de la botica cuántos minutos faltan para las ocho; ora sacan un cigarro y piden lumbre al primero que pasa, para entretener el tiempo; porque al amante que espera, siempre le parecieron años

los minutos; ora se distraen mirando en la estampería próxima aquella historia de Abelardo y Eloisa, que hace un año se halla expuesta á la venta en el escaparate; ora tararean un trozo de ópera cursi, marcando el compás con las pisadas.

En aquel momento, mientras esperan sufriendo no pocas veces las inclemencias del tiempo, revuelven en la imaginacion el nombre de su dama; hacen de él anagramas, para buscarle consonante fácil, y encajarle en un soneto que hace dos semanas están *edificando*, ó bien piensan y acomodan la primer frase que han de decir en la conversacion de aquella noche, y si será más cariñoso «Amor mio» que «Morena de mi alma;» entonces tambien es cuando ordenan las quejas, si hay quejas que presentar, ó se preparan los elogios, si hay elogios que hacer.

¿Oyes el reloj de la Puerta del Sol? Una... dos... tres... cuatro... las ocho: ¡ya no pueden tardar en salir!

Pasa un minuto... «¡Se estarán poniendo los mantos!»

Pasa otro minuto... «¿Estarán recogiendo la labor?»

Pasan cinco minutos más... «¡Voto á...! dicen los que esperan; ¿qué apostamos á que tienen *remate*?»

Al fin se abre la puerta con rapidez: sale una, la más impaciente; luego dos; luego cuatro...

La que tiene *consonante* (que así llamo yo á sus novios) se dirige á él como una exhalacion; la que está sin él, emprende su camino con pausa.

Y aquí es el soltar la tarabilla, aquí el mover la sin hueso, aquí el precipitar las conversaciones.

—¡Cuánto has tardado Vd. hoy! dice uno.

—Tenía que concluir deprisa un vestido, responde ella.

—¿Hace mucho que estabas esperándo? pregunta una.

—¡Lo ménos una hora! contesta él.

—¡Si vieras qué poco me gusta hacer centinela! exclama uno, que por el tono dá á entender que vá á haber mudanza.

—¡Por usted me hubiera esperado hasta el amanecer! dice el que ha mudado hace poco.

Despues, estas parejas heterogéneas se pierden por las calles ménos concurridas, es decir: he dicho que se pierden y no he estado en lo cierto; he debido decir que se internan, porque, en cuanto á perderse, mi memoria no recuerda que una modista se haya perdido jamás.

Entre tanto, las que no tienen novio, se dirigen hácia la Puerta del Sol, porque (¡cosa rara!) las modistas, trabajen donde trabajen y vivan donde vivan, siempre pasan por la Puerta del Sol; ¿en qué consistirá?

Y esto es tan cierto, amigo forastero, que no tienes sino plantarte en cualquier punto de la citada plaza y te verás pronto rodeado de modistas de todas categorías; pasarán modistas por delante de tí, por la izquierda, por la derecha, por detrás, por todos tus costados.

Sale una procesion de ellas por la calle del Carmen, y entra

por la de Carretas; las que vienen de este lado, se marchan por la calle del Arenal; las que salen de la calle del Arenal, se van por la calle de Alcalá y, en fin, durante media hora no ves otra cosa sino modistas, amantes de modistas y pretendientes al amor de las modistas.

—¿Pero son modistas, me dirás, aquellas que vienen por allá, con manguito de piel y vestido de seda?

—Sí que lo son.

—¿Y es modista aquella de aspecto aristocrático, y de modales distinguidos?

—Sí tal, modista.

—¿Y es tambien modista...?

—¡Oh! forastero, no te canses en preguntar; todas las que ahora ves, lo son.

—¿Luego, hay más modistas que personas que necesiten de ellas?

—¡Yo lo creo! pero ¡muchas más!

—No lo entiendo.

—¡Tantas cosas no entenderás en Madrid!

Te hablé antes de la categoría de las modistas, y debo decirte que ese es uno de los caractéres distintivos de la clase. Las oficialas de reputacion, no se reunen por lo comun con las de inferior categoría, ni estas hacen migas con las aprendizas, á quienes llaman con sarcasmo *jergueras*, porque sólo se ocupan de coser los forros, *linós*, jergas y demás telas interiores de los vestidos.

Por eso verás un grupo formado de modistas en embrion, de crisálidas de modista y á unos cuántos pasos otro grupo de mariposas, mariposas que más tarde han de convertirse en gusanos y que han de acabar... como acaban las modistas, ó en un piso principal, alfombrado y lleno de comodidades, ó en una bohardilla desvencijada y desprovista de lo más indispensable.

Cada una de las que forman todos estos grupos, hace á las demás partícipes de sus secretos, y á esta hora precisamente, en que se acabaron las prisas y en que puede cada una disponer de un cuarto de hora para dedicarle á la conversacion, cuenta á sus amigas las peripecias de sus amores, ó los ensueños de un porvenir sonrosado.

Por eso las verás paradas en las esquinas, atropellarse unas á otras en el diálogo, murmurar de la compañera afortunada que hace seis meses que tiene un mismo novio, hacer hipótesis para deducir de dónde habrá sacado otra amiga unas botas que lleva, que lo ménos han debido costar cuatro ó cinco duros; caricaturizar las narices ó el sombrero de copa del amante que le ha salido á la Fulana; poner en tela de juicio todo lo que al gremio concierne; *cortar vestidos* á las maestras, y censurar, é inquirir todo lo que las rodea.

Al cabo de un rato de charlar y murmurar, el grupo se disuelve y las últimas frases se cambian en voz alta:

—¡Vaya, adios!

—¡Adios, Teresa!

—¡Adios, Pepa!

—¿Vas á madrugar mañana?

—¿Vas el domingo á *Carabanchel*?

¡Que no te olvides de lo que te he dicho!

—¡Oye!

—¿Qué?

—¡Que si ves á quien tú sabes, que le des espresiones!

—¡Y tú que no te niegues á ese infeliz!

—¡Chica!

—¡Qué!

—¡La mar!

Y se rompen filas, es decir, alzan el vuelo y los cadetes, los estudiantes, los veterinarios, y otros *cazadores* que estuvieron parados á alguna distancia del grupo esperando su disolucion, se lanzan como saetas en seguimiento de aquella en la cual fijaron sus miradas.

Suelen darse casos en que dos pretendientes distintos han puesto sus ojos en una misma modista. En este caso, el triunfo es del que más corre, ó del más osado, ó del que ella prefiere; el otro se retira con las orejas gachas.

¡Y qué perspicacia la de la modista para saber á la primera frase, al primer piropo, si le conviene ó no el hombre que la solicita!

Ella tiene, acerca de este particular, hecho un estudio tan minucioso, que la primer palabra de amor la retrata el caracter y las aspiraciones del enamorado y distingue desde luego, al que va con ganas de hablar, al que va á buscar acomodo, al que vá con buen fin, al que sólo desea una pareja para los bailes de máscara, etc., etc.

Y hay, en efecto, una gran diferencia entre el que se acerca á ella entre tímido y receloso, y la dice á media voz: «¡Qué bonita!» y el que, más emprendedor y descocado, se acerca con resolucion y exclama: «¡Me la comeria á usted!»

Al primero suele ella decirle con desprecio: «¡Cómpreme usted dulces!» y al segundo suele contestarle con semblante risueño: «¿Tanta hambre tiene usted?»

¿Y comprendes tú, forastero incauto, la inmensa distancia que hay de una frase á otra?

A las nueve de la noche ya no verás modistas por el centro de Madrid. Casi todas se han acercado ya á su barrio, y andan por las esquinas haciendo cábalas con sus amantes, proyectando diversiones para el domingo próximo, y dirimiendo esas cuestiones insignificantes que el amor ha dado á sus devotos para mayor incentivo y más vivo deseo.

Despues, un aprenton de manos, ó un beso fugitivo á que ha dado ocasion la oscuridad del portal, pone fin á la conversacion. El novio se emboza, y echa calle arriba, con el corazon oprimido, y la modista sube á su cuchitril, se aligera de ropa, cena pobremente y dá principio á la tarea para ella más enojosa, la de ser modista de sí misma.

Entonces, aquel vestido, tres veces trasformado, sufre una cuarta trasformacion; aquella manga que fué ancha, vuelve á ser estrecha; aquel vólante grande, se convierte en tres volantes pequeños; aquel trozo de gró, que antes imitaba una sola-

pa, sirve ahora para convertirse en lazo ó en escarapela; lo que antes fué sobre-falda caida, ahora será sobre-falda con bullones... Y al dia siguiente saldrá la modista, trasformada en figurin, gracias á su argucia, gracias á la sutileza de su ingénio, que sabe en sus propios vestidos vencer los inconvenientes que nunca vence en los agenos.

Terminada esta tarea á las doce ó á la una de la noche, la modista se desnuda, y... ¡que me escurro!

Ya sabes, pues, forastero lo que es en Madrid la hora de las modistas.

¿Quieres saborear las delicias del amor modistil? Pues plántate á las ocho de la noche en una de las avenidas de la Puerta del Sol, y á la primera que veas sin pareja, acércate con ánimo resuelto, y empieza tu conquista como mejor te se ocurra; pero teniendo en cuenta que de la forma en que hagas el amor depende tu triunfo.

No te olvides del «¡Me la comeria á usted!»

La experiencia me ha demostrado que es una frase de mucho éxito.

MANUEL MATOSES.

EL COTILLON.

I.

Recibe un *dandy*, tarjeta grande, de bristol y litografiada, rogándole «haga el honor de pasar la noche,» (1) en casa del ministro de.....; cartulina de menor tamaño, participándole que los condes de..... «se quedan en casa los jueves,» ó *carte de visite*, cuyo dueño manuscribe al pié de ella, que «recibirá» tal dia; puede estar aquel seguro de que todo eso equivale á *cotillon* por noche ó por invitacion.

Los marqueses de..... invitan á «acompañarle á tomar el the:» las señoras de..... convidan para una «representacion dramática;» pues ya se sabe, despues de tomarse la aromosa planta china, tras de admirar los versos de Ventura de la Vega ó de Narciso Serra, estamos en pleno *cotillon*.

Se verifica lo que en América llaman un «asalto,» á saber; que varias personas, muchas, se dan cita para una casa determinada y allí se improvisa un sarao, y que se baila; pues el complemento de todo eso es un *cotillon*.

---

(1) No hay otro modo de traducir *soirée* á no ser *velada* cosa propia solamente en dia de *verbena*.

los minutos; ora se distraen mirando en la estampería próxima aquella historia de Abelardo y Eloisa, que hace un año se halla expuesta á la venta en el escaparate; ora tararean un trozo de ópera cursi, marcando el compás con las pisadas.

En aquel momento, mientras esperan sufriendo no pocas veces las inclemencias del tiempo, revuelven en la imaginacion el nombre de su dama; hacen de él anagramas, para buscarle consonante fácil, y encajarle en un soneto que hace dos semanas están *edificando*, ó bien piensan y acomodan la primer frase que han de decir en la conversacion de aquella noche, y si será más cariñoso «Amor mio» que «Morena de mi alma;» entonces tambien es cuando ordenan las quejas, si hay quejas que presentar, ó se preparan los elogios, si hay elogios que hacer.

¿Oyes el reloj de la Puerta del Sol? Una... dos... tres... cuatro... las ocho: ¡ya no pueden tardar en salir!

Pasa un minuto... «¡Se estarán poniendo los mantos!»

Pasa otro minuto... «¿Estarán recogiendo la labor?»

Pasan cinco minutos más... «¡Voto á...! dicen los que esperan; ¿qué apostamos á que tienen *remate*?»

Al fin se abre la puerta con rapidez: sale una, la más impaciente; luego dos; luego cuatro...

La que tiene *consonante* (que así llamo yo á sus novios) se dirige á él como una exhalacion; la que está sin él, emprende su camino con pausa.

Y aquí es el soltar la tarabilla, aquí el mover la sin hueso, aquí el precipitar las conversaciones.

—¡Cuánto has tardado Vd. hoy! dice uno.

—Tenia que concluir de prisa un vestido, responde ella.

—¿Hace mucho que estabas esperando? pregunta una.

—¡Lo ménos una hora! contesta él.

—¡Si vieras qué poco me gusta hacer centinela! exclama uno, que por el tono dá á entender que vá á haber mudanza.

—¡Por usted me hubiera esperado hasta el amanecer! dice el que ha mudado hace poco.

Despues, estas parejas heterogéneas se pierden por las calles ménos concurridas, es decir: he dicho que se pierden y no he estado en lo cierto; he debido decir que se internan, porque, en cuanto á perderse, mi memoria no recuerda que una modista se haya perdido jamás.

Entre tanto, las que no tienen novio, se dirigen hácia la Puerta del Sol, porque (¡cosa rara!) las modistas, trabajen donde trabajen y vivan donde vivan, siempre pasan por la Puerta del Sol; ¿en qué consistirá?

Y esto es tan cierto, amigo forastero, que no tienes sino plantarte en cualquier punto de la citada plaza y te verás pronto rodeado de modistas de todas categorías; pasarán modistas por delante de tí, por la izquierda, por la derecha, por detrás, por todos tus costados.

Sale una procesion de ellas por la calle del Carmen, y entra

por la de Carretas; las que vienen de este lado, se marchan por la calle del Arenal; las que salen de la calle del Arenal, se van por la calle de Alcalá y, en fin, durante media hora no ves otra cosa sino modistas, amantes de modistas y pretendientes al amor de las modistas.

—¿Pero son modistas, me dirás, aquellas que vienen por allá, con manguito de piel y vestido de seda?

—Sí que lo son.

—¿Y es modista aquella de aspecto aristocrático, y de modales distinguidos?

—Sí tal, modista.

—¿Y es tambien modista...?

—¡Oh! forastero, no te canses en preguntar; todas las que ahora ves, lo son.

—¿Luego, hay más modistas que personas que necesiten de ellas?

—¡Yo lo creo! pero ¡muchas más!

—No lo entiendo.

—¡Tantas cosas no entenderás en Madrid!

Te hablé antes de la categoría de las modistas, y debo decirte que ese es uno de los caractéres distintivos de la clase. Las oficialas de reputacion, no se reunen por lo comun con las de inferior categoría, ni estas hacen migas con las aprendizas, á quienes llaman con sarcasmo *jergueras*, porque sólo se ocupan de coser los forros, *linós*, jergas y demás telas interiores de los vestidos.

Por eso verás un grupo formado de modistas en embrion, de crisálidas de modista y á unos cuántos pasos otro grupo de mariposas, mariposas que más tarde han de convertirse en gusanos y que han de acabar... como acaban las modistas, ó en un piso principal, alfombrado y lleno de comodidades, ó en una bohardilla desvencijada y desprovista de lo más indispensable.

Cada una de las que forman todos estos grupos, hace á las demás partícipes de sus secretos, y á esta hora precisamente, en que se acabaron las prisas y en que puede cada una disponer de un cuarto de hora para dedicarle á la conversacion, cuenta á sus amigas las peripecias de sus amores, ó los ensueños de un porvenir sonrosado.

Por eso las verás paradas en las esquinas, atropellarse unas á otras en el diálogo, murmurar de la compañera afortunada que hace seis meses que tiene un mismo novio, hacer hipótesis para deducir de dónde habrá sacado otra amiga unas botas que lleva, que lo ménos han debido costar cuatro ó cinco duros; caricaturizar las narices ó el sombrero de copa del amante que le ha salido á la Fulana; poner en tela de juicio todo lo que al gremio concierne; *cortar vestidos* á las maestras, y censurar, é inquirir todo lo que las rodea.

Al cabo de un rato de charlar y murmurar, el grupo se disuelve y las últimas frases se cambian en voz alta:

—¡Vaya, adios!

—¡Adios, Teresa!

—¡Adios, Pepa!

—¿Vas á madrugar mañana?

—¿Vas el domingo á *Capeyanes*?

¡Que no te olvides de lo que te he dicho!

—¡Oye!

—¿Qué?

—¡Que si ves á quien tú sabes, que le des espresiones!

—¡Y tú que no te niegues á ese infeliz!

—¡Chica!

—¡Qué!

—¡La mar!

Y se rompen filas, es decir, alzan el vuelo y los cadetes, los estudiantes, los veterinarios, y otros *cazadores* que estuvieron parados á alguna distancia del grupo esperando su disolucion, se lanzan como saetas en seguimiento de aquella en la cual fijaron sus miradas.

———

Suelen darse casos en que dos pretendientes distintos han puesto sus ojos en una misma modista. En este caso, el triunfo es del que más corre, ó del más osado, ó del que ella prefiere; el otro se retira con las orejas gachas.

¡Y qué perspicacia la de la modista para saber á la primera frase, al primer piropo, si le conviene ó no el hombre que la solicita!

Ella tiene, acerca de este particular, hecho un estudio tan minucioso, que la primer palabra de amor la retrata el carácter y las aspiraciones del enamorado y distingue desde luego, al que va con ganas de hablar, al que va á buscar acomodo, al que vá con buen fin, al que sólo desea una pareja para los bailes de máscara, etc., etc.

Y hay, en efecto, una gran diferencia entre el que se acerca á ella entre tímido y resuelto, y la dice á media voz: «¡Qué bonita!» y el que, más emprendedor y descocado, se acerca con resolucion y exclama: «¿Me la comeria á usted?»

Al primero suele ella decirle con desprecio: «¡Cómpreme usted dulces!» y al segundo suele contestarle con semblante risueño: «¿Tanta hambre tiene usted?»

¿Y comprendes tú, forastero incauto, la inmensa distancia que hay de una frase á otra?

A las nueve de la noche ya no verás modistas por el centro de Madrid. Casi todas se han acercado ya á su barrio, y andan por las esquinas haciendo cábalas con sus amantes, proyectando diversiones para el domingo próximo, y dirimiendo esas cuestiones insignificantes que el amor ha dado á sus devotos para mayor incentivo y más vivo deseo.

Despues, un apreton de manos, ó un beso fugitivo á que ha dado ocasion la oscuridad del portal, pone fin á la conversacion. El novio se emboza, y echa calle arriba, con el corazon oprimido, y la modista sube á su cuchitril, se aligera de ropa, cena pobremente y dá principio á la tarea para ella más enojosa, la de ser modista de sí misma.

Entonces, aquel vestido, tres veces trasformado, sufre una cuarta trasformacion; aquella manga que fué ancha, vuelve á ser estrecha; aquel volante grande, se convierte en tres volantes pequeños; aquel trozo de gró, que antes imitaba una sola-

pa, sirve ahora para convertirse en lazo ó en escarapela; lo que antes fué sobre-falda caida, ahora será sobre-falda con bullones... Y al dia siguiente saldrá la modista, trasformada en figurin, gracias á su argucia, gracias á la sutileza de su ingénio, que sabe en sus propios vestidos vencer los inconvenientes que nunca vence en los agenos.

Terminada esta tarea á las doce ó á la una de la noche, la modista se desnuda, y... ¡que me escurro!

Ya sabes, pues, forastero lo que es en Madrid la hora de las modistas.

¿Quieres saborear las delicias del amor modistil? Pues plántate á las ocho de la noche en una de las avenidas de la Puerta del Sol, y á la primera que veas sin pareja, acércate con ánimo resuelto, y empieza tu conquista como mejor te se ocurra; pero teniendo en cuenta que de la forma en que hagas el amor depende tu triunfo.

No te olvides del «¡Me la comeria á usted!»

La experiencia me ha demostrado que es una frase de mucho éxito.

MANUEL MATOSES.

EL COTILLON.

I.

Recibe un *dandy*, tarjeta grande, de bristol y litografiada, rogándole «haga el honor de pasar la noche,» (1) en casa del ministro de.....; cartulina de menor tamaño, participándole que los condes de..... «se quedan en casa los jueves,» ó *carte de visite*, cuyo dueño manuscribe al pié de ella, que «recibirá» tal dia; puede estar aquel seguro de que todo eso equivale á *cotillon* por noche ó por invitacion.

Los marqueses de..... invitan á «acompañarle á tomar el the:» las señoras de..... convidan para una «representacion dramática;» pues ya se sabe, despues de tomarse la aromosa planta china, tras de admirar los versos de Ventura de la Vega ó de Narciso Serra, estamos en pleno *cotillon*.

Se verifica lo que en América llaman un «asalto,» á saber; que varias personas, muchas, se dan cita para una casa determinada y allí se improvisa un sarao, y que se baila; pues el complemento de todo eso es un *cotillon*.

---

(1) No hay otro modo de traducir *soirée* á no ser *velada* cosa propia solamente en dia de *verbena*.

Este es el pretesto para que la fiesta dure mucho; pues el *cotillon* no equivale á un wals ni á una mazurka, sino á bastantes polkas y buen número de walses.

Si mi testimonio no basta, pregúntese acerca de su exactitud á los profesores de las orquestas que tocan en los grandes bailes y cuyos cotillones duran horas y horas. Su cansancio testificará por mí.

En las fiestas más reducidas, donde un par de pianos,—á veces uno solo;—desempeñan el papel de orquestas, los instrumentistas se renuevan durante el baile y con frecuencia, en más de una ocasion.

Y todo esto es natural, como que el *cotillon*, el verdadero *cotillon*, se compone de múltiples y variadas figuras, tan variadas y tan múltiples, como el director quiere. Por mejor decir; la variedad depende del poder ejecutivo del *cotillon*, del director: la duracion ¡ay! la duracion del poder real, del rey del sarao, del dueño de la casa.

No en todas las fiestas distinguidas hay *cotillon*: suele haberlo por el contrario en muchas cursis; en estas creen así *entonar* la fiesta: de aquellas se dice como causa de censura «no hubo *cotillon*.»

En algunas bailes de máscara anuncian *cotillones*: lo que allí se baila es la galop, désele el nombre que quiera.

El *cotillon* por fortuna no ha llegado aún á esas fiestas de Momo.

Antes de explicar, aunque sea ligeramente, lo que en estas páginas me incumbe narrar, hablaré de una persona ya antes citada: del director.

Un jóven *fashionable* avezado á bailar una y otra y otra noche, es el elegido director por los señores de la casa.

La pareja obligada de aquel es la dama en cuyos salones se verifica el sarao: cuando esta no baila es la hija mayor: hay escepciones si la señorita no valsa. ¡Qué raro es esto!

Conviene aquí decir que el *cotillon* es un combinado y prolongado vals.

Alguien le ha hecho componer de mazurkas y aun de polkas y de todo alternado. Esto ni es de buen gusto hoy, ni de esquisito *bon ton*. ¡Quién sabe mañana!

No olvidemos al director. Puesto de acuerdo con amos y criados, él hace reservar las sillas que en gran número han de hacer luego falta; él las hace colocar en alguna habitacion próxima á la del baile final: él examina las demas, donde puede haberlas adecuadas: esto es, ligeras y de fácil conduccion.

A él suele corresponder fijar el órden de las figuras cuando en estas se reparten objetos y presentes: á él de derecho si el *cotillon* es ménos fastuoso y más modesto: sin obsequio de juguetes.

Se fija una hora determinada para el comienzo, y como la concurrencia sea grande, siempre se principia despues. La cuestion de colocacion de las parejas, es gravísima muchas veces.

No basta que el salon sea espacioso, porque como en él necesitan colocacion cuantos bailan y la quieren muchos que no rinden culto á Terpsícore, la sala resulta siempre reducida para contener tanta gente.

Mucho antes de comenzar el *cotillon*, al principio de la noche, ó de una para otra, ó en el teatro, en paseo; ó en una visita, se pide y se obtiene el *cotillon*: hay quien permuta un baile ofrecido por el *cotillon*, á la pareja comprometida. Nadie quiere perder el *cotillon*.

Los novios no han menester de más que amarse para bailarla: lo primero que se baila en la noche,—generalmente un rigondon—y lo último, esto es el *cotillon*, es ya costumbre consagrada por el uso, que lo bailen juntos los que se adoran, ó sea los que suponen adorarse, mejor dicho, los que hacen creer en su adoracion.

El *cotillon* pertenece á los amantes, porque sí bien con la pareja se suele bailar poco, en cambio se puede hablar mucho.

Las mamás, que no ven satisfechas sus aspiraciones con que «haga la corte» á su hija tal ó cual galan, y que se irritan si le vén pasar á pié, á caballo, ó en carruaje, por delante de sus balcones, tienen que soportar resignadas dos ó tres horas de casi no interrumpido sonsonete amoroso al oido de las Filis.

Cuando dos amantes no pueden bailar juntos el *cotillon*, se les vé tan cabizbajos y zahareños, como quien asiste á drama sin traidor ó sainete sin cuchufletas.

Para los avisados, hay aun medios de poder decir con el adagio «del mal el ménos.»

En connivencia con el director... *cotillonero*, pueden armarse intrigas—ni más ni ménos que los prohombres políticos con los directores... palaciegos, para alcanzar el poder—para lograr una ó más vueltas de walses con el objeto de sus pensamientos. A su tiempo diré cómo es esto.

El *cotillon* va á comenzar pronto, y las parejas todavía no se han colocado en sus puestos.

Formando círculo ú óvalo oblongo, empiezan á sentarse pollas y pollos, dando estos la derecha, como es natural, á sus lindas compañeras de baile.

Varias parejas, concertadas de antemano, van llegando al

salon: no hay sitio para ellas: el director le proporcionará. Este inicia un trabajo de exploracion buscando sitio donde colocar más sillas; qué personas no le bailan, para que despejen la sala, y si están al lado unas y otras parejas, y despues que ha hecho traer sillas—las que hizo reservar antes,—y suministra asiento á todo el mundo, y se acomodan los walsistas, y despejan las mamás y los gallos, y se atestan las puertas de *mirones*—perdónenme las damas de ojos bellos; las que los tengan feos, y los hombres quedan autorizados para no perdonarme,—y, en fin, cuando ya el director cree que todos están preparados, bien situados y colocados, comienza el *cotillon*.

II.

La orquesta preludia un wals de Strauss ó Waldteuffeld, Gung'l ó Lammotte, Lanner ó Klein, y el director *cotillonero* y su pareja salen walsando al rededor del salon. Las de la derecha le siguen, y de cuatro en cuatro, ó seis en seis, dan su vuelta todos los que toman parte en el *cotillon*. Los que quieren, suprimen estas vueltas, y charlan mientras las mamás aviesas se desesperan y enfurecen.

En tanto que aquel almibarado pollo dice á su adorado tormento:—¡Vida mia!—la mamá de la «vida» del pollo promete llevarse á la niña antes del cotillon al próximo baile.

Por turno va sacando cada jóven dos señoritas de la mano, y ofrece á otro muchacho—amigo suyo, y de acuerdo con él

con gran frecuencia,—las dos flores, ó aves, ó colores del iris que aquellas le dijeron préviamente.

Elegir flor ó color distinto que el que vista la bella, seria desairarla. ¡¡Poquitas veces se han obtenido sonrisas de gratitud por acertar la flor nombrada!!

Vaya un apuro para el doncel á quien le presentan dos lindas hermanas, ó dos de sus asendereadas Dulcineas. ¡Oh! vacilacion, dudas del pollo!

Esta figura se presta á la malignidad como pocas. Tambien á la caridad. Vedlo.

Dos amantes hablan muy acalorados. Medio de aplacar sus iras: sacar á uno de ellos á hacer una figura.

Una lindísima, y hasta vaporosa niña, á quien se conduce, y siempre walsando, á una silla colocada en el centro del círculo ó en un extremo del óvalo, elige á cierto pollo á quien adora.

¡Al otro... al otro le dá á beber un vaso de agua!!! ó, para que aprenda á tener resignacion, le entrega ¡unas cuantas paciencias!! ¡Pobre jóven! Pero él se venga comiéndose las paciencias, que «los duelos, con pan son ménos» ó calma la sofocacion del sonrojo, bebiéndose á sorbos pausados el sorbete llamado *liso*.

El director ha podido ó no poner las figuras citadas, sustituyéndolas con otras más complicadas y confusas y de difícil y enojosa explicacion aquí.

Yo pongo las anteriores... (auténticas y usuales, cual las que citaré) como director que soy de este improvisado y manuscrito *cotillon*.

Un ramo de flores entregado á cada caballero, sirve para que ellos le dediquen galantemente á la persona con quien desean bailar.

Lazos de raso de colores, condecoraciones doradas y plateadas con figuras, leyendas, etc., etc., dan ocasion á que las bellas adornen las solapas de los walsistas que eligen.

Es muy en uso que en esta figura haya un cambio mútuo de obsequio entre las parejas respectivas; mas tambien otros no siguen esta regla, y entregan las flores á damas de las que no tienen pareja, lo mismo que ellas las condecoraciones á jóvenes *mirones*.

¡Ay, qué efecto producen los *intrusos*!—¡Fuera intrusos! gritaría alguno, si las reglas del buen tono lo autorizaran.

Las ninfas más bellas, las que tienen más amigos, reciben á veces dos, tres, cuatro, ¡muchos ramos!!! En cambio, alguna, sólo uno. ¡Siempre la desigualdad en todo!

Los walsistas mejor reputados entre sus relaciones, por llevar bien la pareja y dar las vueltas más rápidas y seguras, alcanzan dos condecoraciones, cuatro, seis, tantas, que confundidas unas con otras, parecen sus pechos de diputado radical.

En cambio, el que no alcanza ninguna, quien teniéndola, ¡la pierde! ¡infeliz! ese, sin color alguno, que rompa la severidad de su frac negro, parece... un senador tradicionalista en maitines.

Caretas ó antifaces de distintos colores, repartidos por igual á damas y caballeros, obligan á estos á bûscar á las señoritas que obtuvieron las de igual color.

—¡Oh, fortuna! el director del *cotillon* entregó antifaz blanco á mi amada, piensa el poseedor de un gran narigon de raso blanco.—¡Oh, el buen amigo cumplió su promesa!

Véase cómo un *cotillonero* puede tener sus paniaguados cual los políticos al uso del dia.

El amor se manifiesta en el diálogo de los amantes; pues un desairado pretendiente rompe el coloquio pidiendo á la bella salga á hacer la figura.

—¡Qué mala intencion! piensa el amante!

—¡Qué vengativo! dice para sus adentros la niña.

—Me alegro, añade la mamá.

El que causó tanto aparte.—Estoy satisfecho. Y saca á otra amiga, y á otra, y á otra, y cuatro galanes, y tiran cada uno de una cinta sujeta por el centro con un lindo juguete, y bailan juntos los que tienen las extremidades de la misma.

Cada señorita arroja al aire un globo, un *ballon*, como los que en el Prado hacen volar los niños, y el que lo alcanza, ¡oh, el que lo alcanza, conduce en vertiginosa vuelta á la dueña del globo, vvalsa con ella, y rómpese el *ballon*!

Esta figura tiene algo de infernal por el repetido tronar de los globos.



Gasas de distintos colores, sostenidas cada una por un extremo por bellas y blancas manos, y por no ménos *gantées*, pero mayores casi siempre por el otro, sirven de aérea techumbre á las parejas que van dando vueltas y vueltas por aquella fila formada por hermosas niñas y apuestos galanes.

—Ya se acaba, dicen las mamás.

—Ya se acaba, piensan los profesores de la orquesta, cada vez más cansados.

—¡Oh dolor, se acaba! exclaman los jóvenes.

El gran círculo de vvalsistas sentados, los dos grandes círculos, cuando la necesidad obligó á los hombres á formar otro detrás de las damás, por falta de espacio, se forma ahora de personas en pié.

Cada cual va eligiendo y bailando una sola pareja á quien quiere.

Al concluir reciben un número, y con él el objeto que le tiene marcado igual.

¡Cuánta preciosidad! ¡Qué prodigios de gusto delicado! Cómo los dueños de la casa agasajan con presentes de valor unas veces, de utilidad otras, caprichosos muchas, á sus convidados.

A veces, á los números, acompañan los nombres de las señoritas que han walsado el cotillon. Entonces el obsequio final es el mismo para todas.

Y el *cotillon* terminado, empieza la dispersion general del baile.



III.

Habeis asistido á un *cotillon*, amables lectores. Despidámonos; vosotros, aburridos, cual los que no bailan, y cansados como los que sí; y yo, muy triste de que en este baile sólo he sido director; mas sin iniciativa para elegir á mis bellísimas lectoras para dar una vuelta de wals.

Mas con buena voluntad todo puede arreglarse, y al efecto referiré una historia verídica.

En cierta figura de *cotillon* se repartieron elegantes cartitas donde decíase lo siguiente:

«*Mademoiselle*:

¿Voulez vous me faire l'honneur de dancer avec mois?»

Una de esas cartas iba dirigida á una lindísima niña arrebatada del báile antes de finalizar este, por la severidad de costumbres de sus tiranos (léase padres).

A su adorador, precisamente á su adorador, correspondió esa carta.

El desesperado con su suerte, al guardar el sobre con el nombre de la bella, dejó caer, sin advertirlo, la misiva malograda.

Otro *cotillonero* se la encuentra, y aquí, y por medio de estas cuartillas, se aprovecha del suceso, copia la epístola, y la remite repitiendo la invitacion respetuosa, galante y sinceramente á sus lectoras carísimas.

La que acepte, ya sabe que en el primer baile donde la encuentre, será su pareja de wals

EDUARDO DE CORTÁZAR.

DISTRACCIONES BARATAS.

Madrid es una poblacion eminentemente hospitalaria: sí señor. Aquí puede usted muy bien morirse de hambre, lo concedo; pero ha de concedérseme, que nadie se muere de fastidio: habrá quien carezca de pan; pero no quien carezca de entretenimiento: escaseará el dinero tal vez *(sí, se dan casos)*; pero abundan las distracciones.

Y cuenta que sólo hablo de las distracciones absolutamente gratuitas, pues si á enumerar fuese las que cuestan dinero, seria interminable mi tarea, á mas de ser del todo inútil, que harto sabe el *dineroso* en dónde y cómo puede invertir sus capitales, y en caso de ignorarlo—si un rico puede ignorar alguna cosa—no buscaría de seguro en un libro su consejero.

Siento en consecuencia como principio, estimado é incauto forastero, que no tienes una peseta, ó que si la tienes quieres conservarla, y en esta hipótesis doy comienzo á mis advertencias, en las cuales has de perdonarme que sea un poco desordenado. El orden ¿qué quieres? debe de ser una cosa muy

buena; pero tanto me han hablado de él, de tantas maneras me han mortificado en su nombre, que le profeso poca estimacion y hasta casi casi le tengo miedo.

Otro clasificaria quizás esas distracciones baratas, en periódicas y fortuitas, ó en diarias y anuales; procediendo con método, no faltaria quien las dividiese en universales, generales y especiales: tal vez no fuera del todo absurdo dividirlas tambien en constantes y accidentales; pero, ya lo he dicho, son muy otras mis aficiones; nada de método, fuera toda clasificacion; ¿aspiramos á divertirnos gratis? pues vengan las diversiones y vengan como venir quisieren: en el órden en que se nos ofrezcan, en ese mismo las tomaremos: que los métodos siempre incompletos de la ciencia, pruebas de la pequeñez de nuestro espíritu, se avienen mal con los procedimientos de la naturaleza que presenta confusos y mezclados entre sí los varios fenómenos que sin interrupcion realiza, sujetos acaso todos á leyes y métodos que nuestros sabios no han abarcado todavía.

Allí están, ¿los ves? no los métodos, los que se divierten grátis, como nosotros pretendemos hacerlo, como despues de nosotros, intentarán conseguir muchos.

Obstruyen la via pública, en verdad; molestan al transeunte que corre á sus quehaceres; impiden la libre circulacion; hacen imposible la entrada en las casas inmediatas, todo eso es cierto; pero se divierten.

En el escaparate de esa tienda hay un muñeco, y ese muñeco remeda un ingles estrafalario, rubio como son necesariamente todos los ingleses, para nosotros, y cuya cabeza colocada sobre un palo oscila con regularidad; ahí tienes una diversion; puedes mirarle cuanto quieras, tanto se paga por mirarle un minuto como por estar contemplándole seis horas, y si quie-

res dar alguna variedad á la distraccion, bastará que dirijas la vista á otros objetos que están en el mismo escaparate, relojes, candelabros, escribanías; ¿no te divierte esto? Pues nada, á otra cosa, que aun nos queda mucho que ver sin salir del ramo de escaparates y muestrarios.

Justamente, aquí tienes el del fotógrafo X: observa cuánto hemos adelantado en esto. Mira aquella chica de malicioso reir y de garganta *apetitosa*, ¿no sabes quién es? Pues es la celebrada Z..., de quien seguramente ha de haberte dicho algo cualquier paisano tuyo de los que estuvieron en Madrid el año pasado, que fué la época de sus triunfos y de sus aventuras ruidosas. Hizo su nombre célebre y deshizo el patrimonio del opulento N... Despues desapareció, y nadie sabe qué ha sido de ella: sólo nos queda su retrato colgado ahí, tal vez para memoria de sus adoradores ó acaso tambien para enseñanza de incautos: y observa bien que, en casos parecidos, si la contemplacion del retrato es barata, suele salir muy caro el acercarse al original. ¿Qué te parece ese comandante? Valientes bigotes, belicosa actitud, mirada altanera; si como obtuvo sus grados en las antesalas del ministerio, los hubiese ganado en el campo de batalla, su aspecto sólo habria bastado para hacer huir á una compañía. Mira á ese otro cómo se ofrece á la admiracion del vulgo, con su muceta, y su borla, y su toga, y su medalla y demás adherentes del traje del sábio. Las gentes no habrian caido en la cuenta de que ese caballero sabe muchas cosas: el hombre pudo escribir un libro, establecer una cátedra, presentarse á unas oposiciones, en fin, hacer cualquiera de esas niñerías que se necesitan ahora para acreditar la ciencia; él, no obstante—obrando cuerdamente—prefirió un procedimiento más sencillo: el de enseñarse con todos los arreos del

saber, y ahí le tienes tan sério y tan satisfecho de sí mismo. Hermosos hombros, hechicero cuello, seno admirable; parece que la vista se detiene en esa imágen con fruicion erótica. Es, creo, la célebre H... una de nuestras más aplaudidas artistas coreográficas: de noche baila *can-can* en el teatrito de... Allí luce los piés más perfectos y las más preciosas piernas que los escultores griegos hayan imaginado nunca; de dia ya ves las bellezas que muestra: así consigue que el público pase revista á todas sus perfecciones: ahora la ves aquí, despues la ves en el teatro, y has formado una cabal y completísima idea de todo lo que vale.

¿Pero qué ruido es este?... ¡Ah, bien! Justamente viene á buscarnos un entretenimiento de los nuestros. El sonido de esa corneta es desapacible é ingrato; pero ya verás como, así y todo, sirve para congregar y reunir en círculo á los que—como tú y como yo—buscan diversiones baratas. ¡Ea! ya se forma el corro, en el centro de él se coloca un pobre cojo que tira su abrigo y se ofrece en espectáculo vestido, *mutatis mutandis*, como los *artistas* de los circos ecuestres; pasea una mirada tranquila y majestuosa sobre los espectadores, y en tanto que un su acompañante, se ocupa en dar forma regular al óvalo no muy perfecto que aquel público improvisado forma, *cálzase* lentamente las castañuelas; hecho esto, arroja con desden las muletas, y principia un baile, entre nacional y extranjero, que no hay más que pedir, y que ciertamente ninguno de los espectadores seria capaz de imitar, si conforme tiene dos piés, tuviera cuatro. En lugar de este artista que baila en un pié, podrias haber visto á un sacamuelas que se entiende y baila sólo, ó á Perico el ciego, que canta en la calle, ó á un prestidigitador que canta en la mano.

En esta diversion, como en otras muchas parecidas, con las cuales tropezarémos de seguro en nuestro viaje de exploracion, el fin y acabamiento es idéntico: hechas las habilidades, verificados dos ó tres escamoteos, extraidas dos ó tres muelas, llegamos al trance de *pagar*—y no te asuste el vocablo, es potestativo en nosotros dejar de hacerlo;—la forma de esta paga varía: ya es sencillamente una limosna con que el hombre caritativo socorre al artista necesitado, ya es la compra de un elixir para el dolor de muelas, ó un antídoto á ataques de nervios, ó una pasta para afilar navajas, que el dentista (1) ó el Macallister callejero venden al transeunte que há menester de unas ó de otras cosas.

Insensiblemente nos hemos colocado delante de la librería de Duran, y á fé que si has de mirar lo que de libros nuevos y lujosamente encuadernados, lo que de carteles, láminas, caricaturas, almanaques hay en la puerta y en el escaparate, diversion tienes para tiempo: considera pues cuánto más emplearás, si penetras en ese santuario de las letras y miras, examinas y comparas los libros nuevos que, para tentar al aficionado, están á la vista. No te aconsejaré que ahora lo hagas, no en verdad, que tenemos tela cortada para rato; pero advierto que esta es otra de las distracciones baratas; máxime para el que, poco aficionado al estudio, puede mirar impunemente esos tesoros de la inteligencia; en otro caso podria salirte mal la cuenta, que hay libros allí para todos los gustos y es peligroso entrar cuando no hay costumbre de resistir ciertas tentaciones.

Ahora bien, si la pasion de los libros no es precisamente la que te domina, puedes con toda tranquilidad pasarte aquí tres cuartos de hora: miras bien la encuadernacion, ves las láminas,

examinas las portadas, y si consigues conservar en la memoria las fechas, los títulos de las obras, y los nombres de los autores, ahí tienes cómo y con cuánta sencillez puedes echártelas de sábio en el café con tus amigos, la mayor parte de los cuales, ni conocerán las obras, ni siquiera habrán oido hablar de los autores, ó cuando más tendrán de estos y de aquellas las mismas noticias que tú: sin que olvides cuando regreses á tu pueblo pedir un catálogo para conseguir, en mayor escala, el fin que ahora te indico.

Y no vayas á enojarte conmigo, si de mis palabras deduces que te tomo por ignorante: así es en efecto; pero ya comprenderás que yo no puedo tenerte por un sábio cuando me has escogido por guia... á mí... á mí que

ni soy sábio, ni docto, ni erudito,
ni ser *autor* siquiera me permito.

Como presumo que estarás fatigado, y como, con las unas y con las otras, va oscureciendo, me contentaré con indicarte á ese lado la fonda de Lhardy, donde puedes ver siempre el faisan delicado, la cabeza de jabalí, y el aristocrático *pate foi gras*, cuya contemplacion te pondrá en la más excelente disposicion para saborear los amarillentos garbanzos, la carne fibrosa y el rancio embutido que probablemente te propinará despues tu patrona. De la Dália azul, de las tabaquerías, de los puestos de periódicos, nada te digo; pero conste que son ó pueden ser para tí ocasion inagotable de entretenidas observaciones.

Con el propósito de que tomes aliento, paréceme del caso entrar en el café Suizo; pero como el ocupar una mesa sin tomar



algo no está bien admitido, pasaremos, si no te molesta, al billar: aquí descansas, y tropiezas al propio tiempo con otra de las distracciones baratas.

¡Oh! y por cierto que es de las más explotadas: curioso hay, abonado á diario, que toma asiento en el instante mismo de encender las lámparas y no lo abandona hasta la madrugada del dia siguiente. Para los aficionados á los lances de *la carambola* es verdaderamente uno de los recreos más anhelados, este de admirar á los *primeros espadas* (que en efecto hay entre ellos jugadores de primera fuerza) y verlos con toda comodidad, sentados en bancos que, si no son muy blandos, tampoco son muy duros, y sobre todo con luz, con buena compañía y al abrigo de la intemperie.

—¡Demonio! doce *carambolas* seguidas nos ha enjaretado ese muchacho, no es rana seguramente; ¡toma! y gracias á que la partida concluia con la docena, porque el mozo llevaba trazas de seguir por el mismo camino para un rato, cosa que, en mesa española, es mucho más difícil que en esas mesitas francesas, sin troneras ni azares, ni... pero basta de billar, y no olvides este recurso para alguna noche que no tengas que hacer, ni dinero, y quieras distraerte.

¡Eh! cómo se nota el cambio de temperatura; y está lloviendo: ¡lástima que sea de noche! Si no, esta era una ocasion magnífica para pasar revista á los lindos cimientos de las transeuntes, y tengo para mí que habia de parecerte esta la más agradable diversion de cuantas llevamos estudiadas; y eso que—todo degenera—desde que la mujeres han dado en la flor de llevar pantalones, ese espectáculo ha perdido mucho de su atractivo.

¡Eh! ¡eh! no te acerques ahí, mira que van á... ¡Qué! ¿te has

asustado? si estaba diciéndotelo: yo veia ese figle inmenso apuntando á tu oreja, y dije: «cuando dispare la primera nota, lo asesina»; en fin, ya se pasó: vamos á separarnos un poco, y así, á distancia respetuosa, oiremos una serenata dada por la *murga*; es otra diversion barata.

Walses, habaneras, polkas, cuyo ritmo marcan invariablemente las mismas tres notas, únicas que salen de ese instrumento enorme que tanto te ha sobrecogido. Mira esas parejas de mozalbetes gateras y de astrosas pelanduscas que gozosamente han convertido la acera en salon de baile, sin cuidarse para nada de las molestias que este improvisado sarao puede producir á los que van de prisa: mira esos chiquillos desarrapados cómo se agrupan alrededor de *los tres profesores* mirando con admiracion los inflados carrillos del que sopla en el cornetin; mira por último, cómo á una seña del que entró á pedir la propina, los *artistas* envainan su metal debajo de las capas y se alejan perseguidos por los silbidos, los gritos y la rechifla de los muchachos y de los bailarines, que se vengan así de los que han defraudado, bien á su pesar, la esperanza de un rato de esparcimiento y de jolgorio.

Y no creas, ¡oh incauto forastero! que son de este jaez todas las serenatas, no; estarias muy equivocado. Serenatas hay á las cuales pueden asistir y aun asisten—si el tiempo lo permite—personas de muy buen gusto, tornando de ellas satisfechas hasta las más exigentes; pero, amigo, esas serenatas no son para todos los dias y entran, por lo tanto, en el número de las distracciones escepcionales.

Cuando llegan los dias de un ministro, cuando dan una comida á un personaje, cuando algunos discípulos quieren obsequiar á un maestro bien quisto; entonces, anuncian los periódicos...

Y á propósito de periódicos, aquí tienes la calle del Rubio, y esa algazara y ese bullicio inaguantable, indican que pronto saldrá por ahí, por esas calles de Dios, *La Correspondencia*.

No es tampoco desaprovechable este cuadro para nuestro propósito. Sólo la imaginacion de Víctor Hugo—á quien habrás oido nombrar alguna vez—sólo su imaginacion, repito, si ya no recurrimos á los soñadores, á los Hoffman ó los Edgard Poe, puede concebir algo parecido á esta realidad: mezcla confusa de muchachos y de mujeres, de niñas y de hombretones, todos sucios, todos desgreñados y casi desnudos la mayor parte, gritando, codeándose unos á otros, revolcándose por el suelo como locos, atronando con sus gritos, escandalizando con sus obscenidades, y volviendo todas las frases que emplean en insultarse mútuamente, para insultar juntos al infeliz que tiene la desgracia de entrar incautamente en ese sitio, para ellos reservado.

Restablécese el silencio por un rato; pero no te fies, ahora están dándoles *el papel* en el vestíbulo; lo ves, sepárate, sepárate pronto: no hay quien resista el empuje de esa verdadera irrupcion: no corre más seguramente el gamo perseguido, ni el corcel estimulado por hábil ginete que esos demonios con sus fardos de *Correspondencia*, que van entregando, sin pararse, en varias esquinas del tránsito á otros que, á su vez, emprenden la carrera, con que en pocos minutos ha llegado el diario noticiero á todos los rincones de Madrid.

Dices que tienes hambre, es justo: ha pasado con exceso la hora de comer, y tu estómago—centinela avanzado de tu economía,—tiene razon mil veces dando la voz de alerta; una hora hace ya que me avisó el mio de que nos hemos entretenido mucho; pero, como acaso yo no vuelva á tener el gusto de

encontrarte, y como á fuer de castellano y de Madrileño, necesito cumplir mi ofrecimiento, no me separaré de tí sin que te haga para despedirme, algunas advertencias.

Las distracciones de que juntos hemos hoy disfrutado, con otras que he omitido de intento, por juzgarlas un si es no es pecaminosas, son por decirlo así, las ordinarias: tan numerosas, como estas son las extraordinarias.

La verbena de San Antonio de la Florida, que es:

la primera verbena
que Dios envia,

las de San Juan, San Pedro, la Vírgen del Cármen, Santiago, San Lorenzo, San Cayetano, San no sé qué ni sé cuántos: la romería de San Isidro, las férias, las páscuas de Navidad, las semi-romerías de San Anton (?) y San Ildefonso, proporcionan al curioso una série nunca agotada de distracciones que, si á mirar y oir te limitas, entran de lleno en el gremio de las baratas.

Que en Carnaval paseando por las calles para ver las comparsas de estudiantes—ó cosa así—que por ellas discurren, te distraerás grandemente, no hay necesidad de decírtelo. Puede ser que los *postulantes* te importunen colocando con obstinacion y sin gracia su gorra debajo de tus narices; pero tú debes de saber, y por si tú no lo sabes yo te lo digo, que

contra el vicio de pedir
hay la virtud de no dar.

Bien que aun para evitarte esa molestia puedes llegar hasta

el salon del Prado, acomodarte en uno de los bancos de piedra, que alguno hallarás desocupado si bajas muy de mañana, y allí, que nada han de cobrar, permaneces hasta bien entrada la noche ó hasta que te canses de divertirte. No tengas cuidado: comparsas, máscaras, estudiantinas, no han de faltarte, con lo cual te habrás divertido ó no eres hombre de gusto.

Si hubieras de permanecer entre nosotros algunos años, tambien llamaria tu atencion acerca de otras distracciones baratas—y observa que no te hablo de los paseos, porque los *paseos* de Madrid y la gente que por ellos *pasea*, capítulo aparte merecen—digo, pues, que llamaria tu atenciona cerca de las conmovedoras y accidentadas distracciones que ofrece, pongo por caso, una apertura de Córtes, una gran parada en el Prado, los carruajes y los trenes vistosos que llenan la plaza de Palacio en dia de recepcion oficial, la procesion civil del dia Dos de Mayo y las inciviles de Viernes Santo, del Corpus y demás Minervas (así las llaman) con sus borreguitos y sus niños disfrazados; todo esto puedes ver, de todo esto puedes gozar sin gastar un maravedí; mira cómo tenia yo razon para decirte que en Madrid nunca faltan.....

A fuego, sí, sí, no me equivoco, tocan á fuego... Pues hombre, habia olvidado una de las distracciones de Madrid: ¡ah! los fuegos: verdad es que no todos los dias se muere un obispo, como dice el refran; pero en cuanto á fuegos, hay de ellos muy bien en esta ciudad de jaulas.

Vamos, olvida la comida como la olvido yo, y veamos eso: un fuego, un hundimiento, y sobre todo una ejecucion, son ya el *summum sibarítico* de las distracciones baratas; porq[illegible] de pensar que haya frecuentem[illegible] ivas elevadas per[illegible]; y es lás-

tima eso, porque cuando algo así ocurre, hay despues una diversion con buscar las señales de las balas, y el humo de la pólvora, y los rastros de sangre, algunos dias; pero no seamos ambiciosos, y ya que la Providencia nos proporciona un incendio, no desperdiciemos la ocasion.

¡Oh! un incendio es magnífico; el espectáculo es imponente; mira, mira con qué ímpetu se lanzan á los aires en repentinos arranques esas llamas, como si pretendieran arrastrar tras de sí, por las regiones de la atmósfera, el pesado edificio.

Te llama la atencion ver tantos espectadores inactivos, como nosotros: esto sucede siempre: los soldados y los voluntarios rodean la casa incendiada; las autoridades, las bombas y los operarios acuden á prestar sus auxilios; los curiosos miran con la boca abierta, oyen los gritos, observan á los que trabajan en los tejados, y cuando se cansan van desfilando y dejan á otros el puesto, como nosotros debemos hacer, porque esto parece que está ya dominado: ¡pche! ha sido este un fueguecillo de tres al cuarto, que no ha valido nada: ¡ah! si tú hubieses visto el del cuartel de los Guardias de Corps..... ¡Aquel, aquel sí que fué buen fuego, y no como estos que hay ahora! Lo dicho, todo ha degenerado. ¿Qué haces, hombre? ¡Ah! ¿que te han sacado el relój? Pues amigo, échale un galgo, puedes contarle con los muertos.

En fin, este percance completa la leccion. Yo te he dicho ya dónde puedes buscar en Madrid diversiones baratas. El relój robado te advierte que si no entras en los grupos numerosos con los ojos muy abiertos, estas diversiones baratas pueden costarte demasiado caras. Buenas noches.

A. Sánchez Pérez.

EL CAFÉ IMPERIAL.

Madrid es el pueblo de los cafés.

Y el de las tostadas con idem y sin idem; quiero decir, el pueblo donde se dan y se consumen más tostadas.

Entre los innumerables establecimientos públicos que llevan el nombre de Café, el que se deuomiua «Imperial,» es sin ningun género de duda, el que está situado en el punto más céntrico de todos.

Esta noticia, como ya habrá adivinado el discretisimo lector, no la doy para los habitantes de Madrid, sino para los que no hayan tenido la dicha de visitar la que fué un dia corte de los reyes españoles.

Situado como ya he dicho el café Imperial en el punto más céntrico de la coronada villa y en el mejor de todos, si no es el establecimiento de más lujo y en donde mejores géneros se espenden, puede muy bien sostener la competencia con cualquiera, y es por lo ménos donde más se nota la abundancia y el aseo, y en donde se alcanzan mejores vistas, gozándose de más animacion y más bullicio que en ninguno.

Una de sus fachadas dá á la gran calle de Alcalá, otra á la Carrera de San Gerónimo y otra, la de la parte de occidente, al espacioso perímetro circundado de elegantes edificios y animado de tiendas lujosísimas, á que se dá el nombre de Puerta del Sol.

Pero como no me he propuesto escribir un artículo descriptivo, aquí hago punto.

Colocados enfrente de las anchurosas ventanas del café Imperial por la parte que mira á la Puerta del Sol, se ofrece á la vista y consideracion de los espectadores el más curioso y variado panorama. No deja de darle animacion prestándole los coloridos con que la caprichosa fantasía reviste los objetos, cuando se encuentra escitada por un agente extraño, el humeante café que en periódicos y reposados sorbos van los consumidores trasegando desde la elegante taza en que lo sirven, al gran receptáculo que se denomina estómago, y que por ser un órgano tan importante que manda sobre todos los demas debiera llamarse autócrata.

Divísase al frente y colocada en el centro del perímetro nombrado Puerta del Sol, una hermosa fuente circular edificada de mampostería.

Esta fuente adorna y engalana dicho sitio y tiene entre otras, la particularidad de estar dotada de unos juegos y saltos de agua de gran mérito. Solo que, estos juegos, debe seguramente considerarlos el Ayuntamiento *juegos prohibidos*, ó como si dijéramos, juegos de *envite y azar*, toda vez que no permite nunca que el público los vea. En cambio otros juegos que no son de aguas sino de pesos duros, ostentan sus vistosos *saltos* á ciencia y paciencia de las autoridades y en sitios tan públicos como el que acabamos de nombrar, pues están

establecidos nada ménos que en la Carrera de San Gerónimo, la calle de Alcalá, la del Príncipe, y algunas otras no ménos principales que las antedichas. Estos juegos son los del Monte, la Lotería y la Ruleta.

Verdad es tambien que no se debe increpar al Ayuntamiento porque tenga en perpétua sujecion los juegos de aguas de la referida fuente, habida consideracion á que las pocas veces que los ha dejado funcionar, ha sido necesario mandar por las barcas del estanque del Retiro para poder atravesar por la Puerta mencionada, y no es cosa de que la Puerta del Sol se haga navegable, pues no todos los habitantes de Madrid se hallan en el caso de fletar un barco, y mucho ménos desde que por la gloriosa iniciativa de los gobiernos liberales, quedaron ó debieron quedar abolidas las matrículas de mar.

Pero sea de esto lo que se quiera, el caso es que la fuente de la Puerta del Sol constituye uno de los principales embellecimientos de aquel sitio y á no ser porque el arquitecto que la imaginó no quiso desplegar en su concepcion más inventiva y mejor nivelacion, y el cañero ó fontanero un cálculo más exacto, la obra en cuestion hubiera podido ser una maravilla. Otra vez se hará con más cuidado.

Pero volvamos á la mesa del café Imperial, en donde supuse á los consumidores tomando á sorbos el sabroso moka (vulgo achicorias con habas tostadas, salvo error de paladar) y contemplando uno de los más curiosos y variados panoramas.

Multitud de coches de todas clases cruzan y recorren la Puerta del Sol á todas horas. Desde el mísero simon, hasta la elegante victoria ó carretela del ministro; pues ya sabrán ustedes que los ministros tienen coche á pesar de la *gloriosa*, y no obstante las abominaciones que se hicieron de esta pícara

costumbre en discursos, folletos y periódicos, durante los calamitosos tiempos en que vivió «España sin honra.»

Por las dos amplias aceras que limitan el espacio donde pueden transitar los carruajes, un número incalculable de personas marchan con presurosos pasos y en distintas direcciones.

Otras forman grupos y en deleitosas pláticas se ocupan de lo que siempre y á todas horas se ocupan los españoles: de la cosa pública, de tomar el sol si es en invierno y de hacer tiempo. Porque esto de hacer tiempo es una *industria* que sólo en España se conoce y por lo que ya debia haber sacado un *privilegio de invencion.*

Y es de oir cómo en cualquiera de estos grupos, que generalmente se componen de cesantes, retirados, paseantes y otras gentes sin ocupacion, se arregla el mundo. Cómo se opina, y con sólidos argumentos se mantiene, que para dentro de dos años la Turquía habrá caido en poder de los *cosacos*, Austria se habrá anexionado á Prusia, el Portugal habrá trasladado su capital á Camberí y España habrá sido devorada en una merienda de negros cimarrones. Aunque, á decir verdad, este último vaticinio no sólo no es disparatado, sino que ya se está verificando.

Pero me ocupo demasiado de la Puerta del Sol y es el café Imperial lo que principalmente debe ser objeto de este artículo.

Tódos los cafés de Madrid tienen su aspecto, su sello, su carácter, su fisonomía particular, si es lícito expresarse de este modo.

El café Imperial tiene este carácter y esta fisonomía, mucho más distinta y más acentuada que los otros.

Casi todos los demás tienen sus funciones circunscritas á la noche, de dia están abiertos, pero es casi por fórmula.

El café Imperial es nocturno y es diurno.

Su concurrencia es casi igual en unas y otras horas.

¡Pero qué aspecto tan diferente, segun que sea de dia y de noche!

Durante el dia, toda, ó casi toda, su parroquia es masculina y se compone de antiguos y probados progresistas (es una observacion que hemos hecho en nuestra calidad de cronistas concienzudos); personas acomodadas del comercio y de la industria en escala muy alta, cómicos de los teatritos de á real por acto y de los de provincias, que vienen á la córte á asuntos propios ó del arte, empleados subalternos y subalternos militares (si es que ya quedan algunos de esta clase), toreros, alguno que otro periodista de los que no han ascendido á la categoría de genios (no en el concepto propio, sino en el de los demás), y alguno que otro *timbalero* (palabra que nosotros derivamos de las *timbas* y no de los timbales), *montero* ó *ruletero*, que cuenta á sus concolegas entre sorbo y sorbo de café, las *contrabizcas*, las *judías* y los *encarnados*; los *negros* y los *plenos* que se dieron en la *última sesion* (no del Congreso).

En las primeras horas de la noche, el café Imperial se anima con una vida extraordinaria.

Multitud de honradas familias y de matrimonios con hijas casaderas, pagan en aras de este semi-Dios de la moda y el buen gusto, *hasta cierto punto*, á quien se le llama café Imperial, el óbolo de su consideracion y su respeto, solemnizando con un chico de leche amerengada, ó con media tostada de abajo y su café correspondiente, el fruto arrancado á un trabajo perseverante y laborioso, y á una prudente y previsora

economía. ¡Quién sabe si entre la inmensa concurrencia que llena aquel café, habrá algun pollo ó algun gallo sensible (aunque sea pavo) que prendado de la modestia de las jóvenes, de su pulcritud al tomar la consabida amerengada, ó de su sobriedad al contentarse con la media tostada de abajo (que es siempre la parte más flaca de los panecillos), no doble la orgullosa cerviz al yugo de himeneo, en cuyo caso él es el que paga toda la tostada sin comérsela.

Pues de estos casos se dan muchos.

Pasadas estas primeras horas de la noche, el café comienza á despejarse.

Los teatros llaman á la concurrencia y solo se van quedando los que no tienen otra parte á donde ir.

Pero viene la segunda parte de la noche, y esta segunda parte, como todas las segundas partes, es siempre la más lastimosa.

Suenan las doce en el clásico relój de la Puerta del Sol y el café Imperial se vuelve á reanimar á sus sonidos.

Llegó la hora de las cenas, de los convites.

Se ha andado por la capital, se ha estado en el teatro, se ha leido *La Correspondencia*, se han comentado los sucesos políticos del dia, se han adquirido noticias, los colegios... (no los electorales, otros) han abierto sus puertas y suspendido su clausura, y... otra clase de gentes, otro mundo, otras escenas se representan en el Imperial.

Lo más florido de la belleza de Madrid acude á tales horas al café, que no se cierra lo ménos hasta las dos y media.

¡Qué de convites inesperados! ¡Qué de cenas tempestuosas! ¡Qué de bríndis!

¡Cuántos corazones, y cuántos pollos conquistados!

Y no sólamente pollos, sino perdices, pichones y gallinas.

Allí todo se conquista, ¡hasta chuletas!

Las discusiones sobre política principian, y dicho se está que se alza el grito hasta el último extremo del humano diapason, sin que se entienda nadie.

Allí se increpa á todos los gobiernos, á todos los partidos, á todas las instituciones.

Sin duda por estos ataques, que en tiempos de ménos libertad han ocasionado la prision de algunos individuos, se ha llamado á este café *la antesala del Saladero.*

Junto á la mesa donde se habla de política, hay tal vez otra donde se trata de literatura, y escusado es decir que lo mismo se entienden en la una que en la otra.

Así como de aquella no sale ningun gobierno con los huesos sanos, de esta salen desollados los autores, los editores, los cómicos y los empresarios. Y lo peor del caso es que estas tundas las llevan casi siempre con razon.

Dijimos que el café Imperial tenia más que todos una fisonomía propia, y efectivamente lo caracteriza la circunstancia de dar albergue en su recinto á una reunion de políticos, otra de literatos, otra de actores, otra de periodistas, otra de toreros, otra de músicos y danzantes, y... otra de última horà, en la que Vénus y Marte, y tambien Baco, son los encargados de hacer los honores á la concurrencia.

Basta de café Imperial. Al que no lo conozca, se lo recomendamos.

ENRIQUE G. BEDMAR.

UN ASALTO.

—

I.

—Lectores mios, ¿saben ustedes lo que es un asalto?

—¿No lo hemos de saber?—Me contesta alguno con el Diccionario de la Academia en la mano.—El acometimiento impetuoso que se hace de los muros de alguna plaza ó fortaleza, para entrarla por fuerza de armas.

—No, no es eso—añade otro.—Es el acto de sorprender de repente á las personas, como lo hacen los ladrones en los caminos con los pasajeros.

—¡Tampoco!—dice un tercero.—Es el acometimiento repentino y vehemente de las pasiones, y de otras cosas, como de la enfermedad ó de la muerte.

—¡No tal!—exclama un militar.—Asalto se llama el simulacro de combate que se celebra en la sala de armas entre aficionados á la esgrima.

—Y no fué malo—interviene un chico—el que dimos á la despensa de mi tia cierto dia en que por olvido se dejó puesta la llave. Entramos á saco con los jamones, é hicimos gran destrozo en los almívares y conservas!

—¡Asalto!—murmura una solterona sonriéndose dulcemente.—Me acuerdo del que aquel capitan...

—Pues no, señores; á pesar de las definiciones más ó ménos académicas de la palabra, no es de ninguna de esas cosas de las que me propongo hablar á ustedes, sino de cierta costumbre nacida en América, y que se ha aclimatado ya en España, ó á lo ménos en Madrid.

Y para describirla históricamente, es menester que se tomen ustedes la molestia de acompañarme á la isla de Cuba,—que nos pertenece todavía,—y que entren conmigo en uno de sus ricos y productivos ingénios, mucho más productivos y ricos que los que por aquí tenemos.

Porque un periodista, un poeta, un autor dramático, por muy inteligente y por muy laborioso que sea, apenas consigue ganar al año 24 ó 30.000 rs.; y los de por allá dejan una ganancia líquida de 40, 50 ó 60.000 duros.

Con que vean ustedes cómo los ingénios de azúcar son mucho más productivos que los humanos, aunque quienes los cultivan y explotan trabajen igualmente como negros.

II.

Es una tarde sofocada y calorosa del mes de Enero: el dueño de la finca, rendido de no hacer nada, se mece suavemente en la hamaca, pensando en los bocoyes que producirá la zafra, ó en los encantos de la *mulatica* Charo (Rosario.) Si quisiera dar mayor colorido de circunstancias al cuadro, describiria un centenar de negritos sudando la gota tan gorda, ó entregados á sus características danzas.

Pero nada de esto cumple á mi propósito, y me entretendria en inútiles y ociosas digresiones: con que vamos al grano, esto

es, al asunto, que estoy lejos de Madrid y he de volver pronto á él.

El ruido de una verja al abrirse y el eco de una campanilla clavada á ella, arrancan al hacendado de su sueño ó de sus graves meditaciones, y vuelve la vista hácia el que es osado á turbarlas.

La que entra es una mulata vieja, de rostro plácido, de mirada afable, de continente modesto.

—Buenas tardes, *niño* Pancho;—dice saludando con respetuosa familiaridad al amo del ingénio.

—¿Qué bueno te trae por casa, Belen?—replica el *niño* Pancho, que se acerca ya al medio siglo.

—Vengo de parte de mamá Chumba (Jerónima), á decirle que esta noche al anochecer vendrá con otros amigos «á darle un asalto.»

—Pues vé y díle que tendré mucho gusto en recibirla, y que lo encontrará todo preparado.

Y saltando de la hamaca con presteza, corre al interior de la habitacion, y convoca á la familia y á los criados de confianza, y les participa la inesperada noticia.

En un instante la casa presenta un aspecto inusitado de movimiento y agitacion. El negro cocinero recibe órden de disponer una expléndida cena para cien personas; el negro jardinero de talar los cuadros y acirates para formar gigantescos ramos de flores, mientras otro criado vuela á la poblacion más próxima en busca de pasteles y golosinas, y á traerse consigo todos los músicos que encuentre. Las señoras preparan en tanto sus lujosos vestidos y sus joyas; y al llegar la noche aguardan en la sala, hecha un áscua de oro de luces, la llegada de los *asaltadores*.

No se les espera con miedo ni con temor, sino con la sonrisa en los lábios y el contento en el corazon. ¿No vendrá entre ellos alguno por quien se interese el de las sensibles niñas, hijas ó hermanas del opulento Pancho? ¿No es *mamá Chumba*, la que acaudilla la expedicion, tia de un doncel apuesto y garrido, y además en buenas condiciones para casarse?

La velada iba á pasar triste y perezosa: ahora será alegre y brillante. ¿Qué le importan al dueño del ingénio los mil pesos que tirará por la ventana?

En efecto, no se hacen esperar los conjurados; aún no centellean los astros en el cielo y ya comienzan á detenerse á la puerta de la finca carruajes de todas clases y formas, desde el aristocrático landó hasta el popular quitrin.

Y de ellos salen hechiceras jóvenes y mancebos gallardos; y todos se saludan y abrazan con efusion y cordialidad; mientras Pancho y su familia, situados junto á la verja, lanzan gritos de júbilo al encontrar entre sus convidados individuos de su particular afecto ó estimacion.

El baile comienza á poco bullicioso y alegre, ejecutándose en él por multitud de parejas, lo mismo el rápido y vertiginoso wals, que las tranquilas y pacíficas habaneras; y no se interrumpe sino el tiempo preciso para restaurar las fuerzas con bebidas frias ó con delicados manjares.

III.

Pues bien, esa costumbre tan extendida y propagada en nuestras Antillas, y que es peculiar de aquellos paises hospi-

talarios, se ha introducido y arraigado entre la sociedad madrileña, aunque en medida menor y en más baja escala.

La fórmula es aquí idéntica; pero la forma es diferente:— Una hija del marqués de X... ó un hijo del conde de Z... son los jefes de la conspiracion: cuatro, seis ú ocho dias antes, reunen aquella ó aquel á sus amigos más íntimos, á los bailarines más infatigables, y acuerdan la fecha del asalto.

Es menester que no haya baile en otra parte; es preciso aguardar á que fulanita se ponga buena, ó á que zutanita regrese de su viaje; es indispensable, en fin, que mamá ó papá no sospechen nada, porque entonces buscarian medio de impedir la funcion.

El secreto, pues, se guarda con extraordinario sigilo; y hasta muy pocas horas ántes de ser sorprendidos, no saben los dueños de la casa que por la noche vá á haber un baile en ella.

—Pero, oponen asustada la madre ó disgustado el padre; ¡pero no hay tiempo para hacer los convites!

—Aquí tienes uno de los doscientos que hemos enviado.

Y la mimada y voluntariosa jóven saca del bolsillo una tarjeta de visita, en que los autores de su vida leen con terror estas palabras:

«La Marquesa de X. X. X. se queda en casa hoy jueves á las diez de la noche.—Se bailará.»

—¡Tú te has vuelto loca! exclama el Marqués, medio enfadado y medio contento.—Son las seis de la tarde, y no hay ya tiempo para disponer el buffet ni para buscar la música.

—Todo está previsto y arreglado, contesta su hija con un gracioso y petulante mohin.—A las once enviarán del café Suizo quinientos helados y trescientos cuartillos de naranja, de limon y de horchata; Lardy nos mandará mucho antes las

pastas y los *sandwichs*; de la confitería mahonesa vendrán cuatro platos montados y una arroba de dulces de todas clases. En fin, la orquesta de Gonzalez estará en su puesto al sonar la primera campanada de las diez.

—¡Y no has pensado que yo no tengo que ponerme! exclama la Marquesa sintiendo despertarse el sentimiento, innato en la mujer, de la coquetería.—Todos mis trajes son antiguos ó están muy vistos.

—He pensado en ello, y en tu tocador encontrarás uno precioso, que habia encargado para tí á Mme. Honorine.

A todas las dificultades, á todos los obstáculos, halla respuesta fácil y satisfactoria el gracioso diablillo que ha organizado la conspiracion: la madre, ante la perspectiva de un vestido nuevo, que hará resaltar las injurias del tiempo, ó los espléndidos restos de su belleza antigua, cede y se conforma; el padre, refunfuña un poco, mas al fin sucumbe tambien ante la dulce tiranía de aquella cuyos caprichos está acostumbrado á obedecer.

IV.

No todos los asaltos son tan grandes y magníficos como el que acabo de indicar: los hay de más reducidas proporciones, limitándose la concurrencia á treinta, cuarenta ó cincuenta personas, pertenecientes á la familia, ó de su mayor intimidad, que bailan al compás de un humilde piano, y á quienes se agasaja con un sencillo té ó con un modesto chocolate.

Semejantes reuniones tienen más analogía con sus modelos



de América, por la franqueza y la cordialidad que en ellas reinan.

Aunque el lujo sea menor, aunque las señoras asistan de vestido alto, y los hombres de corbata negra, la alegría y el buen humor no se interrumpen un punto solo.

Todo el mundo baila: lo mismo la doncella de veinte abriles que la casada de cuarenta; lo mismo el pollo imberbe que el hombre grave; así la matrona respetable que tiene allí cuatro ó cinco vástagos, que el tierno pimpollo de tres lustros, que no ha hecho aun *su entrada en el mundo.*

Ninguno de los presentes deja de echar su cana al aire; ninguno deja de recordar su tranquila ó borrascosa juventud; ninguno de pasar dulces y alegres horas de placer y de distraccion.

Grande distancia hay de esto á las fiestas oficiales ó á los saraos de etiqueta, en que nadie pierde su tiesura ni su formalidad; en que cualquiera señalaría con el dedo al que se atreviese á *perpetrar* un wals ó una polka mazurka despues de haber cumplido la edad que Espronceda llamó «de funestos desengaños;» pero grande distancia hay tambien entre lo que la gente formal goza y se divierte en una y en otra parte, en especial los dueños de la casa.

Así, á semejanza de la inocente y candorosa pregunta de aquellas monjas que se hallaban dentro de una ciudad sitiada, no es raro oir decir tambien á una mamá vetusta ó á un papá veterano:

—¿Cuándo nos asaltan?

ASMODEO.

MADRID SIN SOL Y SIN GAS.

Dos años hace que el modesto autor de este artículo formaba parte de la redaccion de un periódico, cuya gran decadencia solo podia compararse al fabuloso éxito que habia alcanzado en los primeros años de su publicacion. Siendo cortos los ingresos de dicho periódico y grande, muy grande su tamaño, los pocos escritores que constituíamos la redaccion, nos veíamos obligados á pasar la noche entera consagrados á su confeccion, hasta que el regente de la imprenta calculaba tener suficiente original para el número. Entonces, embozándonos silenciosamente en las capas, nos dirigíamos á nuestras respectivas viviendas, repartiéndonos por las calles de la córte, al tiempo precisamente en que se apagaban los faroles del gas y media hora antes de que empezase á clarear el dia.

Aquella media hora invertida por mí en atravesar de extremo á extremo la poblacion, me hizo conocer más de un secreto de la capital de España, más de una escena misteriosa, y que acaso no fuera nunca conocida, si no me resolviera á ser

indiscreto, impulsado por el deseo de complacer al director de la obra titulada *Madrid por dentro y por fuera*, que tanta aceptacion alcanza por parte del público.

Era de noche, y *sin embargo* no llovia; dicho sea con perdon de un novelista contemporáneo. Un diligente funcionario de la fábrica del gas, iba delante de mí apagando los faroles del alumbrado público, no atreviéndose sin duda á que los adelantos de la civilizacion moderna compitieran con la clara luz del sol. La precipitacion de aquel indivíduo era, no obstante, injustificada: la espesa niebla que me refrescaba el rostro, permitia suponer que la oscuridad seguiria dominando todavía durante más de una hora.

La población estaba en el mayor silencio, al ménos por las inmediaciones del Congreso de los Diputados, contra cuya escalinata tropezaba al tiempo de formular la reflexion anterior. A la entrada de la calle del Turco, se veian junto á una pequeña hoguera varios Agentes de Orden público, cosa muy natural, atendiendo á la ley de las compensaciones; pocas noches antes se habia cometido en la misma calle un horrible asesinato, y entonces no se habia visto en ella á un solo agente de la autoridad.

Nadie transitaba por la Carrera de San Gerónimo, pues para los que trasnochan era muy tarde y para los que madrugan muy temprano.

Solo algunos desgraciados de los que no tienen casa,—muchos niños entre ellos,—buscaban un ilusorio abrigo junto á la cerrada puerta de alguna rica vivienda y se encogian en

sus ángulos para presentar al frio ménos puntos vulnerables. Uno de aquellos infelices escitó vivamente mi atencion al escuchar que sollozaba; á sus piés, y como si tratase de defenderle con sus naturales armas y de calentarle con su calor, se dibujaba vágamente la figura de un perro. Probablemente aquel sér humano solo tendria en el mundo un amigo: el fiel animal que parecia defenderle.

El egoismo tiene el mayor de sus cómplices en el invierno; yo, que tal vez hubiera podido aliviar aquella miseria, pasé de largo. Queria llegar cuanto antes á mi casa, muy lejana todavía.

Seguí andando en direccion á la Puerta del Sol, oculta completamente por la niebla. Un ruido, siempre grato para el hombre, me hizo olvidar los pensamientos que me habian acometido poco antes: en un cuarto principal estaban contando dinero. Por las mal cerradas maderas de los balcones, se notaba en la habitacion una intensa luz y se percibia el rumor de una acalorada disputa. El sitio, la luz, las voces y el metálico ruido, se relacionaban íntimamente con el entornado porton, y hasta con el sereno que dormitaba en la acera de enfrente, y que, equivocando su lecho con la dura piedra, roncaba más que cantaba las horas.

Al tiempo de pasar yo junto á la casa referida, otro ruido apagó todos los citados, y, lo que es más raro, las luces del cuarto principal. Aquel ruido debia ser producido por un disparo de arma de fuego.

El sereno levantó la cabeza, pronunció varias palabras entre dientes, dió una nueva cabezada y volvió á roncar.

Yo seguí mi camino, poco cuidadoso de averiguar lo que pudiera haber sido el disparo, en la persuasion de que pronto

lo sabria por *La Correspondencia.* Apenas hube andado cien pasos, cuando volví á escuchar ruido de dinero y á los veinte pasos pude hacer la misma observacion.

Mucho dinero debe haber en Madrid, iba á exclamar involuntariamente; pero un hombre que caminaba delante de mí, me hizo guardar silencio. Aquel hombre llevaba á la espalda un gran saco, en el que iba metiendo todos los papeles viejos que encontraba en el arroyo, todos los pedazos de los carteles de teatro á que alcanzaba con la mano, ó con el auxilio de un gancho. Al lado de la riqueza se habia presentado la miseria; junto al vicio, el trabajo. La riqueza y el vicio eran inseparables en aquella ocasion, como en tantas otras; casi tan inseparables como el trabajo y la miseria.

La holganza no se habia acostado aún: la actividad llevaba algun tiempo levantada, segun el volúmen que presentaba el saco del trapero.

¿Quién sería más feliz así que amaneciera? ¿El jugador con el bolsillo muy ligero y la conciencia muy pesada, ó el mísero industrial con la espalda muy pesada y la conciencia muy ligera?

Quédese la resolucion de este problema para los aficionados. Yo, por el pronto, no traté tampoco de resolverlo, y proseguí mi camino hasta llegar á la Puerta del Sol.

Sus diferentes cafés estaban cerrados, pero ni aún en aquella hora descansaban sus sirvientes, á juzgar por el rumor de vasos y platos que permitian escuchar las mal cerradas puertas. Delante de las mismas se paraba acaso, ganoso de una imposible competencia, un industrial ambulante, cuyos gritos de ¡café caliente! se perdian en el espacio. Y eso que para justificar el calificativo de su pregon, llevaba algunas áscuas de lumbre en la parte inferior de unas inmensas y no muy lim-



pias cafeteras; respecto al líquido, á que llamaba café, renuncié de buen grado á su análisis y comprobacion. ¡Tan persuadido estaba de que era villanamente calúmniado!

Al entrar en la calle de Carretas, tropecé con un bulto, que permaneció inmóvil á pesar del encontron; una risa de mujer, que partia indudablemente de un balcon, me explicó el secreto de su estancia en una acera, expuesto á coger una enfermedad. Sólo un amante podia hacer centinela en aquellas horas y en aquel lugar; sólo el fuego del amor podia contrarestar el frio de la madrugada y la humedad de la niebla. El balcon estaba oscuro, sin embargo. El amante se condenaba voluntariamente á sufrir todo género de crueldades atmosféricas, con tal de cambiar á gran distancia con el objeto de su amor, esas frases que todos hemos dirigido y escuchado tantas veces en nuestra juventud.

Pasadas algunas casas, hirió mi vista una gran claridad que irradiaba á la calle desde el abierto balcon de un piso principal; en el centro de una sala, riquísimamente amueblada, se veia un túmulo mortuorio, rodeado de enormes blandones de blanquísima cera. Sobre el túmulo descansaba el cadáver de un hombre, vestido con un manto de caballero y cubierto de bandas y cruces. Una hermana de la Caridad rezaba delante de un Crucifijo; otras dos, vueltas de espalda á la calle, la acompañaban en su piadosa mision. Todo respiraba grandeza en aquel sitio; sólo faltaba el verdadero dolor. El cadáver de aquel hombre, que acaso habria ocupado en vida los más altos destinos de su pátria, recordaba al alma la fragilidad de las cosas humanas, y lo efímero de la grandeza; pero advertia al propio tiempo que la muerte no lo iguala todo, sino la tierra del c

La imágen de la muerte, tan impensadamente expuesta ante mis ojos, me hizo recordar, á pesar mio, unos versos que poco antes habia tenido ocasion de leer en la Cartuja de Granada, y seguí mi camino repitiendo con el anónimo autor de los mismos:

> Leyes y fin de tu estado
> procura observar, de suerte
> que cuando venga la muerte
> con ella te halle ajustado;
> estima el ser despreciado
> por Dios, y vivir penoso
> abraza pronto y gustoso,
> que si así vives y mueres,
> no habrá cuando cuenta dieres
> juicio ni juez riguroso.

Al entrar en la Concepcion Gerónima, ví otra luz en una altísima bohardilla. Allí seguramente no se jugaba ni se reia, allí no iluminaba el humilde velon ninguna escena de felicidad. ¿Quién sabe si la muerte habria penetrado tambien en aquella mansion? ¿Quién sabe si aquella luz serviria para velar á un enfermo, ó si algun desgraciado menestral aseguraria con un trabajo extraordinario el pan que pedirian sus hijos al despertarse, mientras que su sufrida compañera, venciendo al sueño y al cansancio terminaba la compostura de una prenda de ropa, cantando al niño que dormia en su cuna, ignorante de sus males y sonriendo entre sueños al porvenir? ¿Quién sabe si delante de aquella luz reflexionaba un sabio ó soñaba un poeta?

Casi al lado de aquella casa habia otra, cuyos inquilinos velaban tambien, al ménos los de la planta baja. Aquella tienda



era una carpintería, cuyos dueños se habian consagrado á una triste especialidad del ramo, la construccion de cajas de muerto. Y por aquellos dias no podian quejarse de su industria; el estado sanitario de *El Siglo Médico* acusaba un número exorbitante de defunciones, especialmente en los que padecian enfermedades crónicas. La estadística del periódico de medicina, era un excelente medió de averiguar si prosperaba ó decaia la industria del carpintero. Ya hemos dicho que se sentia trabajar en su taller: los médicos debian estar, por lo tanto, de enhorabuena y las familias de luto.

Pasé adelante, y cruzando rápidamente por la calle de Barrionuevo, donde en más de una madrugada habia encontrado bultos sospechosos, que me habian obligado instintivamente á echar mano á la cintura, para persuadirme de que no me habia abandonado el compañero reglamentario de mis nocturnas escursiones, desemboqué en la plaza del Progreso, tan oscura á la sazon como todo el resto de Madrid. Esta circunstancia me impidió ver una vez más la estátua torera del gran desamortizador, que sufre impasible los rayos del sol y el relente de la noche, sin que el Municipio le ponga un sombrero de copa, que acabaria de completar su carácter estético.

Pero, aunque la aurora no habia sacado aún sus blancos brazos de debajo de la manta, para abrir las puertas del Oriente, la poblacion del Sur de Madrid empezaba á levantarse. Cinco ó seis jóvenes salian alborotando de un café, cuya funcion dramática terminaba en aquel momento; se conoce que era de las que se representaban á beneficio del público. Algunas desgraciadas y repugnantes criaturas de otro sexo, les acompañaban, superándoles en sus blasfemas imprecaciones, y el atrevido dios del Amor, ébrio por la orgía, inspiraba á

unos y otras, acciones y pensamientos, que hubieran hecho ruborizar al más veterano carretero de la Mancha.

En algunas carnicerías se oia partir huesos, para poderlos dar al público en pequeñas fracciones y bajo la hipócrita denominacion de carne; las verduleras de los pueblos empezaban á circular; algun mozo de cuerda tomaba el aguardiente, y en lontananza se escuchaban las campanillas de las burras, que empezaban á visitar á sus amigos, seguidas de algunos buchecillos, á quienes aquellas carreras harian aborrecer á sus hermanos de leche.

La hora de las buñolerías habia llegado: todas cuantas encontré al paso estaban abiertas y ocupadas por una gran concurrencia. Las buñoleras ambulantes que salian de ellas, para colocar sus puestos, no daban á los citados establecimientos tanto carácter, como la presencia de algunos pájares de mal agüero, que se repartian en su rincon ilícitas ganancias; el monótono canto del borracho, que despues de haber dormido en el arroyo, se desayunaba con unas copas, midiendo su liberalismo por el de Riego y su generosidad por el duro que tenia siempre para convidar á los amigos; el sueño del muchacho al lado del horno, como lugar más templado, y los descocados saludos de las rameras de los barrios bajos, que interceptaban el paso á los pocos transeuntes que veian, introduciendo á voces grandes rebajas en la tarifa de su amor.

Madrid se despertaba: media hora más, y la vida de la córte volveria á recobrar toda su actividad. En aquella hora incierta, en que la noche parecia luchar con la aurora, en que á las sombras empezaba á faltar el silencio y á la luz la animacion de un pueblo laborioso y charlatan, penetré por la estrecha



calle del Meson de Paredes y crucé las pobres travesías que habian de conducirme á mi habitacion.

Omito de propósito el nombre de la calle, en que los mal retribuidos trabajos periodísticos me habian hecho sentar mis reales. ¿Qué importa, por otra parte, que aquella fuese de las más humildes de la córte, si en la habitacion que me permitia ocupar un propietario urbano, solo porque sus fincas radicaban dentro de una ciudad, dormian mis tiernos hijos, aguardando el beso con que debia interrumpir su sueño, diez horas antes comenzado?

Aquí pudiera terminar este artículo, si la casualidad no hubiera conservado entre mis papeles un maltratado número de *La Correspondencia*, del cual voy á permitirme copiar algunas noticias, que en su época no dejaron de causar alguna sensacion.

Dejemos la palabra al eco imparcial de la opinion y de la prensa:

«Esta mañana ha sido recogido por los agentes de la autoridad, un muchacho moribundo, que se guarecia en un portal de la Carrera de San Gerónimo. Al ser conducido á la casa de Socorro más inmediata, ha costado gran trabajo á los agentes separar á un perro que ahullaba junto al muchacho lastimeramente y que no ha consentido en separarse de la puerta del benéfico establecimiento que hemos citado.»

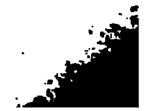
«En una de las casas de juego más céntricas, se promovió anoche un escándalo, que tuvo sensibles consecuencias. Un jóven, perteneciente á una honradísima familia, que habia dejado sobre el tapete verde una respetable cantidad que le habia

sido confiada por su padre, atentó contra su vida, disparándose un revólver junto á la sien. En aquel mismo instante, y aprovechándose de la confusion, otros jugadores apagaron las luces y se apoderaron de los fondos de la banca, motivando un verdadero combate, del que resultaron varios heridos. La autoridad entiende en el asunto. El cadáver del infeliz suicida, fué reclamado por su familia, cuyo nombre callamos por consideraciones fáciles de comprender.»

«Esta madrugada ha sido detenido un jóven en la calle de Carretas, por haberle sorprendido intentando abrir una puerta y haber tratado de huir al ser interrogado. Poco despues fué puesto en libertad. Parece que el amor le impulsaba más que la codicia.»

«Esta tarde ha sido conducido á su última morada el cadáver del Excmo. Sr. D. N. N., ministro que ha sido de la Corona cuarenta y siete veces, indivíduo de todas las corporaciones científicas de España y del extranjero, gran cruz de las Ordenes de Isabel la Católica y Cárlos III y una de las personas más importantes de nuestra patria. Su fallecimiento no ha podido ser más inesperado; un ataque apoplético lo ha originado. Cuatrocientos á quinientos coches seguian el carro mortuorio, y le acompañaron hasta el soberbio panteon de su familia. Presidia el duelo su jóven sobrino D. F. de T., heredero de la inmensa fortuna del finado, y uno de los más distinguidos caballistas de la córte. Le acompañamos en su dolor.»

«Varios indivíduos de ambos sexos han sido arrestados en la última madrugada, por causar un escándalo en un café-teatro, del que se habian escapado sin pagar el gasto, y llevando en cambio, como recuerdo del establecimiento, varias cucharillas de metal blanco.»



«Esta mañana era tan intenso el frio, que algunos serenos han tenido que ser auxiliados por la Beneficencia municipal.»

Todas las anteriores noticias, leidas ahora por mí, me recuerdan sin querer la época en que tenia forzosamente que estudiar cada veinticuatro horas lo que era, y continúa siendo, ***Madrid sin sol y sin gas***.

M. Ossorio y Bernard.

[redacted]

DOÑA GUADALUPE.

I.

«Dichosos pueblos aquellos en que todos, ó la mayor parte de los indivíduos de una familia se reunen al caer la tarde para tomar chocolate, rezar el santo rosario, y hablar un rato sobre lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas; costumbre patriarcal que estrecha más y más los lazos de parentesco, mantiene las ráncias amistades, hace olvidar las inquietudes de la vida y predispone los ánimos á un sueño tranquilo.

»Malaventurado este Madrid en que tan frívolo culto se rinde á la amistad, y donde apenas van quedando hogar ni familia, gracias, segun dicen á la cultura del siglo.»

Así exclamaba muchas veces doña Guadalupe, para la cual las horas habian ascendido á trimestres, segun lo pesadas que se le hacian.

Asomada á un mirador en el buen tiempo, y sentada al brasero cuando hacia frio, la pobre señora se aburria soberanamente. Siempre estaba sola, y en verdad, era digna de compasion.

Su marido, que habia mandado varias columnas de ejército y nunca logró ser obedecido en su casa, tuvo la precaucion

de morirse antes de llegar á viejo, con lo cual proporcionó á la viuda un haber pasivo de algunos miles de reales, suficientes para vivir con desahogo; pero no fué tan previsor en cuanto á haberla dejado algun hijo que más adelante hubiera podido procurarla nietos á quienes contemplar para entretener sus ocios.

La vista, que de puro cansada se le habia quedado dormida detrás de los anteojos, no la permitia dedicarse á leer sino muy cortos momentos, y como su timidez para el trabajo era notoria, la única distraccion que la quedaba consistia en regañar á los criados.

Pero este recurso era incompleto. Doña Guadalupe gritaba tanto desde por la mañana, que estaba ya ronca, y casi no podia hablar cuando apenas habia anochecido.

Andaluza de nacimiento, no tenia ningun pariente en Madrid, cosa en cierto modo inverosímil cuando se disfruta un pasar decente.

En cuanto á sus relaciones, habian sido numerosas; pero ya nadie la visitaba sino muy de tarde en tarde.

Hé aquí la causa:

Doña Guadalupe, cuya edad nadie habia logrado saber á punto fijo, pues con premeditacion y alevosía, sin duda, nació en una aldea que más tarde fué quemada por los franceses, habia sido una arrogante moza, segun voz y fama entre los que la conocieron, y aunque retirada ya á sus años de las lides amorosas, no pudo nunca reconciliarse con las mujeres, sus naturales enemigas de siempre.

Las viejas le parecian impertinentes y chismosas.

Las jóvenes despertaban en ella tristes recuerdos, absorbiendo todas las miradas, y poniéndola en ridículo no pocas veces.



No la gustaba, pues, sino el sexo fuerte; pero los amigos de su esposo la habian abandonado por completo, cuando más útiles podian haberla sido.

—«¡Ingratos! decia, ¡olvidarme así, debiéndome algunos hasta la vida que mi esposo les habia salvado!»

Y doña Guadalupe se hundia en lúgubres reflexiones, y se desconsolaba hasta el punto de derramar algunas lágrimas.

La situacion era horrible. La soledad habia llegado á hacérsele insoportable, y pensó sériamente en no continuar más tiempo retraida.

II.

Hacia sol.

Doña Guadalupe salió acompañada de su doncella á dar un paseo por las afueras de la puerta de Alcalá, y se encontró con D. Petronilo, antiguo amigo de su esposo.

Era D. Petronilo un viejo en conserva, alto, seco, de rostro simpático, aunque de carácter algo susceptible.

Su traje, que hacia algunos años no habia cambiado sino de valor, se componia de gaban oscuro, como el chaleco y el sastre que los habia confeccionado, y pantalon negro, como el porvenir de su dueño.

La moda habia dado vuelta muchas veces en busca de su sombrero; pero él la miraba con indiferencia, remontándose en sus propias alas á las regiones de lo desconocido.

Sin embargo, D. Petronilo era aseado por educacion ó por necesidad, y parecia *una ascua de oro.*

Doña Guadalupe y su amigo celebraron la casualidad de

verse despues de mucho tiempo, y continuaron juntos el paseo, recordando cosas de *ab-initio*.

Don Petronilo encontró á su amiga más amable que de costumbre y fué convidado á comer al dia siguiente, lo cual aceptó á vuelta de algunos cumplimientos al tiempo de despedirse.

Aquel dia lo pasó la viuda ocupada en disponer lo necesario para obsequiar á su amigo, no obstante su promesa de tratarle con toda confianza y de no hacer, por consiguiente, innovacion extraordinaria en el agasajo.

A las seis de la tarde, doña Guadalupe se sentaba rendida, esperando con ansiedad la hora en que debia presentarse el huésped.

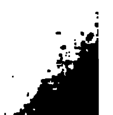
A este, por su parte, le sucedia lo mismo; el jueves era precisamente el único dia de la semana que le quedaba en blanco, á causa del reciente fallecimiento de un amigo á quien se lo tenia dedicado.

Porque es de advertir que D. Petronilo no comia nunca en su casa.

Hijo de una familia de regular posicion, la muerte de sus padres le hizo heredero único de unos pocos miles de duros que en su juventud no supo conservar, de modo que en la vejez no le quedaba más que las paredes de una tahona en un pueblo de la provincia, cuyos artefactos habia tenido que reponer por su cuenta el arrendatario.

Los alquileres los destinaba D. Petronilo á pagar el pupilaje ó alojamiento, á fumar y á reponer la ropa blanca, cuando las circunstancias se lo permitian.

Dicho se está que el pobre viejo no tenia recursos para echar, como vulgarmente se dice, una cana al aire, lo cual, á la verdad, hubiera sido muy difícil de todos modos, porque apenas



le quedaba ya alguna que otra en la cabeza, y toda la vida habia tenido la barba en despoblado.

Amante de la libertad, no quiso jamás casarse; é indomable como la cebra en este punto, habia rechazado cuantas ofertas se le hicieron en diferentes ocasiones para obtener un empleo honroso que le permitiera vivir con ménos estrechez.

Como generalmente sucede á los madrileños, D. Petronilo hubiera podido seguir con facilidad cualquier carrera científica ó literaria; pero lo desdeñó.

Tenia fama, sin embargo, de poseer un talento privilegiado y una instruccion vastísima, cuyas circunstancias, unidas á sus modales distinguidos y natural dón de gentes, le habian hecho acreedor á las atenciones que le dispensaban algunas familias ricas ofreciéndole un asiento en su mesa, pero evitando cuidadosamente herir su amor propio, porque sabian que no tenia calma para consentir que nadie le mirase con aire de superioridad.

Los niños le querian porque siempre tenia nuevos cuentos que referirles, y porque recortando el papel con las tijeras, les hacia en un abrir y cerrar de ojos infinidad de monigotes que el más hábil cisógrafo hubiera encontrado de muy difícil ejecucion.

Las personas mayores veian esto con gusto y sentian que llegase el momento en que D. Petronilo debia abandonarlas, porque los chicos armaban una algarabía del demonio, pidiéndole caramelos que no siempre solia llevar.

La hora sonó al fin, y el buen viejo se presentó en casa de su amiga, la cual, despues de haberle dado muy bien de comer, le obsequió á los postres con café, cigarros y licores tan exquisitos, que D. Petronilo creia un sueño lo que le pasaba,

no acertando á explicarse la largueza de la viuda, quien no siempre, en verdad, habia sido económica, sino hasta miserable algunas veces.

Pero no era esto sólo. Doña Guadalupe, que en vida de su marido, decia que D. Petronilo no le gustaba por lo pretencioso, y cuando viuda, porque nunca le habia exagerado su belleza, trató esta vez con ménos prevencion á su convidado, y aun haciendo uso de cierta familiaridad, le refirió cuanto sufria á causa de su aislamiento.

Don Petronilo comprendió entonces el interés de la viuda en obsequiarle y la compadeció interiormente, creyéndola poco purificada todavía.

No obstante, se esforzó en consolarla, y aún la prometió hablar á algunos amigos, aunque embozadamente, para ver si lograba que reanudasen las antiguas relaciones.

Doña Guadalupe, humillada en cierto modo, accedió á las indicaciones de su *protector*, y el resultado fué que el *jueves* siguiente acudieron á tomar café otras dos ovejas descarriadas no sin haber antes visitado, como era regular, á doña Guadalupe, quien los invitó gustosa, tanto porque en ello encontraba complacencia realmente, cuanto porque el uno solia ser senador y el otro era magistrado, y ambos podian servirla de mucho si las circunstancias la obligaban á necesitarlos algun dia.

III.

Al cabo de un mes, doña Guadalupe estaba casi consolada. Don Petronilo no habia faltado á comer ni un solo jueves,



ni sus otros amigos á jugar á la báciga despues de los postres.

Sin embargo, bien fuese porque la reunion era demasiado pequeña y la viuda temiera que los que la componian concluyesen por encontrarla monótona, bien porque pretendiera asegurar más el éxito, ó porque, finalmente, quisiese hacer una *calaverada,* pensó en dar una comida formal para solemnizar el dia de su nacimiento.

Don Petronilo halló la idea muy oportuna, asegurando que, á contar desde aquel dia, sus jueves serian soberbios en número y calidad de asistentes.

Doña Guadalupe pensó entonces en confeccionar la lista de sus convidados.

No queria llevar á ninguna mujer; pero tampoco todos sus *conocidos* merecian asistir á la fiesta.

Pasóles, pues, revista para elegir aquellos que mejor carácter, posicion y circunstancias reuniesen, y más pudieran honrarla en todo caso.

Muchas vueltas dió á su cabeza, pero seguramente doña Guadalupe se detuvo ménos en la confeccion indicada que algunos gobernadores de provincia en averiguar si besugo debe ó no escribirse con x.

Los elegidos fueron por fin: un diputado de oposicion, que el mejor dia podia ascender á ministro; un ex-alto empleado de palacio; un intendente, no sé en qué, pero que lo entendia; dos brigadieres de cuartel; un coronel y un comandante retirados; un profesor de matemáticas, al cual le habia salido bien la cuenta, y los tres indivíduos que ya conocemos.

A los dos dias se habian repartido las esquelas para el convite, las cuales produjeron tan maravilloso efecto, que hubo

quien olvidó pagar á sus acreedores, pensando en el festin de doña Guadalupe.

Unos decian que habria tenido alguna herencia cuantiosa.

Otros que le habria tocado el *premio gordo*.

Este que era de mal augurio tal cambio de carácter á sus años.

Aquel que estaba ya chocha.

Y en fin, no faltó quien sospechase si la pobre viuda tendria propósitos de contraer nuevo enlace.

Doña Guadalupe en tanto no se ocupaba más que de los preparativos del convite.

Durante los tres dias que debian precederle hubo en su casa más movimiento que en el campamento prusiano la víspera de la batalla de Sedan.

Se alfombró el comedor, se barnizaron los aparadores; se compuso la mesa que en muchos años no habia sido preciso armar, se cubrieron las faltas del empapelado y se limpió la vajilla, aumentándola con las piezas que modernamente habian aparecido y que doña Guadalupe no conocia ni de vista.

La señora presenciaba todas estas maniobras mudando de parecer cada minuto y tomando nuevas disposiciones que hacian ir y venir á las muchachas como correos de gabinete.

¡Pobre de la pulga que cayese debajo de ellas cuando se acostaban!... Doña Guadalupe misma pasaba la noche en un sueño.

IV.

El dia deseado llegó por fin.

La sala estaba adornada, si no con lujo, con cierta coquetería que en realidad habia distinguido siempre á doña Guadalupe.

La chimenea chisporroteaba: doce sillas colocadas al rededor de la mesa esperaban á los convidados con la mansedumbre propia de este género de Vitoria.

Doña Guadalupe se habia puesto de mil alfileres, sacando, como se suele decir, del fondo del baul los adornos para acicalarse.

A las siete de la noche, hora señalada para el sacrificio, no faltaba ni un solo convidado.

La comida no dejó nada que desear.

El diálogo, un poco reposado al principio, fué animándose á medida que los actores iban bebiendo sin ella.

Á los postres, el vino la habia hecho chispeante como una comedia de Breton.

Los vasos chocaron, y los brindis dieron principio por el profesor de matemáticas que se adelantó diciendo con *voz de sótano:*

Esta doña Gua
nos ha procurado
amus, cual de otr
por lo tanto, hoy
que otros cien añ
sobre

—¡Bravo!... gritó uno de los convidados derribando el candelabro de la izquierda por abrazar al profesor.

—¡Soberbio! exclamó otro descargando sobre la mesa un puñetazo que hizo rodar al compañero del que ya no lucía.

Y se quedaron á oscuras.

Afortunadamente no hubo que lamentar ninguna desgracia; pero encendidas las luces, se prohibió brindar en verso por lo que pudiera suceder.

El senador, el magistrado, el intendente, D. Petronilo y el ex-empleado de la *casa grande*, fueron parcos en el decir: el coronel y el comandante, ya no tanto; y de los dos brigadieres, el uno estuvo como una guindilla, y el otro como otra.

Pero doña Guadalupe no se enojaba por ello; al contrario, sus ojos brillaban como dos gotas de café, y sonreia á todos apretándoles las manos con fruicion.

El tema obligado era felicitarla, y cada cual le habia glosado á su manera.

Solo el diputado se permitió digresiones para decir que tenia un candidato al trono, á la sazon vacante, y cuyo nombre no tuvo por conveniente revelar, ni aun á la viuda que le habia distinguido entre todos colocándole á su derecha y cuchicheando con él durante la comida.

No dejó de picar el amor propio de doña Guadalupe esta falta de confianza, y aun no se dió por vencida; pero el ruido y la algazara de los convidados la hicieron mudar de conversacion.

El magistrado gritaba la cancion *Me gustan todas*.

Don Petronilo y el profesor *El Baron de la Castaña*.

Los militares el brindis de *Catalina*.

Y entre todos armaban tal escándalo, que más que una co-



mida de viejos, se hubiera podido [illegible]
merendola de estudiantes [illegible]
de los del baile de Piñata [illegible]

Pero todo concluye, y lo mismo [illegible]
Guadalupe.

A las once, la casa parecia un [illegible]

V.

No se habia equivocado D. [illegible]

Al mes de la comida, los [illegible] gó las lu-
habian aumentado de tal modo, [illegible] desperfec-
quieta á doña Guadalupe, quien [illegible]
nuyendo, si no la cantidad, [illegible] didato presunto
cigarros; porque el dinero [illegible]
habia tenido ya que rec[illegible] [illegible]RRA BALMASEDA.
podia disponer.

El recuerdo, [illegible]
[illegible] hació[illegible]

Pero [illegible]
cuand[illegible]

A [illegible]

Pero la capa no pareció.

Para atenuar el mal efecto, doña Guadalupe despidió á una pobre ayudanta que desempeñaba los quehaceres menudos de la cocina para llevar á sus hijos las sobras del festin.

No obstante, el dueño de la capa se declaró en huelga, y D. Petronilo y algunos otros contertulios empezaron á retraerse bajo fútiles pretextos.

La pobre doña Guadalupe buscaba á todo trance una receta que pudiera contener los progresos de la enfermedad.

Alegaba que en todas las reuniones hubo siempre trasferencias de este género, y que hasta en los palacios se habian extraviado algunos gabanes; pero todo fué en vano.

La tertulia iba de capa caida.

Ya no habia esperanza; doña Guadalupe tendria que volver á su soledad.

Esto era para desesperarse!

Sin embargo, su predilecto amigo, el del *candidato*, no habia dado importancia á la *cosa*, y á él acudió en consulta doña Guadalupe.

El diputado la prometió ocuparse del asunto, y efectivamente, un cuarto de hora despues sostenian aparte una conversacion animada.

El medio propuesto era eficacísimo; pero doña Guadalupe le habia creido siempre muy arriesgado.

La pobre señora accedió, no obstante, y aquella misma noche la báciga fué reemplazada por el *olivete*.

Cada puesta no podia exceder de veinticinco céntimos de real; pero esto no duró más que cuatro dias.

A los ocho se habia olvidado por completo el lance de la capa.

Al mes eran jueves todos los dias de la semana.

El *olivete* habia ascendido á *Chimborazo*.

Doña Guadalupe que, atendido al prodigioso aumento de contertulios, solo obsequiaba ya á los más íntimos, pudo al poco tiempo sacar del *Monte* las alhajas cuya custodia le habia confiado.

Todo marchaba viento en popa.

Una circunstancia imprevista, sin embargo, hizo observar que la baraja no tenia más que tres reyes.

El diputano dijo que aquello solo podia suceder por casualidad.

Pero la casualidad estuvo llena de bofetadas, apagó las luces, produjo algunas contusiones, y causó no pocos desperfectos en los muebles de doña Guadalupe.

¿Seria el rey que faltaba en la baraja el candidato presunto del diputado?

U. SEGARRA BALMASEDA.

LA TRIBUNA DE PERIODISTAS.

En una de las calles más concurridas de Madrid, y en la que el lujo, el vicio y la miseria se disputan á porfía el honor de la victoria, levántase un edificio que representa á la nacion, y sirve de ornato á la capital de la misma. Los habitantes de Madrid siempre tienen algo que admirar en aquel palacio, erigido por las artes pátrias; las gentes de fuera se fijan con la mirada en la parte exterior, pero con la inteligencia y la imaginacion en sus moradores, moradores que se renuevan periódicamente, segun los años y los sucesos.

Dicen los unos, «aquí se hacen las leyes;» dicen los otros, «aquí se declara la paz ó la guerra;» añaden los más, «en este santuario se oyen todas las opiniones y se inician toda clase de proyectos.» Los liberales, los que viven la vida de la libertad, guardan cariño y conservan respeto á aquella casa, que simboliza las instituciones parlamentarias; los tradicionalistas, los amantes de lo pasado, sienten desvío hácia la representacion nacional, porque envuelve el liberalismo moderno.

Al penetrar en el Congreso de los Diputados, se recuerda al punto aquel vetusto convento del Espíritu Santo, donde se oia

la voz del sacerdote y se prestaba oracion por una comunidad de religiosos. El sistema constitucional dejó desierto aquel edificio, habilitado más tarde para Cámara popular. Desde allí al teatro de Oriente, y desde el teatro de Oriente allí. Las Córtes españolas, en esta breve peregrinacion, dejaron fijadas las bases del sistema representativo.

Antes de ahora las Córtes tuvieron asiento en la Isla de Leon, conocida hoy por ciudad de San Fernando. Allí fué el primer punto de residencia para una Asamblea de eminentes patricios, que, despreciando el fuego enemigo y la invasion de guerreros vencedores en Europa, sostuvieron sin miedo y sin vacilación el principio de la soberanía nacional. Fecha memorable, la de 24 de Setiembre de 1810, apertura de las Córtes de Cádiz, que recordará con orgullo todo buen español. El teatro de la Isla, pobremente habilitado, con un simple recado de escribir y unos pocos cuadernillos de papel, en cuya cabecera se veia una silla de brazos y á los lados largos y estrechos taburetes, fué el primer palacio que ocuparon las Córtes en nuestro siglo. Luego en Cádiz; más tarde en Madrid, en el teatro de los Caños del Peral y en el colegio de doña María de Córdoba y Aragon (hoy Senado), y andando el tiempo en la iglesia de San Hermenegildo de Sevilla: la Cámara popular se ha visto alojada indistintamente en conventos, teatros é iglesias, y dentro de sus muros se dictaron las Constituciones de 1812, 1837 y 1845, siendo la de 1869 la única que fué discutida y votada en su propia casa.

Los conventos se trasformaron en salones de sesiones; los teatros se convirtieron en galerías y tribunas, y las iglesias, sin perder su ornamentacion propia, servian accidentalmente de poderoso auxilio al orador parlamentario.

Pero este estado de cosas tenia que desaparecer. La necesidad obligó á construir un edificio, cuyos planos, aprobados en público certámen, corresponden al arquitecto Sr. Colomer, y en 10 de Octubre de 1843 dieron comienzo los trabajos en presencia de la familia real, de los altos dignatarios del Estado y de los legisladores de la nacion.

El regente del reino, general Espartero, habia trabajado con éxito para llegar á este resultado.

Algunos años bastaron para concluir esta obra monumental que honrará al siglo XIX.

El arquitecto ha tenido que luchar con un desnivel considerable, pues llega á catorce piés en dos de sus lados, y con lo reducido del solar, dificultades ambas que superó el talento y la suficiencia del artista. Figúrense nuestros lectores que el Congreso mide una superficie de 42.692 piés, y traza un paralelógramo rectángulo poco prolongado. Pues bien; en esa situacion, y dentro de esa area, tenia que contener los departamentos principales y accesorios del Congreso.

La fachada principal tiene entrada por una gran escalinata, á cuyos lados se ven dos leones de bronce, fundidos en la maestranza de Sevilla, y cuyos materiales recuerdan la batalla de Tetuan, en donde tiendas, cañones, víveres y fuertes quedaron en nuestro poder. Seis columnas istriadas sostienen la cornisa que sirve de base á un frontispicio triangular, y en él se ve un bajo relieve representando á España en actitud de abrazar la Constitucion, rodeada de la Fortaleza, la Justicia, las Bellas Artes, el Comercio, la Agricultura, los Rios y Canales, el Valor y las Ciencias, con las figuras alegóricas de la *Abundancia* y de la *Paz*. Este trabajo es digno de la reputacion del escultor Sr. Ponzano. Aquella matrona que ocupa el

sólio, teniendo en la mano izquierda el cetro de los reyes y en la derecha el Código fundamental, base sólida de las libertades públicas, simboliza perfectamente el pensamiento del artista, y representa con exactitud á una gran nacion, de gloriosos recuerdos en la historia, que entra resueltamente en la vida parlamentaria de las sociedades modernas.

Pero penetremos en el interior del Congreso; subamos á la tribuna de la prensa para desde allí contemplar el techo del salon de sesiones, obra maestra del pintor Rivera. Los españoles célebres en las ciencias, en las artes, en la milicia y en la navegacion; los legisladores de la época antigua, media y moderna, y el recuerdo de esclarecidos monarcas, todo se encuentra perfectamente representado. Completan este trabajo algunos cuadros de historia del Sr. Madrazo.

Examinado el edificio en la parte que está á la vista del público y que antes de ahora fué descrito por ingeniosos y hábiles publicistas, veamos ya el ceremonial de las *sesiones*.

II.

A las dos y media ó tres de la tarde, llenas ya las tribunas de espectadores, se oye un prolongado ruido de campanillas eléctricas, que es el anuncio de que van á comenzar los trabajos parlamentarios del dia. El presidente, precedido de los maceros y acompañado de los secretarios, toma asiento en una plataforma elegantísima, desde la que domina á los diputados y al público.

Empieza la sesion con la lectura del acta anterior, y despues de ser aprobada, los diputados dirigen preguntas, hacen

ruegos y formulan interpelaciones. En esta parte, que suele ser la más animada como resultado de la iniciativa individual, los diputados jóvenes tienen un aprendizaje harto honroso para las lides políticas y parlamentarias. Que no se satisfacen por igual los haberes de clases pasivas en todas las provincias, dice uno; que el gobernador ha faltado á un artículo constitucional, dice otro; que el gobierno está en el deber de dar esplicaciones sobre la crísis anunciada ó resuelta, añade un tercero; y entre hacienda, política, administracion, diplomacia, milicia, enseñanza, obras públicas, se pasan una ó dos horas antes de entrarse en la órden del dia.

Discútese una proposicion, un proyecto de ley, un acuerdo privativo de la Cámara, y segun sea el objeto y la tendencia, así se observa mayor ó menor número de espectadores. Si el asunto tiene relacion con la política, afectando vivamente la existencia del gabinete, ó aunque sea de hacienda, el ministerio declara cuestion de confianza, los ánimos se hallan sobreescitados, y el Congreso presenta un espectáculo verdaderamente imponente. Los más hábiles oradores suelen tomar parte, y de discurso en discurso, de alusion en alusion, el calor se comunica á todas las fracciones de la Cámara, y los esfuerzos del ingenio campean en todo su explendor. El presidente, que no puede discutir, pero que le es lícito hacer cumplir el reglamento, tiene que improvisar siempre, meditando sus palabras y no hiriendo á las fuerzas vivas del Parlamento, porque el presidente representa á todo el Congreso y no á una de sus fracciones. Aquí es donde el hombre público dá muestras señaladas y relevantes de su talento, de su prudencia y de su serenidad, porque ante todo está el prestigio de la Cámara y el honor de su altísima representacion.

Pero cuando un orador querido del público, ó que ocupa un lugar señalado en la vida parlamentaria del país, sea tradicionalista, radical, conservador ó republicano, usa de la palabra ó se anuncia que hará uso de ella, puéblanse los escaños, y las tribunas no pueden contener á tantos espectadores y espectadoras que acuden al palacio del Congreso. El cuerpo diplomático se vé allí; los periodistas de opuestas opiniones están representados; el Senado tiene una tribuna independiente; el público aparece en todas partes, y las señoras, cuidadosamente ataviadas y elegantemente prendidas, completan el cuadro, dándole mayor animacion y colorido.

Oyese un ruido sordo, cada vez mas perceptible, cuando el presidente dice en alta voz: «El Sr. Castelar, el Sr. Figueras, el Sr. Obispo de Jaen, el Sr. Olózaga, el Sr. Moret, el Sr. Martos, el Sr. Sagasta, el Sr. Estéban Collantes, el Sr. Pí y Margall, el Sr. Romero Ortiz, el Sr. Nocedal, por ejemplo, tiene la palabra.»

Al punto cesan los murmullos, se detiene la respiracion y todo son oidos para escuchar al orador.

Empieza el discurso, siguen las afirmaciones ó negaciones, y óyense las palabras ¡*Bien*! ¡*Bravo*!

Algunos diputados interrumpen al orador, ya para asentir, ya para poner en duda sus palabras, y en la tribuna de la prensa discútese su verdadero sentido, hasta que el presidente reclama el órden, que casi siempre es obedecido por la sola autoridad de su nombre y del punto que ocupa. Aun en los momentos de mayor sobreescitacion, y cuando las pasiones políticas no dejan oir la voz de la prudencia, el presidente se hace respetar, conciliando los ánimos y procurando la calma en los espíritus agitados.



Continúa el orador aludiendo á los ministros y á las representaciones de todos los partidos, para que avivándose el debate tenga un alcance y una extension extraordinarias.

El gobierno se defiende, los partidos tambien, y de esta lucha de ideas y de intereses políticos, sale siempre la verdad.

Por punto general las oposiciones gustan más al carácter de los españoles, cuyo temperamento se escita y su valor se agranda con los peligros y dificultades. Verdad es que la oposicion tiene siempre horizontes más dilatados, y no necesita guardar los miramientos de la defensa. Por otra parte, todo gobierno y toda mayoría deben inspirarse en la prudencia y no dejarse llevar por los arrebatos de la cólera.

El público que asiste á estos actos, toma una parte en el triunfo de los grandes tribunos, aunque no pertenezcan á su comunion política. El genio encuentra siempre admiradores. Hasta las señoras, que son inofensivas en política, y deben serlo, participan del entusiasmo de la Cámara.

En la tribuna de la prensa se observa que aplauden unos y guardan silencio otros, oyéndose de vez en cuando observaciones que producen la risa ó recuerdan hechos de todos conocidos. Hay tal ingenio en la frase, ya sea maliciosa, ya benévola, que á veces suele contener en una palabra el verdadero juicio de un orador. Esto no impide la tolerancia política que existe para todas las opiniones y para todos los hombres públicos.

III.

Pero donde el debate toma proporciones, aunque en lenguaje familiar, es en la antesala de la tribuna de periodistas.

Allí se discute todo, y todo se pone á contribucion. Desde el internacionalismo más rabioso hasta la forma absoluta más refractaria de los españoles; desde las teorías de Hegel hasta las afirmaciones de Donoso Cortés; desde lo bello hasta lo sublime; todo es objeto de un análisis, ligero sí, pero animado y compendioso.

Los hijos de la prensa y los que de ella se valen para ganar honradamente su subsistencia, reunen claro ingenio, facilidad en el decir, lenguaje humorístico y una aptitud especial para manejar la sátira. Es preciso oirlos en las redacciones de los periódicos, ó en el saloncillo de la tribuna, para comprender todo el alcance de sus controversias. Escriben con la misma facilidad que hablan, y aun los trabajos serios de trascendencia política son redactados á vuela pluma, llevándose otros agenas glorias ó formando la reputacion de no pocos hombres de Estado.

Cuando se elige la mesa definitiva del Congreso, es costumbre, admitida de antiguo, que los periodistas feliciten al presidente, pero no una felicitacion con todas las reglas de los escritos oficiales ó diplomáticos, sino en renglones cortados, que pudieran llamarse verso, por la gracia que rebosan. Si el presidente electo ha pertenecido al periodismo, como acontece con frecuencia, la salutacion se dirige á recordar sus méritos y servicios á la prensa; si es orador, las condiciones de sus

discursos y la influencia de su palabra; si fuese publicista, la índole de sus escritos y el vigor de su estilo.

El presidente corresponde siempre á esta prueba de benevolencia, y es de ver á los periodistas, en amigable consorcio, deponiendo por un momento sus opiniones políticas para estrechar los lazos de union que existen entre la gran familia de la prensa.

De ordinario tienen lugar discusiones luminosas. Como á la tribuna concurren representantes de todos los partidos, se inician debates, que luego se generalizan en grande escala.

Los carlistas, su presente y su pasado; hé aquí un tema favorito. Allí se discute, no solo la política, sino los hombres, recordando todos los errores, todas las extravagancias, todos los defectos de la flaca humanidad.

La república, condiciones de existencia, es un punto que sostiene una discusion apasionada.

Los partidos conservador y radical, en sus relaciones con la situacion política, es objeto de exámen y controversia.

Los escritores carlistas, recios en el ataque, son vigorosos en la defensa. No se convencen fácilmente, porque adoran la España antigua y aborrecen la España constitucional. Y no basta decir que las condiciones de la propiedad inmueble variaron radicalmente, pues ha desaparecido la amortizacion, las vinculaciones y los mayorazgos; no basta recordar que las clases sociales tienen participacion en la vida política, y seria difícil despojarlas de ese derecho; no basta insistir sobre las modificaciones que han sufrido las leyes y las costumbres en armonía con las necesidades modernas. Todo en vano. Ellos recuerdan la historia de nuestros padres, las glorias de la España antigua en la ciencia, en las artes, en las letras y en la

civilizacion; la falta de creencias en la época moderna y el escaso respeto al principio de autoridad. Los liberales niegan lo de hoy, y no creen posible resucitar lo de ayer, y tomando argumentos de lo pasado, afirman lo contrario de los carlistas. La discusion se hace interesante, probando los partidarios de D. Cárlos que son instruidos, que valen como periodistas, que son constitucionales, sin quererlo ser, pues apelan á la controversia escrita y hablada para la defensa de sus principios, si bien alimentan una preocupacion constante en la segunda mitad del siglo XIX.

Los republicanos, fija la mirada en el porvenir y adelantándose á su tiempo, proclaman su ideal, le defienden, se encariñan con él y dicen á voz en grito que no hay institucion humana superior al gobierno del pueblo por el pueblo. Los conservadores lo niegan, los radicales defienden los acuerdos de las córtes constituyentes, los alfonsistas combaten la tésis, y de aquí surge un debate curioso é instructivo. Que la república funciona con regularidad en Suiza y en los Estados-Unidos; que el sistema económico es baratísimo, amortizando rápidamente su deuda; que todas las autoridades proceden del sufragio universal. A esto contestan sus adversarios que no ha funcionado con la misma regularidad en Francia y en las naciones Hispano-americanas; que los impuestos indirectos, ó sean sobre el consumo, están á la órden del dia y que es una necesidad el mantenimiento del ejército, mientras dure la paz armada. Se precisan los hechos, se sientan las premisas, se deducen las consecuencias, y despues de consignar el grado de riqueza y de explendor de la gran república, fundada por Jorge Washington, la controversia adquiere un carácter de actualidad. Los contendientes salen siempre airosos, quedán-

dose cada uno con su opinion, pero demostrando gracejo, estudio, competencia y dotes intelectuales de gran valía.

Que los conservadores no defienden la libertad, que los liberales no defienden el órden, acusaciones son estas que se oyen en la tribuna á cada momento. Y para dar más animacion al cuadro, se recojen todas las noticias del dia, se comentan, se les dá el barniz más ó ménos exagerado, segun el color político de la persona que las trasmite ó á quien se dirigen. Que entra el general Serrano en el poder, y se discute su personalidad y su influencia en la España constitucional. Que sube el Sr. Ruiz Zorrilla, y hacen lo propio. Que se indica al Sr. Rivero, al Sr. Sagasta, al Sr. Rios Rosas, al Sr. Topete, y basta la indicacion para que se afirmen ó nieguen servicios pasados, ya reconocidos por la opinion y por el país.

Que los alfonsistas están quietos ó se mueven; que los conservadores salen ó entran en el poder; que los republicanos batallan ó abandonan la lucha; que los carlistas esperan ó reniegan de la venida de su rey; que los radicales sostienen la libertad absoluta ó restringida: todo esto, y algo más, aviva las discusiones y agita los ánimos, aunque siempre bajo el punto de vista del respeto mútuo y de la mútua tolerancia.

Si un taquígrafo tomase nota de los discursos, interrupciones y apóstrofes, que allí se oyen, se veria cómo el ingenio y la gracia campean en aquella reunion amigable y cariñosa. Hasta es objeto de debate si todos ó parte de los ministros han nacido en Galicia, en Andalucía ó en Cataluña; si hablan bien; si visten con descuido ó tienen una fisonomía agradable. Es decir, los defectos naturales encuentran allí censores. En cambio, la calumnia ó la maledicencia rara vez hallan hospitalidad.

Las opiniones que se sustentan ó los proyectos que se defienden, son puramente personales, sin interesar directamente á los partidos políticos. Cada uno dá su parecer, sin prévia autorizacion. Como se trata de amigos benévolos y tolerantes, las conferencias solo tienen alcance y verdadera importancia dentro de la misma tribuna. Fuera de allí, los periodistas siguen el derrotero de sus hombres predilectos, de sus pasiones ó de sus compromisos.

Es muy frecuente oir en la discusion á un carlista, soldado de fila y respetuoso con el principio gerárquico, observaciones atinadas respecto al plan de campaña del Estado mayor de su partido; á un republicano amante de la libre iniciativa, sostener la incompetencia ó la responsabilidad, en cuestiones de fuerza, de sus representantes dentro y fuera del directorio; á un liberal llamar reaccionario á un gobierno que vive con el parlamento y con la Constitucion; á un conservador motejar de demagogo á un gobierno amante del órden.

En una palabra, todas las opiniones, todas las creencias, todos los pareceres, hasta todas las estravagancias, tienen allí defendidos y defensores. Y rara vez surge un conflicto, porque la educacion política y la vida de la inteligencia impone deberes y derechos que se aceptan por vocacion y se cumplen por nuestro asentimiento.

IV.

En la tribuna, no solo se discute política militante, esa política que enamora, fascina, subyuga y embarga los sentidos de la mayoría de los españoles. El teatro, los escritores dra-

máticos, los cantantes, los poetas, los músicos, los artistas, todo entra bajo el dominio de aquella asamblea.

Los periodistas, que en el mero hecho de serlo, constituyen el sistema parlamentario, en accion, no están por el consejo que encierran los siguientes versos de Góngora.

Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis dias
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente,
y ríase la gente.

No, los hijos de la prensa periódica serán pobres, porque esta es eterna maldicion de su raza; serán humorísticos, porque la política engendra ese estado de alegría; pero no pueden ser ni oradores monosílabos ni serviles devotos de la buena vida.

Entre hablar de política, de arte ó de costumbres de actualidad y *mantequilla y pan tierno*, como dice gráficamente Góngora, el periodista opta por el alimento intelectual, porque sin la palabra, repetida cien veces por minuto, no se concibe la existencia de un escritor público.

Puede suceder, y sucede á veces, que el autor se vea precisado, en fuerza del lenguaje hablado y escrito, á imprimir obras que vender al peso, como burlescamente dice el gran poeta Iriarte. Pero esta desventaja la lleva el oficio consigo, á cambio de otras adquisiciones, que si no son metálicas ni duraderas, les permite recorrer el camino de la gloria en este y en el otro mundo.

Que la comedia tal ó cual señala un movimiento de progreso en la literatura pátria, dice un periodista, y la pobre comedia sufre al punto un exámen mucho más riguroso que los teólogos y los ingenieros. Que la exposicion de bellas artes es superior á las anteriores, y todos los cuadros y todos los artistas salen á contribucion. Que la adquisicion de este ó aquel actor cómico, ó de tal ó cual cantante, no puede pagarse con dinero nacional, y los defectos aparecen enseguida. En una palabra, á la afirmacion viene la negacion, al aplauso sucede la censura, para quedar en definitiva en un término medio entre los admiradores de todo lo grande y todo lo ridículo, y los adversarios de lo bueno y de lo malo.

El periodista, lo mismo que el literato, descrito admirablemente por Mesonero Romanos en sus *Escenas matritenses*, necesita para trabajar con éxito la *esperanza de poseer*, pero no el *hecho de la posesion*. Si la riqueza se le viene á las manos, por cualquier causa, ó el dinero le entra de rondon en su domicilio, adios periódicos, libros, literatura; todo lo abandona ante el nuevo *becerro de oro*.

La pobreza, esa pobreza que tiene lo necesario, lo indispensable para vivir, dá fuerza y aguza el ingenio del escritor. Los grandes palacios, las comodidades de la vida, la satisfaccion de todos los caprichos, con muy raras excepciones, devuelve la calma y el deseo del estudio al periodista y al literato.

Pidamos al cielo que, como uno de tantos que viven y se alimentan de las letras pátrias, nos conserve Dios libre de toda tentacion metálica, y con la salud necesaria para trabajar honradamente por España y para España.

MODESTO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EN SAN ANTON.

En todos tiempos, en multitud de épocas determinadas ó indeterminadas, en la antigüedad y en el dia, en ciertos períodos y como sucesos aislados y extraordinarios, se celebraron exposiciones y ferias.

Las de Babilonia y Nínive, las de Tiro y Menfis, las exposiciones universales de París y Lóndres, la que se proyecta en Viena, las locales ó regionales, las nacionales, la feria sevillana, la cordobesa, la de Alcalá de Henares, la de Aranjuez, cualquiera tiene un punto de contacto con la que se celebra en Madrid actualmente el 17 de Enero.

En ésta, gente, mucha gente que vá y que viene, algazara, codazos y pisotones; y gente que iba y venia, y apreturas, ruido y bulla en aquellas.

En las exposiciones colosales, las máquinas; en la feria de San Anton, personas que lo parecen. Allí acudieron años há, y allá van cada 365 ó 366 dias, como si dijéramos, por máquina, por costumbre y por seguir la corriente de los habitantes de la villa del oso y el madroño, que asisten al paseo de la calle de Hortaleza, cual van al prado en la velada de San Juan,

y á la pradera de San Isidro en los dias inmediatos al 15 de Mayo.

A nadie mejor cuadra aquella pregunta y aquella respuesta que dicen:

—¿Dónde vas, Clemente?
—Donde vá la gente.

De exposicion y feria tiene además la fiesta de San Anton en las calles de la Montera y de Hortaleza, hasta la altura en que se halla situada la iglesia del colegio de Escuelas Pías de San Anton; que se exponen á la vista pública diferentes objetos, de féria, que el de la exposicion es la venta de los mismos.

Considerada como exposicion, fuerza es convenir que no exhibe grandes adelantos ni mejoras en la mercadería al por menor ofrecida al trato y comercio de los hombres; *estimada* como feria, hay que confesar que la principal mercancía no es para escitar el deseo de la gastronomía delicada.

Objetos que á todas horas se hallan en los puntos habituales de venta, y *panecillos del santo*, de no muy incitante sabrosidad, constituyen la parte de exposicion y feria.

A fé que si desapareciesen, no perderíamos gran cosa.

Es verdad que todavia nos acordamos por Setiembre y Octubre, de cuando *la feria* ó *las ferias*, segun otros de Madrid, se celebraban en la calle de Alcalá, y hay quien lamenta no se presenten tantos variados, añosos y envejecidos efectos á las miradas del anticuario y del bibliófilo, y si lo que constituye uno de los principales elementos de la fiesta de que hoy trato desapareciese, tendríamos que echar de ménos las indigestio-



nes que en honor de San Anton tienen lugar en Madrid el 18 de Enero de cada año.

Dejemos continúen constantes y evidentes los caractéres distintivos de cada localidad, siquiera sea el nuestro más genuino en muchas cosas el del atraer y el de la ignorancia, y veamos qué ocurria el 17 de Enero de 1873 en las antes mencionadas calles de la Montera y de Hortaleza.

Cualquier habitante de Madrid sabe que la calle de la Montera comienza en la Puerta del Sol. A los que lo ignoran diré, que desde esta Puerta (la cual no tiene quicio, cosa no extraña atendiendo á que tampoco hay puerta), se estendia una prolongada y doble fila de puestos ambulantes con diversidad de objetos á ambos lados de la calle.

El tránsito se dificulta bastante con esto; pero en cambio la aglomeracion de gente facilita que los rateros hagan de las suyas.

A derecha é izquierda se colocan puestos y vendedores; pero el lado de la izquierda es el más embargado por unos y otros.

Observado esto desde el nacimiento de la calle, pasemos al lado opuesto, y nuestras observaciones podrán ser así más libres y expontáneas.

Aquí hay un puesto de espon (no está demás ponerlas muy al alcance de los a afán); allá veo

otro de hules, pañuelos y piezas de lienzo sobre una sábana tendida en el suelo; enfrente, al otro lado, cucharas de palo; en una parte, pieles y manguitos, muñecas de barro en otra.

En un puesto veo hilos y sedas, en otro pantallas de papel, allá bellotas, aquí castañas.

Por fin apareció lo principal, lo genuino hoy, lo distintivo, lo *autorino*, por así llamarlo, los *panecillos*.

Los puestos en que se expenden esas golosinas, como dicen las mamás que no los quieren comprar, alternan con los de objetos de diversas clases.

Toda la calle ostenta puestos con mil baratijas más, cortaplumas y carteras, papel y sobres, merengues y churros, y viendo unos y otros, llegamos al frente de la casa conocida por de *Astrarena*.

Aquí los puestos de panecillos forman como una muralla, y ya entrados los concurrentes al paseo que se establece en la calle de Hortaleza, solo hallan *panecillos* en *todas* las esquinas y boca-calles de San Miguel, Reina (hasta Setiembre de 1868, hoy lo ignoro), Infantas (hasta igual fecha, hoy tampoco lo sé), San Márcos, Colmillo, Arco de Santa María y Gravina.

No tanto en la calle de la Montera, pero sí en la de Hortaleza, sobre todo hácia la proximidad de la iglesia ya aludida, los balcones de las casas se convierten en escaparates de la belleza.

Preciosas niñas (olvidando las feas), mamás cariñosas (tal vez alguna lo sea poco), vistosos vestidos (atendida la estacion, muchos son de lana), sombreros novísimos (confecciona-

dos generalmente por las que los llevan, ó por alguna primita habilidosa en tocados y prendidòs) y lazos y cintas en pecho y cabezas (no comprados, con seguridad, en casa de Codina, ni de Escribano), presentan un animado conjunto, un mosáico de belleza natural y artificial, adorno muy agradable al gustador de contrastes.

Tanta concurrencia en balcones y miradores, tiene por objeto asistir al espectáculo que ofrece la calle, cuajada de individuos de uno y otro sexo y de más de una condicion.

Unos van, otros vienen, en ambos sentidos respectivamente, y muchos vuelven y vuelven á pasar, y cuando una persona determinada los atrae con su sonrisa, con una ojeada furtiva ó una mirada insistente, la vuelta á la calle es más corta.

Pero conviene no extasiarse mirando á las damas, porque puede algun caballo significarse con distraidos donceles, aproximándose á estos más de lo necesario y conveniente.

Los ginetes que recorren la calle de Hortaleza, son de todas condiciones.

Ya es un *dandy* con bridaje nuevo y blanco, ya un *chalan* con manta jerezana sobre el lomo de su potro; despues un *chulo* de calzon ajustado, con borlas y flecos en las crines de un jaco de cola trenzada y entrelazada con cintas de raso azul ó encarnado.

Cuál adorna su hipócrifo con rosas y demás flores en las frontaleras; cuál reduce el lujo á estrenar un sillin.

Todos á porfía rinden homenaje á San Anton, presentando en ofrenda su cabalgadura, ya asnal, ya mular, ya caballar, porque San Anton la sacará de buen año, porque San Anton la mantendrá gorda y lucida, porque la cebada que coma allá junto á San Anton la librará de males y enfermedades propias de la especie.

Los ginetes dirigen la vista á los balcones con aire conquistador el uno, otro haciéndose el jacarandoso.

A las miradas suceden los saludos de amigos y conocidos. ¡Quién sabe si eso precederá á señas y *telegrafía* amorosa!

La tarde vá cayendo, la noche se aproxima, y antes de terminar la fiesta en la iglesia y el paseo en la calle, oigamos algunos diálogos cogidos al paso por el cronista exacto y fiel.

—¿Qué tal, doña Pepa (el interlocutor marcaba la pronunciacion grandemente sobre la primera sílaba del nombre de la vendedora).

—Con el burdel de esta calle no se vende ná. (En gracia de la brevedad, *doña* Pepa omitió la segunda sílaba del adverbio *nada*.)

Un vendedor (gritando).—Del santo, del santo.

Otro (gritando más).—A dos realitos van.

Otro (aún más fuerte).—A dos reales los de peseta. ¿Quién los lleva?

Una vendedora.—Panecillos del santo.

Otra.—De limon y canela. ¿Quién los compra?

Un soldado (á otro).—¡Eh! ¡Moreno, que te dejas *las vueltas*!

La vendedora.—Oro que fuera aquí estaria.

El soldado (guardando unos cuartos).—Gracias, princesa.

Uno.—¿A cómo van?

Vendedor.—A dos.

Comprador.—Eche usted una (libra se entiende).

—¿Tiene usted *tontas*? (rosquillas así llamadas).

—Aquí están; hechas de lo fino.

—Dos libras; una de cada clase.

Uno de los medios de propaganda es el anuncio, cual es bien sabido.

Hé aquí alguno que copio del natural, como suele decirse:

En un palo empotrado en alguna puerta, un lienzo blanco, y en este, con letras negras, la siguiente muestra, flotando á merced del viento:

A la abundancia de panecillos.

Otra he visto que decia:

Panecillos del santo de limon y canela y finos.

Escusado es decir qué grado de finura alcanzarán los de limon y canela.

La noche ya casi llegada, los fieles salen de la fiesta de iglesia.

Una señora explica á su hijo que San Antonio Abad habia nacido en Cónso (Egipto interior). Otro admira la evangélica perseverancia del que sufrió gustoso ochenta y cinco años de rigurosa penitencia.

Un niño compara al santo con su abuelito, por las barbas, y pregunta cuántos años tenia á su mamá, que le dice vivió 105.

Otro quiere saber si era bueno el santo, á lo que el acompañante del párvulo responde:—Como que era santo, y se le llamaba *el amado de Dios.*

Este chiquillo grita y patea porque no le compran más muñecos de barro que uno.

Otro quiere examinar cuántos hay en los diferentes puestos colocados al pié del muro de la iglesia, y ya es enteramente de noche cuando al propio tiempo que la concurrencia disminuye y las cabalgaduras cesan de pasar, piafar y hacer piernas para que se luzca algun ginete ganoso de hombrear, se ven luces aquí y allá en todos los puestos.

La lamparita de petróleo alterna ya hoy con la vela de sebo ó de esperma; el farolillo de aceite ya ha desaparecido casi por completo; pero las improvisadas pantallas de papel alrededor



de los cabos de bugía están allí firmes y constantes para enseñar cómo, aunque las ideas cambian, los pueblos aprenden, las industrias progresan, hay quien no progresa, aprende ni cambia, á saber: los nueceros alcarreños, inventores sin duda de aquel vacilante sistema de alumbrado, y los vendedores de «rosquillas de Fuenlabrada» y de «panecillos del santo.»

Tal vez desaparezca la costumbre de ir al paseo anual de la calle de Hortaleza, acaso dejemos de ver otras mil cosas típicas que dan carácter propio, que conservan á Madrid fisonomía especial de atrasado tradicionalismo popular; pero las velas de sebo con pantallas de papel y hechas á mano, las endurecidas «rosquillas de Fuenlabrada» y los almazarronados «panecillos del santo» durarán de fijo más, mucho más, que estos pobres renglones trazados por un escritor que, á pesar de cuanto lleva escrito, declara solemnemente que así como estuvo en San Anton, es posible que, cual otras veces, vuelva en Mayo á San Isidro, y en Setiembre al paseo de Atocha, porque aunque no se llame *Clemente*, vá

donde vá la gente

EDUARDO DE CORTAZAR.

LA CARRERA DE SAN GERÓNIMO.

Quizás extrañes, forastero incauto, que una calle, aun cuando esta sea de las principales y más frecuentadas de la capital de España, dé asunto bastante para merecer tu especial atencion, acostumbrado como estarás, me figuro, á recorrer sin asombro uno y otro dia las mal empedradas y peor alumbradas de tu ciudad ó aldea.

Y en verdad que la policía y la seguridad pública que tanto escasean en las calles de tu pueblo natal, no están muy de sobra en las de esta coronada villa, que la heráldica simboliza con un oso en actitud de trepar por un madroño, símbolo en armonía con el carácter dominante de nuestro pueblo.

Pero no es mi propósito, al presente, esponer á tu consideracion los esfuerzos negativos que debemos á las autoridades civil y local de esta poblacion, y sí únicamente pintarte la fisonomía especial que distingue á una de las calles más aristocráticas y concurridas de la capital, advirtiéndote de paso los muchos peligros que ella ofrece á los que, como tú, vienen á la córte sin otra guía que la que gratuitamente puedo yo ofrecerte.

Debo empezar por decirte, con el fin de preparar tu ánimo, y sin temor de ser desmentido, que la Carrera de San Gerónimo no es simplemente una calle de Madrid más ó ménos importante, mejor ó peor que las demás, como á primera vista pudiera parecerte, sino que es Madrid entero.

Esto quizás te haga creer que ella es muy grande ó que Madrid es chico; en cuyo primer caso te habrias equivocado de medio á medio, así como en el segundo de fijo no andarias descaminado.

Has de saber, y esto no te asombre, forastero anónimo, que no hay suceso fausto ó infausto, ni acontecimiento de más ó ménos importancia, de cuantos en Madrid acontecen con sobrada frecuencia, que no se refleje en el acto con mayor ó menor exactitud en la Carrera de San Gerónimo.

Si hay *crísis*, y por aficion ó por costumbre eres dado á mezclarte en los vaivenes de la política palpitante, dirígete á la Carrera de San Gerónimo, semillero aquel dia de noticias á cual más estupendas y descabelladas, y en ella verás, de uno al otro de sus extremos, multitud de numerosos grupos que, con perjuicio del pacífico transeunte, bullen y se agitan comentando los hechos ocurridos ó supuestos que precedieron al derrumbamiento de la situacion que mandaba; las idas y venidas á Palacio de los flamantes candidatos que la voz pública designa como agraciados con las poltronas vacantes, y los comentarios picantes, insulsos, chistosos ó necios que cada cual á su gusto, ó á su ingenio les propina de *cálamo currente*.

Si te acercas á un grupo y de él pasas á otro, oyendo co-

mentar con ligeras variantes los mismos ó parecidos accidentes que, á juicio de los más espertos ó bien enterados, han precedido á la caida del ministerio, podrás haber sacado lo que el negro del sermon; pero está seguro de que al ménos te darán hecha y derecha y de buena tinta, como suele decirse, una candidatura *ad hoc* para el nuevo gabinete, con la cual, y un buen apetito, podrás comer aquel dia descansadamente, si tienes qué; pues has de saber, y esto te lo advierto porque viene al caso, que lo único que no has de hallar nunca en la sendereada calle que titula el santo cenobita, es un solo duro al que pegar un puntapié como el gallego de marras cuando su entrada en América.

Pues ¿y cuando regresa por la susodicha calle alguna de esas que llaman manifestaciones pacíficas, como ahora se dice, aun cuando su fin suela ser muchas veces el del rosario de la Aurora?

Aquel dia es de alquilar balcones en la Carrera de San Gerónimo, y en ella han de presenciarse curiosos sucesos que te divertirán grandemente, si no alcanzas en premio de tu curiosidad un achuchon ó fractura de miembro por causa del tumulto que en tales casos se origina.

Y como este y otros, no ménos interesantes acontecimientos de los que te dejo narrados, se suceden allí con sobrada frecuencia, y como es más barato y cómodo, que alquilar balcones el tenerlos propios, de aquí el que yo de paso te aconseje

tomes habitacion desde luego sobre esta panorámica via, y así desde la ventana disfrutes de sus variadas fases.

Es una de estas la imponente que ofrece, en no excepcionales dias de motin, ó cuando hay *jarana*, como suele decirse, y entonces sí que no debes perder el contemplar en tan apurados momentos, la precipitada huida de los medrosos que, en su desalentado pánico, se encajan de cabeza en las tiendas á traves de los cristales que al escaparate defienden, causando notorio detrimento á los intereses de sus dueños, que tan inusitadamente se ven sorprendidos.

Otra vez es el rey en persona, que acude á inaugurar la legislatura, como acontece una y aun dos veces al año, y no más porque la Constitucion no lo permite. Entonces otro es el espectáculo que al curioso se ofrece, y la calle, aun cuando fuera plaza, no sirve á contener todo el gentío que en esta se apiña á contemplar el paso de la regia comitiva, desfilando por entre dos hileras de tropas, en correcta y vistosa formacion tendidas, sin que haya una madrileña de las que moran en la Carrera de San Gerónimo, ni sócio del Casino del Príncipe, ó del Círculo de los extranjeros, ni aun parroquiano de la Iberia ó de la Cervecería inglesa, que no asomen la gaita por puertas y balcones atraidos al bélico son de las charangas marciales, y estasiados á poco ante el fugaz y deslumbrante aparato desplegado á su vista.

¡Que la Cámara va á declararse en convencion! ¡que la sesion del Congreso dura todavía, y se dice que en ella se ha sus-



citado un alboroto mayúsculo! ¡que el rey ha llamado á Palacio á este ó al otro personaje! ¡que el marido de la hija de una hermana de un grande de España se ha pegado un tiro ó arrojado por un balcon, y se ignora la causa! ¡que hay pendiente un lance de honor entre dos personajes muy conocidos, en su casa! ¡que hay fuego! ¡que baja la bolsa! ¡que sube el termómetro! ¡que llueve! ¡que nieva! ¡que aparece un cometa ó una aurora boreal! Pues bien, en cualquiera de estos casos corramos sin titubear á la Carrera de San Gerónimo que allí sabremos hasta los menores detalles de lo acontecido.

Es siempre incesante y vivo en la mujer madrileña, cualquiera que sea su condicion y estado, el deseo de lucir sus femeniles formas en la citada calle, abriéndose paso por entre un enjambre de vagos con levita, que al pasar la saludan con un galante requiebro.

No estrañarás, por esto, si te digo, que es un axioma vulgar por todas las madrileñas admitido, que para ir al Prado desde la Red de San Luis, calle de la Greda, desde Recoletos ú otros puntos que guardan análoga posicion con aquel paseo, el camino más corto es el de la Carrera de San Gerónimo. Y que no hay en Madrid cochero alguno de los que sirven á nuestras graciosas compatriotas, que no tenga aprendido; que así como por todas partes se va á Roma, á todas partes se va tambien por la susodicha Carrera de que venimos ocupándonos.

Cuando encuentres en la á I
ha echado al mundo para ..

que de dónde viene, y es seguro que te responderá en el acto.

«De la Carrera de San Gerónimo.»

Bien sea por la mañana, antes de la hora de almorzar; por la tarde, á la de comer, ó de noche al retirarse á su casa.

«¿A dónde va Vd. á estas horas?» y esa hora puede ser cualquiera del dia:

«A la Carrera de San Gerónimo.»

«¿Dónde podré ver á Vd. mañana?»

«En tal ó cual sitio de la Carrera de San Gerónimo.»

«Quisiera que me dijera Vd. dónde encontraré á fulano.»

«En la Carrera de San Gerónimo lo tiene Vd. á *todas horas.*»

Siempre á iguales ó parecidas preguntas, idéntica contestacion.

«Pero esa calle es un pozo Airon;» dirás tú con asombro, forastero asustadizo.

Sí, amigo, lo es, y de insondable fondo; ya cuidé de advertírtelo al comienzo del presente cuadro, para que no te cogiera desprevenido.

A cualquier hora del dia que te dediques á circular por la renombrada calle, encontrarás á otros muchos que distraen el ócio, haciendo por costumbre, lo mismo que tú haces en aquel momento por espíritu de observacion. Todos acuden allí con el



único objeto de *hacer tiempo*, cosa que en otro país significaria hacer dinero, y que en el nuestro significa perderlo lastimosamente.

Y si elegiste por momento de tus observaciones la hora de las tres de la tarde, fíjate principalmente en dos numerosos grupos que á las puertas de la pastelería de Lhardy y del Casino se estacionan cuotidianamente.

El primero es de los que se llaman pollos de la buena sociedad, que entretienen el rato en referirse la crónica escandalosa que por Madrid circula; en hablar del baile á que asistieron la noche antes; ó del que para la de aquel dia se prepara, y en lo que sin duda les reporta más nutritivo resultado, en comer pasteles dentro del elegante *restaurant*.

Componen el otro grupo los hombres graves, los llamados casinistas, que en acalorada discusion departen acerca del estado político y social de nuestro país, cuya salvacion parece tienen en sus manos.

Entre estos dos principales corros se estacionan otros, si no tan numerosos, no ménos animados, de los que fuman, rien, comentan los sucesos del dia y piropean á las beldades que por allí discurren, si no es que alguno de aquellos se constituye en centinela estático de algun mirador de esquina frente al Casino, cuyos cristales dejan percibir rostros frescos, vivos y juguetones de más de dos y más de tres bellísimas muchachas que en él se agrupan graciosamente.

Todo cuanto ligeramente dejo bosquejado, forma un conjunto tal de confusion, producida por peatones y carruajes, que pondrán en peligro tu existencia si no avivas el instinto

de tu propia conservacion, á fin de salir ileso de aquel laberinto madrileño.

Y si esto sucede todo el año y á todas horas, ¿que no acontece en determinadas épocas, como en Semana Santa, por ejemplo?

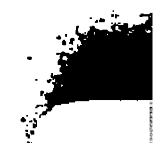
Causa ésta la ilusion más fácilmente realizada de las cursis madrileñas, que en aquellos dias alcanzan la dicha de codearse con nuestras damas más distinguidas, á quienes la costumbre obliga á recorrer los templos, pian pianino, como los demás mortales.

Aunque con más razon, pudiera decirse que lo que unas y otras recorren entonces especialmente, es la Carrera de San Gerónimo, convirtiéndola en animado paseo, si bien no infructuoso para ellas, tanto en la suma de ovaciones que reciben á su paso, cuanto en la no pequeña de pesos duros que suscriben allí en el acto entre sus amigos, para las bandejas de petitorio que luego han de presidir en las iglesias.

«A las cuatro pido en tal iglesia, dicen al uno, y espero no falte Vd. á depositar una limosna para los acogidos de la Inclusa.»

«No faltaré,» le contesta aquel maquinalmente; pero á renglon seguido echa cuentas consigo mismo, y si, lo que acontece fácilmente, la desnudez de su bolsillo presta poderoso argumento á su intencion, concluye por no asistir á la cita.

Mira, pues, forastero amigo, si te conviene no echar raices en este pueblo antes del próximo Jueves Santo; no pasar en este dia por la Carrera de San Gerónimo, si es que tienes ami-



gas en la Córte, ó ir á pasarlo en otra parte, como lo hacen otros muchos.

A aumentar la animacion y el bullicio que en épocas ordinarias ó extraordinarias se advierte en la calle en cuestion, contribuyen poderosamente los diversos y frecuentados sitios que en la misma se elevan como templos de ociosidad ó esparcimiento.

Son ellos: el *café Imperial*, punto de reunion y palenque de nuestros diestros más afamados del toreo; la *pastelería de Lhardy*, sosten de los aristócratas desfallecidos á media tarde; el *Círculo de los extranjeros*, mansion hospitalaria donde, con el aliciente de unos vasos de cerveza y algun sabroso habano, puedes dejar cuanto dinero lleves en favor del dueño de aquel benéfico establecimiento, si eres aficionado al *rojo* y la suerte te depara *negros*, ó si, aun más desgraciado, alcanzas á merecer que te echen una *llave*.

Más allá tienes uno en frente de otro, el *café de la Iberia* y la *Cervecería inglesa*: en el primero, aunque no muy esmeradamente servido, encontrarás políticos importantes, literatos y banqueros, con los cuales, si los tratas, pudieras pasar muy bien el rato; y en el segundo, juventud alegre y bulliciosa, que se reune allí por la tarde á tomar un *lanch*, ó á saborear un vaso de escelente *paleale*.

Más abajo está el Congreso de los Diputados, defendida su entrada por dos leones rampantes...

Pero seria tarea demasiado larga si yo te hablase del tal edificio, y además no encajaria en el cuadro especial que te

dejo bosquejado, y que concluyo, porque ya es hora de que demos punto á nuestro paseo, del que te supongo cansado, y del que, con sobrada razon, me temo lo esté tambien el paciente lector.

FERNANDO SANTOYO.

EL PERIÓDICO CALLEJERO.

Su vida es tan breve como la vida de una flor.

Nace lleno de esperanzas, al calor de ilusiones engañadoras; vive un dia ó dos para satisfaccion y orgullo de los que le dieron el ser, y muere inmediatamente dejando al mundo la viñeta que le sirvió de cabeza, una resmilla de papel timbrado y un sello en seco, restos únicos de la opulencia de una semana.

Sin el dios Éxito, favorecedor caprichoso y raro de algunas publicaciones, el periódico callejero no existiria.

Y aquí quiero que observes, forastero incauto, á quien dedicamos este libro utilísimo, quiero que observes, digo, la especial manía de la imitacion que los españoles tenemos.

Yo recuerdo que en una ocasion se le ocurrió á mi buen amigo Palacio dar á luz un manojo de sonetos filosófico-humorísticos que llamaron la atencion de las personas de buen gusto. ¡Qué aluvion de sonetos y composiciones por el estilo brotaron despues de la tiendas de ultramarinos y de sedas!

Se le ocurre á un autor dramático censurar desde la escena

el lujo y el boato, ¡cuánta diatriba contra los vestidos de seda abortaron inmediatamente los ingenios de bastidor!

Planta un menestral sobre la muestra de su tienda dos varas de madapolan con letras disformes, donde se anuncia una *liquidacion*, y aparecen los plagiadores con la *liquidacion inmediata*, y con la *liquidacion verdad*, y con la *liquidacion forzosa*, y otras liquidaciones pentacrostizadas.

Esta misma manía es la engendradora de los periódicos callejeros.

¡Cuántas víctimas de la ilusion han hecho los periódicos favorecidos por el público!

¡El Cascabel! ¡Gil Blas! ¡El Papelito! ¡El Cencerro! ¡cuántos lectores! ¡qué ansiedad el dia de su aparicion! ¡qué modo de arrebatárselo las gentes unas á otras! ¡y cómo se empingorotan esos condenados periódicos en las listas del pago de timbre que publica *La Correspondencia*!

—Y despues de todo—dice un aprendiz de veterinario, charlando en la mesa del café con unos amigos—este periódico no tiene nada que hacer.

—No—replica un farmacéutico en embrion—escribir como se habla, con sencillez, sin afectacion, sin amaneramiento...

—¡Eso es!—dice un dependiente de una tienda de paños—para hacer estos periódicos, no hay como emplear la broma y la chacota, así como nosotros la empleamos aquí.

—Así... de cuando en cuando meter una punzadita á un ministro, llamarle borracho con disimulo, ó ladron con cierto embozo, ó decir que á altas horas de la noche visita á cierta dama...

—¡Oh! eso tiene mucho éxito, porque aquí todo el mundo cree que los ministros no deben jamás tener amores, ni haberlos tenido, ni ménos pensarlo, y tiene razon el mundo, un ministro debe...

—Y yo he nacido para la sátira; no podeis formaros una idea de lo que la sátira me enamora á mí. Siempre que escribo cartas á mi padre, siempre se las pongo en sentido jocoso.

—La verdad es que la sátira es más fácil que nada.

—Hombre... se me ocurre una cosa, ¿por qué no hacemos un periódico?

—Pues... ¡es verdad!

—Sí señor, pensemos en ello.

—¿Y dinero?—pregunta el más prudente.—¿Contais para ello con dinero?

—¡Dinero! ¡qué bobo eres! pués si un periódico satírico dá más dinero que... Ahí tienes tú: *El Cascabel* ha dado independencia á Frontaura; *El Cencerro*... pues á bien que *El Cencerro* hasta un carro tiene para llevar á Correos sus paquetes. ¡Dinero! El dinero en todo caso solo hace falta para el primer número.

—¡Ni aun eso!—interrumpe un empleado principiante—pues qué ¿no se ha de encontrar un impresor que quiera entrar en el negocio?

—Y aunque no entre, como se le puede pagar con lo que dé la venta del primer número.

—Es verdad, tiene este razon. Pero ¿y la caricatura? porque un periódico sin caricatura... ya se sabe...

—Hombre, la caricatura la puede hacer un primo mio que dibuja de aficion. El otro dia hizo en un periquete el retrato de mi hermana con una propiedad. ¡Si tú vieras!

—Pero ese primo tuyo ¿sabe dibujar en madera ó en piedra?

—¿Pues no ha de saber? mejor que en el papel. Además de que tambien consiste mucho en los grabadores; porque, cuando quieren, siempre dan cierta gracia al dibujo...

—Luego nos faltaria grabador, al cual habria que pagar...

—Hombre, ¡yo tengo un amigo tallista!

—¡Quita tú de ahí! Pues qué, ¿un tallista es lo mismo que un grabador?

—Me parece que con decirle por dónde ha de ir...

—¡Quiá, hombre, quiá!

—Pero, señores, ¡si todo eso y mucho más, repito que se saca con la venta del primer número!

—¡Es verdad, es verdad! ¡La cosa está en el título!

—Tiene este razon; ¿qué título le daríamos?

—Eso es fácil de encontrar.

—Bueno, pues vamos á ver. Tú te encargas de buscar impresor; tú del grabador; tú del papel; tú de hacer listas de suscricion, y tú...

—Eso es, y mañana nos reunimos otra vez aquí, y cada uno dirá el resultado de su comision...

—¡Conformes! hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y ahí tienes, forastero amigo, lo que es el nacimiento de un periódico callejero.

Por supuesto, que los engendradores del futuro paladin de la gracia y la sátira no duermen ni descansan la noche de la concepcion.



El uno revuelve la imaginacion en busca de un título nue-
o, estraño, escandaloso, retumbante.

El otro anota en un papel las personas á quienes piensa re-
omendar la propaganda del futuro periódico.

Otro se considera ya leido con avidez por el público, y se
egocija al pensar en que *La Correspondencia* puede llamarle
lgun dia *aventajado escritor satírico.*

Otro distribuye, acurrucado entre las sábanas, los montones
e doblillas, que sueña han de ingresar á capazos en las cajas
le la administracion.

Otro cree ya verse agasajado por los políticos, suplicado por
os ministros para que no les lance duras diatribas, y sueña
on ascender rápidamente á la cumbre del poder.—«Porque
Balart—se dice hablándose á sí mismo—¿á qué debe su posi-
ion? ¡al *Gil Blas*! ¿qué hubiera sido de Balart sin el *Gil Blas*?
naturalmente!»

Y si se duermen, duermen sobresaltados; el más valiente
ueña con un duelo que no se verificará, y que le dará título
le bravo; el más cobarde sueña con el Saladero, y cree que
letrás de las cortinas de su alcoba hay un inspector y dos ci-
iles esperándole para llevarle á un calabozo; el más vanidoso
ueña con una jóven millonaria, que solicitará su mano po-
niendo las talegas de pesos á los piés del hombre reputado y
apientisimo...

¡Infelices!

Ello es que á la mañana siguiente madrugan, y cada cual
ale disparado á cumplir su encargo.

Este recorre cien imprentas. En una le piden caro, en otra

quieren cobrar en el acto de entregar la tirada, en otra dicen «¡que han llevado ya tantos chascos!» en otra no hacen periódicos sino á personas conocidas y de responsabilidad, en otra... en fin, que llega á una en que la escasez de trabajo, lo mal que anda el oficio y otras circunstancias análogas, deciden á su dueño á probar fortuna, y *apenca con el mochuelo*.

El encargado de buscar papel consigue reunir cinco duros, y compra dos resmas.

El propagandista se hace lenguas de lo bien que el público va á recibir el periódico, de lo entusiasmados que están unos amigos á quienes ha comunicado el proyecto con toda reserva, de las docenas de suscriciones que le ha ofrecido un tio suyo que fué escribano en tal ó cual parte...

Y ya lo tienen todo preparado. El título discutido y aprobado en consejo, la viñeta de la cabeza grabada, el sello en seco dispuesto, la muestra para el balcon pintada, las circulares impresas, las fajas escritas, el original reunido...

¡Ah! y han hablado á Nogueras, y le han dicho que convoque á los vendedores, y han regateado el precio de los *veinticincos*, y han acordado la frase con que se ha de vocear.

¡Todo lo tienen dispuesto! ¡ya son dichosos!

En fin, que se imprime el periódico, que se distribuye y que se vocea.

La redaccion se echa á la calle en distintas direcciones.

Unos van á los cafés y preguntan al fosforero si se ha vendido mucho, otros visitan á Nogueras diez veces al dia para preguntarle: «¿Cómo anda eso?» Otros se acercan á los vende-

dores y compran un ejemplar metiendo mucho ruido, para que la gente que pasa se entere y entre en ganas de comprar el periódico nuevo, otros buscan recomendaciones para que la prensa diaria dé cuenta del recien nacido...

¡Qué dia de disgustos, de impaciencia, de emociones, de contrariedades, de cábalas!

A lo mejor, uno de los redactores se detiene junto á un grupo donde su periódico se está leyendo, y escucha para su mal la frase: «¿pero ha visto usted qué cosa tan mala?» y huye despavorido. Se acerca á otro grupo, y oye decir: «aquí cualquiera se cree escritor...» y corre á esconderse en su casa.

¡Oh, inocentes fundadores de periódicos satíricos y callejeros! ¿Creeis que un periódico es un buñuelo? ¿Creeis que escribir un artículo es lo mismo que sumar una cuenta? ¿Creeis que esa facilidad engañadora con que algunos escritores adornan sus obras es producto de la casualidad ó del deseo?

Pues si así fuera, incáutos escritores, ¿no se contarian á cientos los autores reputados? ¡Y sin embargo...!

A la mañana siguiente empiezan los desengaños, los vendedores devuelven su papel, los suscritores con quienes se contaba responden que no están para reir y que no quieren periódicos que no dan noticias del dia, la prensa no dice nada de la aparicion del nuevo colega, el impresor se presenta á cobrar, el grabador pide el importe de su trabajo y los redactores y los fundadores del periódico callejero se ocultan bajo el mostrador de su tienda, ó en un banco de la cátedra que aban-

donaron por el palenque periodístico, y no hay Dios que los vea el pelo en un par de meses.

Al cabo de ellos se echan á la calle, y encuentran á un amigo que pregunta asombrado: «Pero hombre, ¿cómo fué aquello de morir el periódico tan pronto?»

Como tú comprenderás, amigo forastero, el interpelado tiene ya arregladita de antemano la contestacion: «¡Qué quiere usted! ¡la mala administracion!» ó bien «le matamos porque hoy no hay libertad para escribir» ó «¡no vé usted que hay tanto periódico, no le dejan á uno vivir!» ó «este pueblo no lee, en este país no se sabe distinguir lo bueno de lo malo» ó cualquier cosa por el estilo.

Hay, sin embargo, periódicos callejeros que viven un mes, dos meses, un año, sin tener suscriciones ni venta.

Unas veces se encuentra la solucion de este problema en la partida de gastos secretos de algun ministerio, otras veces puede dar de ello cuenta la junta directiva de un partido, ó la caja de alguna sociedad de crédito, y hay ocasiones en que el milagro lo hace algun *caballo blanco* que tuvo la debilidad de enamorarse de un gacetillero y la imprudencia de poner á su disposicion mil duros para fundar un periódico, porque le oyó decir que eso es cosa que promete.

Pero... total igual; los mil duros duran más ó ménos, el caballo blanco puede encontrar por sucesor otro caballo blanco más atrevido, el director puede encontrar subvenciones, pero si el periódico *no pega*, el periódico muere irremisiblemente y no le salva ni la paz y caridad.



Porque aquí se habla mucho de la ingratitud con que el público premia los afanes de los escritores, pero yo te sé decir que todo periódico digno, bien escrito, consecuente y que tiene buena direccion, vive más ó ménos desahogadamente, pero vive con independencia, sin necesidad de recurrir á medios extraordinarios.

¡Que lo digan los que han echado coche con la publicacion de periódicos satíricos!

¡Y que diga la estadística cuántos periódicos nacen y mueren en Madrid cada mes, por echarse á la calle sin más fundamento que la vulgar creencia de que toda persona sirve para escribir ó dirigir un periódico!

No vayas á ser malicioso, forastero incauto, y á creer que en estas líneas he querido yo trazar la biografía de ningun periódico determinado.

Mi deber era enterarte de la vida del periódico callejero, por mandato del editor de este libro, y cumplido está mi deber; cumple tú ahora con el tuyo, que es el de no formar juicios aventurados.

MANUEL MATOSES.

PELIGROS DE LA CÓRTE... AL POR MENOR.

Ya que en tiempos tan miserables como son estos que corren, y á pesar de las representaciones que sin duda te habrán hecho parientes y amigos, tú te empeñas en venir á Madrid y visitar por primera vez la que fué córte de las Españas, voy á prestarte ¡oh, forastero incauto! el cristiano servicio de írte señalando los peligros más culminantes que se ofrecen en este *mentidero* para que de advertido puedas pasar plaza de escarmentado, previniendo ó evitando por ende los que te acosen á estilo de perro viejo, para el cual ya sabes que segun el proverbio no hay *tus tus*.

En cuanto á los peligros del viaje (y ten presente que no son pocos, ni flojos) tú te las arreglarás como Dios te dé á entender, porque ni mi caridad llega á tanto que piense constituirme en pedagogo tuyo sino es dentro la villa, ni el que no conozcas á esta es razon para sospechar siquiera qué ignores lo que son robos, descarrilamientos, choques, ataques á mano armada y otras menudencias.

Así, pues, y suponiendo que has venido en el tren y que te

has visto hace poco entre Pinto y Valdemoro, ó en otra peor situacion geográfica y que has entrado en la estacion, y que te han recogido ya el billete, y que vas á encontrarte pronto como un palomino atontado, entre la baraunda de los que vienen y de los que esperan, de los empleados y de los granujas, de los mozos y de los cocheros, me acerco á tí, te envuelvo en una mirada de cariñosa simpatía, y te digo:

—Si en tus domésticos penates acostumbras á leer *La Correspondencia* procurando empaparte en el juego de su cuarta plana, bien sabrás de memoria aquel anuncio que comienza diciendo: «*Desconfíe todo viajero*, etc. etc.» Ahora bien, es indudable que tú desearás salir airoso de esta tu primera estacion en la córte y hacer las cosas de modo que no parezcas provinciano; pues comienza por entregar todos los cachivaches que á mano llevas á ese mozo gallego que espera tus órdenes junto á la portezuela; dale igualmente el talon de tu equipaje, dile las señas de la casa á que vas, mira y reten en la memoria ese número que lleva en la gorrilla, y no temas por tus trapos, y vete más tranquilo que si hubieses confiado ese sagrado depósito á la buena fé de un escribano ó á la evangélica caridad de un presbítero.

¿Qué dices? ¿que no sabes donde ir? Pues aquí del anuncio que te indiqué. *Desconfía* de todo el que te ofrezca una casa de huéspedes buena, bonita y barata; mira que de eso apenas se encuentra en esta villa. mira que te meterán en la calle de *Juanelo* ó en la del *Aguila*, y allí te matarán de hambre, y mira que saldrás de ella (á Dios sean dadas, si es que sales,) como el gallo de Moron, sin plumas y cacareando aunque en balde. ¿Te convences del peligro? Pues hazme el obsequio de creerme; y ya que vienes por pocos dias á esta caja de Pan-

dara, no vayas escatimando el vil ochavo, y hospédate segun tus medios en la fonda de Barcelona, en la de Embajadores, ó en la de los Príncipes.

¿Me enseñas una carta recomendándote á cierta patrona? Pues á ella: yo no pretendo coartar tu libre albedrío; mi único deseo estriba en evitar que te engañen; una vez advertido, vete á donde mejor te plazca.

¡Ea! ya te instalaste, y aun has pedido un chocolatito que te caliente el estómago; te lo sirve diligentemente una criada pizpireta y chatilla, con una cara más complaciente que la de una mamá en vísperas de ser suegra... ¡No la mires con esos ojos, picaron!

Dilin, dilin...—Señorito, ahí está un mozo [illegible]

¿Ves cómo yo no te engañaba? Despide, pues, á [illegible] vidor del forastero, y dado que ya te [illegible] casa, permíteme que te abandone discreta[illegible] objeto de que no llegue á empacharte [illegible] que puedas dedicarte á tus anchas á [illegible] cador. Toma este pliego en que están [illegible] que con más facilidad pueden *tropezar* [illegible] mente, repite la lectura del caso [illegible] que te se ofrezcan, dame las [illegible] y... ¡divertirse!

—

RELACION DE ALGUNOS [illegible]

[illegible] a y [illegible] e de- [illegible] el pes- [illegible] que se lo

Si cuando vayas [illegible] franquean cion los lujosos [illegible] ersona que bus- [illegible] te apercibas, gui-

considerarlos atentamente, procura no embobarte hasta el punto de que los transeuntes conozcan tu provincialismo y acabes por lograr que las gentes fijen en tí sus miradas, considerando que sobre el peligro de ridiculez en que te metes de patas, corres tambien el de que algun granuja te zampe tu pañuelo, como ya habrás oido decir que sucede frecuentemente en la córte, aun cuando á mí no me ha pasado jamás.

Si pretendes vadear la Puerta del Sol procura dar la vuelta por las aceras, y no intentes de dia, ni ménos de noche, el atravesarla de parte á parte; mira que allí los coches suelen formar laberintos más peligrosos que el de Creta, y atiende á que para salir de él no se encuentra otro hilo de Ariadna, si no es el hilo de la costumbre, y como tú no la tienes, difícil será que evites la fusta de los autómedontes, si por tu suerte escapas á la rueda de algun coche ministerial.

Ya que te empeñas en hacer una visita á aquellos señores que estuvieron cierto verano en tu pueblo, y á quienes regalaste en tu casa con mesa y mantel, diversiones y buena cara, por consecuencia de la recomendacion de un amigo, hazla, yo por mi parte, no me opongo. Pero olvídate de los muchos ofrecimientos que te hicieron para cuando vinieras á Madrid, y cuida de no alimentar en tu imaginacion la acariciadora idea de que te obligarán á que te hospedes allí; porque las casas de la córte son como las cortesanas, muy monas, pero muy chiquitas; y aparte de que ya olvidaron á estas fechas semejante ofrecimiento, más fácil hallo que te paguen la fonda que lo que tú pretendes. Probable es que te conviden á comer; posible que te lleven al teatro; pero seguro que no te alberguen en su morada.

Si por la noche quieres tomar café, y eliges, como parece



natural, alguno de los frecuentados por las faldas, y le encuentras casi lleno en razon á ser fiesta, y pescas una mesita, y á poco te piden permiso para ocupar el resto de ella dos niñas y una mamá que lo toman con tostada y arman conversacion contigo, y á tí te gusta la más jóven, y la chica te mira y se sonrie... ¡alto! porque te advierto que de continuar en aquel *petit comité*, corres el riesgo de convidarlas ó pasar plaza de grosero. Pero si á ti, como deseo, no te importan dos míseras pesetas á trueque de un ratillo de *palique* y continúas firme en tu puesto como un suizo, y la intimidad comienza á reinar en vuestro coloquio, y tropiezas sin querer con los piés de la ninfa, y notas que ella hace como que no lo siente, y os confiais el secreto de vuestros nombres, y tú te brindas á acompañarlas y ellas aceptan, y sales de pareja con tu *Clori* y llegais por fin á su casa, y te la ofrece la mamá... ¡alto y alto catorce veces, forastero! porque como las visites, y ellas huelan que eres soltero y dueño de aquella casa y de aquel molino y de aquellos majuelos que tú y yo sabemos, te recibirán, y te atenderán, y te mimarán, y te marearán hasta el punto de que sin saber cómo ni con quién, te encontrarás casado una mañana.

Si has negocios y estos exigen de tí que te persones en algun ministerio sin la compañía del diputado de tu pueblo que podria servirte de pasaporte, no te vayas con humildades y cortesías á los porteros, porque entonces es fijo que no te dejan pasar. Ahueca, por el contrio, la voz, estira mucho el pescuezo, date aires de gran señor, habla fuerte, dí que se lo contarás todo á tu tio el ministro, y verás cómo te franquean servilmente el paso, y te acompañan hasta la persona que buscas, y aún te recomiendan á ella sin que tú te apercibas, gui-

ñándole significativamente un ojo. Cuando ya topes con oficiales ó auxiliares, sé cortés y digno, aprende el arte de dar á tiempo un habano, y el demonio me lleve si no consigues más tú solito, que un manojo de recomendaciones al uso.

Presupuesto que mis pronósticos se cumplieron, y que aquellos señores se han contentado con invitarte á comer, si por acaso es gente que gasta boato y trenes, mírate mucho antes de saludar á nadie en su casa, porque es muy fácil que la afeitada cara, los blancos guantes y la lujosa librea de un lacayo te ilusionen hasta el punto de que te creas á la presencia de algun embajador inglés ó mayordomo de palacio. Por lo demás, el peligro que allí corres se reduce á que se burlen de tu natural ignorancia; tú procura por tu parte no dar motivo y... santas páscuas. Habla poco, come lo que tengas gana y no procures hacer lo que otros hagan, si no estás muy seguro de imitarlo bien.

Cuando salgas del convite (sobre todo si sales mareado) y al pasar por la calle del Lobo ó cosa así, oigas que te sisean desde una puerta, y mires y te parezca una señora la que tal hace, sin meterte en más honduras, dá media vuelta y huye. Mira que esa es la voz de la Sirena y aquella la trampa del lobo; mira que en tales tugurios, áun siendo cortesanos, se respira el fétido ambiente que exhalaba Messalina de vuelta de sus nocturnas expediciones, y mira que mires todas las consecuencias del caso, y no te digo más.

Si quieres ir al teatro y no tienes quién te convide, ó por lo ménos te acompañe, cuida de tomar tus localidades en la reja-despacho, porque como te metas en tratos con los revendedores no sé lo que te pasará. Lo ordinario es que te lleven treinta por lo que vale diez, lo sensible será que te larguen



unos billetes falsos, los cuales podrán servirte para hacer considerandos sobre el incremento que ha tomado en España la industria falsificadora; pero de ningun modo para entrar en el teatro, ni ménos ver cómodamente la funcion.

Fácil será que ocurra alguno de los dias que dediques á *flanear* por las calles, el que de improviso dé la gente en correr y mires y no vislumbres el motivo de aquel belen. Si tal sucediese, párate en seco, y desenfílate de las embestidas que te esperan si corres, amparándote del quicio de una puerta. Despues que haya pasado el turbion y notes que la calle se ha quedado más limpia que una patena, toma con paso seguro el derrotero de tu hospedaje y sobre evitarte alguna caida y el consiguiente molimiento de huesos, puede que tengas la fortuna de encontrarte algun despojo de los que huyeron. Si cuando llegues á tu casa oyes decir que se ha armado de veras y arriban hasta tus oidos los ecos del cañon y el silbido de las balas, procura comer ante todo, y en cuanto satisfagas esa natural necesidad, métete en cama y haz por dormir hasta que acabe el jaleo.

Inútil me parece el señalarte los peligros que correr podrias de no hacerlo así; pero si tú eres de un natural reñidor y aborrascado y te hierve la sangre, échate á la calle y toma el partido del que venza, que en ménos han fundado algunos el escabel altísimo de su fortuna.

Si necesitas prendas de vestir y entras con tal objeto en las roperías de la calle Mayor, corres el riesgo de salir de ellas convertido en verdadera esfinge, y si por el contrario, tus humos aristocráticos te conducen hasta las casas de Caracuel ó Bernaldez, es muy posible, aunque parece paradoja, que ellos te vistan y te dejen en cueros juntamente. En caso que no me

entiendas, la cuenta de esos sastres se encargará de descifrarte el enigma.

Cuando veas que riñen dos en la calle y los impulsos de tu generoso corazon te animen á representar el papel de Redentor, no lo hagas sin abrocharte antes la levita, dándole frecuentes tientos al bolsillo de tu chaleco; mira que sin tal cautela tu reloj y tu portamonedas volarán de mano en mano con pasmosa rapidez mientras sujetas al vencedor ó socorres al vencido.

Si eres un tanto amigo de la jácara y de la broma, y te vas al baile del teatro Real y á poco de entrar en el salon notas que te se acerca una *pamela* con antifáz, exclamando *te conozco*, y dándote por señas de su amistad la de que aquella ó la anterior mañana pasaste por la Puerta del Sol y te dice además que eres muy guapo, ni creas en su conocimiento ni en tu hermosura. Pero si te empeñas en echarte á la vida airada y pretendes saborear con una mujer las delicias de una cena mala y cara, arréglatelas de modo que la máscara te enseñe el palmito junto á cualquier mechero de gas antes de llegar al *restaurant*, porque si no es muy fácil que convides á cualquier vieja verde ó á cualquier moza chata de esas cuya cara tiene un perfil dificultoso.

Cuando al pasar por una calle notes que van á soltar la manga de riego, métete en el portal más próximo y espera á que pase el turbion; advierte que el vivir en la córte no garantiza siempre la cortesía, y que si tú no te precaves, es fácil que te salpique algun chorro villano y mal intencionado.

Si eres de tuyo madrugador y te vas alguna mañana á pasear melancólicamente la bílis por el Campo del Moro, en donde encuentras inopinadamente á aquella señora que visitaste,

acompañada por un jóven que no es su esposo, haz como que no la ves ó salúdala cariñosamente segun tu antojo, y borra de tu memoria aquel cuadro ó coméntale en tu fuero interno; pero no cometas nunca la imprudencia, tal vez fatal, de relatárselo candorosamente al marido en cuanto que le topes.

Si *La Correspondencia* mata desapiadadamente á algun amigo tuyo, no te entregues desde luego al dolor, sino espera con calma la rectificacion de la noticia y es casi seguro que antes de poco sabrás por ella misma que el tal difunto se halla reventando de salud.

Y si, por fin y remate (que esto ya vá pareciendo receta de boticario ó letanía lauretana), tienes el buen gusto de comprar y leer la amena é indispensable guía del forastero que contiene este libro, salta sín miedo por encima del artículo que aquí termina, porque de no hacerlo así, corres el inminente peligro de sacar la ropa que ya tenias colocada en tu maleta, renunciar al proyectado viaje y quedarte á estilo de ostra y para *in eternum*, pegado á las tápias del pueblo de tu naturaleza, cosa que muy de veras sentiria tu afectísimo amigo q. b. t. m.

P. Ximenez Crós.

LOS ALABARDEROS.

I.

Comprendo perfectamente, amigo mio, que le asalten á usted las dudas que, segun acaba de explicarme, abriga hace algun tiempo, y que le impiden darse cuenta exacta de quiénes puedan ser los alabarderos que en un teatro deciden del éxito de una comedia, dan ó quitan reputacion á un artista y reparten de este modo alegrías y penas, á la medida de su soberano antojo y segun sea su buena ó mala voluntad.

Me dice Vd. que allá en su pueblo, en Muñopepe, si mal no recuerdo, y mientras hacia la tertulia al boticario, leyó por diversas veces en el periódico que de Madrid recibia el apreciable farmacéutico, que tal ó cual comedia habia debido el buen resultado que obtuviera en su representacion á los esfuerzos titánicos de los alabarderos, ó que tal obra habia sucumbido á pesar de haber apurado, para lograr lo contrario, todos sus recursos la consabida tropa.

Viene Vd. ahora á Madrid, y cuando creia que con solo asistir á un teatro y examinar con la vista las gentes que llenaban

las localidades del mismo, iba á descubrir á aquellos respetables veteranos á quienes vió en Palacio hace veinte años cuando hizo Vd. aquel viaje de *recreo* para conocer al regicida Merino, confiesa Vd. que se halla más confuso y aturdido que antes de venir, porque segun me asegura, y yo creo sin dificultad, ni en el teatro ha encontrado los alabarderos que buscaba, ni en todo Madrid uno siquiera para un remedio.

Tranquilícese Vd., sin embargo, amigo mio; los alabarderos de que el periódico hablaba existen, y estarian sin duda en el teatro á que Vd. ha asistido; pero como Vd. no los conoce, de aquí que no diera con ellos. En cuanto á los otros que usted buscaba, la tragedia en que les han hecho tomar parte, supriméndoles á la caida de los Borbones, les ha quitado sin duda la gana de oir comedias, y Vd. convendrá conmigo en que el motivo no deja de ser poderoso.

Por lo demás, y dejando aparte á estos señores, óigame usted un instante que voy á disipar si puedo sus dudas, enseñándole á conocer los alabarderos en cuestion.

II.

Ya hemos convenido en que los alabarderos de teatro no son, ni con mucho, los héroes del Real Palacio en la noche del 7 de Octubre de 1841.

Esto no obstante, su mision, á pesar de no ser como la de aquellos guerrera, la llenan siempre á fuerza de puños.

El cometido que han de desempeñar en el teatro se reduce á aplaudir con inteligente oportunidad y cauta parsimonia, aunque con sonoroso choque de manos, todas aquellas escenas,

frases y situaciones que el autor de la obra dramática considera de efecto teatral, y que si pasaran desapercibidas por el público darian un resultado contrario al que se pretende conseguir.

Como desde luego advertirá Vd., este cargo de *alabardero* ó *aplaudidor de oficio*, es de una importancia suma, y su auxilio eficacísimo y de incontestable utilidad para autores, actores y empresas.

He dicho que prestan útil auxilio y así es: los alabarderos no tienen ni pueden tener influencia bastante, ni *manos* suficientes para salvar del naufragio al barco desarbolado que comienza á hacer agua á las primeras bordadas, pero son prácticos timoneros para conducir la nave, siquiera sea frágil, á puerto seguro, evitando los escollos todos con su reconocida habilidad.

Su imperio en el teatro no es por lo tanto absoluto, pero tiene en cambio una relacion tan directa, que á las veces llegan los susodichos aplaudidores á enseñorearse del público.

Bien sé que Vd. me dirá que de esto tiene el público la culpa. Lo mismo creo; pero el caso es cierto y la cosa no tiene remedio.

El público que asiste á nuestros teatros, lo mismo que el que asiste á todos los del mundo, créame Vd., amigo mio, no aplaude nunca. El público verdaderamente dicho, esto es, esa colectividad numerosa que acude á la representacion sin conocer al autor de la comedia, ni á los actores, ni á ningun individuo de telon adentro, no aplaude jamás.

Esa muchedumbre que constituye el público, rie, llora, goza, se disgusta, oye, juzga, olvida, aprende, esperimenta en fin, todas las sensaciones posibles, segun sepan producírselas

en el ánimo el autor y los actores, pero no aplaude. El público al aplaudir, teme comprometerse; algunas veces no se fia de sí mismo: otras, no quiere interrumpirse la satisfaccion que está esperimentando: en todas ocasiones necesita un guia: espera la voz de alerta: si esta se dá en el momento oportuno, si una palmada se deja oir en ese instante, aquella palmada es la chispa que produce el incendio: su efecto es instantáneo; la llama brota y el público aplaude.

Para llegar á este fin sirven los alabarderos. En aquel banquete de la inteligencia tienen la misma aplicacion que los *pepinillos* en las solemnidades de la gula. Estos abren el apetito; aquellos despiertan el entusiasmo.

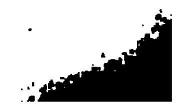
III.

Despues de todo lo expuesto, no extrañará Vd. que nadie desdeñe la cooperacion de los alabarderos.

Los autores de alto y merecido renombre necesitan de ellos, y sin duda más aun que el escritor novel.

Aquellos arriesgan mayor suma de reputacion en la batalla que presentan, y su interés es infinitamente mayor tambien. Los actores, en igualdad de circunstancias, necesitan asimismo de aquellos confeccionadores de éxitos, tanto más indispensables en nuestros teatros, cuanto más se ha arraigado la rutina del aplauso estrepitoso y de la trasnochada exhibicion del autor, actores, pintor, maquinista y sastre, como digno remate de la fiesta.

Para todo esto, dice Vd. que bastarian algunos amigos del autor, de los actores y de la empresa, evitándose así el que



existiera esa agrupacion de hombres extraños al arte, y que pueden en ocasiones vender su oficiosa proteccion al mejor postor, ó dejarse dominar de algun vicio de su alma, socabando por los cimientos una reputacion con cien obras legitimamente conquistada ó concediendo patentes de sabiduría á dóciles y dadivosas nulidades.

De todo puede haber, en efecto, señor mio; pero tenga usted en cuenta que ese mal deplorable no se previene ni corrige por los medios que Vd. aconseja. Usted afirma que no hacen falta los *alabarderos* teniendo amigos. Está Vd. en un lamentable error.

Los amigos del autor, son dentro del teatro, y en presencia de la representacion de la obra de aquél, los enemigos jurados de todo buen éxito. El amigo no puede prescindir de criticar la comedia, afectando con esta conducta el interés que se toma en cuanto á la misma y á su autor concierne. El amigo es el que asegura que el plan está tomado de una obra francesa. El amigo es el que bosteza cuando una escena es larga, exclamando en alta voz: «¡Qué lástima! los versos no son malos: pero á esta escena le sôbra un kilómetro.» El amigo es el que, cuando la comedia es buena, dice que seria mejor si el autor hubiera seguido sus consejos, que consistian en que *cortase lo del padre* en el tercer acto, que resulta lánguido é inoportuno. El amigo es el que cuenta á todo el mundo que el título de la obra es suyo. El amigo es el que revela lo que sabe que puede mortificar al autor, y el que escudriña y desentraña la comedia para encontrar defectos, dándose así aires de autoridad entre los oyentes que le rodean y escuchan como á un oráculo, en el peristilo del coliseo. Los amigos, en fin, son los que infieren mayor daño al autor con sus pullas, con sus reticencias, con

sus diatribas y hasta con su *compasivo* silencio. Los que les oyen saben que el que así habla y juzga es *amigo* del autor, y ¡claro está! cuando el que es *amigo* dice lo qué dice, ¡qué tal será la cosa!

Los amigos de los autores, por consiguiente, no sirven para sustituir á los alabarderos. Los de los actores y los de la empresa son algo más útiles, ó mejor dicho ménos perjudiciales, y forman entre los verdaderos alabarderos en la categoría que les corresponde.

IV.

He dicho que los alabarderos tienen entre sí categoría distinta, y es fuerza que lo pruebe.

Los alabarderos propiamente llamados así, los aplaudidores de oficio, ó la *claque*, que todos reunidos componen, y á cuya agrupacion se dá este nombre francés, tienen un jefe al cual obedecen ciega y fielmente. Dicho jefe, en la mañana del dia en cuya noche se ha de verificar el estreno de la obra que se encomienda á sus manos, acude al teatro, donde se avista con el empresario de quien recibe las localidades que expresa necesitar para el caso y las instrucciones convenientes al propósito. Poco despues distribuye aquellas y dicta estas á su gente, advirtiéndoles, por ejemplo, que hay que *levantar* la escena 7.ª del 2.º acto, en la que la primera dama abandona á su esposo y huye con el vecino del piso quinto; que *empujen* la 9.ª del acto 3.º, cuando la susodicha dama protesta en *silva* (bien la merece el asunto) de su fidelidad y constancia; que al actor X... hay que *ayudarle* siempre que salga á la escena y por



fin que en todos los finales de acto hay que llamar al autor.

Una vez enterados de lo que hay que hacer, el jefe hace el reparto de los billetes, mandando al *centro* de operaciones, ó sea cuartel general situado por lo comun en el anfiteatro principal y segundo, á los alabarderos más prácticos. Estos allí reunidos forman el núcleo de la fuerza ó el vértice del ángulo cuyos lados los constituyen otros compañeros á quienes se distribuyen butacas, asientos de palco y demás localidades preferentes, en proporcion directa de su *traje* y especiales condiciones.

Así repartidos, durante la representacion parte del centro y en el momento crítico, la señal que es obedecida inmediatamente por los indivíduos de la asociacion que se hallan diseminados en el teatro, los cuales la repiten sin cesar con tenaz obstinacion hasta conseguir que se realice el programa que se han propuesto de antemano.

El público, segun ya dije á Vd., por lo general se deja arrastrar por esta corriente de entusiasmo alquilado. Cuando la obra no tiene defensa, porque está convicta y confesa de reo de leso sentido comun, el público protesta, pero rara vez puede impedir que se logre el propósito de los alabarderos, y el éxito de la comedia, aunque falso, se corona con las exhibiciones de ordenanza, y autor y actores se presentan á recibir aquellos aplausos premeditados y alevosos.

Ha visto Vd., pues, que tenemos entre los alabarderos diversas clases: los *centrales*, que son los que forman la agrupacion iniciadora, en los anfiteatros; los *solitarios*, que se hallan engarzados uno á uno y á distancia respetable entre el público de las butacas y delanteras de palco, y por último los *distinguidos*, que son los que sin haber contraido obligacion, por

el mero hecho de recibir billetes de la empresa, si bien no tienen iniciativa, esperan y siguen cualquier indicacion favorable á la obra que se representa, haciendo coro con sus aplausos á las estridentes palmadas de los alabarderos de profesion.

Como Vd. comprenderá, dichos alabarderos *distinguidos* son por todo extremo útiles para el fin á que se les destina, porque se confunden muy fácilmente con el público. Los otros no engañan, y con lo dicho creo que basta para que Vd. los descubra sin dificultad, la primera vez que se le ocurra volver al teatro.

Vea Vd., pues, cómo tenia razon el periódico del boticario, y cómo existen los *alabarderos* de que hablaba. Y no son ciertamente los únicos, esos que en el teatro aplauden. Alabarderos hay en todas las esferas sociales y de muy distintas clases. Alabarderos, son los diputados de la mayoría que reciben con el distrito que les ha de dar los sufragios, la mision de aplaudir al gobierno que les dá entrada de favor en el Congreso. Alabarderos, son los que toman diariamente café con una nulidad diplomática, para que despues se hagan lenguas de su soñada habilidad, de su inteligente travesura y de la trascendental importancia del tratado internacional, que en breve ha de presentar á las Cámaras. Alabarderos, son los periodistas ministeriales de todos los ministerios. Alabarderos, son los que ocupan un asiento en el coche de un potentado soez y vulgar, y elogian la pureza de raza del tronco de yeguas que arrastra el vehículo. Alabardero es, en fin, el enano del Belen de la calle del Leon. Alabarderos hay muchos y muy diferentes, sí señor, pero como Vd. me preguntaba solo acerca de los del teatro, y como tambien solo á estos se les llama así, no he querido ocuparme de los otros.

V.

Antes de dar por concluida esta explicacion, que observo ha hecho en Vd. otro efecto del que creia, debo hacerle á Vd. entender que está Vd. en un error si supone, por lo dicho, que todas las comedias que en Madrid se representan son malas y que deben el buen éxito que han alcanzado, única y exclusivamente á los alabarderos. Esto, amigo mio, sería injusto. He dicho á Vd. que los alabarderos no ejercen imperio absoluto, ¡no faltaba más! Tienen sí, poderosa iniciativa que es necesaria y útil cuando es racional y prudente, para sacar al público de la proverbial apatía que le distingue. Ello, no obstante, se dan casos en que el público, ese mismo público que, como he afirmado porque es mi opinion, nunca aplaude *motu propio* y sin ayuda de vecino, olvida aquel censurable hábito, se levanta en masa como un solo hombre fascinado por el prestigio del talento y corona con su espontáneo y unánime aplauso la obra inmortal del genio. Esto puede suceder y esto ha sucedido alguna vez, aunque quizá si las contáramos no podríamos llegar ni á media docena. Es, pues, la que le he dado regla general que cuenta excepciones, pero escasas. Aparte de estas, y sin afirmar ni presumir siquiera que las obras en cuya representacion esto acontece sean malas, es lo cierto que toda vez que el público carece de iniciativa, los alabarderos son precisos para suplir este defecto, como lo hacen con el beneplácito de algunos y con la aquiescencia de todos.

VI.

Tiene Vd. mucha razon; concluia yo mi narracion acerca de los alabarderos de teatro y dejaba á Vd. sin saber por qué esos aplaudidores obligados se llaman de aquel modo. Tiene usted mucha razon, y va Vd. á saberlo.

En tiempos del último rey D. Fernando VII, cuando éste asistia á las corridas de toros, era de rúbrica que le acompañase á la fiesta un zaguanete de alabarderos, los cuales sin armas, se colocaban en la grada que se extendia debajo del palco de S. M. Estos fieles y leales servidores, atentos á la menor muestra de aprobacion que durante la lidia se revelaba en el Sr. D. Fernando VII, la acompañaban con ruidosas palmadas que repetian, por mandato supremo, siempre que el público manifestaba su desaprobacion, para evitar este disgusto á los diestros, de quien era gran aficionado S. M.

Esto hacian entonces los alabarderos de la Real Persona. Vea Vd. ahora si los aplaudidores *enragés* de los teatros llevan el nombre de alabarderos con más que justa razon.

Si non é vero...

Concluya Vd. la frase á su gusto. En mí sería inmodesto.

EDUARDO DE INZA.



EL AGUADOR.

No todos los tipos deben dibujarse con un mismo lápiz, ni todos los cuadros deben tener el mismo colorido. Usar de la sátira y del ridículo para dar gracejo y vivacidad á las figuras, antójasenos una inconveniencia y una injusticia.

Tipos hay, como el aguador, que merecen una delineacion detenida y un estudio moral, serio y concienzudo; porque esos infelices séres que caminan por las calles de Madrid abrumados bajo el peso de la cuba y el rigor de las estaciones, son modelo de honradez y trabajo; dos condiciones esenciales que abundan poco en estos tiempos malhadados de incendios, huelgas y repartos socialistas.

Desgraciadamente la premura con que el editor nos obliga á escribir *los españoles de ogaño*, no permite gran detenimiento ni estudio; pero así como á veces un rasgo, un contorno, un detalle, basta para dar cabal idea de un cuadro; así la historia de un suceso acaecido recientemente en la coronada villa, vamos á dar idea de la nobleza de alma de ese cachazudo astúr, grave y reposado hijo de Pelayo, que parece que aguarda el momento de volver á echar á puñetazos á los moros tinjitanos.

Farruco Noreña, natural de la Pola de Siero, aldea de tres vecinos y tres vacas, vino á Madrid á hacer fortuna, y con tanta puso el pié (dicho sea con perdon) en la corte, que á los dos meses ya tenia plaza en la fuente de la Escalinata.

Esto era lo mismo que sentar plaza de jefe de negociado en un centro directivo. Aguador de una de las pocas fuentes céntricas de Madrid es una breva que no está al alcance de todos. Es un sueldo de doce reales diarios, y por consiguiente un ahorro de nueve; porque veinticinco cuartos y medio dan á un aguador para vivir como un príncipe... disfrazado.

Noreña, como todos sus compañeros, tenia comida abundante en casa de sus parroquianos. Ni restos dejaba él de los restos alimenticios que llegaban á sus manos, y sabido es que estas son subvenciones y que corresponden de derecho al aguador; salvo algun pachon, galgo ó perdiguero favorito de la casa, en cuyo caso... ni el olor.

Noreña llevaba el agua á una casa de la calle de Juanelo, donde vivia su predilecta parroquiana.

Era esta una señora viuda, sola, con algunos bienes de fortuna y de edad avanzada.

Jamás quiso tener sirvienta por temor á un golpe de mano, tan frecuentes en Madrid, y se contentaba con una demandadera que le hacia la compra y le arreglaba el menaje de la casa.

Un dia Noreña se dirigió á casa de su parroquiana á desempeñar sus importantes funciones, y la portera le detuvo en el primer tramo de la escalera.

—¿Dónde va usted?

—Paréceme la pregunta excusada.

—Es que no está la señora.

—Entonces volveré.

—Si quiere usted subir, aquí tengo la llave.

—¡Pues claro que quiero la llave!

—Ea, ea; pues tómela usted y no alborote más.

Noreña tomó la llave sin hacer caso de este ex-abrupto, y comenzó á subir tramos ruidosa y acompasadamente. Llegó al piso tercero, abrió la puerta, volvió á cerrarla y se dirigió á la cocina.

No dejó de extrañarle el desórden en que se hallaban algunos muebles y ropas; pero acostumbrado á no interrumpir su camino por nada de este mundo, vació la cuba y se volvió por donde habia venido, con su característica imperturbabilidad y sangre fria.

Al llegar al primer tramo se encontró á doña Rosa, que así se llamaba su parroquiana, departiendo tranquilamente con la portera.

—Buenos dias nus dé Dios, dijo Noreña.

—Buenos dias, contestó doña Rosa tomando la llave que aquel le alargaba.

—¿Parece que estamus de mudanza, 'eh?

—¡Cómo de mudanza! exclamó doña Rosa.

—Lu digu, porque como he visto las ropas y lus muebles desparramados por lus suelos.

—Hombre de Dios, ¿qué está usted diciendo?

—Señora, digu la verdad.

—¡Ay Dios mio, eso es que me han robado! gritó doña Rosa acongojada.

—¡Rubadu!... pues, poco á poco con eso de robar. Aun estamos á tiempo; señora, regístreme usted.

—No, yo no digo que usted haya sido; pero...

La pobre mujer no sabia qué decir, ni qué hacer...

—¡Ay! si usted me hiciese el favor de subir conmigo.

—Esu es otra cosa; yo iré con usted hasta el fin del mundo; pero esu de robar... ¡poco á poco!

La portera, que habia escuchado este diálogo con estupor, á vueltas de algunas exclamaciones, volvió á su portería, no sin que Noreña la lanzase dos ó tres miradas recelosas.

—Extráñame en verdad que la tal mujer nu haya visto ni uido nada. ¡Hum!... ¡Milagro será!...

Y haciendo estas reflexiones llegó Noreña al piso tercero, seguido de doña Rosa, que estaba pálida como un cadáver.

Apenas penetraron en las habitaciones principales, comprendieron toda la horrible situacion en que se hallaban. Cómodas descerrajadas, muebles rotos, armarios abiertos, baules hechos pedazos, ropas diseminadas por todas partes; hé aquí el cuadro que ofrecia la morada de doña Rosa.

La infeliz señora prorumpió en gritos y exclamaciones.

Noreña, dejando la cuba, que hasta entonces no habia querido abandonar sin duda por temor á un *escamoteo*, dijo en tono pausado:

—Señora; ¡por la Vírgen santa, nun se alborote, que todo se andará! Y acompañando el dicho al hecho, procedió á registrar la casa.

Ya la habia recorrido casi toda, cuando que al extremo de un corredor oscuro habia un cuarto. Dirigióse á él, y al ir á empujar la puerta, dos hombres navaja en mano se precipitaron sobre Noreña. Un puñetazo aplicado sobre el pecho del primero que tuvo á su alcance, hizo retroceder á los dos agresores hasta lo interior de su escondite, cuya puerta cerró Noreña rápidamente echando la falleba.

—¡Ah, señora, señora!... Ya cayeron los pájarus en el garlitu... Ya nun se escapan.

Doña Rosa, que habia presenciado esta escena llena de terror, y de espanto, quiso gritar de nuevo, pero Noreña la interrumpió con un gesto.

Los ladrones en tanto hacian grandes esfuerzos para abrir la puerta.

—Nada de voces, señora, nada de voces. Lu que hace falta es que me traija usted una arma cualesquiera; un garrote, lo que usted se tope primeramente.

Doña Rosa corrió en busca de una arma, y trajo un estoque enmohecido que Noreña cogió por la mitad, no sin escupirse antes la palma de la mano.

—Ahora, señora, apártese á un lado, que yo me las cumpondré con estos truhanes. Y entreabriendo la puerta prosiguió dirigiéndose á los ladrones:

—Pueden ustedes salir cuando gusten.

No se hicieron rogar mucho; antes al contrario, uno de ellos avalanzándose á Noreña, le tiró un navajazo con tal brio, que á no andar listo allí hubiera terminado la lucha.

—¡Toma, perru, dijo Noreña volviendo el golpe, para que vuelvas á rubar! Y metiéndole el estoque por debajo del sobaco le atravesó el hombro de parte á parte.

El herido dió un grito y cayó en tierra.

—Ahora, dijo Noreña cogiendo por el cuello al otro ladron, y torciéndole un brazo hasta obligarle á soltar la navaja, ahora vas á echarte en el suelo boca abaju. Así... ajajá. ¡Señora! ¡Señora!... tráijame usted un cordel.

Doña Rosa no se hizo esperar mucho; entregó una cuerda á Noreña, el cual ató codo con codo á los dos ladrones.

—Ahora, doña Rosa, vaya usted á avisar á los pulizontes, que yo me quedo aquí de centinela al ladu de estus dos caballeritus.

Doña Rosa, que contemplaba en aquel hombre un semidios, obedeció rápidamente y se fué á la calle.

Noreña entre tanto se limpió el sudor copioso que bañaba su frente, y sacando tabaco y papel se sentó encima de la cuba y se puso á liar un cigarro con una imperturbabilidad digna del gran Federico Guillermo de Prusia.

Ocioso sería decir los ofrecimientos deslumbradores de aquellos desalmados, repuestos ya del ataque brusco que habian sufrido. Noreña les miró con desden, dando por única contestacion una carcajada que queria decir:

—¡Vamos, ustedes no me conocen á mí!

¿A qué seguir paso á paso este suceso acaecido recientemente en Madrid? Basta lo dicho para poner de relieve el carácter general de este tipo que quisiéramos poder pintar con algun detenimiento. Los periódicos no han dicho nada del hecho... ¡Se trataba de un pobre aguador!

Ese aguador, sin embargo, demostró gran valor, gran honradez y gran sagacidad. Gracias á él, el crímen no quedó impune, y la portera declaró su culpabilidad. Estaba en connivencia con los ladrones.

Y es tanto más grato para nosotros reivindicar para esa humilde clase de la sociedad los respetos y consideraciones que merecen, cuanto que hasta aquí ha venido sufriendo un sambenito que la ignorancia y la desmoralizacion habian echado sobre ella. Juguete de los chiquillos, hazme reir de todos, el aguador se ha mirado como un sér despreciable, se le ha tratado como un pária.

No negaremos nosotros que el aguador adolece de un defecto grave para los que ignoran lo que cuesta ganarse el pan con el sudor de la frente, y este defecto es la tacañería, la miseria... ¡Como si el hombre fuera perfecto!...

En cambio ese aguador, que es incapaz de dar un ochavo, es incapaz de robar una onza. No hay casa rica donde no queden á merced del aguador las vajillas de plata. Todavía no se ha verificado que un aguador robe una cucharilla de plata, á lo ménos esta es la voz general; esto es lo que se oye decir en todas partes. Luego si el aguador tiene fama de honrado, si tiene más educacion que los señoritos de la córte, si sabe respetar á todo el mundo, si es valiente, si es compasivo, si su cuna es la cuna de nuestras libertades, ¿por qué razon ha de insultársele ni injuriársele con epitetos absurdos y ridículos que mejor cuadran al que los dice que al que los sufre?

Yo, por mi parte, puedo asegurar que el aguador me merece los respetos y consideraciones que me merecen las personas decentes de alma y sanas de entendimiento.

Francisco Perez Echevarria.

LA FUENTE DE VECINDAD.

Has recorrido, lector discreto, guiado por plumas muchísimo más expertas y autorizadas que la mia, cuanto de notable y de raro, de hermoso ó de extravagante encierra Madrid. En ese agradable camino, esmaltado con las flores de los primeros ingénios de la que fué córte, habrás pasado innumerables veces por delante del modesto, pero útil monumento, cuya descripcion me está encomendada, sin fijarte en él ni en las características escenas que tienen lugar en derredor suyo: voy, pues á reparar una injusticia involuntaria por tu parte, intentando hacerte conocer cuanto tenga relacion con la *fuente de vecindad.*

Pero antes de pasar á otra cosa, me permitirás declarar, sin ninguna clase de hipocresía, que cuando intento trazar un cuadro de costumbres, género literario lleno de escollos y dificultades, y para el que son precisas condiciones tan especiales como poco comunes, dudo, vacilo, me acobardo ante la magnitud de la empresa, y solo logro vencer el miedo que me acomete cerrando los ojos, y fiando en la benevolencia de los lectores.

Mas como en el caso presente, tú, incauto forastero, para cuyo consejo y provechosa enseñanza tejemos el hilo de Ariadna que guiarte debe en el laberinto madrileño, has de mostrarte agradecido á los mil solícitos afanes de estos tus respetuosos servidores, que solo anhelan procurarte un guia cauteloso á veces, á veces tan solo un rato de honesto solaz y cómodo y barato esparcimiento, espero por esta causa muy confiadamente en esa indulgencia que te pido con tanta necesidad.

Y puesto que, dichas estas palabras en descargo de mi conciencia, hemos llegado al punto que nos proponíamos, encontrándonos ante la democrática *fuente de vecindad*, deten un momento tus pasos, yo te lo ruego.

No solo brindo á tu seco labio con el fresco caudal que encierra *la fuente de vecindad* en sus entrañas; no brindo solo á tu vista fatigada por la contemplacion de tantos y tan diversos objetos, con el puro cristal de su vena líquida, derramando por todas partes la salud, la alegría y el aseo, no; en torno de ese monumento, chato como la inteligencia que le dió orígen, humilde y benéfico, pobre, pero oportuno, bulle en horas determinadas una agitada multitud, á la que el monótono ruido del caño cautiva con ignoradas y misteriosas armonías, dotadas de un encanto que gozan igualmente la súcia maritornes, el záfio gallego, el quinto atortolado y el sagaz asistente, siendo por otra parte bienhechora providencia del granuja vagamundo, pródiga prestadora del tabernero y martirio constante de la policía municipal.

Algunos años hace, Madrid era la poblacion más insoportable del globo en la rigorosa época del estío; nubes de un polvo calizo, ardiente y pertinaz como la fiebre que nos devora, cegaban los ojos y producian un lastimoso efecto en los pul-



mones, mientras el caldeado piso, reverberando un calor tropical, quemaba las plantas de los piés, y un sol llamado *de justicia*, porque puede costar muy caro, producia terribles alteraciones en la masa cerebral, única con que no han contado nunca entre las suyas los partidos políticos de España.

La heróica villa, llevada del espíritu invasor que distingue á todo lo que es fuerte y grande, fijó con amor su vista en el Lozoya pacífico, y como el amor de las grandes señoras suele ser fatal para los objetos amados, arrancóle desde el fondo de la sierra á las guijas que le prestaban tambien con amor su limpio, ya que no mullido lecho, chupando con insaciable avaricia un rico inagotable tesoro.

Bajo la bienaventurada influencia de este serrano generoso, brotaron con inusitado ardor las tercianas y los *mangueros regadores*, especie de animal medio acuático, medio gallego, que se pesca con chapa en los viveros municipales, y algunos raquíticos jardines en las plazas, orgullo de estos buenos y leales habitantes de Madrid.

Hé aquí el verdadero orígen de la *fuente de vecindad*.

Antes existian tambien, pero en tan *corto* [illegible] merecian llamar la atencion; y era tan [illegible] que los autócratas de montera concedian [illegible] caño en cada fuente pública al vecindario [illegible] table gremio de aguadores, en los [illegible] Julio y Agosto.

Las antiguas suelen hos[illegible] mas varian con deliciosa [illegible] [illegible]on-muchas de ellas de ser [illegible] [illegible]ónicas *viaje de la reina* fué [illegible] [illegible]encarga-al vino, en el núm[illegible] [illegible]ra vista no

Tímidas las modernas, reconociendo la poca esbeltez de su forma de caja de mazapan, se han situado modestamente entre la acera y el arroyo, pero eligiendo con preferencia las esquinas.

Hasta aquí *la fuente de vecindad*, en cuanto á su orígen.

Para darte á conocer ahora, incauto forastero, las demás circunstancias que hacen de *la fuente de vecindad* un monumento tan curioso é importante, empecemos por reclamar nuestro turno en derredor de una cualquiera de ellas, con la fórmula sacramental de:

—¿Quién dá vez?

Y ahora se te ocurrirá, como á mí, al contemplar el espectáculo que presento ante tus ojos, que las estadísticas de la poblacion no están bien hechas. Si Madrid tiene, por ejemplo, trescientas mil almas, falta saber si entre estas se encuentran incluidas las de cántaro, entre las que supongo deberán contarse primeramente las que corresponden á las mozas de idem, y despues por su órden las de los maridos cándidos, las de los políticos por aficion, las de los fundadores de sociedades dramáticas particulares, las de los accionistas de sociedades de crédito, etc. etc.

Pero dejando que esta duda la resuelva quien deba, no el que tenga *ingleses*, sino el que tenga deber de hacerlo, supongamos que el mes de Agosto prodiga sus favores á la todavía capital de España y que está anocheciendo.

Me explicaré. Esta suposicion, que agradecerian fuera cierta, entre otros, las compañías de ferro-carriles, tiene por objeto presentarte la *fuente de vecindad* en uno de los momentos en que se halla más favorecida, al anochecer de un dia de verano. Y ya que estamos en el terreno de las suposiciones, sea



la fuente de una calle de los barrios bajos, si gustas, la elegida para nuestro intento.

Las manifestaciones populares, cualesquiera que sea su índole, presentan un carácter uniforme: la diversidad. En una fuente pública, monopolizada por los respetabilísimos industriales asturianos y gallegos que se dedican á conducir agua. Verás por todas partes cubas de madera de iguales ó muy semejantes proporciones. En una *fuente de vecindad* se encuentran la cuba, el cántaro, el botijo, la botella, la jarra, el tarro, y cuantos objetos puedan servir de continente al precioso líquido, de quien un profesor de física decia á sus discípulos:

—«En fin, señores, el agua es un agente universal indispensable á la vida, y sus aplicaciones en los tres estados son tantas, que hasta he oido decir que algunos la beben.»

Pero si la diversidad de las vasijas que se encuentran en la fuente de vecindad es tan grande, no lo es ménos la de los indivíduos que á ellas concurren; hombres y mujeres, jóvenes y viejos, desde la tierna infancia hasta la temblorosa ancianidad, no hay edad que no tenga representantes.

El cuadro es el siguiente: en una esquina de cualquier plaza, iluminada apenas por los pálidos rayos del gas del Ayuntamiento, que á diferencia de la Academia Española, ni limpia lo que debe, ni fija otra cosa que los impuestos, ni dá explendor con sus luces, una multitud abigarrada, custodiando una larga fila de botijos y jarros puestos en el suelo, formando caprichosa cola, se comunica á voz en cuello sus impresiones más íntimas, armando una bataola infernal. En el fondo, sumidas en la sombra, se divisan dos figuras napoleónicas por su tricornio y su taciturnidad; son los agentes encargados de velar por la tranquilidad pública A primera vista no

se conoce si velan ó si duermen: es más probable lo último.

La mayor parte de los concurrentes pertenece al bello sexo, digámoslo así; son criadas de servicio *para todo*, que dejan quemar tranquilamente la cena de sus amos con el pretexto de llevarles agua fresca.

Algunas, cuyos novios no faltan á la cita, forman con estos grupos aparte, separados del principal, mientras sus botijos ruedan atropellados por los de las que no tienen quien las saque de tan triste aislamiento.

Un bizarro hijo de Marte se aproxima al grupo y saluda á una de las solitarias.

—Buenas noches, Eduvigis.

—Buenas noches, contesta secamente ésta.

—¿Estás incomodada?

—Eso es lo que á tí no te importa.

—Bien dicho, prenda, pero como yo te tengo ley...

—Te veo de venir.

—¡Mal tiro me mate! Pues vas á decir lo que te pasa.

—No te untes.

—Mira, Eduvigis...

—¿Te se figura que yo no sé que el domingo bailaste con la Nicolasa?

—Sí que bailé.

—¿Y hablo yo contigo para que tú bailes con otra cuando á mí no me toca salir?

—Si es de mi pueblo, ya ves, su padre y el mio son algo parientes...

—¡Já! ¡já! tú te has figurao que me dabas á mí calor y has dicho: Ahora que no me vé la otra...

—Pero, mujer, ten más inteligencia.

—A otro perro con ese hueso.

—Reflexiona que estás faltando á mi dignidad de hombre militar; cuando yo doy una palabra...

—Te digo que no me vuelvas á hablar; el mancebo de la barbería me ha dicho que si quiero salir con él el domingo, ¡con que ya ves!

—A ese saltarin le voy á romper yo los dientes y á tí tambien.

—¡A mí tú!.. Ande usté á mondar patatas, melitar...

La conversacion, como se vé, toma un carácter peligroso; retíremonos.

Llenando su cántaro está una jóven recien venida, sus frescos colores, sus macizas carnes, todo revela en ella la salud y la inocencia del pueblo, y aunque su aire es algo abobado, *paleto*, su rostro no carece de atractivos, como debe pensar el rendido galan que la corteja, apoyando su mano en el dorado boton de la fuente, para evitar este trabajo á su adorado tormento.

El dia anterior la entregó una carta primorosa, con una orla de distintos colores, y en el centro dos cándidas palomas picoteándose.

—Mire usted, la dice muy gravemente el galan, la pronostico á usted y la aseguro por las ánimas de mis mayores obligaciones que la quiero á usted para bien. No vaya á creer que soy de esos que andan por ahí; jamás ha torcido mi pensamiento una idea que no sea como Dios manda y predica el cura de la parroquia, y la digo á usted que sí, que la quiero por todo lo fino y todo lo alto que usted se puede figurar.

La gran boba escucha con secreto placer estas palabras sin encontrar para contestar á ellas otro recurso que una simple y

eterna sonrisa medio de complacencia, medio de incredulidad, y mientras tanto el olvidado cántaro se llena, produciendo un sordo y monótono clac, clac, clac, que como celestial música resbala por los oidos de la infeliz.

Un dia y otro se repite esta escena, y la cándida jóven se vé poco á poco iniciada en mil secretos ignorados hasta que la pasion y la ignorancia se los descubren todos.

¡Tanto vá el cántaro á la fuente!...

Relegadas al extremo de la cola, con todas las trazas y muchas más de brujas, dos viejas esperan con sus botijos desportillados á que les llegue la *vez*.

—¡Ay, doña Manuela, qué malo se va poniendo esto, ya no hay caridad!

—Ni temor de Dios, sí, señora. Figúrese usted que el visitador de la Casa de Socorro me ha retirado los bonos que me daba semanalmente, porque dice que soy una holgazana.

—Pues yo he recurrido hoy á la Junta de damas inútilmente. ¡Qué situacion! ¡Si me viviera él!

—Y luego estos hereges echando las iglesias abajo y atropellando á los pobrecitos... Vamos, le digo á usted...

—¿Fué usted ayer á las Cuarenta Horas?

—Nunca falto.

—Qué guapo era el predicador.

—Y qué bien predica; á mí me hace llorar.

—Pues y á mí, señora, si soy un puro rio de lágrimas en cuanto escucho ciertas cosas...

En esto un movimiento de la multitud y un aumento inconcebible en la gritería ordinaria, corta la conversacion de las dos viejas.

Hablando con sus novios dos mozas, han olvidado los cán-

taros, y un pícaro muchacho ha tropezado con ellos, haciéndolos mil añicos.

Las mozas gritan, el chico llora, su madre le defiende echando contra las enamoradas mozas sapos y culebras; los novios intervienen, unos toman parte por estos, otros por aquel, y se aproxima el momento de la lucha, cuando arrancados de sus abstracciones por el alboroto se adelantan los agentes de órden público.

Tableau.

ANDRÉS RUIGOMEZ.

EL CAFÉ DE LA IBERIA.

Faltarias gravemente, forastero á quien estas líneas se encaminan, al propósito firme que sin duda hiciste al venir á la córte, de visitar cuanto ella, por su especial carácter, de más notable encierra, si á marcharte fueras sin conocer, al ménos de pasada, el café de la Iberia.

Por eso, yo, que de buen grado me asocié al bienaventurado fin de guiarte en tu investigadora escursion, cometeria falta si, por negligencia ú olvido, dejara de señalarte uno de los sitios más predilectos y frecuentados de los buenos madrileños, cuadro que ofrece bien acabados tipos y no escasos contrastes.

No vayas á presumirte por eso, que el café de la Iberia sea el primero, artística ó suntuariamente considerado, de los muchos con que Madrid cuenta, ni te figures tampoco vas á admirar en él como puntos objetivos las pinturas del de Fornos, los frescos y el confortable mobiliario del de Madrid, ni las paredes de espejos que mil veces reproducen los salones del Universal, no; la Iberia, bajo limpio y decoroso aspecto se ofrece modestamente revestida á los ojos del que penetra en ella

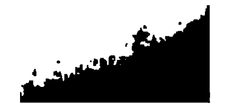
Pero á cambio de aquellas condiciones que tan directamente atraen y cautivan en los cafés que las ostentan, tiene el que á describirte empiezo, una fisonomía tan peculiar y tan otra de la de los demás que visitares, que desde luego te invito á que la observes y á que con buen deseo y no escasa indulgencia repases una tras otra las siguientes líneas que iré trazando y á tí dedico.

Del café de la Iberia, cual de todo lo que logra obtener fama, más ó ménos merecida, se conoce la historia, lo cual por otra parte no es rebuscado descubrimiento, toda vez que su orígen no se remonta á los tiempos fabulosos, sino á los más á nuestro alcance del primer tercio de este siglo.

Propiedad primero de una viuda, llamada doña Guillerma, á cuya familia pertenecieron tambien los de San Antonio, plaza de la Cebada y primitivo de Correos, los más antiguos de que en Madrid hay memoria, nació el de que tratamos, enfrente, en el local que hoy ocupa el conocido almacen de papel pintado.

Titulábase el originario, café del Sol, y en verdad que tan deslumbrante nombre no déjaba de ofrecer curioso contraste con la desnudez y pardo color de sus muros, revestidos, los de cierta pieza, de un tonelete de estera fina, cepillo inexorable de los parroquianos que á su proximidad se sentaban, ni más ni ménos que al uso de la célebre y primitiva botillería de Canosa que tan gráficamente nos describe el inolvidable Flores, en sus célebres cuadros de *Ayer, Hoy y Mañana*.

Y al ornato de la pared correspondia seguramente el mobi-



liario y el servicio que allí se usaba, reducido á unas mesas de disfrazado pino bajo capa de pintura, color de chocolate; de varias sillas que, por desvencijadas y sucias, apenas si dejaban revelar su orígen y al preciso menaje de unos vasos de vidrio sustentados en bandejas de peltre y con cucharillas del propio metal.

Padre del hoy dueño D. Antonio, era D. Eulogio Gomez, que adquirió el del Sol, por traspaso, en el año de 1844, introduciendo en él desde luego muchas y relativas mejoras que lo hicieron por entonces notable, mudándole el nombre por el que hoy ostenta y tan en boca lo tienen en Madrid todos.

Vivió así cinco años de tranquila existencia, hasta la muerte de D. Eulogio y heredado por su hijo, lo trasladó este al punto que en la actualidad ocupa, en el piso bajo de la casa del marqués de Santiago, donde este tenia sus habitaciones de verano casi con la propia distribucion que se conserva.

Cuéntase que fué inaugurado con solemnidad hasta entonces desusada, por medio de un convite suntuoso á los antiguos parroquianos, á los periodistas y á otras representaciones, y que todos saborearon sin tasa los variados artículos que tan graciosamente les presentó su dueño.

Hiciéronse lenguas y con justicia, que no de estómago agradecido, del lujo, del aseo y el *comfort* con que se habia instalado el establecimiento. Tales eran por entonces las mejoras allí introducidas, que de seguro no acertara á conocerlo la buena de doña Guillerma, si por acaso resucitara con ánimo de hacerle una especial visita.

Y puesto que ya estás al tanto de las vicisitudes que sufrió en su orígen, penetra en su interior conmigo, y allí sentados, hazte servir de lo que más te plazca, que yo, mientras lo consumes, veré de esplicarte sobre el terreno, las diversas partes que constituyen aquel especial conjunto, sus variadas fases, las agrupaciones, en fin, que lo dan vida y animacion constante.

Dos séres forman la encarnacion perpétua del café desde su orígen. Ese que ves trás del mostrador es el dueño, hijo de aquel D. Eulogio de quien te hablé primero, y como su padre, siempre laborioso y de ideas liberales: el otro, el buen Antonio Manchego, que lleva treinta y dos años de mozo al servicio de la casa.

El local, como vés, lo forman dos salas á la izquierda, un salon en el centro, otra pieza al final de este, y un pequeño jardin á lo último, que sirve de grato esparcimiento en las noches del estío.

La más interior de las dos salas que te nombré primero, ostenta pintados en sus muros trofeos militares, cañones y demás armas de guerra. Su extraño decorado dejará de sorprenderte, cuando sepas que aquella es la que se conocia por la de los artilleros, ó más gráficamente, como ellos la designaban entonces, por *la Peña*, adonde concurrian los individuos del distinguido y hoy disuelto cuerpo de Artillería.

Aquella reunion tan animada y bulliciosa, de la que tan grato recuerdo conservan aun los oficiales que la mantenian, dió vida al círculo militar que con dicho nombre de la Peña crearon en la calle de Sevilla, no muy á satisfaccion por cierto del D. Antonio, que, por el gasto y el gusto, deploró grandemente la desercion de tan constantes parroquianos.



Esta misma pieza fué luego, cuando la revolucion de Setiembre, punto donde se juntaban los hombres más caracterizados del partido *cimbro*. Allí tomaban café todas las noches, y entre sorbo y sorbo discurrian la redaccion de un nuevo artículo al entonces no-nato Código constituyente, ó el mensaje á una córte extranjera, en ofrecimiento del trono, á un príncipe, rey tránsfuga más tarde.

Como los artilleros, los hoy tambien disueltos radicales, trasladaron de allí sus tiendas, unos á la Tertulia de la calle de Carretas, y otros á Fornos. Ello es que el dueño, penetrado de las cualidades disolventes que aquel salon sin duda contenia, lo cerró de pronto con todos sus trofeos y sus memorias, tal como aun hoy se conserva.

Contigua á la que te he descrito, la pieza inmediata era, hasta hace pocos años, centro de reunion á última hora de todos los jóvenes de la aristocracia. A ella acudian á la vuelta del Real á tomar un ponche en invierno ó un *biscuit* en verano.

Allí se comunicaban sus impresiones del dia, y de allí tambien salieron para constituir el *Veloz-club*, ese círculo *fashionable*, como ahora se dice, de jóvenes del gran mundo.

Pero no creas que todo es transitorio en esta como en la habitacion vecina, no; precisamente en la de que te hablo, junto á la reja única que allí ves, se reune de antiguo un círculo de aficionados al toreo, cuyo orígen y asistencia se pierde en la memoria de ellos mismos.

Son Pardo, La Marca, Gabriel el cachetero y Ropa Santa, que forman una muy amena tertulia diaria, trasplantada á ese sitio desde el que los reunia en el primitivo café de D. Eulogio, y que ahora como antes, están al detalle de cuanto con-

cierne á las lides tauromacas, tema obligado de sus animadas polémicas.

Ellos, que de tantas cosas se habrán apercibido desde sus habituales asientos, pueden decirte que allí cerca, sobre una mesita colocada frente al mostrador, en la pieza contigua, redactaron juntos, Rivero, Ortiz de Pinedo y Asquerino, un documento importante para que la Junta revolucionaria de Madrid, en 1854, declarase vacante el trono de España y confiriera todos los poderes al duque de la Victoria, hasta la reunion de las Córtes Constituyentes. Aquel documento fué presentado á Espartero, quien rechazó lealmente la proposicion que contenia.

Cuanto te llevo descrito puede decirse es, como el pasado de la Iberia. Su presente, la vida, el movimiento, el ruido, se albergan casi esclusivamente en el salon del centro, donde se agrupan los hombres políticos, los periodistas, los banqueros. Semillero de noticias á última hora; atmósfera que condensa todos los rumores; que satura de esperanzas el ánimo de lo del bando caido y contraria á los del militante; *pandemonium* de todas las opiniones ménos de la del gobierno; de la culta chismografía; de la crítica; donde se comenta lo acaecido y se previene lo porvenir; donde todo, en fin, tiene acogida, mientras satisface la exigencia del voraz novelero.

¿Ves aquella mesa junto al ángulo de la derecha, entrando? Pues la ocupan á primera hora Luis Eguilaz, Pizarroso, y algunos otros, la mayoría de ellos muy reputados en las lides



dramáticas, con lo que omito decirte cuál será el tema obligado de sus chispeantes diálogos.

Más arriba, al lado opuesto, se reunen García Ruiz y sus más afectos correligionarios, la república unitaria, en fin; la única posible en España, y como posible y hacedera la que por lo mismo cuenta entre los republicanos de siempre casi los únicos que caben al rededor de aquella mesa, á la que asisten hace algunos años.

Sigue á esta la de los banqueros, así llamada, porque la presiden algunos, y de los más fuertes. Allí tambien acuden en amigable consorcio, agentes de Bolsa, comerciantes y funcionarios del ministerio de Hacienda; gente toda oro puro, por lo que valen y por lo que tienen.

Mira ahora ese velador del centro. En él cuestionan siempre sobre el mismo tema, un consecuente militar retirado, y además alfonsino, con un cáustico jurisperito bachiller... en argumentos con que desesperar á su locuaz contrincante. Casi ellos solos animan la mesa, mientras un distinguido periodista, que á ella constantemente asiste, repasa incansable uno trás otro número de la prensa diaria; toma un chocolate un elegante banquero, y duerme desde las doce un conocido notario, el más asiduo de todos los contertulios y pesadilla eterna del dicho travieso letrado.

Por último, otras dos mesas reclaman tu especial atencion; la una, por su prodigiosa elasticidad, aun cuando sea de las más reducidas del salon. En ella, es fama caben, á cenar todos los muchos que en su derredor se agrupan; la otra, por la incorregible cachaza de los que la forman, para abandonar el café, por muy avanzada que la hoı

Es esta la

son ciertamente cuando desoyen las invitaciones de los camareros á que desocupen el local, siendo preciso acudir al expediente de apagar casi el gas para lograr aquel fin.

En el velador elástico, con cuyo nombre generalmente se le designa, asóciase gente jóven, de bien opuestas tendencias y condiciones, sin que á turbar acierte lo encontrado de sus ideas la habitual armonía que entre ellos reina. Allí acuden diputados en ejercicio, otros que lo han sido, alguno que debió serlo y no lo fué por una jugarreta que debió á su contrincante; literatos, autores y actores, periodistas, licenciados en derecho y en medicina, todos con buen humor y mejores ilusiones.

El jardinillo, único lugar del café que me resta describirte, presta fresco ilusorio, más que real, á los que á él acuden, en las noches de verano, única época en que permanece abierto. Su especialidad consiste en que se vé frecuentado por las más distinguidas damas, con su inseparable cortejo de amigos ó adoradores que las acompañan y obsequian, mientras otros de sus apasionados más platónicos las contemplan y aguardan su salida desde la verja que al jardin dá acceso.

Las que por no cruzar el extenso salon que desde la puerta al jardinillo conduce, prescinden de gozar sus delicias, detienen, las que los tienen, sus carruajes, á los que se hacen llevar los deliciosos helados ó bebidas que tanta fama allí gozan, en tanto las saludan ó contemplan extasiados los que á la puerta disfrutan diariamente de este grato y económico espectáculo.

Pero las grandes emociones, el movimiento y el entrar y sa-

lir continuo de unos y otros, están reservados para cuando algun suceso político acontece, sobre todo si hay crísis. Entonces no caben en las mesas los que á la Iberia acuden, y de pié en animados grupos se apiñan los que saben ó inventan algo, y los que ávidamente á los primeros interrogan.

—¿Viene usted de las Córtes? preguntan en un grupo.—Sí, la sesion continúa y lleva trazas de prolongarse hasta la madrugada.—¿Pero se sabe ya la causa de la dimision del ministerio?—Se sabe, y en verdad que es peregrina.—¿Cuál es, cuál? —Que el duque comió al fin en Palacio.

—A mí me consta, dice uno que entra; no pasará esta noche sin que tengamos tiros, pues me lo ha revelado en confianza uno de los matones de Becerra, y les aconsejo á ustedes que se retiren á casa.

—En la plaza de Anton Martin, dice otro, han sonado tiros, y hácia las Vistillas están levantando barricadas.

—Todo está ya concluido, anuncia un tercero que llega azorado, y á quien todos en seguida rodean.

—¿Hay ya ministerio? le preguntan. ¿Se disuelven las Cámaras? ¿Se ganó la votacion?—Nada de eso, señores; si me dejan, les diré en dos palabras que el ministerio, bajo la presion de las circunstancias, cediendo á altas miras de patriotismo, y habiendo recibido un telégrama muy grave por el que se le anuncia haberse levantado casi á las puertas de Madrid, en Getafe, una partida carlista.....—Se retira y entrega el poder á los.....—No señor, al contrario, permanece compacto y presenta mañana la ley de boinas.....

—¡Qué desencanto! exclaman unos.—¡Tener al país en tal espectativa, para defraudarle luego! añaden otros.—Me voy á escribir un artículo que arda en un candil, repone un perio-

dista á quien le estaba ofrecido un gobierno si entraban los suyos.

¡Qué de preguntas! en fin, ¡qué de cabildeos los que allí se cruzan y fraguan! y ¡qué ovacion la que alcanza todo el que entra con aire de importancia y suelta á manera de bomba una noticia que él solo sabe por verídico conducto!

Y si á los temores suceden los hechos y hay carreras en la de San Gerónimo, y tiros despues, ¡qué pánico el que de todos se apodera, y cómo quedan en ménos tiempo del que empleo en contártelo, desiertas las salas, hasta que, apenas restablecido el órden, vuelven á poblarse, para referirse hasta los menores detalles de lo acaecido.

Este es, forastero amigo, el café de la Iberia, sin otros muchos detalles que pudiera añadirte, con más vagar y espacio. El es punto de cita, de conciliábulos y de recomendaciones; á él acuden todos los que *hacen* política y literatura, y periódicos y bolsa, y casi..... todo; de allí han salido diputados y ministros y diplomáticos; allí, pues, debes acudir si quieres hacer carrera, quedándote con nosotros.

¡Ah! te aconsejo que si en esta pasas una Noche-buena, no dejes de ir por entonces á la Iberia y hacerte pasar por parroquiano, pues así te alcanzará por tal concepto la leche de almendras con que de tiempo inmemorial obsequia D. Antonio, á guisa de aguinaldo.

E. SANTOYO.

¡FORASTERO, ADDIO!

CAPÍTULO ÚLTIMO.

Hasta aquí llegaron, lector pio y nunca bien ponderado, los escritores madrileños que de Madrid te refirieron cosas; y hubiera seguido la procesion y las relaciones hasta Dios sabe cuándo, si ellos y yo no hubiéramos resuelto ponernos muy tristes para hacer coro á los habitantes de MADRID POR DENTRO Y POR FUERA y por arriba y por abajo. Porque ¿quién puede conservar el humor en tiempos como los actuales, en los que no se gana para sustos ni para sorpresas? Harto hemos hecho con no hablarte más que en dos ó tres capítulos de la cosa pública, que es como decir cosa perdida, para lograr distraerte de las emociones que seguramente experimentarás á cada paso con esto que ocurre. Dejamos para mejor ocasion hablarte de otras mil cosas de fuera y dentro de Madrid; hoy por hoy, lector forastero, ya te debes contentar con los ocho cuadernos publicados para formar este tomo, engendrado en atmósfera radical, y parido en atmósfera federífraga y echado á volar cuando se puede ver expuesto por esos caminos á que carlistas le devoren ó cantonales se apoderen dé

¡Oh! Madrid es grande asunto y hemos dicho muy poco de él á pesar de lo que abulta el tomo. Quédanos por describir lo que por sabido se calla, y lo que por callado se sabe. Otro año si vivimos, hablaremos despacio.

De todos los escritores que aquí han puesto la pluma, unos han subido, otros han bajado, unos se han muerto por no enfadarse y otros viven sólo por ver en qué quedamos, pero todos desempeñaron su mision con sobra de ingénio y con notable acierto de lo que pintaron; y yo te fio, forastero amigo, que has de recordar las páginas del libro cuando recorras los paseos, las calles, los cafés, los teatros, el Congreso y demás lugares aquí descritos; porque los españoles, al revés de los franceses, hablan de España como de quien conocen y estiman, y ni elogian sin razon ni zahieren por gusto. Verdades hay como puños en todos los cuadros de este museo madrileño, y ya que me lo encargas, doy en tu nombre las gracias á todos cuantos han contribuido á la formacion de esta guía, indispensable á los belicosos camorristas y guerreros como diria el bellotista que tú sabes.

Recomienda, pues, el libro, á todos los que vengan á Madrid para que les sirva de compañero; y á los que no piensen venir, diles que le compren, para que vean á Madrid por un agujero, y así les saldrá más barato el conocimiento de la que fué córte.

Yo, el ménos padre de todos los que engendramos esta obra colectiva, tengo, sin embargo, mi vanidad al verla terminada; de la misma manera que aquel sacristan, oyendo celebrar un sermon á las gentes dijo lleno de orgullo:

—Pues yo lo he repicado!

Yo repiqué el libro, busqué autores celebrados, les pedí originales, diéronmelos, llevélos á la imprenta, los ví imprimir y los leí luego. ¿Qué más hubieras hecho tú, amigo mio?

Para mí es gran satisfaccion haberte proporcionado un buen rato de conferencia con los escritores más aplaudidos de Madrid, ofrecerte el sabroso fruto de sus talentos y considerarme dichoso al verte satisfecho.

¿Lo estás de veras? Recompensa es y grande de todos y de cada uno de nosotros.

Apréndete ahora el libro de memoria para que te convenzas de una verdad que de seguro tienes olvidada. Que Madrid es lo más malo del mundo y lo más bueno segun y conforme. Malo para el que no tiene, ni sabe, ni puede. Bonísimo para el que nació á ser rico, robusto, sano, alegre y atrevido; porque el atrevimiento es aquí lo que priva, y el que no se aventura no pasa la mar, y Madrid es *la mar* como decimos todos los que por aquí vivimos, si es vivir batallar con la vida.

Y aquí me estenderia en consideraciones, si no fuera porque las consideraciones quiero guardarlas, para pagártelas á tí ya que tantas te debo.

Salud y eso que priva.

De Madrid á 28 de Julio de 1873.

EUSEBIO BLASCO.

INDICE.



